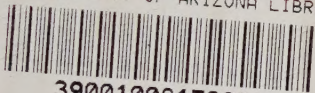


UNIVERSITY OF ARIZONA LIBRARY



39001008179890







Digitized by the Internet Archive  
in 2024



**LA PAMPA Y SU PASIÓN**

# LIBROS DE MANUEL GALVEZ

## POESIA

*El enigma del interior*  
*Sendero de humildad*  
*Tangos (en preparación)*

## CRÍTICA E IDEOLOGÍA

*El diario de Gabriel Quiroga*  
*El solar de la raza*  
*La vida múltiple*  
*El espíritu de aristocracia y otros ensayos*

## SOCIOLOGÍA

*La inseguridad de la vida obrera*

## NOVELA

*La maestra normal*  
*El mal metafísico*  
*La sombra del convento*  
*Nacha Regules*  
*Luna de miel y otras narraciones*  
*La tragedia de un hombre fuerte*  
*Historia de arrabal*  
*El cántico espiritual*  
*La Pampa y su pasión*

## TEATRO

*El hermano*  
*Nacha Regules*  
*El hombre de los ojos azules*



MANUEL GÁLVEZ

# La Pampa y su pasión

NOVELA

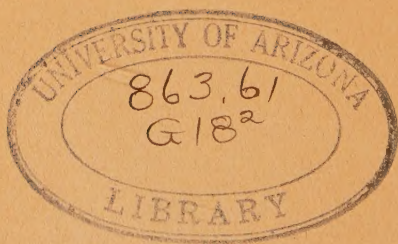


AGENCIA GENERAL DE LIBRERÍA Y PUBLICACIONES

Rivadavia 1573 - Buenos Aires

1926

*Copyright by Manuel Gálvez.  
Derechos de traducción, reproducción y adaptación teatral o cinematográfica reservados para todos los países.*





DEDICO  
ESTA NOVELA,  
QUE ES EL LIBRO  
DEL CABALLO Y DE LAS  
CARRERAS, A MI PADRE,  
MANUEL GÁLVEZ, CENTAURO  
DE LOS CAMPOS SANTAPECINOS EN SU  
NIÑEZ Y SU ADOLESCENCIA, CRIADOR, MÁS TARDE,  
DE CABALLOS, Y QUE AHORA, EN SU ANCIANIDAD,  
PROLONGA EN SU AFICIÓN TURFISTICA,  
Y TAL VEZ SIN ADVERTIRLO O  
RAZONARLO, SU AMOR DE  
BUEN ARGENTINO  
HACIA EL CAMPO  
Y HACIA EL  
CABALLO

82639





## I

### LA VIDA DE UN ENTRENADOR

La noche rezagábase en el dormitorio, envuelta en el calor espeso del encierro. Por ésto, Fermín Contreras, que venía de matear en la cocina y de aspirar en el corredorcito algunas bocanadas del amanecer que iba llegando allí miedosamente, debía tantear en la cama para encontrar el rostro de Albertina. Sus manos, que exploraban con cautela para no despertar a su mujer bruscamente, acertaron por fin. Y entonces, preparando los cotidianos besos de despedida, sentósele junto a la cara, cubierta en su mitad por el embozo. Los labios de Fermín cayeron sobre una oreja y empezaron un ta-te-tí sobre el rostro. Albertina, que aun pertenecía a la noche, rezongó, medio en sueños, molesta por aquellas irrupciones del día que eran las detenciones de mosca atontada del besuqueo:

—¡Dejame dormir, hombre!

Fermín se puso en pie. Miró el montón de cobi-

jas que acababa de girar y alejarse de él. Sus ojos, que habían ahuecado la oscuridad, veían mejor. Quedáronse incrustados en la desamorada.

El consejo de su madre y de sus hermanas llenó el cuarto: “No te casés con esa muchacha, Fermín, que vos no sós para ella”. Protestó con mudez hueraña contra la evidente verdad. Pero ya no dudaba. Aunque entrenador y jockey célebre, no era más que “un chinito”, como Albertina se lo gritara varias veces. Y un chinito flaco, sin gracia, silencioso, feo. Las tribunas le aclamaban como a un héroe, los diarios retratábanle y hacíanle reportajes, llamándolo “el primer látigo de América”. Nada de ésto le mejoraba su facha de “cebador de mates”, como en cierta ocasión le motejara Albertina. Y ella, en cambio, una reina. Linda, blanca, orgullosa, esbelta. Y de familia principal — así lo creía Fermín — aunque venida a menos por la pobreza y por los escándalos de la madre.

Fermín se empacaba en su contemplación melancólica. La esperanza de una palabra cariñosa le mantenía frente a su compañera. Albertina, que le sentía junto a la cama, volvióse y abrió los ojos. Fermín se inclinó para recoger la mirada afectuosa o la frase amiga. Pero ella, con un gesto de fastidio, recuperó su anterior postura. Fermín cabeceó pausadamente, sin despegar su espíritu y sus ojos de aquella tristeza, y decidió alejarse. Ahorrando ruidos, abrió y cerró puertas. Y salió, llevándose toda su pena. Sabía que nada quedaba de ella, allá en la noche del dormitorio.



En el vestíbulo se detuvo. Arreglóse ante el espejo de la percha su pañuelo de seda que usaba en vez de cuello y corbata y se puso su chamberguito negro, cuya ala gustábale voltear sobre la frente. Sus ojos tristes acariciaron los retratos de caballos que animaban las paredes del vestíbulo, sobre todo el de Cóndor, el crack del día. Y se fué a la calle.

Una luz virginal, color de ojos de niño zarco, teñía aquella calle del Bajo Belgrano. Todo lo llenaba el cielo. Los árboles y las paredes tenían algo de inmaterial. Las casas dormían como Albertina, y Fermín no se animaba a pisar fuerte de miedo a que ellas rezongaran como su mujer:

—¡Dejame dormir, hombre!

\*

\* \*

Mientras iba hacia el stud Las Vizcachas—diez minutos desde su casita — donde era a la vez “monta oficial” y entrenador, Fermín rumiaba su desventura conyugal.

¿Cómo se casó con él esa muchacha? ¿Por los pesos, como sus hermanas decían? ¿Casamiento raro! Su fealdad de sietemesino y de chinito, se agravaba con sus modales y gustos de hombre de campo. Su padre, peón de estancia que llegó a capataz y por

último a propietario de un campito próximo a Bahía Blanca, ambicionaba que su hijo fuese “dotor”. Pero el muchacho, cuyo cerebro era impermeable al agua lustral de la cultura, no pasó de quinto grado. Las pasiones de su vida fueron el campo y el caballo. “Nació a caballo”, decían sus admiradores. Lo primero que habían visto sus ojos fué la pampa y el cielo. Y hasta los diez años, sólo pampa y cielo conoció. Desde los siete fué un centauro. Más tarde aprendió a pialar y a domar.

Albertina, al contrario, criada en Buenos Aires, jamás montó a caballo. “El campo, bueno para los gauchos”, profería. Odiaba las carreras porque avergonzábale de que su marido fuese jockey. No quería ir al Hipódromo, despreciaba a los jockeys, a los compositores y a todos los arrigos de Fermín, carreteristas empedernidos. De todo el vasto mundo del turf, ella sólo aceptaba a los propietarios de caballerizas importantes. ¡Cómo entenderse así! — pensaba Fermín. Las carreras simbolizaban todo para él: el campo, con su poesía y su misterio; la memoria del pobre Tata, buen gaucho como pocos; su infancia allá en la pampa de sus sueños; las “cuadreras”, aquellas justas hípicas en los campos o en las afueras de los pueblitos y cuyos cien metros — una cuadra — midieron los comienzos de su gloria de jockey.

Las carreras eran toda su vida. En la gran ciudad, casi extranjera para él, sentíase un criollo de ley por aquellos amores al caballo y al campo. Recordaba su arribo a Buenos Aires, hacía siete años. Venía a

ganarse la vida, después que Tata se empobreciera, despojado de su campito por causa de la escritura defectuosa. ¡Cómo había extrañado el campo, en las calles atestadas de gentes y de automóviles! Sufrió durante un mes. Hasta que un domingo el Destino le llevó al Hipódromo. Allí se encontró a sí mismo y encontró su mundo. Primeramente peón en un stud, y aprendiz más tarde, reveló pronto sus excepcionales dotes de "látigo" y su conocimiento del caballo. En su carrera hacia la celebridad marcó un record de rapidez. Había llegado sencillamente, "sin castigar"... Y ahora era también famoso como entrenador. Hacía dos años, habiendo muerto el cuidador de Las Vizcachas, Fermín ofrecióse para reemplazarlo. El propietario, Federico Wilkinson, aceptó, pero a condición de que el jockey no abandonase sus funciones. De ahí la doble situación de Fermín, muy rara en nuestro turf. Fermín recordaba siempre sus más grandes emociones: la entrada en el stud; la primera vez que montó un racer; los pesos que le tocaron como peón de un célebre caballo que ganara el Montevideo; su debut como aprendiz ante la multitud de Palermo y el triunfo inicial. Pero nada le enternece tanto como el revivir los sentimientos contrarios que experimentara cuando estrenó el traje de jockey. Al orgullo y al contento de ser ya aprendiz, se mezclaba la vergüenza, "la batata" decía él, de verse embutido en aquellas prendas tan raras. Eran los colores de un stud mediocre que después desapareció: chaqueta granate y amarilla, con gruesas rayas verticales; man-

gas violetas; gorra anaranjada. El calzón blanco y las lustradas botas de cabritilla completaban aquel espantoso mamarracho. Y como el pobre era medio negro, se había sentido un esperpento entre aquellos colorinches que le asemejaban a un payaso de circo pobre.

Durante los primeros meses de casados, Fermín tuvo la ilusión del cariño. Pero, en seguida, el desamor de Albertina comenzó a evidenciarse. El jockey recordaba con tristeza y vergüenza la humillación que su mujer les impusiera a él, a su madre y a sus hermanas. Ellos habían arreglado la casita cariñosamente, adornándola con lo que consideraban más lindo. Albertina calificó de mamarrachos a todas aquellas cosas: los cuadros del comedor, cromos de "cambalache" que representaban flamencos y garzas; los mueblecitos de laqué de la sala; unas cortinas de un celeste arcangélico; la cubierta del lecho, mandada hacer de encargo con los colores de la patria. Albertina, que al ver estas cosas se indignaba o reía, las toleró unos meses. Fermín, su madre y sus hermanas soportaban sufriendo los sarcasmos de la orgullosa. Pero su humillación y su rabia llegó al colmo cuando supieron que Albertina, sin consultar al marido, malvendiera a un judío aquellas cosas tan bonitas. Ahora, los desdenes de Albertina eran incesantes. Ya Fermín no esperaba nada del amor de su mujer. Y por ésto, él, hijo de la pampa, se refugiaba en el cariño a los caballos.

Cóndor era su favorito. Una temporada de triunfos en común. Preparado por él, montado por él,



Cóndor era el crack invencible. Amor de padre sentía Fermín hacia el animal. No admitía en ningún otro tanta belleza. ¿Cuál tenía su pescuezo noble, sus piernas esbeltas, sus proporciones perfectas, la pureza de su color alazán, su pelo lustroso e igual, y sobre todo su mirar casi humano? La viveza de sus ojos revelaba su alma animosa; y la dirección de las líneas de sus remos, el equilibrio admirable del cuerpo, la firmeza de sus manos y sus patas, la precisión de sus movimientos, todo evidenciaba en él al gran caballo. Y todo era también elegancia en el crack. De haber nacido gente — pensaba Fermín — sería príncipe.

Contreras tenía en los caballos sus amigos y su sociedad. A unos los quería menos que a otros. Creía que tal “pupilo” del stud le tomaba ley o le iba retirando su cariño. Imaginaba resentimientos por su preferencia a Cóndor, y la disimulaba. Algún caballo le parecía desagradecido, como aquel que, hacía dos años, mientras él lo acariciaba, le mordió llevándole un cachito de oreja. Cóndor era la propia lealtad. Y cariñoso, obediente, inteligente. Apenas Fermín acercábase a su box llamándole “¡Viejo!”, Cóndor contestaba relinchando: “¿Queeeé?” Y si la puerta estaba aun cerrada, el caballo manoteaba hasta que la abriesen.

Desde que comenzara el despego de Albertina, el afecto del jockey a Cóndor se había ahondado. Sólo al caballo Fermín contó su pena. Cuando nadie le veía, acercaba su rostro al pescuezo del crack y le hablaba:

—¡No sabés lo qué me pasa, viejito! No me quiere... Y yo que la adoraba... ¡que la adoro entuavía! No me entiende, ni yo a ella. Por éso, aura te quiero más que nunca, viejito. Vos me comprendés, ¿no es cierto? Vos me querés y no sos desagrado.

Ferrín, habitualmente, no hablaba con tanta incorrección. Esto ocurría en sus horas de sufrimiento o en sus raros enojos; en general, cuando despertaba el gaucho que vivía latente en su naturaleza. Uno de estos momentos era aquel en que le hablaba a Cóndor. Miraba los ojos del caballo y hallaba en ellos la expresión misteriosa y casi humana que le diera tanta celebridad como su ligereza fabulosa. Fermín fué quien descubrió en Cóndor aquellos ojos de gente; de cristiano, como él decía. Cuando le narraba sus penas, el jockey veía en ellos humedad de lágrimas.

Las confidencias de Fermín Contreras a los caballos no fueron sólo sentimentales. Sus disgustos con los patrones, que le culpaban de las carreras perdidas; las envidias de algunos compañeros y las intrigas en que le envolvían; su descontento de sí mismo cuando no había corrido bien al animal, todo esto Fermín se lo contaba a los irracionales. Buen criollo, desinteresado y noble, su pasión por el caballo no toleraba a algunos jockeys y entrenadores que sólo buscaban el dinero. Y cuando veía algún rasgo de interés inconfesable o de poco amor por el oficio, allá iba con la queja a su favorito.

Fermín tenía la desconfianza y el pesimismo fa-

talista del gaucho. Sólo a los caballos los creía nobles y leales, si bien solía ver en algunos los mismos defectos que en los hombres. Rodeado de admiradores, sospechaba que todos le abandonarían apenas perdiese su prestigio. Le seguían, le buscaban, le invitaban, no por amistad sincera, sino por exhibirse junto al hombre célebre, por agrandarse pregonando su amistad. No, él no creía en los hombres. En el único libro que leyerá en su vida, el *Martín Fierro*, y que sabía de memoria casi entero, encontraba su mismo concepto de la humanidad.

El amanecer, ya en su plenitud, llenaba la soledad de las calles. La luz celeste se había matizado levemente de tonalidades de oro y rosa. Aquí y allí surgían calmosas figuras humanas. Eran las gentes del turf: entrenadores, peones, jockeys. En las puertas de las casas, que comenzaban a abrirse, admiradores acérrimos los miraban pasar. Silbidos de trenes agujereaban la ligera niebla. El frescor de la mañanita primaveral — mediaba noviembre — íbase retirando a grandes pasos hacia su guarida en el Plata próximo.

\*

\* \*

Cerca del caserón del stud, un muchachón andrajoso le dió los buenos días con timidez. Era uno de esos desocupados que van a tomar mates en los

studs y a los que les llaman “cogotes”. Fermín no veía con buena cara a esos individuos, que suelen chismear y espiar. Les toleraba de lástima o porque sospechaba en ellos su misma pasión por el caballo.

El muchachón parecía querer decirle algo.

—¿Hay alguna novedad?

—Hay, don Fermín. Cóndor ta enfermo.

Fermín apresuró el paso. En el portón le esperaba el capataz. Pero él, mudo, sombrío, pasó de largo para ver al crack.

El stud Las Vizcachas ocupaba un edificio cuadrado, de un cuarto de manzana. Un patio inmenso, rodeado de boxes, con una señorial palmera en el centro y en un ángulo la casa del capataz. Fermín debía cruzar todo el patio. El box de Cóndor era el más distante de la puerta. Fermín había instalado allí al crack para alejarle de los curiosos, que asomaban la cabeza en el stud y aun se entraban hasta el patio, olfateando como perros.

Fermín Contreras llegó al box de su favorito. Dentro, acariciando al caballo, estaba su peón, el indio Caniupán. Jockey famoso hacía treinta y cinco años, ganador de doscientas carreras, era ahora, viejo y pobre, un simple peón. Llamábanle Caupa. Tendría unos sesenta y tres años. Su cara enorme estaba llena de cicatrices. Aquí y allí, sobre todo en el labio superior, raleaban algunos pelos descoloridos y anárquicos. Rivalizaba con Fermín en el afecto a Cóndor. Celaba al compositor, temiendo que el caballo le quisiera más que a él. Desconfiado, no se apartaba del animal; y dormía en el stud y se



levantaba de noche para vigilarlo. Cuando tronaba o llovía torrencialmente solía acompañarlo para que no se excitase. Lo mismo hacía en ciertas épocas en que al caballo, nervioso, le daba por levantarse y pasearse. A otros pupilos, en estos casos, le ponían en el box al carnero Perico. Los caballos veían al carnero y se quedaban quietos. El indio no había consentido jamás en que metiesen a Perico en el box de Cóndor. El lo reemplazaba.

A Fermín le bastó mirar la cara del indio para saber que Cóndor estaba enfermo de veras. Caupa se apartó al verle. Fermín se acercó al caballo, parado en su lecho de paja, lo acarició, lo llamó. Cóndor no contestaba. Sólo movía tristemente la cara hacia Fermín.

—A ver... contame, Caupa — susurró Fermín, llamando al indio afuera, como si el enfermo no debiese oír los pormenores del mal.

—Arañando la paré... ta aplastao...

El indio hablaba con dificultad, como escupiendo cada palabra. No miraba al compositor. Quedó inmóvil, hosco. Al cabo, haciendo un esfuerzo y luego soltando las palabras como si fuesen carozos, agregó:

—No queriendo... comer...

El propietario, el día anterior, había llevado a Fermín a un haras próximo a Buenos Aires para ver un potrillo que le interesaba. No pudiendo preparar Fermín las raciones de los caballos y dárselas de comer, encargó de la tarea al capataz y a los pcones. Y habiendo regresado a la noche, muy

tarde, a causa de un percance del automóvil en que viajaban, no le fué posible ir al stud.

—¿Qué será, Caupa? ¿El agua? ¿No habrá estao turbia? ¿O habrá comido la paja'e la cama, como sabe hacer?

Imposible sacarle palabra a aquel indio retobado. Cuando era jockey, ningún propietario logró que cumpliese sus instrucciones ni pudo saber siquiera si las había entendido o no. Manejaba el caballo a lo bárbaro, con desorbitados movimientos de brazos y a veces hasta aullando. Sin duda eran resabios de los malones en que tomara parte cuando chico, en tiempos del cacique Mariano Rosas. Y así ganaba las carreras, ante el asombro de todo el mundo.

—Haré llamar al veterinario — dijo Fermín, a lo que Caupa repuso con un gruñido, alejándose.

El cuidador se acercó al caballo.

—¿Qué tenés, viejito'e mi alma? No puedo verte así. ¡Enfermarte aura, después de tu gran triunfo del Carlos Pellegrini! Y pa pior, esta madrugada, ella... ¿sabés?... no quiso que la besara. Bueno. ¡Pa qué te v'y a entristecer más!

Luego Fermín pidió al capataz que a las ocho telefonara al patrón y al veterinario, avisando la enfermedad del crack.

Después recorrió los quince boxes en que se alojaban los demás pensionistas del stud y dispuso que los caballos fuesen llevados a las pistas. Eran ya las seis y media de la mañana y a él le gustaba trabajar tempranito.

Los caballos, cubiertos con las mantas y con

las cogoterías, desfilaron al tranco frente a Fermín. Cada uno iba conducido del cabestro por su peón, que marchaba a su lado y a pie. Luego, como acostumbraba, Fermín mandó detenerse a las tres hileras de peones y caballos. Y poniéndose al frente, montó en Alegre, su flete de paseo, e inició la marcha hacia el Hipódromo.

\*

\* \*

Palermo, en aquella mañana de Noviembre, estaba ya en su esplendor. Fermín acababa de trabajar a sus caballos y ahora, montado en Alegre, habíase detenido en la pista central, frente a la tribuna de los socios, con otros compañeros.

Para él no existía un placer más grande que el de contemplar, en esos momentos, el espectáculo del Hipódromo. Ni las carreras comparábanse con las pistas en las horas del entrenamiento. Fermín gozaba observando los doscientos o trescientos caballos, y a veces más, que eran trabajados simultáneamente. Una fiesta para los sentidos, el alma y el corazón del criollo. Un fondo admirable enmarcaba la escena. Fermín veía allá lejos, tapando el horizonte, las altas frondas del golf y de la orilla del río. Algunas chimeneas, como barras

negras, alzaban su rigidez, en contraste con el infinito de las curvas arbóreas. Palmeras aquí y allí, en el centro del circo. Pasaban trenes por el fondo, cortando al ras la línea de los árboles. Y más acá, entre el óvalo de las tres pistas paralelas, azuleaban pequeños lagos serenos y de bordes irregulares, que se unían blandamente por lenguas de tierra: manos que se abandonaban una en otra. Y entre el azul del agua y los distintos matices del verde claro, un camino recto y rojo lacraaba el centro del circo.

Y en este escenario, de cuyo encanto sólo una parte advertía Fermín, movíase una pródiga riqueza de color y de líneas. La policromía de los distintos pelos — zainos, alazanes, tordillos y otros colores — complicábase con los tintes de las mantas y de las cogoterías. Un zaino negro iba tal vez cubierto con una manta de franjas rojas. Sobre el lomo de un doradillo extendíase quizás una manta azul. Manchas moradas o violetas atenuaban la brillantez estridente de los zainos colorados. Tal cual caballo blanco o negro parecía puesto allí para que resaltaran los infinitos matices de color. Y todas estas tonalidades no estaban en reposo, salvo excepcionalmente, sino en movimiento. Viviente calidoscopio. Pasar y repasar de colores: unos al tranco, otros al galope, otros a todo correr. Los yearlings, contenidos en su vibrante impaciencia por sus jinetes, contrastaban con el aire cansado de los veteranos de las pistas. Aquí un convaleciente, de andar tímido o flojo, cruzábase con la ágil elegancia de las potrancas. Vencedores gloriosos pasaban indiferen-



tes junto al mestizo que aun no salió de perdedor. Los “defensores” de “colores históricos”, de lujosas caballerizas, y los “grandes precios”, mezclábanse a la hípica chusma, a los “burros” de los studs humildes. Algún ardiente “dosaños”, en la vecindad de una yegua, olía el aire con inquieta avidez. Unos caballos eran briosos, otros sumisos y apagados. Unos, audaces; otros, tímidos. Ojos alertas denunciaban el corazón fuerte, el alma llena de vida. Imágenes de perfecto equilibrio galopaban al lado de ancas demasiado robustas o de líneas sensiblemente toscas. Y todos los movimientos: el paso, el trote inglés, el galope, la corrida, distribuídos con gracia y armonía por la ley varia del entrenamiento. Solos, en parejas o en pequeños lotes, pasaban los racers con lentitud o trotando, montados por sus peones, los aprendices o los jockeys. Unos caballos iban y otros venían. A este lo llevaban como en un paseo, caracoleante y nervioso. A aquel ejercitábanlo en elegantes “floreos”. Ya era una “partida al freno”, ya un suave “canter” o galope moderado. De pronto, tal caballo, que iba al trotecito, rompía a correr, y los ojos de los espectadores clavábanse en los vigilantes cronómetros. Otras veces, carreras. Los propietarios, entrenadores, jockeys y curiosos, seguían con espectantes sonrisas aquel lance imprevisto. El Hipódromo era una feria de movimientos, una alegre fiesta de la línea y del color vivientes.

Aquella mañana Fermín estaba triste. El desdén de Albertina, la enfermedad de Cóndor... Apenas escuchaba las charlas a su lado. Debió contestar a

las preguntas sobre la salud del crack, pues ya la noticia habíase desparramado por el Hipódromo. Lo hacía con fastidio, aun comprendiendo que el principal acontecimiento del día era la enfermedad de Cóndor, el más glorioso héroe de las pistas argentinas, el ganador de “la triple corona”, el triunfador, dos días antes, del Gran Premio Carlos Pellegrini.

Ahora, los tres compositores que le acompañaban, todos a caballo, comentaban el accidente de Ramón Suárez, el entrenador del stud La Gloria. Fermín, que estuviera distraído, pidió informes.

—Un ataque a la cabeza, parece. Le dió anoche.

—Va a quedar fuera’el training.

—Es una pérdida para el turf.

—El pobre Ramón aflojó antes de llegar a la raya.

—Pero está platudo. Cinco casas en Belgrano y varios caballos.

Fermín sacudió la cabeza tristemente. “Para algunos — pensaba — las carreras no son sino un medio de enriquecerse. ¡Malos criollos, interesados como gringos!” Notaron su gesto y le preguntaron. Dijo lo que opinaba. Los demás, esquivando el tema, concedieron que el turf se iba llenando de extranjeros. Había jockeys “gallegos”, italianos, ingleses. Y hasta un japonés, en Rosario.

—Por eso las carreras están en decadencia — sentenció Fermín, y despidiéndose fué a dejar su caballo.

Luego volvió frente a la tribuna de socios, pero

ahora por el lado de la pelouse. Allí, junto a la verja que limitaba la pista de carreras, solía reunirse con dos o tres amigos. Al llegar, Fermín vió, sentados en las gradas de la tribuna del paddock, una veintena de periodistas que tomaban notas afanosamente.

Uno de los amigos del jockey era Redonnet, compositor nuevo que preparaba el caballo de un italiano. Redonnet había sido millonario. Perdió su fortuna en las carreras. Jugó a lo gran señor, tuvo stud, uno de los más lujosos de Buenos Aires, hipotecó sus bienes, se quedó sencillamente en la calle. Vivía de una pensión que le pasaba un Banco al que entregó su fortuna. Ahora aprovechaba sus conocimientos. Era gordo, tenía una cabeza enorme, los ojos pequeños y siempre medio cerrados, y el labio inferior y la mandíbula hacían pensar en un belfo. Le sobraba carne por todas partes: en las mejillas, en el pescuezo, donde formábase una doble papada, en las manos, en las asentaderas. Hablaba perezosamente, con cierto dejo provinciano. Solía ir vestido con breeches, chaleco de color y plastrón de seda. Un gran chambergo de anchas alas magnificaba el exterior de aquel hombre cuya indumentaria y cuyos modales denunciaban un gentleman. Fermín le quería mucho. Monta oficial en su stud, jamás tuvo un patrón más generoso, más bueno y menos entremetido. Las veces que ganó carreras importantes Fermín recibió, aparte del tanto que le correspondía, quinientos o mil pesos de regalo. También Fermín admiraba a aquel hombre que no buscaba el

negocio, y que se había arruinado por puro amor al caballo y a las carreras.

Apenas Redonnet vió a su amigo le llamó aparte. Redonnet tuteaba al jockey desde el tiempo en que fuera su patrón, pero Fermín, aunque Redonnet se lo rogara, no se animaba a hacerlo. Veía en el ex millonario, en su antiguo patrón, al hombre de calidad más alta que la suya.

—¿Sabés la novedad? — preguntó misteriosamente Redonnet.

—¿La enfermedá'e Ramón Suárez?

—No, m'hijo. Algo más importante. Tu patrón, Federico Wilkinson, ha roto definitivamente con Indiana.

Aquella ruptura histórica para el turf, entre el propietario del stud Las Vizcachas y su amante Indiana Reyes, la dueña de La Gloria, esperábala Fermín desde hacía tiempo. Pero su trascendencia era tan grande para los dos studs, que el cuidador quedó anonadado. Y para peor el hecho se complicaba con la enfermedad de Ramón Suárez.

—Y eso... ¿cómo se sabe? — preguntó Fermín, incrédulo.

—Por Américo, anoche. Y hay algo más. Américo me dió a entender que te buscarán.

Américo era el hermano de Indiana y su representante en todas las cosas del stud. No administraba ni dirigía. Su hermana utilizábale como espantapájaros, correveidile y testaferro. Aquellas cosas que ella no quería hacer directamente encargábaselas a Américo, alma de lacayo y de rufián.



—¿A mí? — exclamó Fermín, indignado. — ¿Y creen que yo voy a dejar a don Federico, y a Cón-dor y los demás caballos?

—Te ofrecerán plata a montones. Federico anda medio mal y ella, Indiana, tiene un fortunón.

—¡Pero a mí no me compra nadie! ¡Se han pen-sao!

A Fermín le inquietaron aquellas noticias porque preveía una lucha a muerte entre los dos studs. No por parte de su patrón, sino por parte de ella, mujer de avería.

—Dicen que es brava, ¿no? Usté la ha'e cono-cer...

Redonnet, que había frecuentado la mejor socie-dad, conocía mucho a Indiana Reyes. Era bella, arrogante, intrépida. Heredó una gran fortuna de su padre y otra de su marido, que le dejó el stud. Vivía al margen de la sociedad a causa de sus amo-res con Wilkinson, que empezaron en vida del ma-rido. Nadie ignoraba en Buenos Aires esos amores célebres. Orgullosa, Indiana despreciaba a la socie-dad. Sus amistades eran exclusivamente masculinas, salvo una que otra descalificada como ella. En su casa reuníanse dos noches por semana sus amigos — grandes nombres de la sociedad, la política y los negocios — y allí bebían champaña y jugaban a la ruleta y al poker.

—Es terrible, Indiana — dijo Redonnet. — Ca-paz de cualquier cosa. Si le hace la guerra a Las Vizcachas, ya podés ir abriendo los ojos. Habrá que vigilar mucho a los caballos, pero mucho... No

dejar que entre nadie en el stud, ni se les acerque en el paddock, ni en las pistas, ni en ninguna parte... ¡Ah! y no descuidés a los peones... Te repito, Fermín: esa mujer es capaz de la barbaridad más grande.

\*

\* \*

Después del trabajo matinal Fermín Contreras tomaba un café, en un bar frente al Hipódromo. Allí seguíanle algunos admiradores y satélites.

Aquella mañana la noticia de la enfermedad de Cóndor aumentó el número habitual de los curiosos. Redonnet, con la autoridad de su vestimenta y de su condición social, espantaba a los de menor cuantía, que molestaban con sus preguntas al primer látigo de América. Pero no podía evitar que periodistas, dueños de caballos y personas de cierta condición, asaltaran al hombre célebre.

Fermín podía disponer de una media hora. El veterinario le había mandado avisar que iría a las nueve al stud. Pero, deseoso de ver a Cóndor cuanto antes, cruzaba la calle sin atender a las impertinencias que le obstruían el paso. Un señor calvo y obeso, corredor de Bolsa, pedíale una entrevista para solicitarle consejos, pues resolviera fundar un

stud. Un periodista le afligía atribuyendo a Cóndor males gravísimos. Alguien preguntábale si tal pupilo de Las Vizcachas ganaría en la carrera del domingo. Los repórters pedíanle las cifras de algunas performances.

Al entrar en el café, un jockey le llamó aparte. Le pedía que aceptara su candidatura para presidente de la Asociación de Entrenadores y Jockeys del Turf argentino. Era un muchacho enclenque, medio corcovado y negrucho.

—Yo no sirvo pa eso — contestó Fermín. — Busquen otro más léido.

El muchacho insistió. Fermín no podía negarse. Su prestigio en las pistas era enorme, no tenía resistencias y su falta de ambiciones garantizaba su imparcialidad.

—Ya veremos... Si se empeñan...

Se apartó de su compañero. El mozo habíale ya servido, en la mesa de siempre, su habitual café.

Un sujeto se les acercó. Era un redactor de *La Tarde*. Tenía un exterior vulgar y una mirada penetrante. Su sonrisa fina contrastaba con su traje roñoso. Escribía, con talento y gracia, crónicas hípias en un castellano, mezcla de lunfardo y del dialecto turfístico, que produciría una encefalitis letárgica a los miembros de la Academia española que se arriesgasen a leerlas.

—Dicen que La Gloria le ha ofrecido...

—No sé nada, Vázquez — interrumpió Fermín.  
— Y a más, que yo no aceptaría.

—¿Y si las condiciones fuesen buenas? — pre-

guntó el periodista, frotándose el pulgar contra el índice de la mano derecha y sonriendo.

Fermín se dispuso a salir del bar, sin contestarle. Sus inquietudes por la enfermedad de Cóndor, los desdenes de Albertina, aquellos anuncios de una proposición que le ofendía, la posible hostilidad de La Gloria, todo ésto le tenía desasosegado. Y ahora, para peor, aquel hombre le suponía venal e interesado... ¿Y por qué? El ganó mucho dinero, era cierto, en los tres últimos años: ciento cincuenta mil. Y si gastaba poco no era por avaricia, por "amarretismo", como algunos pensaban. Era que no tenía vicios. Su única pasión, los caballos, las carreras. El juego a las cartas le aburría; fiel a Albertina, no le inquietaban las mujeres. Además, sostenía otra casa: la de su madre y sus hermanas.

Hubiera querido, aquella mañana, hablarle a Redonnet con el corazón en la mano. En Redonnet confiaba porque le veía desgraciado y porque el ex millonario amaba con análoga pasión que la suya a los caballos y a las carreras. El caballito del italiano, el único que preparaba Redonnet, era un matungo, pero Redonnet lo quería con el alma y le atribuía méritos inexistentes. Y él, Fermín Contreras, el cuidador del crack más estupendo que corrió en las pistas de América, tenía que asentir, por piedad, a los elogios que le hacía Redonnet del triste caballito del italiano.

Pero no habían podido hablar. Y ahora, allá estaban en la puerta del bar, despidiéndose, los dos amigos y el periodista. En ésto, Redonnet, mirando

un automóvil que se detenía frente al bar y pegando un codazo a Fermín, le dijo:

—Ahí está el hombre. Viene a buscarte.

Era Américo Reyes, el hermano de Indiana.

\*

\* \*

—Te buscaba, Fermín.

El jockey, en otro momento, habría tenido un placer en encontrar a Américo. En el mundo del turf no había hombre más simpático y divertido que él. Bajo, de perfil napoleónico, cachazudo, gracioso, mal hablado y sin vergüenza, hacía reír por las enormidades que decía, por su risueño cinismo y por su maestría para los cuentos verdes. Tuteaba a todo el mundo, se emborrachaba, jugaba, pedía prestado y nunca devolvía. Jamás pagaba en los bares. Creíasele capaz de cualquier negocio deshonesto. Era bueno de corazón, servicial, campechano. La gente turfística, hasta los peones de los studs, le querían de veras. El trataba a todos de igual a igual. Eran de oírse las risotadas cuando Américo contaba alguna historieta obscena y en la que él aparecía en situaciones moralmente deplorables. Inteligente, aunque sin cultura, servía con habilidad a los planes de su hermana. El lo averiguaba,



todo, se introducía en todas partes. Fué rico. Perdió su herencia en malos negocios, en farras increíbles, en la ruleta. Jamás trabajó. Ahora vivía a costa de su hermana, que le daba una pensión. Decíase que vendía “datos” y que organizaba “tongos”: componendas entre algunos jockeys poco escrupulosos. Lo cierto es que no existía persona más apropiada para comprar conciencias. Su sutileza, su falta absoluta de seriedad, su amoralidad reconocida le servían a maravilla para sus fines torcidos.

—Y a vos, gordo, ¿cómo te va? — le dijo a Redonnet riendo y pinchándole en el vientre. — Te estás pareciendo al hipopótamo del zoológico.

El gordo, que era un buenazo, no se ofendió.

—Tenemos que hablar, Fermín.

—No puede ser, don Américo. Cóndor ta enfermo y aura va a dir el veterinario al estú. Y a más, que ya sé a lo que viene. No me busque, don Américo. Yo no quiero dejar a don Federico ni a Cóndor, ni a los otros caballos.

—Pero no seas otario, m'hijo. Te vamos a llenar los bolsillos de oro, de o-ro... ¿Sabés lo qué es eso?

Le había tomado de un brazo con la mano izquierda y levantaba la derecha como un orador que increpa a una multitud.

—Es de balde, don Américo...

—Como para matarte a palos... Te digo que te vamos a enriquecer. Podrás comprarte caballos: tu ideal. Dejalo al caballo de Federico...

Redonnet, sensible a toda clase de chistes, rió con sus papadas. Pero agregó:

—Si Federico se entera, no te queda un hueso sano.

—Quise decir: los caballos de Federico... Bueno, viejo — palmeó a Fermín. — Te venís con nosotros, ¿verdad? Mi hermana, que no es una amarrere como vos, te hartará de plata.

Fermín arguyó que no le interesaba la plata. Prefería ser leal. Él era un criollo de ley. Llamó a un automóvil y se despidió.

—Esta noche comemos juntos los tres — dijo Américo, que no se daba por vencido. — Y hasta podríamos hacer un programita...

El periodista no se molestó por la exclusión. Veía que se trataba de asuntos privados, de intereses. Fermín se excusó. Estaba preocupado por la enfermedad de Cóndor y otras cosas. No quería tampoco dejar sola a su mujer.

—Entonces — terminó Américo con un falso enojo, que agravaba su perfil napoleónico y su comicidad, viendo que Fermín se despedía y subía al automóvil — quiere decir que sos el más piramidal de los papanatas.

—Así será, don Américo.

Mientras el automóvil volaba hacia el stud, a Fermín antojábasele que las dos filas de casas corrían una carrera. Y en un instante, sugestionado por su idea, se asomó a la ventanilla para ver cuál de las dos ganaba. Cuando el coche se apareó al portón de la caballeriza, los latidos del corazón de Fermín, inquieto por Cóndor, reemplazaron a los del motor en silencio.



## II

### EL PROPIETARIO DEL STUD «LAS VIZCACHAS»

Federico Wilkinson casi se lamentaba de ser dueño de un crack. La gente no le hablaba sino de Cóndor, de la salud de Cóndor, del dinero ganado por Cóndor. Si le presentaban a alguien, el otro, hombre o mujer, exclamaba al oír su nombre: “¿El señor es el dueño de Cóndor, no?” Los ascendientes del famoso caballo y las hazañas turfísticas de cada uno, los detalles de todas las carreras ganadas por “el invicto”, las enfermedades que tuvo o hubo de tener, su belleza insuperada, sus seguros triunfos próximos, eran los temas que sus interlocutores imponíanle a Federico. Su vida, antes variada, habíase tornado monótona.

Y esto no era nada junto a sus tiránicas preocupaciones por el crack y a las preocupaciones de Fermín, del peón de Cóndor, del capataz y de los peones de los demás caballos del stud, las que repercutían sobre su sensibilidad de propietario. El teléfono

funcionaba desde el amanecer. Cuando no era Fermín, que le informaba sobre el entrenamiento o la salud del caballo, tratábase de algún periodista con sus preguntas impertinentes. El menor malestar del crack era motivo de innumerables viajes al stud. Todo ésto se explicaba fácilmente: Cóndor valía quinientos mil pesos y le había producido, en premios y apuestas, cerca de trescientos cincuenta mil.

Antes de ser dueño del crack, Federico iba al stud sin apresuramiento, a la tarde, después de haber almorzado en el club con sus amigos. Ahora, mañana y tarde. Almorzaba a veces a la disparada y en ocasiones dormía mal, a causa de la gloria y la felicidad de ser el propietario del primer caballo de América.

La noche anterior apenas había dormido. Sus amores con Indiana, en vías de liquidación, habían llegado a un punto que exigía el fin. Habíale escrito, y aquella mañana su portero llevaría la carta. Comenzaba a dormirse cuando sonó el teléfono. Llamábanle del stud. Saltó al baño, se vistió apresuradamente y, no pudiendo conseguir a esa hora su Rolls Royce, tomó un automóvil de alquiler.

Y allá iba Federico Wilkinson hacia Las Vizcachas, en un taxi carreta. Las nueve. Federico se preguntaba con angustia si estaría Cóndor grave o moribundo.

—¿No puede apurarse? — le gritó al chofer. — No llegamos en la vida, ¡hombre! Más pronto se va a pie.

El chofer movía la cabeza y no contestaba.



A Federico se le cerraban los ojos, no obstante el baño de lluvia y las preocupaciones. Por momentos dormitaba, para despertar sobresaltado. "Es una carreta — pensaba. — ¿Qué tendrá Cóndor? No, no se puede morir, después que me ha salvado del pantano. ¡Cómo estará de afligido Fermín! ¡Y el indio Caupa! Esta gente quiere a los caballos más que a sus padres... ¿Y qué dirá Indiana cuando reciba mi carta? Es estupenda, Indiana. Pero... siete años... Ya iba largo ese asunto... largo... largo..."

El automóvil habíase detenido. Federico, que soñaba con Indiana, se despertó. Estaba frente al stud.

\*

\* \*

—¿Qué le pasa a Cóndor? — le gritó al capataz. — Ya han hecho alguna barbaridad. No saben cuidar a un animal como ése.

Federico no tenía mal genio. Pero cuando el crack se enfermaba, aparecíase furioso. Acusaba al capataz, a Fermín y a los peones de descuidarse, de darles de comer poco o mucho a los animales, de no entenderlos: se habían pasado la vida en el campo, entre caballos criollos, vulgares mancarrones sin sensibilidad ni belleza. Los empleados dejábanle rezon-

gar. Sabían que ese era el modo de “don” Federico — como le decían — de sentir y expresar sus inquietudes. El enojo pasaría, y el propio don Federico daríase cuenta de su injusticia.

El capataz era un “oriental” que en su juventud había peleado en las guerras civiles del Uruguay, a las órdenes de Aparicio Saravia. En Buenos Aires fué entrenador. Un día, encontrando a su mujer con un amante, la mató de un balazo. Fué absuelto, pero esta “desgracia” le hizo prudente. Era un hombre de cincuenta años, esbelto, de mirada torva y gruesos bigotes renegridos. Tenía un hondo rencor hacia Fermín, que desconfiaba de él.

—¿Y el veterinario? ¡ A que no ha venido...! Ese es otro inservible.

—Acaba de irse, señor.

—¿Y por qué no me esperó?

Federico, mordiendo interjecciones, se dirigió al box de Cóndor. Fermín venía a su encuentro. Preguntas y frases tajantes cortaron el aliento al cuidador.

—Y el imbécil del veterinario ¿qué dijo?

—Que por aura no puede saber... Parece que tiene algo... Pero no ha'e ser cosa'e cuidao.

—Eso crees vos, que sos un ignorante. ¿Por qué no va a ser de cuidado? Y ese hombre, nunca sabe. No sé para qué estudian...

Fermín sufría. No tenía la menor culpa en el caso de Cóndor, pero la tuvo en el de Orleans, sometido a un entrenamiento excesivo, convaleciente de una enfermedad. Federico, en sus enojos habi-

tuales, le recordaba su descuido con Orleans, que debió ser retirado del training por varios meses.

—Ustedes no pueden comprender que un pur sang es como una persona fina, porque son de sangre ordinaria, como los matungos de las volantas. Yo puedo comprender a un animal de éstos porque yo también soy de raza. La delicadeza de sensibilidad de Cóndor, de Orleans, sólo puede ser accesible a un hombre distinguido. ¿Entienden?

—Así será, señor — contestaba Fermín, humildemente — pero le aseguro que nosotros no tenemos la culpa. Es el Destino, no más.

—¡El Destino! Hay que ser ignorante... Lo mismo que ese indio... ¿Por qué meneás la cabeza? ¿Acaso no tengo razón?

El ranquel se apartó del caballo y salió del box lentamente. Iba algo encorvado, con el ceño contraído en un gesto no se sabía si de dolor, de enojo o de amor propio ofendido. La cara de Caupa era una esfinge.

—Estos indios parecen mudos...

—¡Y cómo va a hablar, don Federico! El hombre quiere al caballo lo mismo, o más, que si fuera su padre. Y lo cuida bien. Y es natural, al hombre no le gusta que...

Federico, una vez más, comprendió que la culpa de su irritabilidad y sus injusticias era el tratarse de Cóndor. Por otro caballo no se preocuparía hasta la obsesión ni se excitaría ridículamente. ¡Pero se trataba de un crack! ¡Y de un portentoso crack!

Al chaparrón sucedió el descontento. Parecía a

Federico no haber conservado su línea, su conducta de gentleman.

—Mirá Fermín. Llamalo al indio. El caballo no debè quedar solo.

Fermín sabía que estas palabras significaban el arrepentimiento. El orgullo y la reserva de Federico no le permitían nada más. Fermín fué a buscar al indio. Lo encontró con dos peones. Cuando Caupa tenía un disgusto refugiábase en la compañía de esos muchachos que le miraban con respeto, como a un maestro, y le preguntaban mil detalles sobre célebres caballos, carreras y jockeys de su tiempo. El indio volvió con la cara menos arrugada.

Federico acercóse a Cóndor, lo acarició, lo miró largamente. Despidióse del crack con unas palmas. Como por equivocación, una de ellas le tocó al indio, que quedó contento lo mismo que si aquello fuese pedirle excusas.

Luego recorrió el patrón los demás boxes. Allí estaban Fedra, la elegante nieta de Old Man, el más extraordinario caballo y reproductor que hubo en el país; Saturno, un cuatro años de pelo tordillo y de mucha alzada, formidable stayer que ganara dos veces el Pueyrredón; Lincoln, vendido días antes al haras Las Lagunas para reproductor; Míster, cuyo padre se ignoraba, singular rareza difícil de concebir para el ojo fiscalizador del Stud-Book; Orleans, el alazán de ojos tristes; Chiriguano, carne de cañón del stud, que llevaba cinco temporadas de luchas; Babiaca, un “gran precio” que no honraba su nombre, fracasado en tres años de derrotas;

## LA PAMPA Y SU PASION

Catriel, un lindísimo zaino, que en dos temporadas aun no saliera de perdedor; Redomón, excelente potrillo, pero perseguido por las enfermedades y los accidentes; y por último Yaguareté, hermano materno de Cóndor, y esperanza del stud.

Otros caballos albergaba Las Vizcachas. Uno de estos caballos, Centuario, de su íntimo Horacio Almagro, llevaba dos años de perder carreras, con una constancia que era motivo de risa en el stud. Almagro, no obstante, sostenía en el Jockey, en la sala llamada “el manicomio” donde reuníanse los carreristas, que Centauro tenía grandes condiciones, pero que lo habían corrido mal o que estaba deficientemente preparado o que le perseguía la *jetta*. Otro de los caballos, Inglés, pertenecía al almacenero de Federico, un italiano al cual un cliente le pagara una cuenta con el matungo. Otro de los pupilos era la yegua Pampa, perteneciente a cuatro sobrinos de Federico, todos alumnos de los colegios nacionales, y que hartaban a su tío con las telefonadas, las visitas a su casa y al stud, y hasta las cartas para pedir noticias de la potranca a la que ellos imaginaban un Botafogo en ciernes. Y aun había Rocinante, de Almagro y tres amigos del club; y el potrillo Smart, de una linda cordobesita, mantenida por otro amigo.

Cada uno de estos pupilos formaba stud aparte. Federico no había querido que esos mancarrones desprestigiaran los “colores históricos” de Las Vizcachas: chaqueta negra, y mangas y gorra escocés colorado.



Federico y el entrenador pasaron de largo, frente a los boxes de estos huéspedes, y se dirigieron a la calle.

En el portón, el capataz se les acercó. Dijo que el veterinario hablaría por teléfono a las once.

—Que me hable al golf, si quiere decirme algo — dispuso el patrón.

Federico había sido, hacía tres años, un buen jugador de golf. Ganó campeonatos. Tuvo un handicap de cuatro. Ahora iba poco, dos o tres veces por mes, casi siempre después de algún disgusto con Indiana o de algún “metejón” en las carreras o en el pocker. El golf era para él un calmante. La mañana, nublada y sin calor, y la necesidad de desentumecer el espíritu, lleno de Indiana y de Cóndor, de conflictos sentimentales y dolencias hípicas, le llevaron allí.

Y mientras subía al automóvil que trajera y se despedía de Fermín y el mayordomo con vagas palmadas conciliadoras, repitió:

—Cualquier cosa que ocurra, ya lo saben: me hablan al golf. Estaré allí hasta las doce y media.

\*

\* \*

Federico acababa de vestirse. Antes de bajar del piso alto del club, donde estaba el vestuario de los

hombres, miróse al espejo, examinó su indumentaria y se encontró bien. Elegante, alto, de miembros finos, todas las prendas le sentaban. El traje de golf, que ridiculiza a tantos hombres, mostrando caricaturescas pantorrillas o caderas nada apolíneas, a él le embellecía. Su tipo británico — pelo rubio, ojos celestes, rostro huesudo — ganaba con el indumento del golfer. Arregló su corbata larga, que reproducía los colores del club, apretóse el cinturón de cuero y, después de hacer limpiar por el sirviente una pequeña mancha en su camisa de seda, bajó a los links.

Dirigióse a buscar sus palos y a pedir un caddie. Una muchacha de negro — esbeltez y delicadeza — caminaba delante de él. La pasó para verle el rostro. Deliciosa criatura: piel blanquísima, ojos grandes y oscuros, rostro de líneas suaves y perfectas, labios finos, expresión de serenidad y gravedad. Federico, que observaba sus tobillos y sus piernas, la definió, en su costumbre de pensar en los caballos, como un pur sang. La blancura de su rostro contrastaba con el negro de su vestido, dándole algo de misterioso a su belleza superior. Nada de coquetería. Y con el traje ceñido y la juvenil dureza de sus carnes, diferenciábase de casi todas las muchachas argentinas, que suelen producir una sensación de blandura, de pasividad y aun de voluptuosidad. En esta mujercita todo estaba ajustado, sin llegar a la rigidez en ningún punto. Daba la impresión de una persona activa — sin nada de viril, como Indiana, sino muy femenina, — habituada a los deportes y a la cual no le perturbaran las inquietudes

sexuales. Su tipo, si no criollo, era muy argentino. Tenía, en su aristocracia, el carácter nativo que se conserva en nuestras familias de secular tradición.

Federico partió con su caddie hacia la salida del primer hoyo. Un conocido ensayaba frenéticamente su driving. Federico, creyéndole solo, le invitó a un partido.

—Tengo una compañera. Y ahí viene — contestó el otro, indicando a la belleza que había maravillado a Federico.

Wilkinson pidió ser presentado. Era María de Jesús Ortiz, hija del propietario del haras Las Lagunas. Federico, amigo del padre y del hermano de María de Jesús, había sido invitado varias veces a pasar unos días en Las Lagunas. Pero él había conocido a María de Jesús en las carreras, hacía cuatro años. El luto de ella por su madre y cierto alejamiento de la actividad social que a Federico le impusieran sus amores con Indiana, absorbentes y ruidosos, impidieron que la encontrara otras veces.

—¿El dueño de Cóndor ? ¡Quién no lo conoce!

Federico protestó de que solamente le conociera por éso. Ella agregó que también le conocía por el golf, aparte de un vago parentesco que existía entre ellos.

—Algo nos une — comentó Federico, encantado de aquel vínculo que ignoraba.

—Pero todo lo demás los separa — agregó el otro, aludiendo a una frase ilustre y a la vida de Federico.

El autor de la gracia fué el único que la festejó.

María de Jesús sonrió por complacencia, sospechando un chiste. A Federico le reventó la frase. Pensó que María de Jesús recordaría y aun aludiría a sus amores con Indiana. Pero esto último no ocurrió, cosa extraña para Federico, habituado a que todas las mujeres, viejas y jóvenes, le hablasen, más o menos claramente, de aquella pasión histórica.

El compañero apremiaba a la chica para que "saliere". Federico la invitó para otro día. Ella vacilaba. Raras veces iba al golf, era muy chambona...

—No quiere jugar con usted porque conoce su mala fama — bromeó el compañero.

—No es cierto — reprochó María de Jesús. — ¿Por qué ha dicho eso?

Federico, encantado, veía nobleza y bondad en estas palabras y sobre todo en el tono en que fueron pronunciadas. No era la mujercita moderna, a la que nada le importa porque, según ella imagina, no tiene prejuicios. Era sencillamente la muchacha de perfecta honestidad, que se sabe por encima de toda sospecha; y también la muchacha buena, incapaz de pensar mal de nadie.

—Bueno, jugaremos — dijo, resueltamente, sin duda temiendo que Federico pudiera creer en las palabras del otro. — Vendré pasado mañana, a las cuatro de la tarde.

Federico la vió hacer su driving. Sus formas ágiles y perfectas, oprimidas por el vestido, definiéronse en todo su esplendor. El tiro fué mediocre, y ella quedó sonriente, un poco avergonzada. Luego, Federico la vió partir y alejarse, poniendo su man-

cha negra y delicada sobre el interminable verde de los links, oscurecido por el día nublado.

\*

\* \*

Federico jugaba aquella mañana como en sus mejores tiempos. Sus drivings, formidables, le permitían hacer rápidamente su hoyo y alcanzar a la pareja. En las primeras veces ellos invitaronle a pasar. Federico no aceptó. Adelantarse era no ver más a aquella criatura de excepción. Prefería jugar con calma, verla salir, sonriente y avergonzada por sus malos tiros de chambona. La presencia de Federico, tan excelente jugador, la cohibía un poco. Federico se decidió a chambonear, para animar a María de Jesús y para que no se arrepentiera del combinado partido.

En el espíritu de Federico penetraban aquella mañana, plenamente, la alegría y la belleza del golf. Parecíale que el tumulto de Buenos Aires se hubiese detenido con respeto ante el campo aterciopelado y verde de los links. Como nadie le apremiaba — no había jugadores detrás de él — podía dedicar unos segundos a absorber el paisaje. Aquí y allí, algunos árboles en grupo murmuraban en secreto de otros árboles que se aglomeraban más allá, o del lago que,



tendido de espaldas sobre el campo, no se cansaba de mirar el cielo dulcemente. La ciudad oponía a los ojos sus amontonamientos de formas y colores, masa compacta y triste. Chimeneas de fábricas jaloneaban las distancias. Los trenes eléctricos, sensibles, ágiles y finos, — los pur sang de la locomoción — cruzaban silbando sin estridencia, en un bloque, sin jadeos ni crujidos. A veces, silenciosos, suaves, se hundían instantáneamente, como una puñalada, en el cuerpo de la ciudad. Y un vasto cielo miraba hacia los links. En el espacio había algo del verde de los links y en los links se iba asentando, muy finamente, un poco del azul del cielo.

Nada existía para Federico fuera del paisaje, de María de Jesús y de aquella pequeña pelota en que se concentraba el universo. Ni se acordaba del crack. ¿De Indiana? Menos aún. No existían la vida cotidiana, ni sus afanes, ni sus placeres efímeros. Sólo existía aquella pequeña pelota que sus palos hacían volar. No deseaba sino pegarle, enviándola a donde le conviniese. Sus ojos, al prepararse para el golpe, no veían sino el pequeño espacio blanco. Su cuerpo entero palpitaba en la ansiedad del golpe bien logrado. Su sensibilidad vibraba inquietamente. Su espíritu y su alma no vivían sino en el trascendental instante.

Una serie de vagos pensamientos le obsesionaba sin embargo aquella mañana. ¿Si se casara? Era el momento. Había concluído ese día la gran pasión de su vida. Era, pues, libre. Necesitaba reposo, tenía

treinta y seis años bien vividos. Ya no le interesaba el club, ni el juego, ni los amoríos. Y cuando estos pensamientos desalojaban de sus ojos y de su espíritu a la pequeña pelota blanca, veía a lo lejos la silueta de María de Jesús, a veces como una estatua armoniosa sobre un enorme pedestal verdeclaro.

Pero estos pensamientos pasaban rápidamente. Ya la pelota atraía sus brazos inquietos. El palo alzabase en el aire, describiendo el swing de curva de guadaña. Su cuerpo todo había contribuido al golpe. Y allá iba la pequeña pelota blanca por los aires, estremecida como un lindo pajarito. Alegría del golpe feliz, de sentirse joven y fuerte. Sus ojos, todas sus facciones, sonreían mirando con beatitud volar por el espacio el blanco pajarito. Hasta imaginaba que fuese obra suya, que él le hubiese dado vida. Hasta la imaginaba una chiquitita paloma mensajera que él enviara para alcanzar a María de Jesús.

Y mientras caminaba, su espíritu estaba en los futuros golpes y en aquella silueta negra que embellecía el verde. Cuando intentó chambonear, la pelota cayó varias veces en los bunkers. Entonces Federico ponía en su juego toda su voluntad de vencer. Para él no había obstáculos en el golf como no los hubo en cosa alguna. Aprendió a jugar, luchando con tenacidad, como logró triunfar en los negocios, en las mujeres y en el turf. Y al vencer el obstáculo — más psicológico que físico — de la minúscula cordillera que es un bunker, relacionábalo con María de Jesús. ¿Por qué? Una confusa mezcla de inten-

ciones, anhelos, temores, ilusiones de un instante, se agitaba en lo hondo de su alma. Adivinaba algo nuevo en su vida. Y no quería pensar claramente, de miedo al porvenir.

El caddie lo enloquecía a preguntas.

—Señor, ¿cuántos hoyos va a jugar? Señor, ¿cuándo va a venir? ¿Cuánto me va a pagar?

Otras veces, un reto furibundo, o un amago de palo, cortaba las impertinencias. Pero ahora, sus pensamientos acababan de definirse y sentíase contento. Hasta se dignó hablar y bromear con el pobre muchachito roto.

En uno de los hoyos de la segunda vuelta, al encontrarse otra vez con sus conocidos, María de Jesús se despidió. Federico la siguió con los ojos. Se dispuso a tirar, pero una idea le detuvo: ¿si se casara con María de Jesús? Le interesaba atrozmente y él creía en los flechazos. Más aún: parecíanle la única forma de llegar al amor.

Pero ahora había que jugar. Sus ojos pegáronse de nuevo a la redonda blancura. La idea de que su mala fama impediríale que María de Jesús le aceptase, instalóse allí, encima de la pequeña pelota. Asió el palo fuertemente y le tiró con rabia a aquella cosita blanca en la que parecíale ver su destino. Pero sus ojos, al mismo tiempo, adivinaron una silueta negra, mirándole. Y erró el golpe, cosa inaudita y humillante en un jugador de su categoría. Era su primera "papa", después de siete años de golf.

\*

\* \*

Terminaba de bañarse y vestirse cuando le llamaron por teléfono.

Sabía que una señora preguntara por él dos veces. Acudió con ansiedad, pensando en Indiana. Su resolución de no reanudar era inquebrantable, pero a cada instante hacíanse imperativos los deseos de verla. La memoria de los sentidos le llevaba a recordarla con momentánea desesperación. A veces una sensación de Indiana muerta asociábase a aquella certeza de no verla más. Quisiera, por lo menos, que una simple amistad sustituyese al amor. Pero nada más imposible que ser amigos después de la pasión turbulenta. El único modo de no quererse era odiarse.

—¿Quién es? ¡Ah!

—...

—¿Ahora? ¿A almorzar?

Un gesto de contrariedad, denunciador del compromiso inevitable, fué sustituido, al cabo de un instante de vacilación, por una vaga expresión de contento.

—Bueno. Dentro de media hora estaré allí.

Era Albertina, la última de sus aventuras. La ha-

bía conocido y frecuentado en casa de Fermín. El jamás pensara en enamorarla. Tenía cariño por Fermín, y Albertina, además, le interesaba poco. Era vulgar, sin cultura ni inteligencia y, lo peor, “guaranga”. Vestía llamativamente, hablaba a gritos. Eso sí, linda y bien formada. Sus modas exageradas le hacían mostrar las piernas, largas y esculturales, los blancos brazos, las formas apetitosas. Era un magnífico animal, aunque sin fineza, ni carácter propio. Ella se le había insinuado descaradamente. Comenzó por las confidencias. No lo quería a su marido, un gaucho, que sólo pensaba en los caballos. Sus amigos eran gentes de stud, a los que ella calificaba de “chusmas”. Le avergonzaba ser mujer de jockey. Un jockey, a su entender, era tanto como un cochero o un caballerizo. Pase al principio, para ganar plata. Ahora debía ser dueño de stud. Pero era imposible civilizar a semejante campirriño.

Federico, por su parte, le confió su hartura de Indiana, amores que ella conocía, como todo el mundo del turf. Lo hizo por coquetería masculina, por decir algo... por todo, menos por conquistar a Albertina. Pero ella vió allí una insinuación. Le coqueteó. Una tarde presentóse en su casa con el pretexto de pedirle que no lo echara a su marido, cosa que Federico jamás había pensado. Quiso bailar, y, al son de la vitrola de Federico, se apretó contra él.

Aun no eran amantes. Federico, sin interés, postergaba con pretextos la cita definitiva. Ahora, su ruptura con Indiana obligábale a resolver sus rela-

ciones con Albertina. Necesitaba una mujer, y Albertina, seguramente aburridora a largo plazo, sería excelente querida para unos meses.

Federico pensaba en estas cosas mientras iba en camino a la cita, en la Plaza Italia. La urgencia de Albertina se explicaba. Habría sabido por Fermín la ruptura con Indiana y quería ocupar el sitio vacante. Federico sonreía con vanidad, cuando surgió la imagen de María de Jesús, hablándole un lenguaje nuevo para él. ¡Ah, dejaría todas las mujeres del mundo si supiera que María de Jesús pudiese quererle alguna vez! ¿Pero no era un disparate pensar en una mujercita a quien acababa de conocer y por la que nada podía sentir seriamente? ¿Y para qué preocuparse por lo que había de venir o no? Por ahora lo cierto era que Albertina sería suya aquella tarde. Y esto bastaba para su contento de vivir.

\*

\* \*

—Me has hecho esperar, Inglés... — le dijo ella zalameramente, prendiéndose a su brazo, junto a la estatua de Garibaldi.

Gustaba decirle Inglés. Desde el primer beso se tutearon. Pero era la primera vez que salían juntos, en aquel un poco largo prólogo de aventura.



Albertina quería ir lejos. Federico la hubiera llevado a un pequeño restorán en Palermo. Temía que en otro sitio le viesan, flamante y raro escrúpulo en quien se exhibió con mujeres en todas partes. Cuando Albertina proponía el Tigre o algún lugar frecuentado por gente conocida, la imagen de María de Jesús obstruía el pensamiento de Federico. Por fin se decidieron por Vicente López, sobre las barrancas.

En Vicente López, árboles suntuosos, de belleza teatral, enmarcaron los deliciosamente triviales escauceos del amorcito naciente. El sol salía y se entraba. Sin duda ocultábase entre las nubes para no ser cómplice de ciertas cosas. Pero el mozo que les servía, en el jardín, bajo la fronda, no parecía tener los mismos escrúpulos que el sol.

Albertina parloteó inextinguiblemente. Aquellos preliminares de su aventura le desentumecían de su vida junto al "chino". A Federico le disgustó que motejara despectivamente al buen muchacho. Gritona, expansiva, riendo a carcajadas estrepitosas por el menor motivo, incomodaba al hombre mesurado y distinguido que era Federico. Colocóse una punta de la servilleta en la abertura del vestido, entre los pechos; hizo innumerables preguntas al mozo; usó con exceso del palillo, dejándolo a veces entre los dientes.

En cambio, era linda y deseable. El vino, que bebiera sin temores, brillantó magníficamente sus ojos. Al reír enseñaba una dentadura perfecta, de dientes pequeños, blanquísimos y apretados, sin que

uno solo se indisciplinase. Su rostro ovalado de Madona ostentaba dos hoyuelos graciosos en las mejillas. Sus labios, gruesos y rojos, tentaron el beso de Federico.

Mas desgraciadamente para él, que odiaba el lunfardismo, Albertina amargaba la dulzura del amorcito con frases y palabras de arrabal.

—¿Me vas a querer de veras? — le decía con el ceño fruncido, mordiéndose los labios y entornando los ojos, complicada mímica que invitaba al beso voraz. — Porque vos sos un ranún. ¡Te conozco! Ah, y quiero que no veas más a la rea con la que te peleaste anoche.

Federico, para interrumpir el tema, preguntó, aunque lo adivinaba, cómo supiera que él había ido al golf.

—El chino cebador de mates me lo dijo al llegar a casa. Todo lo chamuyó el otario. Y yo entonces resolví: me voy a comer con el Inglés.

—¿Has dado un buen pretexto?

—No te preocupés. Ese no manya ni medio.

Así hablaba la nueva amiga de Federico. Si no fuera linda y aun interesante físicamente por su salud de fuerza viva, sus formas de espléndido animal... Pero el hombre es hombre, pensaba el Pero Grullo que Federico, lo mismo que todo mortal, llevaba adentro.

Volvieron de Vicente López por el largo camino del Bajo, hilo que va ensartando en bello collar los pueblitos de la costa del Plata. Albertina iba casi todo el tiempo recostada en Federico, besán-

## L A P A M P A Y S U P A S I O N

dole y dejándose acariciar. Al pasar por Belgrano, frecuentado por gentes del turf, él le aconsejó prudencia.

—Nadie me conoce. Y además... nada me importa. No tengo inconveniente en largar al chino y en escaparme con vos.

Certificó sus palabras con un abrazo de pulpo que estrujó a Federico, y con un frenesí de besos. En el propio instante el automóvil se detuvo ante la barrera del ferrocarril, frente a la estación Belgrano. Dos sujetos que cruzaban la calle los vieron. Eran Américo Reyes y el periodista Vázquez.

Los dos la conocían.





### III

#### LAS PASIONES DE INDIANA REYES

Indiana Reyes tenía también el culto del caballo.

Su padre, estanciero, verdadero pioner de la civilización y la riqueza argentinas, pasó largos años en el campo. Indiana, su única hija mujer, tuvo en la estancia remota excelentes institutrices. Y con el estudio del inglés, del piano y de la historia alternaban los paseos a caballo por el campo inmenso de veinte leguas, en compañía de su padre. Sólo cuando fué una muchachita de quince años, en 1899, sus padres vinieron a la ciudad. Instalaron una casa espléndida, obra de un arquitecto francés, en plena calle Florida. Su padre trocó el poncho y las botas de montar por el chaqué y el frac y fué el hombre más hermoso de su tiempo, con aquella su corta y apretada barba negra, sus ojos agarenos, sus aires de gran señor. Tuvieron palco en la Opera, y su mail-coach contribuyó a dar carácter de grandeza a las reuniones hípicas de aquellos años. Todavía

Indiana recordaba el sonido de cuerno de caza, con que se anunciaba el espectacular carruaje. Pero poco después murieron sus padres. Su juventud fué libre y voluntariosa. Sólo su padre era capaz de hacerse obedecer por ella. Muchas veces don Patricio Reyes comprendía que su hija necesitaba azotes, pero aquel hombre enérgico y dominador, vencedor de los hombres y del desierto, que más de una vez, en su juventud, hiciera frente con sus gauchos a las indias de Catriel, no pudo jamás castigar a Indiana. Toda su fiereza trocábase en ternura ante su hijita.

Indiana amaba el campo, como su padre. Allí sentíase libre, lejos de la envidia que la rodeaba, de la maledicencia, del cerco tenaz de los imbéciles que exhibían vulgares sensualismos. Gustábale también dominar, como su padre. Y se complacía en dominar a los hombres y en despreciarlos. A todos los odiaba. A unos por viles, a otros por sensuales, a otros por hipócritas, a otros por torpes. A causa de ésto, ella también, como el buen criollo a quien tanto mal acababa de hacerle su antiguo amante, se había refugiado, más de una vez, en el cariño a los caballos.

Todas las mañanas paseaba por Palermo, en su inquieto y elegante alazán Pingo, nacido en su estancia. Le acompañaba muchas veces Federico, en heroico desdén a la opinión corrosiva de la malevolencia. Andar a caballo era para Indiana su deporte favorito, y eso que remaba y nadaba. El tennis, el golf, que ella no podía practicar, aislada por la so-



ciudad, parecíanle mediocres entretenimientos, buenos para las personas débiles. A ella gustábale todo lo viril. En su estancia tiraba el revólver con extraña precisión. Tenía un profesor de florete, y en sus asaltos con Federico ella fué el vencedor muchas veces.

Dos noches por semana, en su palacete de la calle Libertad, se jugaba a la ruleta o al pocker. Recibía a sus amigos vestida de baile, única ocasión, pues no podía ir a fiestas, para que luciese sus toalés, que encargaba siempre a París. Los hombres iban generalmente de smoking. Las mujeres eran dos o tres descalificadas como ella. Federico no podía faltar. Era el banquero, en sociedad con la dueña de casa. A Indiana gustábale repartir las fichas, arrastrar las puestas. Flaca, alta, rubia, huesuda, con su barbilla saliente, sus ojos agudos y penetrantes, sus modos enérgicos, resultaba imperiosa hasta el despotismo. A veces, ganara o perdiera, — no le preocupaba el dinero — exclamaba: “Tengo sueño”, o “Estoy aburrida”, y despedía a sus visitantes. Ellos imaginaban que era por quedarse con Federico. Pero no. Al amante le veía en un pequeño departamento que él alquilaba cerca de la Plaza Lavalle. Jamás quiso pasar toda la noche con Federico, ni aun después que ella quedara libre, por muerte de su marido, hacía ya cinco años. Decía que los hombres eran buenos para un rato y nada más.

En sus salidas matinales no dejaba nunca de dedicar media hora al stud. Era herencia de su marido, un inteligente sportman que, sin duda por entender

mucho de caballos, no comprendió jamás a su mujer. Su padre, el último año de su vida, incorporó a su magnífica estancia un padrillo y varias yeguas. Su yerno había conservado el pequeño haras, pero dedicóse casi exclusivamente a su stud, acrecentado, con los dineros de Indiana, hasta una pomposa esplendidez.

Indiana conocía a todos los caballos de La Gloria, nunca menos de veinte. No les hablaba, como el entrenador de Las Vizcachas; pero los miraba largamente y los palmeaba, pensando que eran más nobles y más leales que los hombres. Solía darles terrones de azúcar y a veces los besaba en el pescuezo y aun junto a la boca. En el haras gustaba un placer perverso presenciando el momento en que los sementales servían a las yeguas. A veces asistía al entrenamiento en Palermo. Su extraña belleza rubia, su original silueta modernista, con el chambergo a un lado, su traje de amazona — breeches y largo saco ceñido — llamaban la atención entre el heterogéneo mundo de las pistas.

Aquella mañana preparábase a salir para Palermo cuando le entregaron la carta de Federico. La miró fríamente antes de abrirla. Adivinaba su contenido. Desde hacía un año Federico intentaba la terminación de aquellas largas relaciones. Muchas noches faltaba. Inventaba viajes a Montevideo o a Rosario y hasta hacía el enfermo. Federico era un espíritu fuerte. Ella lo sabía. ¡El único hombre, en Buenos Aires, que pudo dominarla! No le faltaba coraje para romper, pero sin duda tenía lástima de ella y

de aquel magnífico y envidiado amor de siete años. Indiana se indignaba pensando que alguien le tuviera lástima, pero comprendía la situación de Federico porque era la suya propia. Ella también deseaba romper y no se atrevía. Terminar aquella pasión violenta y feliz de tantos años, superior a los mediocres amores que veía a su alrededor, parecíale lo mismo que destrozar una obra de arte. No ignoraba, además, que una cierta atracción persistía, sino en sus corazones, por lo menos en sus sensibilidades y en sus sentidos. Durante meses la pasión dormía o yacía latente. Pero luego despertaba con sacudidas salvajes. Entonces veíanse todas las tardes, dos horas. Salían de aquellos encuentros con los ojos turbios, los labios irritados, el paso no muy firme.

En los dos últimos meses la ruptura fué inminente en varias ocasiones. Ella se complacía en pronunciar palabras cuya respuesta habría sido el fin de todo. Miraba cómo Federico debía vencerse para no contestar. Sonriendo malignamente, Indiana se gozaba en el sufrimiento de su amigo. Gustábale aquel juego provocador y cruel.

Pero no creyó nunca que él se decidiese. No se pierde así no más, pensaba Indiana, una mujer como ella. Recordaba que más de una vez ella le dió dinero. Sabía también que aquel amor halagaba su vanidad masculina. No sólo esta aventura valía más que ninguna — así a lo menos lo creía Indiana — sino que podía referirla, comentarla y aun ostentarla, cosa que su caballerosidad le impediría

hacer con las otras. Indiana creyó siempre que la ruptura la haría ella. Y ahora, mirando la carta, sentíase humillada. Un odio violento comenzaba a crecer en su corazón.

Leyó la carta. Era éso. No le importaba ni el tono amistoso ni el reconocimiento del fin de aquel mutuo amor. Pálida, recordó la conversación de la noche antes. Ella le había desairado cuando él quiso quedarse un instante, después que las visitas partiesen. Otras veces que esto ocurriera, Federico fastidiábase, pero volvía al día siguiente. En ocasiones surgían diálogos violentos, hasta insultos. Eran escenas dolorosas para ambos y terminaban casi siempre en el frenesí. Federico la poseía ahí no más, en cualquier rincón de la casa, brutalmente. Ella saboreaba este amor un poco bárbaro que renovaba la pasión casi extinguida.

—Entonces — había dicho él — ¿no tienes interés ni en conversar conmigo?

—El más mínimo.

—Bueno, no volveré más.

—No te necesito...

Aquella misma noche, Indiana, en la certeza de que ambos habían dado el primer paso hacia la ruptura definitiva, llamó aparte a su hermano, que le trajera la noticia del ataque de Ramón Suárez.

—Quiero que mañana Fermín Contreras sea el entrenador de La Gloria.

—Pero... no va a querer...

—No te consulto.

Estas palabras bastaban para publicar la ruptura. Américo comprendería que semejante agresión a Fe-

## LA PAMPA Y SU PASION

derico — el quitarle a su compositor, — tenía un origen sentimental. Y charlatán como era, despararramaría él mismo la noticia de aquella enemistad sensacional. Pero Indiana, que había calculado todo, habíase olvidado de notificarle a Federico la ruptura oficial de sus relaciones. Y he aquí que, ahora, él se daba el lujo de abandonarla.

Rabiosa, herida en su orgullo satánico, llamó al teléfono para insultar a Federico. No estaba en su casa. Desistió de salir a caballo y en seguida cambió de idea. La *femme de chambre* la miraba asombrada. Nunca, en cuatro años, la vió vacilar.

Aquella mañana nublada los paseantes de Palermo vieron una magnífica amazona que hacía encabritar a su caballo y lo golpeaba con el látigo furiosamente.

\*

\* \*

En su casa, Américo la esperaba con miedo.

—¿Dónde está ese hombre? — fué la primera palabra de Indiana.

Américo, haciéndose el gracioso, miró hacia todas partes, como buscándolo. Y sin reparar en la expresión de su hermana, dijo, sonriendo:

—Está... está... en su casa...

—¡Siempre fuiste un estúpido! — exclamó ella

con altanería e indignación. — ¿No te ordené que lo trajeras?

El infeliz Américo, amedrentado, debió soportar una tanda de improperios. Con sus breeches de amazona moderna y sus maneras enérgicas, parecía ella el hombre y el otro la mujer. Acoquinado en su cobardía y su mansedumbre, Américo esperaba que pasase el furor. Cuando halló el resquicio que buscaba, introdujo su tímida y mentirosa objeción:

—No me lo ordenaste... Me dijiste que hablara, que tantease... Por eso no lo exijí... Anoche, comprendí que querías declararlo forfait a Federico, pero me pareció que no era cosa tan resuelta. Como otras veces has...

Temeroso al látigo que ella conservaba en su mano, calló. Advirtió que entraba en campo prohibido: hacer referencias directas a los amores de su hermana. Pensó que, después del incidente de la noche antes, algo más grave ocurriera. ¿Habría telefoneado Federico? ¿Alguna carta, rompiendo para siempre, "ganándole la atropellada"? Se lo averiguaría a Matilde, la *femme de chambre*, una francesita muy mona que, como él decía, era blanda de boca y hacía buenas perfomances en las tendidas.

—Esta tarde misma debe estar aquí ese hombre.

—Haré lo posible, m'hija. Pero te advierto que Fermín no quiere dejar por nada a Fe..., digo al stud donde trabaja. No es hombre de dejarse comprar.

Indiana se absorbió en sus pensamientos, sin escuchar al hermano. Américo, que no tenía el don de



ser discreto, intercaló en su charla estas palabras:

—Si no lo traigo a Fermín, ya reventaremos de algún modo a Las Vizcachas. Organizaré un ton-guito. Además, no veo motivos para que te hagás mala sangre. Todo pasa. Va a ser como en el caso de Henri...

Indiana, de pronto, reintegróse al diálogo. Miró despóticamente a su hermano. Américo disimuló con tosesitas su interrupción. No acertando a des-empantanarse, dijo:

—Sí... en ese caso te enojaste... y después se te pasó el estrilo... No vale la pena...

Américo referíase a cierta infidelidad de Indiana, cuando Federico estuvo en Europa, hacía dos años. Fué una ignorada aventura de dos meses, con un chileno de apellido Henríquez, que viniera en una embajada. El chileno abandonó a Indiana sin explicación. Ahora, indignábale a ella que Américo recordase aquella olvidada y única debilidad. Y con el látigo en alto, furiosa y justiciera, lo atropelló.

—No me has entendido... no me has entendido... — repetía Américo, escudándose con el brazo.

Indiana descargó dos restallantes latigazos sobre aquel suplicante encogimiento.

\*

\* \*

A la tarde, Indiana salió en busca de Federico.

Dirigióse primero a la *garçonnière*, sospechando alguna mujer de por medio. Deseaba que así fuese y saboreaba el disgusto de su ex amante al verla aparecer. Poco antes de llegar, pensó que Federico no llevaría otra mujer al departamento, demasiado lleno de recuerdos. No obstante, al detenerse el automóvil en la puerta, decidióse a entrar. Comenzaría su venganza.

El ascensor no marchaba. Subió tres pisos, excitantes de su ira. La llave, guiada por el enojo, no acertaba a penetrar en la cerradura. Cuando Indiana entró en el departamento, no halló rastro de la odiada presencia. Todo permanecía como la última vez que se amaran allí los dos, hacía seis días.

Indiana maloqueó en los cuartos salvajemente. Los retratos de Federico pavimentaron de vidrios y de cartones despedazados el suelo. Las colchas y sábanas fueron pisoteadas como banderas enemigas. Rompió cristales, arrancó las hojas de los libros, acuchilló los muebles, destripó las almohadas, arrojó contra una pared una botella de champaña.

En su casa dejó sus retratos y varios objetos suyos, junto con otros que constituían su botín. Luego fué a la casa de su enemigo, donde lo negaron. Dirigióse al Jockey, por la puerta de Tucumán. Un portero, después de hacerla esperar un largo rato, le aseguró que el señor Wilkinson no iba al club tan temprano. Encaminóse a Las Vizcachas.

El largo viaje hacia el stud de Federico exasperó aun más sus nervios. No usaba su automóvil, no

pudiendo ir en él a la *garçonnière* ni hacerlo subir a Federico en pleno día y en presencia del chofer. El automóvil que tomara era un cascajo reumático y epiléptico. Indiana llegó al stud excitadísima. Federico no había ido. Fermín acababa de marcharse.

Volvió a su casa, en el mismo desvencijado taxi. Américo no había vuelto. Nunca llegaba antes de las ocho y media, pero, aquella vez, no estar allí a las seis le pareció una infamia. Despreciaba a aquel hermano que perdiera una fortuna tontamente con mujeres de mala vida y dejándose robar al pocker por tahures de oficio. Su alma de rufián le repugnaba. Pero a ella le convenía ese hermano, que no carecía de alguna viveza y perspicacia. Servíale de bufón, y mediante él podía entenderse con el personal del stud. Y si bien ella estaba al margen de la sociedad, aquel hermano, por el solo hecho de serlo y vivir con ella, disimulaba y tapaba, con su presencia, muchas cosas que era útil encubrir.

Indiana quiso leer. Su irritación le traducía los textos a un idioma sin sentido. Bebió oporto. Telefoneóse con una amiga. Y así, bebiendo y rabian-do, se le pasaron casi dos horas. Federico ya estaría en el club.

Y allá fué.

\*

\* \*

Arrinconada en el automóvil, enfrenando su furia, Indiana esperaba. No hubo transeunte que no hociqueara adentro su curiosidad. Algunos conocidos suyos, que iban al Jockey o salían de allí, la saludaron. Al no tener respuesta, ellos, indiferentes y sonriendo, levantaban los hombros y alejábanse. Indiana agregaba a sus varias celebridades — su belleza y su condición pecadora eran las más difundidas — la de un temperamento extravagante. Y así, a nadie le intrigaban sus actitudes incomprendibles.

Comenzaba a oscurecer. Un portero anuncióle que el señor Wilkinson saliera, pero que no tardaría en volver. Los finos y bellos labios de la dama, que escuchara con hiriente sonrisa, se agudizaron en un “¡miente!” imperturbable.

—No señora, yo no miento — se excusaba el hombre, a quien la femenil y aristocrática ofensa apenas le molestaba.

Indiana buscó en los ojos del portero la verdad, y agregó:

—Dígale al señor Federico que es un miserable cobarde y que lo seguiré esperando.

El hombre se volvió al club, anonadado.

Indiana creía que Federico esquivaba el encuentro. Sin ser flojo, ni física ni moralmente, debía participar de la inevitable cobardía moral que, a su juicio, caracterizaba a la especie masculina.

Por fin apareció Federico. Acercóse al automóvil. Ella le miró, lívida y muda. Federico debió

bajar los ojos, y, para disimularlo, abrió la portezuela. Sin quitarse el sombrero de paja, le extendió la mano. Indiana no se movió. Con un gesto efímero le señaló el sitio vecino. El subió, preguntando:

—¿A dónde?

Ella calló un instante. Luego, dirigiéndose al chofer, le dió la dirección de la *garçonnière*.

Durante el trayecto — quince largos minutos, a causa del tráfico, — no hablaron. Federico documentaba su futura actitud, observando disimuladamente a su enemiga. El odio la embellecía. Porque no era enojo lo que revelaban su expresión lívida y sus ojos, por los que pasaba a veces un brillo siniestro. Era odio verdadero, tan grande como lo fuera su amor.

Llegaron. Federico, descendiendo, buscó dinero. Vió con asombro la cifra del taxímetro, reveladora de largos recorridos. Indiana, bajando con presteza del coche, instaló su figura altanera entre el chofer y Federico y ordenó:

—Este automóvil es mío. Que espere.

Entró en la *garçonnière* como una reina. Indiferente a la devastación que ella misma causara y al asombro de Federico, vacilante entre la indignación y la risa, sus ojos, ligeramente entornados, mostraban el trabajo vengador de su pensamiento.

Sentóse en un Maple, se quitó el sombrero, cruzó una pierna sobre otra y echó la cabeza atrás, apoyándola en la pared. Así permaneció un largo rato, inmóvil y muda. La barbilla, casi horizontal, parecía más enérgica. Federico se paseaba silen-

cioso. Sacó cigarrillos y le ofreció. Indiana, sin cambiar de postura, púsose a fumar.

—En fin... para algo hemos venido — dijo él.

Indiana calculaba su estrategia. Quería obligarle al arrepentimiento de su carta. Le excitaría, se disminuiría ella momentáneamente, si era preciso, para humillarle después.

—Hemos venido — repuso ella sin mirarle — para hablar de tu cobarde acción.

—Así no nos entenderemos...

Un brillo triunfal relampagueó en los ojos de Indiana, que suponía en Federico un deseo, siquiera leve, de entendimiento.

—¿Entendernos? — preguntó, mientras la afeaba una perversa sonrisa.

El explicó. Quiso referirse a la comprensión de que aquellas relaciones no podían seguir. La ruptura les acechaba desde hacía meses. El amor no existía. Era forzoso resignarse. Los amores acabábanse alguna vez.

Indiana le dejaba hablar y le observaba. Federico paseábase por la pieza, mintiendo indiferencia. Por momentos parecía cohibido. Indiana espiaba su triunfo en aquellas inquietudes.

—Todo falso — exclamó, acercándosele. — Nos quisimos siempre. Tu traición no borraré nuestro amor. Si a veces el cariño se adormecía, era para despertar con mayor fuerza. Acuérdate de aquella vez...

Recuerdos ardientes fueron desfilando frente a la imaginación de Federico. Ella los evocaba con



maestría, pero sin abandonar el tono de discusión violenta. Sus ojos intentaban adentrarse en el alma de aquel hombre, y de cuando en cuando, como sin querer, a manera de impulso nervioso, le tomaba una mano y le apretaba los dedos.

Pero Federico, fatigado de tres horas con Albertina, no era sensible en ese instante, ni espiritual ni físicamente, a tan bellos recuerdos. Persistía en su convicción de la necesidad del rompimiento. Y contra las tentaciones de Indiana, defendíase rememorando en su interior las dulzuras de la tarde. Indiana exasperábase. Su monólogo se hizo, por momentos, voluptuoso. Siempre en actitud de discusión, rozaba con su busto a Federico, y, pretextando bajar la voz para los peores insultos, aproximaba su rostro al de él, hasta tocarlo.

De pronto, se apartó. Sus ojos hurgaron en los de su enemigo, que se esquivaban.

—¡Ahora comprendo! — exclamó, mordiendo las palabras. — Tienes otra mujer. Y piensas en ella. La tarde fué para ella.

Todo el cuerpo y el alma de Indiana eran una interrogación. Sólo por una mujer podía Federico resistir su asalto. Y como Indiana persistiese en su muda y acusadora inquisición, él se resolvió a la verdad. ¿Qué nombre apareció en su recuerdo? Una expresión de esperanza reemplazó a su actitud de hastío y de disgusto. Indiana, temblando de ira y de humillación, oyó esta frase, cuyo acento de íntima dulzura fué para ella la mayor ofensa de aquel hombre:

—Cierto. Hay de por medio una mujer.

Indiana no pudo contestar con palabras. Se puso su sombrero, hirió a Federico con sus ojos despreciativos, y salió, altiva y bella en su tremendo orgullo. Federico sonrió a su libertad definitiva. Dió unos pasos. Volvió a abrirse la puerta y reapareció Indiana.

—Una sola palabra. Se acordará usted de mí toda su vida.

Federico se reconcentró en su interior ante la amenaza. En el pozo de su alma aquellas palabras produjeron un estremecimiento, cuyo débil eco Indiana, antes de alejarse, alcanzó a vislumbrar en los ojos odiados. Pero todo pasó. Y Federico, ahora solo, quedó mirando, en el humo de su cigarrillo, una visión de belleza, de dulzura y de perfecta armonía.

Era la imagen de María de Jesús.

\*

\* \*

Cuando Indiana llegó a su casa era de noche. La *femme de chambre* la esperaba inquieta.

—El señor Américo — susurró la francesita misteriosamente — espera en su dormitorio a madame. Parece que ha traído buenas noticias para madame.

Indiana no quiso aún ver a su hermano. Enclaus-tróse en sus piezas y desahogó en sollozos el complejo de amor, de odio, de humillación, de rabia, de

## LA PAMPA Y SU PASIÓN

desilusión y de venganza que estrujaba su corazón y su alma. Su llanto violento, trepidante, debió ser el de las mujeres fuertes de la Biblia o las semidiosas del paganismo. Aquel llanto era el primero de Indiana por su amor, y sería también el último.

Cuando Américo, mandado llamar, entró en el cuarto de vestir de su hermana, nada advirtió. Ella esperábele recostada en su *chaise-longue* y con un semblante frío e indiferente.

—¿Viene ese hombre? — le preguntó.

—Te traigo un dato formidable. Pero Fermín no viene ni vendrá. Dice el muy zopenco que no le interesa la plata, que es un criollo de ley...

—¿Qué noticia es ésa? Te dije que trajeras a ese hombre, que lo compraras. Todos los hombres se venden. Es cuestión de precio.

Américo pensó que, para su justificación, convenía culpar a alguien. Y dijo:

—Pero Fermín no se deja comprar. Es fácil que el gordo Redonnet lo tenga sugestionado.

—¡La noticia! — gritó Indiana furibunda, exasperada repentinamente. — No me interesan tus historias de conventillo.

—¿La noticia? Bueno. Te vas a reír. Fijate que iba yo con Vázquez, un periodista, por Belgrano, cuando en eso vemos un automóvil cerrado que venía del norte y, adentro, una mujer y un hombre abrazándose. Yo dije: esta es una fija en puerta. Iban prendidos de lo lindo. Una cosa bárbara. La mujer estaba agarrada como aprendiz en los codos. Yo quise ver de cerca, goloso de ese espectáculo, che.

—¡ Pronto! ¿ Quiénes eran...?

—Esperate un poco. Nos acercamos con Vázquez. Yo, con cada ojo así...

—¡ Estúpido! ¡ Termina pronto!

—No te enojés. Vas a ver qué bueno. Miramos adentro del auto, que en ese instante se paraba, y vemos... a que no te imaginás a quienes...

—A Federico...

—¡ Y a la mujer de su entrenador, Fermín Contreras!

Los dos sonrieron, pero de distinto modo. Américo tuvo una sonrisa picaresca y sin maldad. Entre los finos labios de Indiana chispeó una efímera risita sardónica, mientras sus ojos se achicaban y brillaban agudamente.

Mandó servir la mesa. Américo sorprendióse al ver que el criado traía champaña. Una nubecilla de tristeza pasó como un vértigo por su imaginación. Alguien sufriría por la noticia y él sería cómplice. Pero la nubecilla ya estaba lejos. Américo comió y bebió alegremente, y refirió, con una locuacidad que su hermana le atajaba, anécdotas del turf.

A la noche vinieron algunos amigos. Se jugó a la ruleta. Nadie sabía la ruptura entre Indiana y Federico. Ella, mediante Américo, circuló su versión. Le había abandonado, aburrida de su vulgaridad y porque no era un gentleman. La mayoría, aunque amigos de Federico, la felicitaron.

Indiana no había querido ser banquero, como habitualmente en sociedad con Wilkinson. Prefería probar su suerte. Un pretendiente perpetuo de In-

diana, que acechara con ojos avizores aquella ruptura, aceptó la banca. Era Méndez Brian, un político de talento — ahora en la oposición — que ocupara altos cargos durante los gobiernos conservadores. Méndez Brian lucía un bello tipo, aunque no agradable. Hablaba bien, escuchándose a sí mismo con voluptuosidad. Se le tenía respeto. Llamó la atención que tomase la banca un hombre “que se cuidaba”. Méndez Brian trató, con esprit, de que aquello fuese como una broma. Previo un chistoso espiche, hízose cargo de la banca, ayudado por Américo. Méndez Brian poseía una buena fortuna, y en Mar del Plata jugaba muy fuerte a la ruleta. Esto, lejos de estar mal mirado, viste bien en este país de jugadores. Personajes políticos y financieros perdieron o ganaron fortunas. Verlo en la ruleta a Pellegrini, arrojando fichas sobre la mesa de juego, con sus largos brazos y amplios gestos de sembrador, era un admirable espectáculo de audacia y energía.

La reunión fué numerosa. Telefoneadas por Américo tres mujeres interesantes, divorciadas y casadas de nuevo dos de ellas y viuda desacreditada la otra, habían ido a morigerar, con sus multicolores encantos, la monotonía en negro y blanco de una docena de smokings.

Indiana asombró por sus puestas, enormes allí, donde nunca se jugó demasiado fuerte. Jugaba con rabia y desesperación interior, entregándose voluptuosamente a la emoción. Mediada la noche su suerte definióse. Dos plenos le dieron varios miles de pesos.

Mientras jugaba, bebía incesantemente. Sus ojos

refulgían con un brillo metálico y duro y sus palabras llegaron a ser mordaces y antipáticas.

En cierto momento alguien dijo que en toda su vida no había visto jugar a nadie con tanta pasión como Indiana.

—¡Yo adoro el juego! — exclamó ella con frenesí. — La vida es un juego. Y lo mismo que pongo varios miles de pesos a una carta, a un número o a un caballo, me doy entera a una amistad o un odio. Soy capaz de poner toda mi alma... todo lo bueno y lo malo que haya en mí... tanto en el más leal de los afectos como en la más cruel de las venganzas.

Un oportuno ruido de fichas mitigó el mal sonido de estas palabras.



## IV

### EL DRAMA DE UN CÉLEBRE «LÁTIGO»

Fermín, después de almorzar muy temprano y de una siesta de hora y media, llegaba a Las Vizcachas a las dos. Allí encontraba al patrón. Informábase del estado de los caballos, de las performances matinales. Fermín no apuntaba los detalles del training, como otros. Su memoria, nula en lo demás, era formidable tratándose de caballos.

—A Catriel le hice un ejercicio en la milla. Anduvo bien. La recorrió en uno treinta y nueve. Orleans, en un floreo en la milla, dió uno con cuarenta y dos, y eso que no se le exigió. Fedra dió la nota, haciendo los dos mil en dos con nueve.

Y seguía enumerando los aprontes, las corridas, las tendidas y los floreos, y los respectivos tiempos.

Federico iba a veces con un íntimo, Horacio Almagro: orador elegante, político ocasional, abogado sin pleitos, espíritu irónico y hombre de gran inteligencia y memoria. Estudiaba poco, leía sin pasión.

Al mejor libro prefería la charla en la rueda amistosa, donde sus paradojas, su gracia sutil, sus mordacidades, eran reídas y aplaudidas. Vanidoso y un tanto sibarita, en una buena mesa, bebiendo excelentes vinos, oyéndose festejar, no había hombre más feliz. A Federico le unían dos cultos: el del caballo y el de las mujeres. Le quería con una vieja amistad, y le debía varios miles de pesos. Era feo, distinguido y el más admirable de los camaradas.

Almagro iba al stud para ver a sus dos caballos: Centauro, de su exclusiva propiedad, y Rocinante, que poseía con tres amigos del club. Rocinante, un tres años, había ganado varias carreras y hasta un clásico de segunda categoría. Centauro, de cuatro años, comprado por mil pesos a un zapatero, no había salido de perdedor. Los amigos bromeaban a Almagro por su “crack al revés”, y le aconsejaban correrlo en Temperley o en San Martín.

En el stud, Almagro era popular. Su elegancia no le restaba simpatías, y hasta Caupa gustaba oírle hablar. Almagro llamábale a Fermín “el primer látigo de América” y decíale *singulator* o *cursor*, palabras que designaban a los corredores en Roma, y que Fermín suponía nombres de colegas ingleses. Pero el preferido de sus bromas era el ranquel. Decíale “Rey en el destierro”, aludiendo a que el indio, según se afirmara en otros tiempos, era hijo de un cacique. Y se complacía en recordarle, evocándolos con frases pintorescas, los malones en que el bárbaro debió participar en su adolescencia.

Una tarde, dos días después de aquel en que se

enfermara Cóndor, Fermín vió llegar a su patrón con Almagro. El día antes — cosa extraña — don Federico no había ido, limitándose a preguntar por teléfono. Ahora le saludó con despego, esquivando su conversación. No se interesó por las performances del día ni por los detalles sobre el crack.

—Estuvo el veterinario ayer y esta mañana. Dice que el animal no tiene nada grave, que pronto estará güeno... y que...

—Ah, ah... me alegro — interrumpió Federico, y se apartó para oír las bromas de Almagro al indio, intentando incorporarse con Fermín al grupito.

Fermín imaginaba que el patrón, culpándole de la enfermedad del crack, se había resentido con él. A menos que estuviese disgustado por la ruptura con la propietaria de La Gloria, y que quisiese distraerse con las bromas de Almagro. Así interpretaba Fermín la vergüenza de Federico al encontrarse con él, su fiel servidor, al que engañara tan innecesariamente.

—El Rey de Tierra Adentro está satisfecho — decía Almagro. — Sonríe. Es que recuerda aquel malón en tiempos de Mariano Rosas, cuando él era un muchachito. Medio desnudo, en patas, montado en su pingó, bagual que él mismo domara, allá iba el tapecito entre la indiada. Echados a lo largo del costillar de los caballos, corrían los bárbaros a media rienda por los campos, por las rastrilladas que pasaban junto a la Laguna Verde y atravesaban el Cuero; caían en los guadales traicioneros; dejaban algunas cerdas en las ramas de los chañares y espi-

nillos, como si los árboles, sin duda compasivos hacia los cristianos, quisieran atajar a las indiadas; y se hundían en los médanos inquietos o en los bajíos salitrosos que en las noches de luna plateaban las planicies de Tierra Adentro. Allá iban los bárbaros dando alaridos y golpeándose la boca con una mano, mientras con la otra empuñaban la larga lanza adornada con plumas de flamenco. Cosa linda, hermano, ¿verdad? A lo lejos, las quemazones iban avanzando y los indios pregustaban las matanzas de los huincás y las riquezas del botín. Caupa tendría su pilquén para abrigarse y unas boleadoras de plomo para correr a los ñanduces. Aunque muchachito, ya era muy toro, Caupa. Allá iba con su padre y sus hermanos, a media rienda por los campos del Cuero y de la Amarga, a maloquear en el Río Quinto. Era de ver cómo huían de los indios los guanacos, los avestruces, los baguales y los perros cimarrones. Las polvaredas anunciaban la huida de los animales aterrorizados. Y los indios los alcanzaban y los corrían. Las boleadoras, ejecutando enormes volutas, envolvían por un instante el aire. ¡Cosa linda! Y a la vuelta del malón, enriquecidos de pilchas, de botellas y de ganado, era bueno achumarse, loncotear con otros indiecitos, perderse con las chinitas entre el monte de negros caldenes y de torcidos algarrobos. ¡Tiempos aquellos, hermano! Y ahora, en esta tierra de gualicho, es cosa fiera no poder dar alaridos, ni quedarse con lo ajeno, ni salir a malón, ni comerse con otros indios una yegua cruda. ¡Se fueron esos

tiempos, hermano! ¡Acabando malones, acabando cosa buena, hermano!

Las risas que empezaron comentando el discurso, hiciéronse carcajadas. Caupa, que al principio sonriera, terminó por alejarse en silencio, no se sabía si triste, por el tiempo feliz que le recordaran, o vejado por las risotadas de los circundantes.

—Parece que hubieras sido indio — dijo Federico a su amigo.

—Todos los viejos argentinos somos un poco indios. Los conquistadores españoles no trajeron mujeres. Nuestras remotas abuelas son también las abuelas de los Calfucurá, los Catriel o los Caupa. Yo, escéptico y civilizado, siento arder mi sangre indígena de cuando en cuando. Tengo momentos de insociabilidad y de barbarie, nostalgias extrañas que son tal vez los recuerdos subconcientes y confusos del desierto, de la vida salvaje, de los malones en que anduvieron mis antepasados.

Fermín, preocupado, apenas oía aquellas cosas que Almagro iba diciendo frente al box de Cóndor. Ahora imaginaba que don Federico pudiera estar descontento de sus servicios. Quizá fuera cierto que pensara despedirlo, como aseguraba Américo que lo dijera en el club. Nada le apenaba tanto a Fermín como el pensar que debiese dejar a Cóndor, irse para siempre de aquel stud donde tenía en cada rincón tantos recuerdos felices.

Pero ya el patrón se marchaba, y sin haber hablado con él. ¿Habría ido al stud por disimular? ¿Habría llevado a su amigo para que comprendiesen

que no deseaba hablar con nadie? Fermín acompañó a Federico y a Almagro hasta el portón. Federico se despidió del entrenador con un vago adiós, y sin mirarle. Y Almagro, que jamás se iba sin una bromita, le saludó “de un modo raro”, parecía que “con lástima”.

\*

\* \*

Fermín miraba alejarse el automóvil. Caviloso, le daba mil vueltas a la actitud de su patrón. Acordóse que el día antes, en el café de la estación Belgrano, le inquietaron miradas y sonrisas en varias mesas ocupadas por gentes del turf. ¿Trataba de echarlo don Federico y esos sujetos lo sabrían?

La figura del jockey Retamar desplazó las cavilaciones de Fermín. Retamar había tirado, en las mujeres y el juego, sus grandes ganancias. Tenía una casa de soltero, un “cotorro” o “bulín”, como él decía. Risueño, alegre, bromista. Fué el jockey de moda antes que Fermín, y de entonces venía su fama de mujeriego y conquistador. Las cocotas le buscaban y hasta tuvo amores con una señora de alta situación. Bailaba el tango como nadie e improvisaba versos humorísticos. Aunque delgaducho y bajo, como casi todos los jockeys, tenía buena figura. Su expresión era agradable y abierta, pronta a la sonrisa; sus ojos, acogedores; sus facciones, de lí-



neas correctas. Usaba un bigotito cortado a la inglesa. Vestía con afectada elegancia: polainas y guantes en invierno, y en toda época llevaba zapatos de charol, anillos, camisas de seda.

Fermín no gustaba de Retamar. No le parecían propios de un jockey aquellos aires de "niño fifi". Un jockey, — pensaba Fermín — un hombre de a caballo, debía ser un buen criollo, vestir sin pretensiones, dejarse de polainas. Además, Retamar hablaba poco de temas del turf, hacía chistes alemanes, bebía demasiado, aunque sin emborracharse, y andaba siempre invitando a farras con milongueras. Fermín, austero, sobrio y sufrido, como hombre nacido y criado en el campo, no comprendía al gozador de la vida que era Retamar.

—¿Vamos a La Pista? Tengo ganas de echar una manito al monte.

—Lo acompaño, amigo — contestó Fermín después de vacilar, pensando en distraerse de sus preocupaciones.

Era un café de Belgrano, concurrido por gentes del turf. A veces, en un cuarto interior, donde no entraban sino personas de confianza, se jugaba al pocker o al monte. Se dirigieron a pie.

A cada paso enfrentaban algún stud. Desde la calle veían los boxes, al fondo de los vastos patios, y los caballos adentro. Algunos studs estaban arreglados con elegancia: muebles blancos o azules; plantas en bonitas macetas, del color de los muebles, colgando de los techos, en los corredores; enredaderas que subían por las columnas; jardincillos co-

quetos en el centro del patio. Unos eran limpios y lujosos; otros, pobres, mal instalados, sucios. Los había enormes, con treinta o cuarenta boxes, y pequeños, para siete u ocho pupilos. Más de un stud de largos paredones pintarrajeados hubiera hecho pensar, a otros que Fermín y Retamar, en cárceles o conventos de tierras tropicales o en palacios gubernamentales de alguna imaginada Haití.

En los portones, sus conocidos los detenían. Preguntas, contestadas brevemente por Retamar, sobre el estado de los caballos, los trabajos de la mañana, las carreras del próximo domingo, modificaciones en el personal de las caballerizas. Algunos alacranaban contra tal o cual entrenador, acusándole misteriosamente de dar alcaloides a los animales para hacerlos ganar; o contra éste o el otro jockey, susurrando que fraguaba componendas y que perdiera voluntariamente cierta carrera "que era una fija". Fermín, enemigo de alacranerías, despedíase. Pero todos los demás temas le apasionaban y le instalaban en las puertas de los studs. Retamar, que detestaba los temas turfísticos creyéndose superior al ambiente y quería llegar pronto a La Pista, arrancaba a su colega, casi a la fuerza.

—¿Sabe una cosa? — preguntó Retamar a Fermín, cuando estuvieron solos. — Una conquista número uno. ¡Cosa papa!

Era una señora, admiradora suya. El año anterior, cuando él ganara el Nacional, se lo hizo presentar. La vió tres veces. El, indiferentón, por táctica. Y ahora, el asunto marchaba. Era "pan comido".

—¿Señora de verdad? — preguntó Fermín, incrédulo. — A lo mejor es una...

—¿Me cree otario, amigo? Una señora... y de la misma aristocracia... ¡Qué se piensa!

Fermín seguía dudando. Había oído de jockeys que lograban conquistas. El nunca tuvo una aventura que valiese. Cuando soltero se enredó con una cocota que le sacó buenos pesos. Casado, parecíale una infamia meterse en aventuras. Además, le inquietaban poco las mujeres. Le aburrían. No entendían de caballos ni de carreras.

En el bar de La Pista estaba el negro Juárez, jockey de fama, especie de monito por lo horroroso, jugando al billar con tres amigos. El negro, que apenas excedía en dos cuartas la altura del billar, debía hacer cabriolas, buscando, para realizar ciertas jugadas, posturas imposibles. Fermín y Retamar rieron unos minutos mirando jugar al negro.

El saloncillo de juego estaba lleno. Dos o tres compositores, algún jockey, y gentes que merodean alrededor de los prestigios del turf. Retamar atacó fuerte. Fermín, por no llamar la atención, jugó también. Iba ganando más de doscientos pesos cuando una voz dijo:

—Bien en el juego, mal en el amor...

Hubo miradas y sonrisitas maliciosas. Fermín no las comprendió, pero le intrigaron. Dejó pasar la frase. El que hablara era Aybar, entrenador famoso. Setecientas carreras ganadas. Y mucho dinero perdido en el juego. Las cartas, las carreras, la ruleta, las quinielas, le quitaban todas sus ganancias. En el

verano, muchas noches tomaba el vapor para la Colonia, en la Banda Oriental, al solo objeto de ruletear.

Fermín, enemigo del juego, no sabía cómo irse, cuando dijéronle que le buscaban. Liquidó y fué al bar. Era Rincón, repórter de menor cuantía y chantagista peligroso. Desagradable, sucio, astuto. Fermín, condescendiente, sentóse con él a una mesa. Además, él no odiaba a los periodistas. Como jugaba a las carreras raras veces, no le importaba que los diarios, publicando datos ocultados, aumentasen la compra de boletos y disminuyesen los dividendos. Odiaba sí a los chantagistas, pero Rincón no le hizo nunca su víctima.

—Pues sí, amigo Contreras. La casualidad nos permite saber ciertas cosas que, de otro modo, quedarían ignoradas. Yo he errado mi vocación de detective. Y como quiero mucho a mis amigos... este... entre los cuales está usted... este...

Fermín se interesó. Pero Rincón no aclaraba. Elogiaba a Fermín, su nobleza de alma, su honestidad. Insistía sobre su suerte en descubrir miserias y perfidias. Machacaba sobre su amistad con el jockey.

—Pero... ¿qué hay? — exclamó Fermín, nervioso.

Pensaba en Federico. Tal vez Rincón supiese que su patrón intentara despedirlo. Pero el periodista no salía de sus vaguedades. Al fin, lo invitó a caminar. Fermín pagó y ambos salieron en dirección a las Barrancas.

Apenas en la calle, Rincón se prendió del brazo de Fermín. Lloró pobreza. Le faltaban ochenta pesos para pagar su pensión. Fermín, comprendiendo que era el precio del secreto, se los dió. Rincón prometió devolverlos el mes próximo.

—Hable claro, amigo — rogó el jockey. — Déjese de floreos y largue pronto.

Pero el periodista comenzó, en frases grises, una larga historia. Tratábase de palabras que oyera a Américo y a Vázquez. Fermín se impacientaba.

—Parece que Américo sabe algo mío, ¿no? Pero ¿qué? Yo no tengo vicios. No he cometido ninguna mala acción. Y a más, no compriendo que Américo me quiera embromar. Nada le he hecho.

Rincón reanudó su retahila de vaguedades. Pidió veinte pesos más. El jockey, ansioso por saber aquel secreto, se los dió. Luego le apremió a que contara.

Estaban en las Barrancas. El periodista miraba los tranvías como si esperase un número. De pronto, dijo:

—Soy su amigo, Fermín, y voy a averiguar. No sé nada concreto. Pero me parece que se trata de...

Fermín agrandó los ojos ansiosamente.

—...de su señora... — susurró con misterio el periodista.

Y se trepó a un tranvía en marcha.

\*

\* \*

Fermín apoyóse en un árbol. Las piernas se le aflojaban. Apenas pudo llegar a un banco próximo y arrojarle en él. Las ideas se le huían. Comenzaba a concretar un pensamiento, y de pronto, sin saber cómo, se encontraba pensando en alguna carrera del domingo o recordando insignificancias.

Largo rato permaneció con la inteligencia entolada. Fumó dos cigarrillos. Pasaban multitud de tranvías, de automóviles, de gentes que salían de la estación. A veces, eran parejas de enamorados que buscaban, entre los altos árboles y los jardines, sombras propicias. Oscurecía. Estrellas caídas del cielo brillaban en los extremos de las columnas y formaban un largo collar a la curvilínea Avenida Vértiz. Vendedores de diarios voceaban las últimas ediciones. Los trenes se perseguían unos a otros. Deteníanse un instante y partían de súbito, sin ruidos, para no llamar la atención, temiendo no alcanzar al precedente.

Algo despejado, Fermín pudo reflexionar. Si Albertina le engañaba él sería un hombre deshonorado. Sonreirían todos al verle; unos, con lástima; otros, con asco. Para no ser cornudo debía matar; él, tan pacífico, tan enamorado de su mujer. E iría a la cárcel, perdería todo su porvenir. Pero ¿por qué Albertina...? ¿No la adoraba él acaso? ¿No le daba un dineral para vestidos, automóviles y teatros? Arreglada "como una señora de la aristocracia", iba a los teatros con amigas, a veces a palco. ¿No se había privado él del gusto de vivir con su madre y sus dos hermanas, costeándoles casa aparte, por con-



descender con la ingrata, que no las podía ver y las consideraba unas chinas? ¿Y no había comprado los muebles nuevos que ella quiso, alfombras y mil cosas? Allí, en su casa, mandaba ella, la dueña de todo. Su pobre vieja y sus hermanas no podían visitarlo; ella las corría con indirectas chocantes. Lo mismo a sus amigos. Ella sólo aceptaba a los jockeys con plata y de buen aspecto: a Retamar, a Bidelain, que tenían automóvil; o a compositores como Redonnet o como Ramón Suárez, que era presidente de la Asociación; y a los dueños de caballos.

No, no podía ser. Hacía mal en creer a Rincón, un chantagista. Albertina era rara, "idiosa", como decía su pobre vieja, pero buena en el fondo. Tal vez la mimaron con exceso, no le corrigieron sus caprichos de muchacha linda y orgullosa. Ahora, claro, con él, con su vieja y sus hermanas, ¿cómo no había de ser orgullosa? ¿Quiénes eran ellos sino unos campiriños, unos "pajueranos"? Pero de ahí, de ser altiva, a portarse como una arrastrada, había diferencia. No lo quería, cierto, pero esto no significaba que quisiese a otro. Además, su orgullo la defendería. Y su situación. ¿A dónde iba a ir si él la dejaba? No era sonsa para exponerse a perder sus comodidades, "su lujo", su independencia. Tal vez él no la sabía tratar. Era un bendito, como decía su vieja; un "gil", como le repetía Albertina. Acaso ella necesitase un poco de rigor. La verdad: él "no la había exigido" y ella era dura de boca. Pero ¿qué iba a poder él con una mujer como la luz, que, apor-

nas él largaba, ya ella “se cortaba sola por el lao de los palos?”

Se levantó para dirigirse a su casa, que quedaba cerca. En este instante, alguien le tocó el brazo.

—¿Qué hace aquí, maestro, tan solo?

—Nada... Me agarró un mareo... Ya pasó.

Era Santos Bidelain, su probable reemplazante en la celebridad. Hacía seis meses, ganando su quincuagésima carrera, pasó de aprendiz a jockey. Lindo muchacho, rubio, despierto, bien formado, alto, delgadísimo. Sesenta y ocho carreras ganadas en el año. Un record. Considerábasele un artista. Con el látigo bajo el brazo, ligeramente inclinado, corría sus carreras de punta a punta. Jamás perdía la línea, al contrario de Fermín, que manoteaba y se ovillaba. Y cuando el público le aplaudía, era de ver la elegante distinción y la sobriedad de sus saludos.

—¿Quiere que caminemos, maestro?

A Fermín le complacía este título que Bidelain había aprendido en los diarios y usaba con frecuencia al dirigirse a los jockeys y entrenadores célebres. Fermín aceptó caminar. Bidelain iba a la Asociación de Entrenadores y Jockeys, no lejos de allí. Aunque no lo dijo, reuniríase con amigos que, protestando de que ese cargo fuese ocupado siempre por entrenadores, prestigiaban su candidatura para presidente. Fermín era uno de sus rivales, candidato del elemento democrático. A Bidelain le sostenían los más cultos, los que presumían de finos.

—Y su candidatura, maestro, ¿cómo va?

Fermín no atendía. Su pensamiento se rezagaba

en las palabras de Rincón. ¿Dónde andaría Albertina, a esas horas? A lo mejor estaba con otro en algún "bulín". Pero ¿con quién? Quería pensar nombres. Pero de nadie se acordaba, como si en el mundo existiese él solo. Bidelain, notándolo distraído, lo observaba.

—Me han dicho que Saturno, esta mañana, marcó un tiempo extraordinario... en la milla...

Era una invención de Bidelain. Saturno no había sido trabajado aquel día. Fermín, pensando en otra cosa, asintió.

—A usted le pasa algo, maestro — dijo Bidelain, que era buen muchacho. — Algún chisme... alguna campaña contra usted... No haga caso. Usted es un buen criollo y no ve la maldad. Cualquiera Rincón...

Fermín suspiró hondamente. El silencio ahogó, como una frazada, su deseo de confidencia que comenzaba a llamear. No le gustaba Bidelain, tan perfumado, hecho un figurín, con las uñas arregladas por manicuras.

—Sí... Rincón... eso es... — dijo, sin embargo, mientras Bidelain le observaba con lástima.

Bidelain habló de Rincón, de los periodistas que hacían chantage y campañas injustas, de la necesidad de escarmentarlos. No se debía creerles. Mentirosos, perversos...

Frente a la Asociación Fermín absorbióse en la fragorosa rapidez de los automóviles y tranvías que rayaban la Avenida Vértiz y en la sucesión, más distante, de los trenes, que, apenas salidos de

la estación, parecían florecerse, entrenándose para próximas carreras.

—Entremos, maestro.

Fermín, sin voluntad, entró. Iba poco allí. No jugaba ni era sociable. El local era una casa insignificante, con un jardincillo sobre la calle. Tenía seis o siete piezas más pequeñas, numeradas como en los hoteles. En las dos piezas del fondo se jugaba esa tarde. Fermín y Bidelain saludaron a los timberos y luego el jockey elegante fué a reunirse con sus amigos, en el comedorcito. Fermín se quedó mirando al grupo de entrenadores que se habían prendido al truco.

A Fermín le pareció que todos le miraban de modo raro, unos con lástima y otros con desprecio. Pensó que su desgracia era verdad y que ya todos la sabían. Y huyó de allí, sin despedirse.

Su casita estaba cerca y, sin embargo, la tenía muy lejos. No deseaba ir. Temía el encuentro. Temía que todo fuese cierto y que él llegara a saberlo. Pero su mayor miedo era que la culpable se condujese como inocente y él la creyera así y se engañara y fuese engañado. Saber, era terrible. Pero peor ignorar, espantosamente peor.

Los pasos le llevaban. Entró temblando, con los ojos despavoridos. La sirvienta le dió una carta. Aterrado, no la abría imaginando la huída que le deshonoraba o la muerte salvadora. ¿Pero por qué pensaba tanto en la muerte desde que sabía su desgracia? Cuando salió la sirvienta, arrojóse en una silla. Sus dedos, inconscientes, rompieron el sobre.

Leyó. Albertina comía con unas parientas. Sensación de alivio. Incertidumbre que se prolongaba; pero descanso momentáneo. Respiró hondamente varias veces. Luego, unas lágrimas blanquearon sobre su piel cetrina.



—¡Viejito, si supieras! — le hablaba al crack. — Aura dicen que me engaña... ¿Y por qué, decime? Yo fuí güeno, confiao, mano abierta. Y anoche, llegó tarde. Yo dormitaba... tenía que levantarme al alba. Ella no hacía ruido al acostarse, creyéndome dormido. Pero yo me moví... Ella entonces habló de un tiatro, de que le dolía la cabeza.. ¡Ni me besó! Y esta madrugada, que seguía enferma, que la dejara, que no había pegao los ojos...

Así le hablaba a Cóndor. Luego, en el Hipódromo, estuvo distraído. Contó mal los tiempos. Cometió errores en el training, haciendo fatigar a caballos que debían correr dos días más tarde. Algunos colegas, satisfechos de verlo fracasar, sonreían. Los peones refunfuñaban entre dientes. Varios jockeys y aprendices murmuraban.

Al terminar el trabajo, huyó con Redonnet. En el café habitual, en ese instante solitario, Fermín

rudo, por fin, descuajar de lo hondo de su alma las preocupaciones que le roían. Redonnet había conocido el rumor esa mañana, y temía que fuese cierto. Vásquez, que, aseguraban, vió a los culpables en coche, no mentía; y a ella ya la clasificara hacía tiempo, para sus adentros, como una loquita. Pero fingió ignorar “el chisme”.

—No me engañe, por lo que más quiera...

Y como Fermín siguiera dudando, Redonnet buscó alguien por quien jurar eficazmente, ya que carecía de familia, y dijo, comprendiendo que Fermín valoraría sus palabras:

—Mirá... No sabía nada. Te lo juro por la vida de Sultán.

—Aura le creo, amigo.

Sultán era el caballito del italiano.

Redonnet le aconsejó no creer en chismes y no demostrar inquietud delante de ella. Fermín temía el primer encuentro... Redonnet se ofreció para acompañarlo.

Fueron a la casita, después de una hora en el stud. Redonnet temía también aquel encuentro. Fermín podía comprometerse, y él deseaba evitar la ruptura, salvo que la infamia fuese cierta.

—¡Redonnet, dichosos los ojos...! — exclamó Albertina al verles. — Yo siempre le digo a éste que lo traiga. Con usted da gusto de hablar. Claro, es un caballero. Pero los que vienen a buscar a éste... ¡qué chusmas!

Estaba sonrosada y esquivaba los ojos fijos de su marido. Les había hecho entrar en el comedor-



cito y les servía vermut. Fermín, extraño a aquel charlar disimulador, no cesaba de escrutarle los ojos. Redonnet intentó agregar al jockey a la conversación. Pero Fermín permanecía en su soledad interior.

—Hace bien, Redonnet, en acompañar a éste. Parece que le pasara algo. Yo no comprendo que se inquiete tanto por caballos ajenos. ¡Esa enfermedad de Cóndor! Créame que a mí también me ha enfermado, Redonnet. Pero de aburrimiento. Este no piensa en otra cosa. Si me enfermara yo, no se preocuparía tanto...

Era evidente que Albertina reaccionaba, afrontando la situación. Redonnet pensó que ella no ignoraría el rumor. En el mundo del turf — pequeño, en el infinito de Buenos Aires — las malas noticias corren toda la vuelta "sin castigar"...

—Cierto — asintió Redonnet, para sacar a su amigo del peligro. — Está demasiado triste. Así es que, si usted no se opone, me lo llevaré a almorzar por ahí.

—¡Espléndida idea! — exclamó Albertina con excesivo ardor, pensando, sin duda, en otra tarde con Federico.

En la calle, Fermín detuvo a su amigo.

—¿Sabe una cosa? — preguntó lúgubremente.

—¿Qué, Fermín? — exclamó Redonnet, fingiendo calma.

—Que todo es verdá... pura verdá... Sólo me falta saber quién es el hombre.

—Pero Fermín... estás loco. Dejate de pava-  
das...

Una congoja cortó la palabra de Fermín. Redonnet, abrazándolo, le decía fraternalmente:

—Vaya, amigo... Un criollo como usted...

\*

\*   \*

A la tarde fueron al Tattersall. Rematábanse los productos del haras Las Lagunas. Federico, días antes, le pidiera a su entrenador no faltar. Interesábase por un potrillo. Redonnet había oído a Américo que su hermana compraría ese potrillo. Anunciábase, pues, una lucha ardiente entre las dos caballerizas ya rivales.

Los grandes remates terminaban en octubre, pero aquel año debieron postergarse. Una huelga ferroviaria de veinte días había impedido el transporte de los productos, desde los haras a la capital.

Llegaron muy temprano. En la vereda, frente a la monumental puerta del Tattersall, miraron pasar la gente: dueños de caballos, compositores, periodistas, curiosos. Fermín, preocupado, apenas contestaba los saludos. Sus ojos se encandilaban en el edificio, como si jamás lo hubiese visto. Aquella puerta, como de gran palacio u hotel, le distraía.

## LA PAMPA Y SU PASION

Sus ojos se clavaron en una frase grabada en lo alto de la pared, en un idioma extraño. Dijérase que nunca la hubiese advertido.

—Esas palabras — explicó Redonnet, — están en francés. Son de un sabio famoso, el naturalista Buffon, y quieren decir que “el caballo es la más noble conquista que haya hecho el hombre”.

Fermín miraba las verjas, los jardines, los muros detrás de los cuales se enfilaban los boxes. Sobre las pequeñas ventanas exteriores de los boxes, el alero, de tejas, era como anchas y cortas pestañas. Fermín entreteníase en imaginar que, debajo de esas pestañas, varios ojos — las ventanas aplastadas — se sonreían de su desgracia.

Mientras tanto, la gente entraba a montones. Muchas personas bajaban de lujosos automóviles. Redonnet saludó a dos lindas muchachas: las hijas del propietario de Las Lagunas, una de las cuales era María de Jesús. Todo el mundo se precipitaba a curiosear los caballos en los boxes, o a tomar algo en el bar del Tattersall, comentando el catálogo.

—Mirá quienes vienen — dijo Redonnet, codeando a Fermín.

Indiana, en una sobria toale veraniega, bajaba de su coche con Américo. Detuviéronse. Ella había sido amiga de Redonnet. Pidió ser presentada “al maestro Fermín Contreras”. Ni una alusión a sus gestiones. Declaróse su admiradora entusiasta, elogió su talento como jockey, su habilidad como entrenador, palabra que ella decía en inglés: trainer.

Américo llamó aparte a Redonnet. Indiana y Fermín quedaron solos, al margen de la entrada.

—Es indispensable que hablemos, Fermín — decía ella inclinando el rostro y mirándole fijamente.  
— Tiene que ir a casa...

—Y... va a ser difícil... señora... usted sabe que yo... — repetía el jockey huyendo de la vista de su interlocutora y cruzando los pies y cambiándolos de sitio sin cesar.

Ella atacaba desesperadamente. Fermín sentía la belleza de aquella mujer, había oído de algunos jockeys que tenían aventuras, pensó en Albertina y en su infamia, y movió los labios para aceptar. Pero díjose asimismo que él no podía vengarse de su mujercita, que “a lo mejor” era inocente, ni intentar ser el sucesor de don Federico, suponiendo que esto fuera posible.

—Va a ir, yo lo llevaré — intervino Redonnet, con estupefacción de Fermín.

Redonnet pensaba que su amigo no debía seguir en Las Vizcachas, sabiéndose los amores de su mujer con el patrón. Fermín tendría que buscar otro stud. ¿No lo tenía a mano? Pero estas cosas era imposible decírselas al jockey, que, con los ojos enormes y desconfiados, le pedía explicación.

—Sí... algún día podés dejar Las Vizcachas... y te conviene asegurarte trabajo...

Indiana se despidió con un largo *shakehand* y una honda mirada que traspasó el alma de Fermín. Y se alejó con su hermano, dejando una estela de

melancolías y de ilusiones absurdas mientras Redonet se gastaba en inútiles explicaciones.

No tardó en llegar Federico. Los tres entraron en el recinto de las ventas. Era como un pequeño circo o un gran refidero. En el centro — el ring — un peón paseaba al caballo que iba a ser rematado. Alrededor, en sillas o en gradas, una ansiosa multitud examinaba al yearling. Indiana debió atravesar una pared humana. Todos le cedían paso y asientos. Quedó frente a María de Jesús, separada de ella por el ring. Federico, que entrara por un portón lateral, debió permanecer en pie. Estaba más próximo de María de Jesús que de Indiana. Acababa de comenzar el remate.

El potrillo era el que deseaban Federico e Indiana. Tenía por nombre, Malevo. El rematador elogió sus padres, sus abuelos, sus bisabuelos. Recordó la descendencia que ellos tuvieron, las carreras ganadas por unos y otros. Hubo una oferta baja, y varias mediocres que en seguida desaparecieron. El rematador, como un pianista que ejercita los dedos en una escala ascendente, golpeaba hasta el cansancio la tecla de cada oferta, mientras no aparecía la siguiente. La puja quedó al fin entre dos voces. Una, fuerte, altiva, seca: la de Federico; otra ligeramente afeminada, suave, floja: la de Américo.

—¡Treinta mil! — exclamó la primera.

—¡Y cinco! — agregó la otra.

El rematador encontraba muy barato aquel descendiente de Old Man. María de Jesús se interesaba, al parecer, por el triunfo de Federico. Indiana,

atenta a todo, vislumbró una mirada sospechosa de Federico a María de Jesús, mientras el rematador se enronquecía en los treinta y cinco.

—¡Cuarenta mil! — gritó Federico.

—Y dos... — dijo Américo, como con miedo, como si aquella suma le pareciese excesiva.

—¡Cuarenta y cinco mil!

Todo el mundo contemplaba aquel duelo. Américo hablaba a su hermana. Hacía gestos como indicando la locura de semejante precio.

—Cuarenta y cinco mil... se va a vender — decía el rematador, un gordito simpático y locuaz. — Por cuarenta y cinco mil, el mejor nieto de Old Man... Ya no hay caballos como éstos, señores... Se va... se va... y...

Levantó el martillo. Mil ojos miraban a los protagonistas. La gente se empujaba para ver. Hacíanse apuestas a quien vencía. Américo, lívido, gesticulaba. Negábase a ofrecer un desatino.

—Se va... y...

Iba a caer el martillo cuando Indiana levantó la mano. Maravillosa, sus ojos ardían. Quinientas miradas atropelláronse para llegar hasta la dueña de La Gloria. El rematador esperaba. Fermín temblaba de emoción. Indiana alzó la barbilla y dijo, con desdén, mirando a Federico:

—Cincuenta mil...

## V

### EL CULTO DEL CABALLO

Federico, en compañía de Almagro, recorría el Jockey Club enseñándoselo a un español recién llegado: Joaquín de Madariaga, su amigo en San Sebastián hacía dos años, y propietario de un stud en Madrid. Madariaga era conde, barrigón y chistoso.

A Madariaga le maravillaba todo: la Biblioteca, con sus diez mil volúmenes bellamente encuadernados; la gran escalera del vestíbulo y la Diana de Falguière; la sala de armas, con sus maestros universalmente célebres; la pileta de natación; los cuadros de Goya, de Carrière, de Monet, de Anglada Camarasa, de Besnard, de Reynolds; el salón imperio, el Van Loo y el Bougureau; el Stuk-Book, o registro civil de los caballos, según Lord Derby, y donde la estadística y la ficha individual de cada racer era llevada de acuerdo con métodos perfectos; los viejos muebles italianos y españoles de algunas salas altas; y sobre todo la admirable organización de las carreras.



Las frías catacumbas de la bodega hicieron estornudar al español. Y al ser abiertas las salas del tercer piso, con su olor a encierro, y entre ellas el *boudoir* para las señoras, se desparramó en el aire una melancolía de fiesta hace mucho tiempo terminada y de soledad de casa de soltero. En la Biblioteca, Madariaga se asombró de que no hubiese nadie. Almagro contestó con su chiste célebre:

—Se trata de erigir aquí un busto en homenaje al lector desconocido...

El español no acababa de asombrarse.

—Usted creía probablemente — sonrió Almagro — que aquí usábamos plumas y taparrabos. Eso ocurrió hasta mil novecientos diez. Pero entonces decidimos abrigarnos, porque el frío nos incomodaba un poco.

—Hombre, taparrabos no. Esas cosas las creen los franceses. Pero se exagera tanto...

—No le haga caso — intervino Federico. — Horacio es un bromista de profesión. Ya le oirá algunas paradojas. Pero es también un orador de primer orden, el as de los ases del Congreso. Eso sí, tiene muy arraigada la manía oratoria. A veces, delante de solo dos o tres amigos, se olvida de su escasez de auditorio y remonta el vuelo en su Pegaso.

—Será un gran caballo — dijo el español. — No perderá carrera.

—Es insustituible y prodigioso — repuso Almagro. — Botafogo el Grande no llegó nunca a volar sino en metáfora entusiasta.

Sentáronse en el gran Hall, frente al retrato de

## L A P A M P A Y S U P A S I Ó N

Pellegrini, a tomar el te. Madariaga sintetizó su admiración:

—Por lo que he visto y ustedes me han referido, esto no es solamente una institución turfística...

—El Jockey Club, señor de Madariaga — contestó Almagro — es, por serlo todo, hasta una institución caritativa y literaria.

Madariaga, interesado, se dispuso a escuchar, mientras Federico, previendo un discursito, sonreía a su alrededor.

—Esta institución, única en el país y probablemente en el mundo — comenzó Almagro —, ha favorecido a la beneficencia, a las artes, a la ganadería, a la salud pública, a los ejércitos de la Patria. Diez millones para los pobres, seis millones y medio para casas de obreros, once millones para edificios escolares. Si usted va por cierto arrabal de Buenos Aires, verá unos magníficos edificios donde funcionan las Escuelas Patrias, y en cuyo frente leerá, en grandes letras: "Estas escuelas las sostiene el Jockey Club". No ha habido catástrofe en el mundo que no conmoviera el corazón argentino del Jockey. Las víctimas de los terremotos de Calabria y de Chile, de la catástrofe de Málaga, han sido ayudadas con los dineros que ha dado al club la pasión nacional por el caballo. Nada atesora esta institución, y por esto es única. Todo para la patria, todo para el pueblo. La municipalidad ha recibido treinta millones en pocos años; los primeros hidroplanos de nuestra marina de guerra los regaló el club; y hospitales,

bibliotecas e instituciones científicas conocen la generosidad clásica del Jockey.

Algunos amigos, suponiéndole en trance oratorio, se acercaban cautelosamente. Nadie se resignaba, así no más, a perder un discursito de Almagro. Y él, que gozaba en secreto de esta admiración, apenas advirtió el acecho levantó el vuelo. Adoptó aire oratorio, alzó muy ligeramente la voz y accionó con su elegancia y sobriedad habituales. Federico escondía su sonrisa en la taza de te.

—Pero, ¿qué no hemos hecho, señores? Hemos contribuído a los monumentos de nuestros grandes hombres, de San Martín, de Sarmiento, de Pellegrini, presidente de la República en horas borrascosas, estadista genial y fundador del club; hemos comprado cuadros a los artistas argentinos, siempre olvidados en esta tierra ingrata; hemos formado el plantel de la escuela militar de aviación; hemos regalado caballos a la Asistencia Pública, a la Policía, al Cuerpo de Bomberos. ¡Qué no hemos hecho, señores! Si por hacerlo todo, en un afán de embellecer espiritualmente a esta Patria, hasta hemos ido a España y nos hemos traído la mitad de su gloria entre los libros y los manuscritos de Castelar. Es cierto, señores, que aquí no estamos mal instalados — la austeridad no es nuestra virtud —; que en la bodega ciento ochenta mil botellas nos ofrecen el sacrificio de sus frágiles vidas; que nuestro restorán es tal vez el mejor de Buenos Aires; pero no es menos cierto que hemos llamado a hablar en nuestra biblioteca, pagándoles regiamente, a grandes poe-

tas, oradores y maestros, y que en nuestro servicio médico se dan gratuitamente veintitrés mil consultas por año. Esta es una mínima parte de la obra fabulosa del Jockey, que muchos argentinos ignoran. Hemos ayudado al pobre y al enfermo, hemos protegido las actividades fundamentales del país y al mismo tiempo las artes, las letras y la enseñanza, hemos sido prácticos y patriotas, desinteresados y misericordiosos. Esta es, señores, la obra del Jockey Club.

Algún aplauso apagado y amistosamente "titeador" subrayó el discursito. Madariaga, encantado. Federico, desde su taza, enviaba a los disimulados sitiadores sonrisas aprobatorias.

Un sirviente anunció a Federico que le llamaban por teléfono. Era Albertina. Hablábale desde una confitería y necesitaba verle urgentemente. Federico se excusó, tenía invitados.

—Es urgente, urgentísimo — clamaba ella. — El chino me vigila. Creo que le han contado. No sé qué hacer...

Grave contratiempo para Federico. Ahora comprendía el error de esquivar la conversación con Fermín. Se propuso charlar con él al siguiente día. Dudaba que lo supiese todo.

—Bueno... ¿qué hacemos? Tenemos que vernos. No seas egoísta.

—Dentro de media hora estoy allí.

Explicó la urgencia a Almagro, rogándole que le diese un pretexto a Madariaga, que lo entretuviera y le presentara amigos.

—¿Se marcha usted?—exclamó Madariaga asombrado.

—Un asunto grave. Horacio le explicará. Pero volveré dentro de una hora y comeremos aquí los tres y algunos amigos.

Cuando partió, Madariaga, sin duda molesto por la desatención de Federico, quiso irse. Pero Almagro, adivinando el motivo, le obligó a quedarse. Y le explicó. Tratábase de un duelo. Un íntimo de Federico acababa de ser desafiado, y Federico, padrino, debía hablar con su ahijado y con su compañero de padrinazgo.

—¡Caramba, hombre! — exclamaba consternado el español. — ¿Y es cosa grave?

—Gravísima. Imagínese que el provocador maneja todas las armas. El florete, el sable, la pistola...

—¿Y el amigo de Wilkinson?

—Ni medio.

—Pero eso va a ser un asesinato...

—Más, hombre: un infanticidio.

Y los dos quedaron pensativos y cabizbajos.



Federico volvió a las ocho y media. En la biblioteca de carreras, llamada "el manicomio", Madaria-

ga fraternizaba con diez o doce discutidores. El español, aunque sólo viera el Hipódromo al vuelo de un automóvil, encumbrábale por sobre Longchamps y Epsom. Todos asentían, menos Peñalva, un sujeto de expresión desdeñosa y de facciones inarmónicamente colocadas y grandes. Era caricaturesco y orejudo, había vivido en París y en Londres y hablaba con desprecio de todas las cosas del país.

—¡Palermo! Una basura al lado de Epsom. Y es lógico. Aquí no tenemos una tradición en el turf, ni en nada. Todo es de ayer, importado: los caballos, la organización...

Hubo protestas. Federico objetó que si aquí no había en otro tiempo caballos pur sang, como no los había en Inglaterra hacía tres siglos, en cambio poseíamos los mejores ginetes del mundo, entrenadores instintivos y un grande amor por el caballo. Y del mismo modo que se formó el elevage inglés, perfeccionando los caballos árabes, los hijos de Darley y Godolphin Arabian, así nosotros estábamos formando el elevage argentino.

—¡Elevage argentino! — muequeó Peñalva desdeñosamente. — ¿En qué se diferencia del inglés o del francés?

Una voz atiplada dijo que no tardarían muchos años en manifestarse los caracteres propios de nuestros racers. Lo mismo que los hijos de italianos o españoles, nacidos en nuestro país, no eran italianos ni españoles, los lejanos descendientes de Orbit no podían ser iguales a los caballos ingleses, pues eran

alimentados de otra manera, respiraban un aire distinto y se les educaba según nuestros métodos, que en algo diferenciábanse de los europeos.

—¿En qué no son iguales? — gruñó Peñalva irritado, como si le hubiesen ofendido.

Una discusión feroz mezcló a todos los presentes. Algunos dirigíanse a Madariaga, tomándole de juez. Por fin Federico, más alto que todos, impuso su voz robusta.

—El turf argentino tiene métodos propios. No se puede negar. Nuestros jockeys son verdaderos pilotos del caballo; y en París, vos sabés, Peñalva, corren con filetes en vez de freno, lo cual hace menos eficaz la dirección del parejero. Allí el caballo arranca a todo correr, y el jockey es, a veces, un maniquí. Entre nosotros el jockey observa a sus rivales, contiene al animal para que no malgaste sus ímpetus, lo lleva hacia los palos o lo aleja, según convenga, y lo larga en el momento oportuno, con todas las fuerzas que ha ido ahorrando. Nuestros compositores no tienen rivales y sus procedimientos de preparación no los aprendieron en Europa. Nacieron sabiéndolos, sencillamente. Y cuando nuestros entrenadores o nuestros jockeys han ido a Francia, han ganado carrera tras carrera.

La voz atiplada, como si saliera de la pared, volvió a hacerse oír. Nuestro elevage tendría carácter típico cuando mezcláramos con el pur sang la sangre criolla. Todos se sublevaron.

—No se trata de echar sementales puros a ye-



## L A P A M P A Y S U P A S I Ó N

guas criollas — explicó la voz atiplada, — sino a yeguas muy mestizadas, casi puras. Y seguir así, poco a poco.

Nadie aceptaba semejante opinión. Alguien la calificó de teoría literaria. Peñalva tenía una expresión, no ya de desdén, sino de asco.

— ¡La sangre criolla! — exclamó con repugnancia. — Sería el derrumbamiento. El caballo criollo es un vulgar matungo, una bestia despreciable, sin cualidades de ninguna especie. Sólo por un patriotismo de loco se puede elogiar al mancarrón de nuestras pampas.

Horacio Almagro pidió la palabra. Calmados, todos se dispusieron a oírle. Sentado al borde de la gran mesa del centro, una de sus piernas, balanceándose, ritmaba la cadencia oratoria. Los demás permanecían en pie, o hundidos en los sillones o sentados en los brazos de los muebles.

— Señores: he oído con dolor las injurias de nuestro amigo Peñalva al caballo criollo, al caballito heroico y fuerte de nuestras pampas. Ciertamente que no es hermoso ni arrogante, que carece de elegancia y de ligereza. De poca alzada, es decir, bajo, casi como un petizo, de pelambre vulgar, de cabeza y orejas grandes, es admirable hasta lo sublime por su resistencia a las fatigas y sufrimientos. No es un lujo, como el caballo inglés, el elegante de la raza caballar, fino y delicado como un “niño fifí”. Sencillo como el gaucho, humilde y aguantador como el nativo de nuestros campos, el caballito criollo representó en otro tiempo un insubstituible va-

# M A N U E L G A L V E Z

lor moral. ¿Qué importaba que no fuese hermoso si soportaba treinta leguas y aun tres días de marcha por las pampas? ¿Qué importaba su vil pelambre si nos llevaba a Salta para vencer a los godos? Inteligente, leal, obediente, fué el amigo del gaucho perseguido por las partidas policiales. Cruzó los Andes con San Martín, fué héroe de la montonera en la guerra gaucha, asoló las poblaciones con el Chacho, sucumbió en las marchas del Ejército Grande. Sin él no existirían ni la poesía épica de nuestros campos, ni los rudimientos del drama y de la lírica. El no podía faltar en los elementales dramas del rancho, a facón y poncho, ya que la presencia del pingo, atado en el palenque, pronto para la huída, era la única perspectiva de desenlace. Y nuestra lírica primitiva nada sería sin la guitarra para cantar a la prenda y sin el flete para robarla en ancas. No injuriemos, señores, al caballito de las pampas. El llevó la libertad a pueblos hermanos, conoció las penurias del desierto, huyó con el histórico Moreira y con el legendario Martín Fierro, asistió bajo el ombú secular a la payada entre el Diablo y Santos Vega, y, si se hizo indio con Calfucurá y Mariano Rosas, trabajó los campos cuando se lo exigieron. ¿Qué no fué en nuestra tierra! Soldado y montonero, cartero y agricultor, y hasta parejero en las carreras gauchas, que supo ganarlas obedientemente, sobre todo si era su dueño el comisario... No injuriemos al caballito criollo. Seríamos desagradecidos, nosotros que lo

## L A P A M P A Y S U P A S I O N

montábamos cuando niños, que hicimos en él rabonas y escapatorias, que lo tuvimos como blanco de nuestras fechorías cuando, bajo los balcones de nuestras casas, cargado con los tarros de lata, esperaba a su patrón el vasco lechero. No injuriemos al caballito criollo porque es una noble figura de nuestra historia y de nuestra poesía. Algún día hemos de alzarle un monumento, en cuyos zócalos revivirán los ejércitos de la patria, los grandes nombres de la independencia y de las guerras civiles, todos afirmando para siempre, con su vida marmórea, la gloria inolvidable del caballo criollo, del hermano del gaucho, del caballito heroico y fuerte de nuestras pampas.

Aplausos contenidos epilogaron el discursito. Horacio, con sonrisa indicadora de que aquello fué una broma, saboreaba los homenajes. En seguida alguien dijo la hora, y se inició un desbande hacia el comedor.

Madariaga, misteriosamente, preguntó a Federico:

—¿Y el duelo? ¿Cuándo se baten?

—¿Qué duelo?

Almagro, sospechando, corrió a intervenir.

—Yo le conté a Madariaga, para explicarle...

Y dirigiéndose al español:

—Federico se hizo el que no sabía porque se trata de un asunto delicadísimo. Aquí todos lo ignoran. Cuestión de mujeres... Usted comprende...

—Sí, hombre, comprendido, comprendido... — repetía el español convencidamente.

\*

\* \*

Terminaron muy tarde de comer. Federico quería asistir al remate de los caballos, que sería a las once, en el club. Era sábado y víspera del premio Comparación, uno de los más importantes después de los grandes clásicos.

A las once y media, en una de las salas de juego, empezó el remate. Llámase así a una forma de apuesta. Cada caballo es “vendido” a un comprador, y aquel cuyo caballo gana la carrera se lleva el dinero pagado por los otros competidores. Este remate se hace por lo general cinco veces, y es un índice importante de la carrera a correrse el siguiente día.

Un hombre largo y de voz soñolienta, empleado del club, era el rematador. Una cincuentena de socios reunidos junto a las mesas, esperaban para “comprar” sus predilectos o curiosear.

La primera rueda había sido terminada, cuando un ordenanza le trajo una carta a Federico. Era un anónimo y le aseguraba que su caballo Saturno, no obstante la convicción del triunfo de que alardeaba su dueño, perdería el premio Comparación. “Nos consta que se ha preparado un formidable tongo — decía el anónimo. — Está comprometido

el entrenador y jockey Fermín Contreras, al cual se le ha pagado una buena suma para que pierda”.

—Esto debe ser una infamia — dijo Federico, pasándole el anónimo a Almagro.

—Una infamia — repitió Almagro. — Fermín es un muchacho honesto, incapaz de semejante felonía.

—Sin embargo — dijo Peñalva, que estaba sentado junto a Federico — podría ser. Todos los días ocurren estas miserias. Si fuesen jockeys ingleses, que son verdaderos gentlemen, nada diría. Jamás un Donoghue o un Richards se prestaría a un tongo. Pero de estos criollos, medio amorales, sin caballerosidad, puede esperarse todo.

Almagro y Federico miraron con indignación a Peñalva. Almagro iba a defender a los jockeys argentinos y sobre todo al Club, cuya vigilancia impedía las deshonestidades. Pero el lugar imposibilitaba la discusión.

Federico, mientras tanto, empezaba a preocuparse, acordándose de tales y cuales casos en que intervinieron jockeys que no tenían mala fama. De Fermín nunca nada se dijo. Pero, sino por dinero, podía perder la carrera por venganza. Relacionó la denuncia con los temores de Albertina y sus nervios se desnormalizaron.

—Mirá — le dijo a Almagro, llamándolo aparte. — Estoy dado a los diablos. Temo que Fermín sepa y que quiera vengarse. Vos sabés que nos vieron, dentro del automóvil. Y mi actitud con él...

Almagro no creía que Fermín se vengara de ese

modo. Pero, por si acaso, le aconsejó a su amigo jugar poco, no "meterse" demasiado.

—¡Era una fija en puerta!

Federico, que pensaba comprar diez mil boletos, se resignaba a dos mil, cuando, al volver a su mesa, vió a Américo Reyes. Esto acabó de exasperarle.

Vendíase la tercera rueda. A Michigán, del stud La Gloria, lo compró Américo por mil quinientos pesos. Saturno ocasionó una puja entre varios socios, y acabó comprándolo Federico por dos mil trescientos.

La presencia de Américo había llamado la atención. Desprestigiado, al margen de la sociedad, jamás iba al Jockey. Almagro consideró de mal agüero ver allí a aquel sujeto. Probablemente el anónimo era obra suya. Su fin no podía ser otro que indisponer con su jockey al dueño de Las Vizcachas.

—¡Has dado en el clavo! — exclamó contento Federico.

—No te alegrés demasiado. Falta por saber si no te ganarán la carrera por medio de alguna diablura. Son capaces de todo. Lo mismo recurrirán al doping para su caballo que inutilizarán al tuyo.

—¡Pero eso es imposible! ¿Qué le pueden hacer a mi caballo? Además, esas cosas ya no ocurren...

—Yo he visto perder una fija, hace veinte años, a un caballo al que le habían atado una cerdita en la pata, junto al nudo. Pueden darle agua a tu caballo unas horas antes de correr. Pueden haberle colocado a su caballo herraduras con aga-

rraderas. En fin, ¿estás seguro de tu capataz, del peón?

Federico y Madariaga reían, creyendo que todo aquello eran fantasías de Almagro. Sólo Peñalva las suponía posibles. Si fuese en Inglaterra, él las negaría. Pero aquí, en este país, todo podía esperarse...

A

\*

\* \*

Federico llevó a Madariaga al Hipódromo antes del mediodía, para enseñárselo. No hubo sitio, en la inmensa área hípica, que no visitaran: la Escuela de Hipología, donde los esqueletos de Old Man y Botafogo y el cuero embalsamado del primero, daban al recinto un aire augusto; el Tattersall, amarillo, techado de tejas, profuso de ventanitas y cuyo exterior poligonal, hasta dar la impresión de redondez, le recordó al español las plazas de toros; el consultorio médico, con sus múltiples instalaciones; el pesaje, con su balanza dorada en que los jockeys, como rígidos arlequines, eran pesados antes y después de la carrera; la oficina de equipos, dinámico calidoscopio en las horas de carreras; el restorán del paddock, alegre de femeninos labios en rouge mayor y fáciles ojos al Rimmel; las bóleterías, pe-



queños cerros verdegueantes, agujereados simétricamente por oscuras grutitas ínfimas, y en cuya cumbre levantábanse, como guillotinas, los marcos de las pizarras.

El Hipódromo estaba aun solitario. En la tribuna de los socios encontraron a Almagro. Desde allí veíase un panorama espléndido de amplitud, elegancia y armónica variedad. Las tres pistas, anchas y blancas — tres matices del blanco — desarrollábanse como un gigantesco y envolvente lazo. El sol era tan fuerte que las pistas andaban y se estremecían. Las barreras, ejército de palitos blancos, dijéranse parados allí para carreras de obstáculos. Lagos, puentes, jardincillos, todo achicado por la distancia y la refracción solar, parecía puesto allí para ser saltado. Los lagos, trozos de vidrio, hervían de blanca y cruda luz. Pasaban trenes, pentagramas dinámicos en cuyos compases geométricos las notas, blancas y negras, eran las cabezas humanas. La tribuna de los propietarios y cuidadores de caballos, a la derecha, con su audazmente saledizo techo horizontal, era un monoplaneo gigantesco; y a la izquierda de la de los socios del club, la tribuna del paddock — dos grandes alas horizontales — era un formidable Farman, listo para emprender el vuelo. Vacías las esplanadas. Sólo en las populares, la clásica “perre-ra”, figurillas humanas movíanse indecisas, tendiendo a suprimir distancias entre ellas. Dijérase que acababa de cargar la policía y que los ahuyentados entercábanse en volver al sitio del tumulto y agruparse rebeldemente. Al fondo, alto friso de árboles.

## LA PAMPA Y SU PASIÓN

A la derecha, la franja roja del gran puente sobre la avenida. Superpuestos varios planos en los ojos, parecía que debajo del puente saliesen los caballos que iban a correr en las primeras pruebas. Iban cadenciosamente, moviendo a compás la cabeza. Y en el mediodía ardoroso, refrescaban el aire con su delgadez elegante y con sus mantas de colores.

Los tres amigos sentáronse a almorzar. En algunas mesas, toalés estivales, ojos criollos y desnudas morbideces aconsonantaban maravillosamente con la ebullición del palabrerío fugaz, con el ruido nervioso de los preliminares de carreras y con el amplio acento de los ventiladores, que rumoreaban como el mar.

Federico, en medio de la certeza de su triunfo, recordaba el anónimo. La posibilidad de que Fermín supiera y se vengara le distraía por momentos. Así, no advirtió la entrada de María de Jesús, con su padre, su hermana y algunas amigas. Almagro, enterado de las intenciones de Federico, le comunicó la aparición. Alegría interior, presagiadora del triunfo hípico.

Mientras almorzaban, Madariaga repetía sus admiraciones.

—Pues lo dicho, sí señores. Ni Epsom, ni Auteil, ni Longchamps... Y todo esto, en pocos años... ¿No es así?

—La primera carrera, después de fundado el Jockey Club, se corrió en 1885, pero aquellos años fueron difíciles — contestó Federico. — Con decirle que, cuando la primera reunión, el presidente

del Club, poco después presidente de la República, Pellegrini, tuvo que ponerse a vender boletos, por escasez de empleados.

—Magnífico, hombre, magnífico. Todo esto es, pues, una improvisación genial. Pero... ¿y la afición? ¿Cómo la han creado?

—La pasión, más que la afición — dijo Almagro con su sonrisa de contento que presagiaba un discursito — existió siempre. En todos los lugares del país se han corrido carreras de caballos, desde toda la vida. Y es que ningún pueblo del mundo tiene tan hondo culto del caballo como el nuestro. La pampa no ha conocido otra pasión. Y las carreras no son sino la manifestación urbana de ese culto. Las carreras son la única pasión de Buenos Aires.

—Muy interesante, hombre, muy interesante. Y lo curioso, es, según entiendo, que en estos países no había caballos...

—Amigo Madariaga, en las pampas han relinchado los precursores del caballo y han gesticulado los precursores del hombre. Nuestros ascendientes fueron los Hominidios, entre los cuales el *Tetraprothomo argentinus*, el *Diprothomo platensis* y por fin el *Prothomo* o probable *Homo pampæus*, que viene a ser el hombre terciario. Esta es la teoría de Ameghino, uno de los grandes genios científicos del siglo. En cuanto al caballo, se han encontrado en nuestro suelo diversas especies fósiles. Unas pertenecen al género *Equus*, el *equus curvidens*, el *equus principalis*; otras han sido clasificadas en el género *Hippidium*...

—¡Demonio! — saltó el español al oír tan extrañas palabras en labios de un hombre elegante. — Me ha dejado usted patidifuso...

Federico reía. Almagro saboreaba aquel éxito de erudición paleontológica. Y mientras Federico cruzaba una mirada con María de Jesús y el español devoraba una exquisita *Raie au beurre noir*, Almagro proseguía:

—Pero esos precursores desaparecieron. Siglos después, los conquistadores españoles trajeron algunos caballos cordobeses. Morían casi todos en los arduos viajes o los mataban las enfermedades o las flechas de querandíes y charrúas. Cinco yeguas y siete caballos abandonados por Pedro de Mendoza en 1535, poblaron de baguales nuestras pampas. Sarmiento dice que estos caballos fueron la causa del caudillismo y de la montonera. Las indiaditas guaraníes, abandonadas por las Misiones Jesuíticas al desaparecer, se habrían apoderado de los caballos salvajes. El ejército de Artigas, verdadero padre de la anarquía y del caudillismo, estaba formado por indios y aun sus jefes, como Andresito y Tabacué, eran indígenas. La montonera no hubiera existido sin el caballo. ¿Cómo atravesar a pie las infinitas pampas? El caballo lo ha sido todo para nosotros. Suprimase el caballo y quedan suprimidas las nueve décimas partes de nuestra historia. El gaucho consideró al caballo como a un amigo. Un admirable escritor inglés nacido en la Argentina, Hudson, cree que el gaucho ha venido al mundo con la idea de que el hombre es una criatura parásita, destina-

da a ocupar el lomo del caballo, en cuya posición únicamente tiene pleno y libre uso de sus facultades. El Chacho, preguntado en Chile cómo le iba, contestó con estas palabras profundas y lapidarias: “¡Cómo quiere que me vaya, amigo! ¡En Chile y a pie!” Rosas fué el más fuerte de los caudillos porque era el más de a caballo. El general Mansilla, durante el bloqueó francés, exclamó, entre el delirio de la barra, en la Sala de Representantes: “¿Y qué nos pueden hacer esos europeos, que no saben galoparse una noche?” Paz, el más europeo de nuestros militares, fué vencido porque no era de a caballo; lo bolearon del pingo, vergüenza afrentosa para cualquier criollo de esos tiempos. Al caballo debemos lo bueno y lo malo. Sin caballos, no hubiera habido malones ni barbarie. Por falta de caballos fracasaban las expediciones contra los indios. Por abundancia de caballos duró la revuelta de López Jordán en Entre Ríos. Nuestros grandes escritores y poetas han cantado al caballo. En el *Facundo*, en *Martín Fierro*, en la *Excursión a los Ranqueles*, las tres cumbres de la literatura argentina, el caballo lo llena todo. La yerra y la doma son las fiestas argentinas por excelencia, espectáculo de salud y de energía. Nadie amó al caballo como el gaucho, entre las gentes semibárbaras. Nadie ama al caballo como el argentino, entre los hombres civilizados.

—¡Magnífico, hombre! — exclamó Madariaga. — ¿Pero no será el interés por el juego? He oído que la Argentina es un pueblo de jugadores...

—Somos un pueblo de jugadores, exacto — contestó Almagro. — Pero si se suprimiesen las carreras, la mitad de los que aquí vienen no jugaría a otra cosa. En esto tienen razón los moralistas.

Federico recordó, como ejemplo de hondo amor al caballo, el caso de Botafogo. Había sido su derrota por Grey Fox un hecho doloroso que impresionó a todo el país. El jockey que lo condujo lloraba a lágrima viva. Los admiradores del gran caballo, que eran millares y millares, andaban tristes y afligidos. La revancha fué gloriosa. El pueblo, loco de alegría, saltó las barreras, invadió el paddock y la pelouse. Hombres y mujeres querían tocar y besar a Botafogo. A muchísimos hombres se les caían las lágrimas al ver el triunfo del ídolo. Y su muerte fué un duelo nacional. Durante varias semanas algunos diarios publicaron cartas del público, y aun versos, en los que se lloraba la muerte de Botafogo el Grande.

—No hablemos de tristezas — interrumpió Almagro. — Aquello fué una dolorosa catástrofe nacional. ¿Para qué recordarla?

Federico informó a Madariaga sobre la importancia de las carreras en la vida argentina. La política, por ejemplo, no interesaba sino a muy pocos. Pero los escrutinios de las elecciones apasionaban a todo el mundo. Se apostaba a tal o cual candidato, y empleábase el lenguaje turfístico para comentar el desarrollo de la operación. El pueblo porteño veía en la lucha de los candidatos una carrera y nada más.

—El lenguaje turfístico es entre nosotros indispensable — dijo Almagro. — Si uno pretende a una mujer y ella le corresponde, su matrimonio o su aventura será “una fija”. Si es preferido su rival, por habersele adelantado, se dirá que “le ganó la atropellada”. Un partido político que ha tenido pocos votos, no “entró en el marcador”. Y así todo.

Madariaga reía, divertidísimo. Almagro resumió:

—Si por alguna circunstancia milagrosa los argentinos nos olvidáramos mañana del lenguaje turfístico, nos quedaríamos sin poder hablar...

Cuando terminaron de almorzar, Almagro quiso que Madariaga viese de cerca “la perrera”. Cruzaron la explanada de la tribuna del paddock y entraron en la hirviente multitud de las populares. No era día de gran premio, y, sin embargo, no se veía un solo claro ni en la tribuna ni en la explanada. Rumoreo de impacencias. Gesticulaciones ansiosas. Si alguno, explicando las probabilidades, levantaba la voz, rodeábanle sus vecinos. A cada paso, catedráticos militantes hacían surgir protestas y discusiones. Los pies, arrastrándose, levantaban un agresivo polvillo.

Almagro señaló la multitud que negreaba, y dijo:

—Ahí tiene, amigo Madariaga, la prueba de todo lo que le he dicho. Las carreras son la gran pasión, tal vez la única pasión de Buenos Aires. Pero, le repito, esta pasión no es sino la forma urbana del hondo, del secular, del absorbente culto de la Pampa hacia el caballo.



\*

\* \*



Mientras tanto Federico, que dejara a sus amigos, había ido junto a Saturno. El vistazo final. Las instrucciones últimas al jockey, que era Fermín.

Al enfrentar el restorán del paddock, tuvo una inquietud: Fermín, junto al caballo, conversaba con Américo. Para peor, Américo se escabulló al notar su llegada y Fermín quedó cohibido.

—¿En qué anda ese tipo? No debías hablar con él. ¿Qué te ha dicho?

Federico temía que Américo eligiese aquel momento para revelar al jockey su deslealtad. Le miraba escudriñándole los ojos. Pero Fermín no debía saberlo todo.

—Y... — contestó el jockey tímidamente. — Usted sabe, don Federico, que ellos me buscan. Como el compositor que tienen no es definitivo...

Federico prefirió no insistir. Fermín podría ponerse nervioso y perder la carrera. Además, era la hora de la partida.

Federico, rodeado de amigos que le anunciaban una fija, vió montar a su jockey y entrar el caballo en la pista. Aplausos del público. Floreos elegantes para lograr elasticidad. Rumores al paso de los ca-

ballos. Bidelain montaba a Michigán, un zaino que “defendía” los colores de La Gloria. Ovaciones a su paso. No se sabía si los aplausos eran para Bidelain o para el caballo.

—Una fija en puerta...

—Sin castigar...

—Te felicito, viejo. Te corrés una fija...

Eran los amigos de Federico que pronosticábanle el triunfo, deteniéndole en su camino a la ventanilla. Antes de llegar se detuvo un instante. El corazón le latió precipitadamente. Se decidió. Compraba diez mil boletos, cinco mil y cinco mil. Veinte mil pesos. No era un record, pero la cifra, oída por alguien, circuló por la tribuna de los socios y por el paddock.

Desde este momento Federico no oyó ni vió nada. No jugaba por el dinero. Amaba la emoción del juego. Sufría en la ansiedad cruel de la carrera, y gozaba un raro deleite observando su sufrimiento, presenciando sus sensaciones. Espectador de sí mismo, era un artista de su emoción. Como el Narciso de la mitología se contemplaba en el espejo de las aguas, así él se contemplaba en su interior. Pero sus emociones no trascendían. Juzgábasele un jugador frío, incapaz de impresiones. Sus vecinos de los instantes supremos jamás le vieron levantar el brazo, ni gritar, ni aun decir una palabra en voz baja. Solamente Almagro advertía el proceso íntimo del jugador.

Con su habano en la boca, con aire arrogante y dominador, iba por la pelouse, mirado por todas las mujeres y envidiado por todos los hombres. No

tenía el saludo ni la sonrisa fáciles. Fijábase poco en las personas que hallaba a su paso. El no buscaba a nadie. Sus amigos iban a su encuentro. Su fama de orgulloso y desdeñoso crecía en estas ocasiones trascendentales.

Así llegó a la escalera central de la tribuna. Almagro y Madariaga se le acercaron. Los dos le repitieron la opinión unánime. Triunfo absolutamente seguro. Federico sacó sus anteojos y como un pincel lo pasó por las pistas. El aspecto de Saturno era espléndido. Almagro y sobre todo Madariaga no cesaban de hablar. El no pensaba sino en el starter — el largador, como decía Almagro, en su afán de argentinizar el léxico turfístico — que debía partir en automóvil, desde el Comisariato hasta la salida. Por fin, sus ojos vieron al starter que cruzaba a pie la pista y se alejaba en el automóvil hacia la derecha. La largada sería frente al comedor del paddock, pues la distancia a correrse en el premio Comparación era de dos mil doscientos metros.

Federico tenía pegados los anteojos a su rostro. Ligerísimo temblor de las manos. Pulso rápido. Su caballo llevaba buena posición. Federico retiró los anteojos y descansó de aquel mirar intenso. Su caballo no iba ahora como sus deseos, como su pensamiento. Su pie reflejaba su impaciencia. Apretaba la punta contra el suelo y el talón funcionaba en incesante repiqueteo. Los anteojos volvieron a prolongar la avidez de sus ojos. Saturno mejoraba, ocupaba el segundo puesto. Acordóse del anónimo,

de la posible venganza de Fermín. Sintió rabia contra sí mismo por haber enamorado a Albertina, contra Indiana, contra Fermín, contra todo el mundo. Vió la carrera perdida. Su caballo, sin embargo, mantenía el segundo puesto, a medio cuerpo del primero. Llegaban al último recodo. Los anteojos se clavaron en la entrada de la recta. El corazón era un martillo loco. La vista enturbiábasele. Rodeado de gente, nadie advertía la inquietud de sus pies. Los veinte mil pesos, convertidos por la ganancia en cuarenta mil, aparecieron ante sus ojos. Vió el triunfo, el caballo aplaudido... Gritos clamorosos. Oía el nombre de su caballo. ¡Saturno, Saturno! Pero otros nombres sonaban también. Su mano izquierda tenía el antejo; su derecha, en el bolsillo del pantalón, con las uñas hincándose en la palma. Los caballos habían entrado en la recta. Federico sentía un sudor helado envolviéndole todo el cuerpo. No oía nada, no veía claro en su turbación. La gritería era atroz. Su ceño contraíase. Su pie se calmaba. Su mirada disminuía de intensidad. La lucha decidíase. Tenía ganas de gritar como un salvaje, de correr hacia la pista, de levantar los brazos como energúmeno. Apenas sonrió con amargura. La gritería cesaba. La gente quedaba en sus sitios, absorta. Una palpitación cálida prolongaba el gritar.

Saturno había entrado tercero.

Un vecino de Federico, excitado, profería palabrotas y gesticulaba. Como Federico le mirara sonriendo irónicamente, el sujeto, que le conocía, exclamó con epiléptica angustia:

## L A P A M P A Y S U P A S I Ó N

—¡He perdido quinientos boletos! ¡Cosa de pegarse un tiro!

Federico sacó su cartera y, mostrándole los suyos, le contestó impasiblemente:

—Yo le había jugado diez mil...



Todos le daban el pésame. Unos, felices de su pérdida y fracaso. Otros, que jugaron a Saturno, lamentando sinceramente la derrota. Nadie comprendía. Madariaga parloteaba. Alguien afirmaba que el jockey gobernó mal al caballo. Otros aseguraban haberle advertido una ligerísima renguera.

Federico no oía. Asentía a todo con la cabeza. Cuando llegó al pesaje, Fermín venía con la montura en la mano. Al ver a su patrón se turbó. Evitó su mirada, se detuvo con un movimiento incoherente, achicándose como quien va a recibir un golpe. Federico, lívido, le escupió esta palabra:

—¡Canalla!

El jockey se estremeció ante aquella injusticia. Sus ojos se llenaron de lágrimas. Apenas pudo recorrer los metros que faltaban para la balanza.

Mientras el jockey era pesado y se cambiaba la ropa, al caballo lo bañaban con una ducha, en pre-

sencia de Federico y Almagro. Al terminar el baño, Almagro señaló una cosita que negreaba en el suelo. El peón no la veía. El la levantó: era una cerdita atada en forma de circunferencia y cortada en la parte opuesta al nudo.

—¿Cómo está esto aquí? — preguntó Almagro.

—No sé... señor... Yo no m'apartao del cabayo.

Federico clavó los ojos en el muchacho. Luego, volviéndose hacia el lado de la tribuna, y como si pensara en alguien, exclamó, mordiendo las palabras:

—¡Me han robado, miserables!

—Pero no hay nada que hacer — repuso Almagro. — ¿Cómo probar que la cerda estuviera en la pata del animal? ¿Y quién se la ha puesto? ¿No tiene cada caballo su peón? ¿No hay un capataz en el stud? La comisión de carreras jamás recibiría una queja de esa especie.

—No he pensado en quejarme — dijo Federico.

Sabía que aquello era obra de Indiana. Habría pagado al peón, o al capataz o al herrero o a cualquier sujeto para que se acercara al caballo y le atase la cerda.

En la galería, junto a la oficina de equipos, Fermín le esperaba temerosamente. Modesto, sumiso, dolorido, se acercó a Federico, quitándose su chamberguito. Habitudo a los enojos de su patrón cuando algún caballo se enfermaba, comprendía sin embargo que esta vez tratábase de algo muy grave. La palabra hiriente de Federico envolvía quien sabe qué acusaciones.

—Don Federico... — dijo, y calló, dando vueltas a su sombrero y mirándolo.

Almagro intervino.

—Ya sabemos... Federico lo sabe también... que usted no es culpable, Fermín. Son ellos, los de La Gloria. Hemos encontrado una cerda, que tal vez estuvo en la pata del caballo.

Fermín levantó los ojos, iluminados de esperanza, viendo que se descubría su inocencia.

—Andate tranquilo, Fermín —, le dijo Federico, ofreciéndole la mano, que el criollo le tomó con agradecimiento efusivo.

Almagro vió una lágrima en los ojos tristes del jockey.





## VI

### LA “FIJA” DEL CLAUSURA

Fermín no lograba saber los motivos de Redonnet, aquella tarde del Tattersall, para aconsejarle aceptar la visita a la propietaria de La Gloria.

—Es que... — decía Redonnet, refugiándose en las vaguedades — vos sabés que las cosas no duran. A lo mejor... ¿eh?... un desacuerdo con Federico... claro... te obliga a saltar del stud. Y conviene siempre tener donde arrimarse. Ahora hay muchos entrenadores buenos y jockeys más jóvenes que vos. Acordate de la famosa frase de Fernández a Mingo, en el Premio de Honor, hace años, cuando triunfó Mouchette: “Me ganaste porque sos más joven”. Ahora hay que conseguirse las montas... pelearlas... vos sabés...

Pero Fermín adivinaba otra razón oculta. La sospecha de que don Federico, descontento, planeaba despedirle, carcomía su espíritu. Y después del desastre en el Comparación, el propio Fermín sentíase

molesto en Las Vizcachas. Cierto que don Federico parecía arrepentido, pero aquel "¡canalla!" arrojado a la cara como vitriolo, y que tal vez alguien oyera, reclamaba disculpas decididas. Y ofendido, Fermín, por primera vez, habló a Redonnet de la posibilidad de abandonar el stud.

—Indiana te espera — apoyó Redonnet. — Le prometiste ir... Vas a pasar por informal y no te conviene...

—¡Qué quiere! Me parecía una traición apalabrarme con ellos.

—¿Traición a quién? Ya ves cómo te tratan...

—Y... traición a mi patrón, a Cóndor, a Saturno, a los demás animales...

Redonnet no era intrigante. Pero le afligía el pensar que Fermín quedara sin trabajo, y esto ocurriría en cuanto descubriera los amores de su mujer con Federico. Por ahora, las murmuraciones habían cesado. Vázquez, buena persona, negaba haber visto a la pareja del automóvil. Todo fué atribuido a habladurías de Américo, a perversidades de su hermana. Pero con la catástrofe inexplicable del Comparación, habían retornado las murmuraciones. Hablábase de una venganza de Fermín, y todo lo denunciaba: el aislarse de la gente, su mutismo sombrío, sus extraños descuidos como entrenador.

—Entonces... ¿cuándo querés que vayamos?

—A ver... déjeme pensar... — vacilaba Fermín.

—¡Caray, que te falta atropellada!

Redonnet insistió. Había otro motivo. Un diario de tercer orden, a raíz del Comparación, iniciara

## LA PAMPA Y SU PASIÓN

una campaña contra Fermín. Maniobras de Américo. La campaña acabaría en un chantage por parte del redactor de carreras. Pero si Américo untaba al periodista o al diarucho, ni Fermín ni sus amigos tendrían plata para hacer cesar los ataques. Además, Redonnet temía las alusiones a la infidelidad de Albertina. Calló a Fermín este motivo, pero se afirmó en el otro.

—Bueno, vamos cuando quiera — consintió el entrenador de Las Vizcachas.

Y una tarde la visita se realizó.

Indiana vivía cerca de la plaza Pellegrini, en un palacete renacimiento francés. Lujo y elegancia en todas las piezas, quizá con esa leve dosis de rasta-cuerismo, de la que aun los argentinos más distinguidos difícilmente escapan. Muebles españoles o coloniales, arcones magníficos, braseros de plata. El estilo Chippendale embellecía algunos cuartos. Y en todas partes obras artísticas: gobelinos, cuadros de maestros impresionistas y de pintores ingleses, vitrinas con maravillas del Japón, porcelanas del siglo XVIII.

Fermín conocía la casa de Federico, bien arreglada, pero no con la impresionante suntuosidad que ésta. Además, vivía aquí no un hombre sino una señora, una gran dama, una mujer excepcional por su belleza, su temperamento y su cultura. Y una mujer que le había mirado con interés — así lo creía Fermín, — a él, un pobre diablo, “un chino”, como decía la otra, la ingrata. Todo esto le cohibía.

Caminaba con miedo de voltear algo, en la penumbra del hall, a las siete de la tarde.

El sirviente les hizo entrar en el escritorio. Muebles oscuros. Anaqueles repletos de libros, de encuadernaciones preciosas. Todo en francés o en inglés; Indiana no tenía noticia de que existiese la literatura argentina. Fresco aquel escritorio, que daba a un jardincillo interior. . . .

Esperaron largo rato. Indiana, que llegaba de la calle, no se excusó por la tardanza. Todavía subió a sus piezas para arreglarse y quitarse el sombrero. Dejó un perfume tan penetrante y voluptuoso que los libros se pusieron a soñar.

Volvió Indiana. Elogios “al maestro”, que sonreía de placer y de timideces. Preocupaciones de Redonnet, que meditaba el modo de pedir el cese de la campaña de *El Día*. Entrada de un sirviente con jerez. Fermín, que casi nunca bebía — el alcohol traía dolores de cabeza y otras molestias que hacen perder carreras—no tuvo ánimo para rehusar. Y en seguida, aparición de Américo.

—¡Qué casualidad! Precisamente tengo que hablarte, gordinflón. Pero esperá que ingiera unas copitas de este néctar de los dioses.

Cada copita de un trago, despachó tres. Y salió con Redonnet.

—Fermín... — dijo Indiana, con sus ojos penetrantes en las pupilas apagadas del jockey — Quiero que usted se venga con nosotros. No admito excusas, Fermín. Tiene que ser así.

Y dando golpecitos en el brazo y en la mano del jockey, repetía:

—No me diga que no. Es mi voluntad y tiene que ser como yo quiero.

Fermín la miraba con admiración y temor. Ilusiones absurdas le acosaban. Acordábase de Retamar, de sus amores con una señora aristocrática, de las conquistas atribuidas a Bidelain... ¿Y por qué no también él...? ¡Y qué mujer! “Pur sang”, como diría don Federico. Si fuera yegua, sería más linda que Sibila. ¡Ah, si él se animara, si le agarrara la mano!

Exigido por Indiana, bebió otro par de copitas, dócilmente. Empezaba a marearse. Y la dominadora, sonriéndole a los ojos, insistía:

—Resuélvase ahora mismo. Quiero una respuesta.

—¿Y don Federico?... Me va a tomar por un...

Indignación de Indiana. No quería oír nombrar a semejante hombre. Seguro que a Fermín le trataba como a un sirviente.

—Eso es verdá, sí señora — se dejó decir el jockey. — En ocasiones don Federico monta el picazo. Cuando el Comparación, sin ir más lejos, me lastimó con una palabra que...

—No vacile, Fermín. Dígala. A esos malos bichos hay que desenmascararlos.

Una copita puesta casi en la boca por Indiana y unos golpecitos en la mano decidieron a Fermín a lo que, en sus cabales, hubiera considerado una traición.

—Y bueno... ¿sabe? Me dijo una cosa fea...

Sonrisa de Indiana, la que debió tapar con gestos de indignación.

—¿Qué le dijo ese miserable?

—Me llamó canalla... ¡fíjese!

Américo y Redonnet volvieron.

—¿Y... te venís con nosotros, mi vida, o no?

—Se viene con nosotros — afirmó Indiana.

—Entuavía no, señora. Déjeme pensar, siquiera una semanita...

Indiana, por insistencia de Redonnet, concedió una semana. Descontenta, sintiéndose derrotada, ya no miró a Fermín como hacía un instante ni quiso hablar. Al despedirse en el hall, Redonnet, refiriéndose a la campaña de *El Día*, rogó a Américo:

—Y por favor, che, hacé que termine aquello...

—Pero si yo no tengo que ver nada, m'hijo. Ya te lo dije.

Ni Indiana ni Fermín preguntaron. Fermín, de pensar que Redonnet, en su presencia, acusaba indirectamente a la propietaria de La Gloria, enrojeció. Despidióse a la disparada, cohibido. Y tambaleante por las seis copitas, bajó los escalones de la entrada apoyado en el brazo de su amigo.

Era de noche. Fueron a la placita a buscar un automóvil. Fermín quiso acercarse a la estatua de Pellegrini, que nunca viera.

—El dotor Pellegrini era un criollo, ¿no?

—¡Cha si era un criollo! Ese quería a los caballos como vos y como yo, viejo...

Fermín quedó pensativo y luego sentenció tristemente:



—Ya esos hombres se acabaron.

Pasó un coche de plaza con sus jamelgos escuálidos. Fermín, maquinalmente, lo llamó.

—No, hombre. No llegaremos nunca — protestó Redonnet.

Y los dos amigos del caballo corrieron hacia un automóvil que cruzaba la avenida Alvear.

\*

\* \*

Pasaban los días y Fermín no abandonaba su indecisión. Ya nada importábale de Federico, que parecía desconfiar de él. Pero a Cóndor, a Saturno, a los demás pingos, ¿cómo dejarlos? Algunas noches resolvía irse de Las Vizcachas, pero a la mañana, al ver a los animales y prepararlos, su resolución perecía.

Y eso que en Las Vizcachas tenía un motivo de permanente humillación: el capataz. La leyenda trágica que rodeaba al uruguayo, matador de su mujer infiel, era un continuo reproche para Fermín. Admiraba al capataz. Ese era un hombre. Él, en cambio, no se animaba a interpelar a la ingrata. Hasta le parecía que el capataz, siempre silencioso y lúgubre, le miraba con sorna y le despreciaba.

Una mañana Fermín consultó a Cóndor. Tenía la certidumbre de que el caballo le contestaría de algún modo.

—¿Qué hago, viejito? El patrón no es el de antes, me desconfía... Me aseguran que tendré que irme de aquí. En La Gloria me ofrecen mejor sueldo. Y la propietaria... no te riás, viejito... parece que... En fin, ¿me voy? ¿Me quedo? Si no fuese por vos, me iría. A los otros los quiero también, pero a vos más que a todos. Y no me animo a dejarte. Por un lao, mi conveniencia; por otro, la ley que te tengo... ¿Qué me decís, viejito?

El caballo, que estaba parado, levantó la mano derecha y golpeó el suelo.

—¿Qué me aconsejás?... ¿Que me quede?...

Un nuevo golpe, fuerte como una afirmación perentoria, decidió al entrenador.

—Ta bien. No me iré de este estú.

La resolución de Fermín disgustó a Américo. Y lo mismo a Redonnet, que temía a los diarios. Ahora dos periódicos atacaban, y ya habían comenzado las insinuaciones sobre la infidelidad de Albertina.

Una madrugada el timbre de la calle sonó como loco en la casita de Fermín.

—Señor Fermín... se quema el estú... vaya pronto... — le decía un muchacho.

Fermín salió como estaba, en pijama. El muchacho había traído un automóvil, y en dos minutos estuvieron en Las Vizcachas. Aun era de

noche. Los focos de la calle permanecían encendidos.

Una multitud curioseaba frente al stud. Fermín fué reconocido y le abrieron calle. La policía, en el patio, tomaba nombres y domicilios. El capataz, interrogado por el entrenador, explicó:

—Yo nada sentí. Pero el indio, que sabe levantarse a media noche, no sé si de desconfiao o por costumbre, pasó frente al box de Cóndor y olió a quemao. Abrió y, en momentos en que las llamas empezaban, sacó el caballo.

—¿Lastimao?

—Chamuscao el pelo en varias partes y nada más. Eso sí, muy asustao. Lo llevó a un box vacío. En seguida me despertó. Llamamos a los bomberos y sacamos a los caballos. Le metimos al fuego la manguera'e regar y algo hicimos. Al cabo cayeron los bomberos y...

—¿A qué hora empezó el fuego?

—A eso de la una y media...

—¿Y cómo se explica una cosa así? Aquí no entra naide... A menos que el portón quedara sin llave...

El capataz se amoscó y apenas quiso hablar. El era responsable, sin embargo, de cuanto ocurriera en el stud por las noches. Para eso dormía en la casa.

—¿Y sabe el patrón, siquiera?

—No sabe.

Fermín buscó al ranquel. Allí estaba, rodeado de tres vigilantes. En su media lengua daba tra-

bajo a los policías, que no lograban entenderle.

—Cauallo quemando... Fuego mucho... Caua-  
llo relinchando juerte... Yegua yorando...

El oficial de policía llamó aparte a Fermín. Lo acosó a preguntas, pero el entrenador no quiso revelar sus sospechas. ¿Cómo decirle que él acusaba a los de La Gloria? El problema, para Fermín, era el del cómplice. Tal vez alguien comprado por ellos, tal vez alguien que dejó entrar al criminal. ¿El indio? Imposible. ¿El capataz?...

Clareaba. La hora tenía el color de la clara de huevo. Aquella media luz dejó ver el ensombrecimiento repentino del rostro de Fermín.

\*

\* \*

El sumario nada revelaba. Federico no se interesó, temiendo que Indiana publicara sus amores con Albertina. Y dejó que el asunto fuese olvidado.

Mientras tanto, *El Día* y *El Sol* acentuaban la campaña. Una tarde *El Sol* tituló un suelto: *La decadencia irremediable de una gloria*. Una frase decía: "El ídolo de ayer ha caído. El héroe de las pistas porteñas, aclamado por las multitudes delirantes, el entrenador eficaz, el jockey estupendo que fuera el primer látigo de América, el prin-

cipe de la fusta, Fermín Contreras, en una palabra, es hoy una ruina. Ya no sabe ni preparar los caballos ni correrlos. Animal que pilotea Contreras, pierde infaliblemente. Lo vimos en el desastre trágico del Comparación. ¿Cómo explicar este derrumbamiento lamentable?" Y en seguida, la insinuación perversa. El maestro padecía hondas preocupaciones, que, como era notorio en los círculos turfísticos, aunque el gran público las ignoraba, "tenían su razón de ser". La maldad humana había caído sobre su vida y parecía extraño que le hubiesen llevado a la catástrofe "quienes más interés tenían en sus triunfos".

Fermín leyó el artículo en un café de Belgrano. Solitario, como ahora solía estar, rumiaba sus desgracias. Había resuelto, por empeño de Redonnet, no leer los periódicos que le atacaban. Pero ellos le atraían, como atrae un abismo. Una especie de vértigo irresistible le llevaba a comprar el diario. Oía vocearlo y comenzaba su lucha interior. Si el canillita se le acercaba y se lo tendía, Fermín, sin coraje para rechazar la tentación, irresponsable de curiosidad, sacaba la moneda.

Al leer aquel artículo, la reacción le empujó a su casa para que interrogase a su mujer. Albertina llegaba de pasar una hora con Federico, y estaba linda y apetitosa, con sus brazos desnudos, su garganta magnífica, sus ojos todavía brillantes de lujuria. Fermín la encontró en el dormitorio, arreglándose al espejo y tarareando el tango *Milonguita*.

—Explicame qué es esto... — tartamudeó Fermín, ahogándose con las palabras y mostrando el diario.

—Yo qué sé... — contestó ella sin enterarse.

—No sabés... Ingrata... Mala mujer...

Albertina se estremeció, como latigueada.

—¿Me insultás vos, un chino, un chusma? ¿Así pagás el sacrificio de mi casamiento? Me alegro de que, por fin, tengás un poco de coraje, porque podré decirte la verdad. Y es que estoy harta de estar a tu lado. Me apestás a bosta. No te quiero ni te he querido nunca. Te tengo rabia porque me casé con vos. Te desprecio. Me da vergüenza ser tu mujer. Pase cuando eras célebre... Pero ahora, ya lo ves, te lo dicen hasta los diarios, no valés nada... Sos un gato...

Fermín, cuyas palabras temblorosas eran aplastadas por la furia enérgica de Albertina, logró hacerse oír. En pie siempre, con el brazo tímidamente tendido hacia ella, todo estremecido de aflicción, la increpó:

—Vos tenés la culpa. Si me distraigo... y si no soy el de antes... es por pensar en lo que me has hecho. Todos lo saben... Me miran con lástima, se ríen de mí... Yo debía hacer como el capataz... pero me falta coraje... Y es que entuavía te quiero... Pero desde aura...

—¿Qué? ¿Vas a hacer como el capataz, vos, un enclenque, un medio hombre?

Rió estruendosamente, mientras Fermín se desesperaba.

—En adelante me vas a obedecer... No saldrás sino...

—¿Obedecerte a vos? ¿Yo? ¿De modo que no me echás de tu casa? ¿Querés que me quede?

—Te perdono si...

—¡Callate! Merecés ser lo que sos...

Le arrojó con desprecio la palabra:

—...¡un cornudo!

Y abandonó la casa, llevándose su dinero y sus objetos más indispensables en una valijita de mano, mientras Fermín, volteado por los sollozos, caía de boca sobre su lecho de matrimonio.

\*

\* \*

Premio Clausura, el último clásico del año.

La campaña contra Fermín habíase exacerbado en la semana anterior. Ahora hasta los diarios serios le atacaban, y no por influencia de Américo sino por sus distracciones en el training. Una mañana con propensión a llover, Fermín preparaba un caballo que correría la tarde del Clausura, en el handicap final. La tercera campanada, anunciadora de la lluvia inminente, halló distraído al compositor. No ordenó sacar de las pistas al caballo, que, cuando entraron el personal y las rastras, no pudo ser con-



tenido a tiempo y, rozando uno de aquellos aparatos, lastimóse y debió ser retirado de la carrera.

Redonnet revolvió el mundo para que los diarios que atacaban a Fermín no aludiesen a la huída de Albertina. Callaron, mas no por su influencia, como Redonnet creyera, sino por perjudicar mejor al jockey y a Federico. El público, indignado seguramente contra Fermín, le silbaría si perdiese la carrera, pero, enterado de sus desgracias, tal vez se apiadara de él.

Fermín, aquel domingo, estaba enfermo de tristeza. Algo le consolaba la compañía de su madre y sus hermanas, que habían ido a vivir con él. Pero la idea del deshonor le imponía dolorosas humillaciones. Despreciábase por su incapacidad para vengarse. Imaginaba hirientes sonrisas a su alrededor, y le obsesionaba la mal escondida mueca de desdén del capataz.

Tres días antes se habían realizado las elecciones en la Asociación. La candidatura de Fermín para la presidencia había fracasado ridículamente. El desastre del Comparación y los ataques de los diarios le dejaron sin votos. *El Sol* y *El Día* publicaron caricaturas malévolas, en las que se exageraba la ignorancia de Fermín. No le votaron ni aun los que iniciaron la campaña a su favor. Triunfó casi unánimemente el entrenador Mariano Valero, pues Bidelain tuvo la habilidad de retirarse a tiempo.

Mientras se vestía, observaba a los compañeros disimuladamente. Creía que hablaban de él en voz baja, que se burlaban. Uno de ellos era Bidelain, que

tenía en los labios, permanentemente, una fina sonrisa. Otro era el negro Juárez, que reía de la mañana a la noche, sin que se supiese por qué.

Iba a correrse el clásico. Multitudes ansiosas negreaban en las tribunas. El corazón unánime del gentío anunciaba, en su ritmo incierto, una carrera dramática. Las pistas estaban blancas de sol y estremecidas. Sobre el puente — vibrante friso rojo — asomaban, como uvas, centenares de cabezas.

Federico, que desde el Comparación y la campaña periodística esquivaba al jockey, no le dió instrucciones para correr a Saturno, gran favorito. Solamente le dijo:

—Mirá, treinta mil personas creen que es una fija. Si perdés te lincharán. No pensés en bueyes perdidos... Aplicate a la carrera... ¡por favor, hombre!

—¡Bueyes perdidos! — repitió Fermín entre dientes, con aire sombrío. — Ta güeno...

El público aplaudió la entrada de Saturno en la pista, su andar elástico, su excepcional elegancia. Fermín, impasible, no contestaba aquellos aplausos que no eran para él. Frente a las populares, algunos silbidos hirieron como alfileres el aire espeso del ardiente domingo de Diciembre. Esto era lo suyo, comprendió Fermín. Y una tumultosa inquietud entró en su espíritu.

No había llegado, sin embargo, a recorrer toda la línea de las tres tribunas populares. Una voz subconsciente decíale que allí estaba su enemigo. Y así, en cuanto se acercó a la primera de esas tribunas y oyó los silbidos, dió vuelta a su caballo y lo

llevó en un galope hacia la derecha. De la tribuna del paddock, vecina a las populares, surgieron ahora algunas rápidas manifestaciones hostiles. En cambio, la de los socios estaba tranquila y al parecer indiferente. Fermín detuvo el caballo, y lo condujo al trotecito por frente a la tribuna de los dueños de studs y cuidadores. Pensó que sus compañeros le mirarían con desconfianza, que habrían oído los silbidos de las populares, y se achicó sobre el caballo, escondiéndose detrás del pescuezo. Pero la tranquilidad renació al pasar frente al paddock. Desde el lomo del caballo veía los vastos jardines. Mujeres bonitas conversaban aquí y allí con algunos hombres.

Llegó al lugar de la salida, que era a la derecha del comedor del paddock. Esta circunstancia de salir desde el mismo sitio que en el Comparación le pareció de mal augurio. Pero, al ver al starter y a los caballos ya en sus sitios, se olvidó de todo para no pensar sino en la carrera. Por lo demás las populares estaban muy lejos, a más de mil metros, y desde allí él no podía verlas.

El starter dió el "vamos" y se levantaron las cintas. Pero a Fermín se le había atravesado el recuerdo de Albertina, y no largó a la par que los demás. Fué preciso volver a la raya. En la nueva salida, el caballo de Fermín atropelló las cintas, rompiéndolas. Cinco salidas fracasaron por culpa de Fermín. Cuando a la sexta tentativa los caballos pudieron por fin seguir y el segundo starter, situado treinta metros más allá, bajó la bandera,

un rumor de tren lejano — la impaciencia y la emoción de las populares — llegó hasta Fermín.

La dirección de los primeros doscientos metros era perpendicular a la línea de las tribunas, de modo que él no las veía. Hizo esta distancia con emoción pero sin temor ninguno. Su caballo ocupaba el puesto delantero. La curva del primer recodo le favoreció, pues llevaba el lado de los palos. Pero apenas hubo entrado en la recta del río, miró hacia las tribunas y las abarcó de una ojeada. Desde allí le parecían chiquitas. Tenían algo de jaulas. La multitud semejaba enormes racimos de uvas. Animado y resuelto, conservaba el primer lugar cuando, frente al palo de los mil quinientos metros, la infamia de Albertina se le puso delante de los ojos. Se distrajo, y el caballo que piloteaba Bidelain pasó al suyo. El rumor de tren lejano, que fuera creciendo, aumentó de repente hasta convertirse en una tempestad. Iba a entrar en la curva, y se aproximaba a las populares. Imaginó que allí, en la "perrera", se apretaba toda la humanidad. Las cabezas que se movían inquietas le parecieron millones, como debían ser millones los brazos gesticulantes y amenazadores que ya comenzaba a distinguir. Ahora ocupaba el tercer puesto y había perdido el lado de los palos. En la curva, Fermín, nervioso, asustado ante la gritería espantosa, aflojó toda la rienda. Fué inútil. Entonces perdió su serenidad. La visión de las tribunas le obsesionó y en el temor de la derrota castigó exageradamente y taloneó con frenesí. Pero

sus mismos nervios le imponían brusquedades a las riendas y le fatigaban. Y desde allí, corriendo perpendicularmente a las tribunas, no podía dejar de mirarlas. Otro caballo le había pasado, y Saturno distanciábase. Ahora la multitud era un mar furioso y su fragor se le metía por los oídos, le apretaba el corazón, le hacía temblar. Iba a entrar en la recta, a pasar por las populares. Un sudor frío se deslizaba por sus carnes. No podía agarrar bien las riendas. Y castigaba, en su afligente excitación. La carrera parecíale interminable. La recta le atraía como un abismo. Al torcer el último recodo Saturno iba a la cola del lote. La multitud de las populares bramaba como una bestia apocalíptica.

La recta. Esperanzas perdidas. Los caballos parecían lejos, muy adelante, chiquitos. Fermín apenas los veía. Sus ojos enloquecidos estaban en aquella masa humana que se agitaba y rugía. Perdió la cabeza por completo. Distanciado a veinte metros del lote, vió que el gentío saltaba la barrera, que penetraba en la pista. ¿Iban a atajarlo, a asaltarlo? Oía gritar: “¡ladrón!”, “¡canalla!”, “¡sinvergüenza!”. Entre la multitud distinguió unos pocos vigilantes que intentaban contenerla. Pero ya los más audaces y rabiosos de sus atacantes llegaban al centro de la pista. Fermín detuvo al caballo, quiso retroceder. Su vacilación envalentonó al grupo, que avanzó hacia él injuriándolo. Insultos groseros, puños y bastones en el aire.

La palabra “cornudo”, gritada por varios, le decidió. Castigó, taloneó brutalmente al animal y

atropelló. Rodaron dos o tres entre el polvo espeso de la pista. Los cuerpos al caer, las patas del caballo y el arrastrar de los pies levantó una nube de polvo que envolvió a todos y benefició a Fermín. El jockey, temblando de excitación, con los ojos llenos de lágrimas, repartía latigazos a los que intentaban sujetarle de las riendas.

Por fin, pudo libertarse de los asaltantes. Llevó el caballo hasta la barrera interior, cabalgó cien metros hacia la salida de la calle Olleros. Allí, lejos de las populares, desmontó y, dejando al caballo solo, corrió desesperadamente, sin ver el tumulto que dejaba atrás, y ahora sin oír casi la gritería. En Olleros trepó a un automóvil vacío que regresaba del Golf, y huyó a su casa.

La madre y las tres hermanas quedaron asombradas al verle en traje de jockey y todo lleno de polvo. No necesitaron preguntar para comprender el drama del hijo y del hermano. Fermín abrazado a la madre, sostenido por la piedad y el cariño fraterno, avanzó lentamente hacia su cuarto, sollozando como una criatura.





## VII

### AL REGRESO DE MAROÑAS

El *Ciudad de Buenos Aires* se alejaba de la Dársena Sud. Los salones, las cubiertas, hervían de carreristas que iban a Montevideo, al Gran Premio José Pedro Ramírez. Ocupadas todas las camas, muchos entusiastas acamparían en las cubiertas y salones. El ambiente vibraba de pronósticos y cálculos. Una poesía de esperanzas en pesos oro mezclábase a la armoniosa serenidad del río y al encanto de la noche de plata.

Federico, en el extremo de la popa, sentado en un ancho banco, fumaba su habano. Rodeábanle desconocidos que hablaban del gran premio. A sus espaldas, en aquel lugar abierto — un bar al aire libre aunque techado —, una multitud se apretujaba en torno a las mesas. Federico, indiferente a la algarabía, miraba el collar de luces en la lejanía del puerto. Los diamantes luminosos embellecían el silencio de la ciudad. El río, la noche, la fascina-

ción lunar predisponían a la meditación. Una boya se prolongaba un instante sobre el agua en inmensa serpiente roja que en seguida desaparecía. Federico, en la pantalla nocturna, iluminada por el reflector de la luna, iba pasando el film de sus inquietudes. Desde el comedor llegaba la ternura de los tangos, que una pequeña orquesta tocaba.

Desde la ruptura con Indiana era un desastre su vida. Los dos fracasos de Saturno le costaban cincuenta mil pesos, buen golpe para sus finanzas no muy sólidas. Y como la mala racha no le abandonara, había perdido en casi todas las carreras, ya jugando a sus caballos, ya a los ajenos. Pero esto, con ser grave, no le preocuparía excesivamente si no viese el derrumbe de su caballeriza. Fermín, sabiéndose engañado, buscaba al cómplice de su mujer, lo que, agregado a sus tristezas de hombre de corazón, hacía descuidar la preparación de los caballos. Y él, el dueño del stud, no podía despedir al buen criollo. ¿Acaso no era el culpable del drama de Fermín? Sentía una pena profunda cuando pensaba en su entrenador, en su lealtad para con él, en la excelencia de sus servicios, en lo enamorado que estaba de su mujercita, la que él, canallescamente, le había quitado. Pero luego, Federico se absolvía. Cualquier otro haría lo mismo. El no la tentó a Albertina. Ella le había buscado claramente. Y él, hombre como todos, aceptó la aventura que se le presentaba.

Pero esta absolución no le salvaba de sus temo-

## L A P A M P A Y S U P A S I O N

res de que aquella infamia se hiciese pública, de sus inquietudes frente a Fermín y de las molestias de una aventura que ya duraba demasiado. Albertina era insoportable. Sus bellas formas no compensaban su guaranguería, sus exigencias, su lenguaje lunfardo, su falta de espíritu, de distinción y de interés. Ahora habíale dado por decir algunas palabras alterando el orden de las sílabas, lo que ella llamaba hablar al revés o “hablar en vesre”. No le decía Inglés sino Glesin, y al cariñoso “viejo” había reemplazado el horrendo “jovie”. Y para peor, la tarde en que abandonara a Fermín se le había aparecido en su casa. Venía a vivir con él, a instalarse allí, sencillamente. Imposible una enormidad semejante, sobre todo ahora que él festejaba a María de Jesús. Para defenderse del compromiso, alegó que Fermín podía enterarse y hacer un escándalo. Ella lloró, se quejó de que él no la quisiera, le llamó cobarde. Por fin, en medio de un chaparrón de besos y frases malevas, consintió en ir a un hotel. Ahora, él debía mantenerla. No le fastidiaba el gasto, exiguo para él, sino el vínculo. Despedirla equivaldría a prostituirla. Ciertó que ella ostentaba modos de cocota, pero esto no le eximía a él de responsabilidad; si él no existiera, ella no abandonara la casa.

A causa de los amores con Albertina, su situación entre la gente del turf era molesta. Apenas iba al stud. Los peones, los jockeys, el capataz, todos sabían que él le quitara la mujer a Fermín, y le miraban con despego y aun con antipatía.

Los ojos del capataz parecían recordar el ejemplo de su sangrienta venganza. Y lo peor era para Federico que, por su acción infame, todos despreciaban a Fermín.

En cuanto a Indiana, persistía en su encono. Fabricaba perversidades. No le bastó quitarle el caballo en el Tattersall. Le ganó carreras en mala ley, intentó sacarle a su entrenador, incendió el stud, movió a dos diarios contra Fermín y contra él. La campaña no había terminado con la catástrofe del Clausura. Aun faltaba la revelación de sus amoríos, y ya llegaría. Ahora, vencido Fermín, le atacaban a él. Sus enojos espontáneos y sin maldad cuando algún caballo se enfermaba, fueron convertidos, por los sueltos malévolos, en mal trato al personal. Su insulto a Fermín, cuando la derrota del Comparación, dió tema a una columna. Federico inquiría en sus recuerdos la presencia de algún testigo, pues negábase a creer en delaciones de su jockey. En fin, desacreditábanle tercamente. Ya comenzaba a ser un hombre odiado.

Sólo una claridad albeaba entre tantas negruras: María de Jesús. Veíala con cierta frecuencia, en las carreras, en la calle Florida, en los té a la moda. Su posición de festejante y aun de candidato serio estaba ya definida. Padre y hermano habían transigido con su fama de calavera y jugador, ante sus sinceras promesas y sus deseos de nueva vida. Almagro intervino eficazmente con todo el lujo de su oratoria. Ahora ella veraneaba en el haras, lejos de Buenos Aires. Federico miraba el

río y la evocaba. La serenidad de las aguas trocábase en un vasto campo verde, y los puntos luminosos y casi extinguidos de la ciudad eran las luces de la morada campestre donde María de Jesús tal vez dormía su sueño de inocencia.

—Pero, hombre, ¿en dónde te habías metido?

Era Almagro, seguido de Madariaga. El río volvió a su condición líquida y la realidad se concretó en los importunos.

—El hombre estaba en trance de poesía — bromeó Almagro.

—Preguntemos quién es ella—agregó el español.

\*

\* \*

En el comedor, mientras buscaban una mesa, encontraron al único pasajero que aquella noche no iba a Montevideo por las carreras, hallazgo verdaderamente extraordinario.

Era el doctor Medina, juez honorable, moralista y provinciano. Viajaba con sus hijas y su consorte; pero allí estaba solo, bebiendo una taza de te. En su abominación de Mar del Plata, por razones de alta moralidad, resolviera veranear en Montevideo, cuyas playas, por idénticas razones, no tardaría igualmente en abominar. Los timberos del

pasaje, gente del Jockey, le ignoraban personalmente, aunque no de nombre. Almagro le conocía. El austero juez le fallara en contra uno de los raros pleitos que le cayeran por milagro aquel año. Almagro lo presentó a Federico y a Madariaga, y sentáronse los cuatro a beber algo. Federico, rum-boso y un tanto rastacuero, convidó con champaña, ante el rural asombro del juez.

Por la ventana Federico veía el río y unas luces lejanas a la derecha: Quilmes o La Plata. El vapor iba serenamente. Una orquesta, en aquel salón, tocaba tangos y shimmys.

—¿Y cómo usted, doctor Medina — preguntó Almagro — ha elegido este día para viajar? ¿No teme el contubernio con todos estos viciosos? Porque usted no ha de ir por el Gran Premio José Pedro Ramírez...

—No señor. Yo soy contrario a las carreras. Me parecen una vergüenza nacional.

—Vea que los señores — interrumpió Almagro, señalando a Federico y a Madariaga, — tienen caballerizas, uno en Buenos Aires y otro en Madrid...

—No importa. Tengo el valor de mis opiniones. Creo que el gobierno debiera suprimirlas por decreto.

Madariaga dijo que en todos los países cultos se corrían carreras. En Londres las había casi diariamente. En París, no obstante los gobiernos más o menos socialistas, nadie intentó quitar al pueblo una diversión que le entusiasmaba. En los Estados

Unidos, en Maryland, se jugaba medio millón de dólares en cada día de carreras, y en todo el país, según un diario norteamericano, se jugaba anualmente, en forma de apuestas clandestinas, un billón.

—Todo eso no prueba que los hipódromos no sean una inmoralidad y una causa de ruina — sentenció el juez.

Horacio Almagro, que estuviera en silencio, premeditando alevosamente su discursito, pidió a Medina que le escuchara cinco minutos. Medina, en actitud de juez, se dispuso a oír sólidos argumentos. Dos o tres conocidos se detuvieron, como siempre que se sospechaba un espiche de Almagro.

—Las carreras tienen un viejo arraigo en la humanidad civilizada. Los persas corrían caballos en las fiestas del dios Mithra. Hércules las llevó a Grecia, y Homero las describe en la *Iliada*, en los funerales de Patroclo. Más tarde formaron parte de los juegos olímpicos, así como de los píticos y los panatenienses. Era tan fervoroso el culto de las carreras en la Grecia ilustre, que en Beocia uno de los meses se llamaba Hipodromio, es decir, el mes de las carreras de caballos. Y en *Las Nubes*, Aristófanes nos muestra un padre arruinado y desesperado a causa de la pasión de su hijo por las carreras. El Fidipides aristofanESCO, que hasta en sueños habla de caballos y que desprecia a los filósofos, es idéntico a nuestros jóvenes carreristas y "fifis". Los romanos organizaron las carreras y tuvieron jockeys de profesión: los cursores. Mo-



nedas celtíberas muestran jinetes y caballos en actitud de correr. En Inglaterra existen las carreras desde hace siglos. Un libro sobre Londres, del siglo XII, describe unas carreras iguales a las de hoy. Y en fin...

—Muy interesante lo que usted nos cuenta—interrumpió el doctor Medina, gravemente. — Pero yo no condeno el hecho de que se corran caballos sino el juego. No me opongo al deporte, sino a la inmoralidad y a la corrupción.

—Todas las cosas buenas de la vida, mi austero doctor — sonrió Almagro, — son inmoralidad y pecado. El apretar en nuestros brazos una linda mujercita desnuda es un pecado que condenan las religiones y los moralistas laicos.

—El matrimonio... — intentó interrumpir Medina.

—El matrimonio no es un placer—afirmó enérgicamente Almagro. — Es un deber y una rutina.

Risas y aplausos. Medina frunció el entrecejo, escandalizado y un poco vejado ante tamañas abominaciones.

—El alcohol... — continuó sonriente el discursador. — ¿Hay delicia más grande que beber con amigos y mejor aún con amigas, hasta llegar al punto en que el vino nos penetra de una alegría apolínea que no es la torpe borrachera? Pues eso es también pecado. Y el no hacer nada, el clásico *dolce far niente*, es decir: la contemplación, fuente de la poesía y del ensueño, es cosa abominable, mi doctor: es la madre de todos los vicios.

Pero ¿para qué seguir? El hombre no puede vivir sin vicios, y el del juego es uno de los más humanos. Nuestro temor y nuestro amor a lo desconocido; la ilusión y la esperanza de triunfar y de acertar; el culto del salvaje a las fuerzas ignoradas, que duerme en todo hombre civilizado; saber si la suerte, hija del Destino, está o no con nosotros; la emoción dramática del desarrollo de la prueba cuyo resultado será nuestra alegría o nuestra catástrofe, todo esto y mucho más, señores, mucho más vive con intensidad extraña en las carreras. La moralidad no consiste en el absurdo antihumano de carecer de vicios, sino en limitarlos y disciplinarlos. El vicio del juego es antiestético y arruinador en una taberna infecta donde el no pagar la deuda trae la puñalada fatal. Pero en las carreras, a dosis regulares, como es allí, y bajo la vigilancia y protección del Estado, es un vicio disciplinado y aun conveniente en un organismo social en plena civilización, como ciertos venenos, el arsénico por ejemplo, que en dosis limitadas robustecen el organismo humano. Vicio viril, elegante, exaltador y hasta virtuoso, es también sano e higiénico, pues se ejerce al aire libre, bajo la augusta bendición del padre Sol. Suprimir las carreras, como desea el doctor Medina, equivaldría a privar de su emoción a millares de seres humanos, grave crueldad e injusticia, porque una dosis de emoción es tan necesaria como una dosis de vicio.

Y olvidándose que el día del Comparación, en presencia de Madariaga y de Federico, había dicho

lo contrario, para significar que sólo se jugaba en el Hipódromo por amor al caballo, agregó:

—Suprima usted las carreras, y al otro domingo las gentes se meterán en inmundas covachas a manejar barajas roñosas y a jugar lo que no tienen, cosa imposible en el Hipódromo, donde no se fían los boletos. Suprima usted las carreras, y esta ciudad triste se tornará horrible.

—Hay otras emociones... — dijo Medina.

—Sin duda. Pero no son las mismas para todos. Unos buscan sus emociones en Beethoven, otros en el watershoot del Parque Japonés. Respetemos las emociones de los turfistas. No son ni mejores ni peores que las otras. Pretender imponerles a ellos nuestras diversiones, es creer que todos tenemos igual sensibilidad. Y no es así. El hombre que llora de felicidad por la revancha de Botafogo, puede no ser sensible a la belleza del *Banquete* platónico. Queda el argumento de que las carreras arruinan. Pero en ningún juego como en las carreras es tan fácil equilibrar ganancias y pérdidas. Y si unos se arruinan, otros se salvan. También arruinan el servicio militar, que ha costado la profesión y aun la vida a muchos jóvenes; el automovilismo, que no afecta al bolsillo ajeno sino a la vida de los demás; las mujeres alegres y las no alegres. Yo conozco muy pocos a quienes hayan arruinado las carreras. En cambio conozco muchos a quienes arruinó el matrimonio. De modo que si las carreras han de suprimirse porque algunos tontos salieron con los bolsillos vacíos, suprimamos

también el matrimonio, que ha dejado en la calle y les ha arruinado la reputación — cosa más importante que el dinero.—a muchos hombres dignos de lástima y de simpatía...

—¡Paradojas, nada más que paradojas! — respondió el magistrado a las risas y aprobaciones.

Y tragando su enojo, se despidió solemnemente.

\*

\* \*

La primera ocupación de Federico en Montevideo, apenas instalado en el Parque Hotel, fué ir al stud donde se alojaba su caballo. Almagro y Madariaga le acompañaron.

En los años anteriores, Federico llevó siempre sus caballos a Maroñas, a alguno de los mejores studs entre los innumerables que existen en aquel pueblo, que es el Bajo Belgrano montevideano, y donde está el Hipódromo. Pero aquel año había resuelto llevarlo a Malvín, no obstante las objeciones del entrenador. Malvín es una playa próxima a la ciudad, y probablemente la más bella y pintoresca entre todas. Se llega a Malvín en automóvil pasando por la playa de los Pocitos y por la del Buceo, y está a medio camino entre ésta y la de Carrasco. La presencia del cementerio del Buceo, sobre el mar

y con sus altos cipreses, pone una nota melancólica en aquellos lugares, acentuando su poesía. Malvín es pintoresca, con sus barrancas, sus pequeños bares, restoranes y terrazas y sus casitas de colores. Allí algunos studs tienen lo que pudieran llamarse sucursales. Los caballos van a veranear, a tomar baños de mar. Por la mañana suele verse a los peones que, con infinitos cuidados, hacen bañar a los racers. Y por las noches, los caballos que van a correr son preparados en Carrasco, sobre la larga playa de arena dura.

Federico creía que Saturno estaba débil y cansado, y suponía que los baños le harían bien. Otra ventaja de Malvín era que nadie podría conocer las performances del caballo; de modo que existía la posibilidad de un buen sport. Al día siguiente del Clausura había mandado a Fermín a Montevideo, con Saturno. Fermín, suspendido como jockey, podía trabajar como compositor.

En Malvín, Federico encontró al entrenador consagrado a la ardua tarea de embarcar a Saturno en el camión que lo conduciría a Maroñas. Como era el día de la prueba, el caballo debía ser instalado, para aquel viaje de media hora o un poco más, con infinitos cuidados. El cansancio podía ser fatal para su triunfo.

Ya Saturno estaba en el camión y Fermín iba a subir, cuando apareció Federico. El entrenador se detuvo y apartóse para hablar con el propietario. El caballo, según Fermín, estaba en excelente forma. Los baños le habían dado bríos. El triunfo

era casi seguro. La noche antes "había marcado unos tiempos extraordinarios".

Hablaban dentro del stud, un simple galpón, techado de zinc.

—Juéguele sin asco, don Federico. Aura, si lo corriera yo... no le diría...

—¿Por qué hablás así? Sos un hombre joven y, ayer no más, ningún jockey se comparaba con vos...

—¡Pero ando tan golpiao!

Era evidente que Fermín quería contar algo. Tal vez la nostalgia de la patria, la influencia melancolizadora del mar propiciaban la confidencia. Federico planeaba huir de aquel peligro. Podría denunciarse, sin advertirlo. Pero la curiosidad le empujaba.

—¿Decís eso porque te corrieron?

—Por eso y por cosas piores.

Pareció arrugarse todo entero, y, al cabo de un silencio largo, susurró:

—No sé si sabe, don Federico, que ella... se jué de casa...

A Federico le acometió una fuerte tos. Luego se sonó calmosamente las narices y al fin preguntó, con modo sesgoso:

—¿Y por qué te dejó?

—Y... no me quería... Parece que anda con otro...

Federico volvió a sonarse. Espiaba los ojos del jockey con inquietud, pero todo anunciaba calma. Redujo su respuesta a un cabeceo, comentador de

aquella fatalidad. A Fermín temblábale la barbilla. Mordió su pena y dijo con una voz de inacabable desolación:

—Yo quería hablarle de esto, señor, y no me animaba. A más, no tenía ocasión. Usted no iba solo al estú... Yo quiero que sepa por qué pierdo las carreras. Yo le tenía mucha ley a Albertina... Primero supe su engaño, poco después del Comparación. Ha sido un golpe muy fuerte, señor. Y... es claro... las preocupaciones no me dejan. Por eso perdí la fija del Clausura.

—Todo pasa en esta vida — sentenció Federico. —Ya se cerrará tu herida y recuperarás tu forma. Volverás a ser el gran látigo del año pasado.

—Puede ser, don Federico. Pero... por aura, prefiero no correr. Por eso m'e alegro de la suspensión...

Federico prometió buscar una segunda monta.

—A más, yo no quiero que usted esté descontento conmigo, señor. Yo he empezao a descuidarme cuando comencé a padecer por culpa de la ingrata. De no, habría trabajao como endenantes. Yo siempre le he sido fiel, señor.

—¿Por qué decís eso?

—El estú La Gloria me ha buscao sin descanso, patrón. Me ha tentao con ofertas de pagas maníficas. Pero yo no he querido dirme de Las Vizcachas. Así soy yo, patrón. Me gusta ser leal.

—Bueno, te lo agradezco todo—suspiró Federico y, arrastrado por la violencia de su remordimiento, abrazó al jockey y salió casi huyendo.



El camión partió. Almagro y Madariaga lo siguieron con ojos sonrientes. Federico, vuelto hacia el mar, miraba a lo lejos, inmóvil y pensativo.

\*

\* \*

Federico paseábase por su cuarto, malhumorado, cuando sonó el teléfono. El portero le anunciaba "una señora". Pensó en Indiana, que estaba en el mismo hotel. Intentó negarse, pero la curiosidad venció. Y sin pedirle el nombre de su visitante, contestó que en seguida bajaba.

En una pequeña salita vecina al hall de la entrada, estaba Albertina. Su amiga, risueñamente, intentó un discreto abrazo.

—¡Inglés!

Federico la apartó con cierto enojo. Le reprochó la imprudencia de aquel viaje, estando allí Fermín. Aunque ella no fuese a las carreras, pudo en el vapor encontrarla algún amigo del entrenador.

—No puedo perdonarte el engaño. Me pediste doscientos pesos para un vestido y un sombrero, y te vienes a Montevideo... Me fastidian esos procedimientos.

Albertina, atufada, había enmudecido.

—Basta que Fermín sepa que estás aquí para que sospeche.

Los lindos labios de la muchacha se iban convirtiendo en trompa. Un pestañeo se iniciaba. Sentóse, suspirando hondamente, y con el cuerpo laxo.

—Hablá... —exigió Federico, que, todavía en pie, siguiera increpándola. —Decime por qué has hecho esto...

—¡Porque se me dió la real gana!—afirmó ella con todo su cuerpo y sus nervios.

—No, así no me vas a contestar...

Breve llanto dentro del pañuelo y las manos. Quejas inacabables. Federico no la quería. Y ella había dejado por él su casa, sus comodidades, su pobre marido que... sería un chino, pero que la adoraba.

Federico no se enternecía. Pensaba en Fermín, recordaba sus palabras humildes y bondadosas, su lealtad, el amor a Albertina, y sentía rabia contra sí mismo y contra aquella mujer. Una frase de ella le encolerizó:

—Sos un maula. Tenés miedo a mi marido.

Ella no advirtió el enojo de Federico, que debió contenerse para no arrojarla de allí. Ahora ella parloteaba y él permanecía en silencio, paseándose. Albertina hablaba de su pasión, de que había venido sólo por verle y por pasear con él.

—¿Vas a salir conmigo esta tarde, después de las carreras, Glesin? ¿No? Entonces, será a la noche. Te espero en mi hotel. ¿Tampoco? Mañana... Bueno, veo que estás cabrero. Por lo menos me darás un beso... Y me voy.

Federico miró su reloj. Era hora de partir para

Maroñas. Y para que ella se fuese, consintió. Albertina, en un rincón de la salita, le besó a la disparada, al tiempo que le decía:

—Malo, con su percanta que lo adora.

Y después de embadurnarse de rouge y de Rimmel, salió saltante y despreocupada.

\*

\* \*

Maroñas es un pueblo de quintas y de studs. Si las caballerizas lo asemejan al Bajo Belgrano, tiene en cambio un encanto criollo que el arrabal porteño no posee. El terreno ondulado y los viejos árboles dan gracia y carácter a Maroñas.

Federico y sus amigos habían ido temprano. Querían ver a Saturno y visitar algunas caballerizas. Saturno había sido instalado en un gran stud, cuyos boxes, a modo de celdas en un vasto galpón, eran abiertos. El propietario — un entrenador que cuidaba caballos de diversos studs — elogiaba este sistema de boxes, que procuraba a los animales aire y luz. Los boxes cerrados, con una sola abertura, perjudicaban a la respiración de los caballos. Pero Saturno no estaba ahora en ninguno de esos boxes. Dormía en otro, situado en un vecino cuerpo de edificio. Fermín no quiso que vieran al animal, pues lo incomodarían.

A los visitantes les sorprendió la magnífica instalación de la caballeriza, y el bienestar, casi lujoso, que desbordaba en la casa del entrenador. Esta circunstancia y algunas otras hicieron que, durante el almuerzo en el comedor de la tribuna de socios, se hablara del turf uruguayo. Los tres amigos ocupaban una gran mesa, con otros argentinos y varios miembros conspicuos del Jockey Club montevideano.

—Entre nuestro turf y el argentino no hay diferencias — dijo Piñeiro, un uruguayo “blanco”, dueño de una caballeriza.—Ustedes son más ricos, y eso es todo. Nos subvencionan, nos venden sus productos, casi siempre mejores que los nuestros.

—Pero ustedes tienen Malvín... — contestó Federico.

—Y las redoblonas—agregó riendo un uruguayo, —prohibidas en Buenos Aires y protegidas por el Jockey Club de Montevideo.

Almagro opinó que ambos turfs se completaban. Si en la Argentina había mejores haras y studs, los “orientales” tenían los mejores jockeys y entrenadores. Casi todos los grandes látigos de Palermo eran uruguayos, lo mismo que los más famosos entrenadores.

—Ustedes también nos llevan otra ventaja—bromeó Almagro. — Han inventado cuanta diablura hay para ganar las carreras y reventar a los contrarios. En Buenos Aires llamamos herraduras orientales a las que tienen agarraderas y están severamente prohibidas.

Los uruguayos protestaron. Almagro continuó:

—Pero ustedes pueden estar contentos. Grandes látigos y diabluras, todo tiene el mismo origen: el espíritu gaucho. Entre nosotros apenas hay resabios del gaucho. En el Uruguay todavía se encuentran descendientes directos de aquel admirable tipo humano. Yo creo que las guerras civiles en el Uruguay contribuyeron a que se conservara el alma nativa. El culto del coraje, los guitarreos y payadas, las carreras criollas, las pintorescas charlas del fogón, todo eso debió ser una consecuencia de la vida aventurera de los revolucionarios y aun de las tropas gubernistas. Ustedes son más criollos, más gauchos que nosotros. Como que hasta ayer tuvieron la montonera, esa típica expresión de nuestros campos, y caudillos como aquel admirable y genial Aparicio...

—Cuidado, cuidado... —dijeron varias voces.

Almagro suspendió sus elogios a Aparicio Saravia, recordando que allí había blancos y colorados. Si bien los viejos odios políticos habíanse atenuado, perduraban las pasiones partidistas, no obstante los años transcurridos y los progresos del país.

—Ustedes han conservado mejor nuestras costumbres y nuestros sentimientos, porque son un pueblo romántico. ¡Ustedes todavía se matan por una mujer! Ustedes, apenas mezclados con el extranjero invasor, mantienen el culto del caballo y de la guitarra, del gaucho y de la valentía. Los mejores escritores criollos de estos tiempos son uruguayos. ¿Qué extraño, pues, que posean los más

estupendos jockeys y los más eficaces compositores y que la viveza gaucha resucite en los modernos carreristas?

\*

\* \*

En la terraza y en el hall del Parque Hotel, desbordantes de argentinos, se comentaba el resultado del gran clásico. Saturno había perdido, y el favorito había luchado valerosamente contra el ganador: un caballo preparado en Malvín y del cual nada se esperaba. La carrera fué lo que se llama "un batacazo". El ganador dió un sport formidable: ciento catorce pesos oro por boleto.

Federico, Madariaga, Almagro y otros amigos, charlaban junto a una mesa, en la terraza. Algunos, que jugaron poco, dijeron el número de los boletos perdidos. Federico, que había jugado "sin asco", como le aconsejara Fermín, no podía, por eso mismo, revelar la cifra de su pérdida. Era una cuestión de buen gusto. Pero todos sabían, por Almagro, que el "metejón" había sido formidable.

No obstante, Federico hablaba y bromseaba como el que más. En varias ocasiones se levantó y fué a bailar con algunas chicas amigas en el vecino trozo de la terraza donde una orquesta tocaba tangos y otras piezas.

Al volver de un tango, encontró a Almagro en plena disertación.

—Las rivalidades entre uruguayos y argentinos, y que se manifiestan en las justas deportivas, no son antipatías de pueblos enemigos. Son rencillas de campanario, envidias provincianas. Hoy hemos visto al público de Montevideo delirar por un caballo cuyo triunfo le representaba una pérdida de dinero, pues son muy pocos los que han ganado. La multitud aplaudía, no al vencedor, sino, permítanme ustedes la expresión, al compatriota. Lo mismo sucedería en Buenos Aires. En realidad, somos un mismo pueblo, y para mí es absurdo que formemos naciones diferentes. Cuando estoy en Montevideo, me parece haber hecho un viaje a las provincias. Es como hallarse en Córdoba, en Mendoza. Y no se ofendan mis amigos uruguayos. Buenos Aires, con sus dos millones de habitantes, es forzoso que tenga más aire de metrópoli que esta adorable Montevideo, tan llena de gracia, de colorido, de voluptuosidad...

La llegada de dos uruguayos cortó el tema. Hablóse del batacazo. Todos habían perdido.

—Yo quisiera encontrar alguno que haya ganado. Debe ser un palpitador formidable, un maestro...

Uno de los uruguayos declaró saber de un argentino que acertó con veinte "ganadores". Cerca de cinco mil pesos se había levantado el individuo.

Todos quisieron conocer su nombre.



—No sé, no sé cómo se llama — decía el uruguayo —, pero lo he visto comprar los boletos.

Y de pronto, mirando hacia la entrada de la terraza, señaló con los ojos a un buen señor que bajaba de un automóvil con dos señoritas. Todas las miradas dispararon hacia allí.

—¡Ese es!

Federico, Almagro y Madariaga quedaron petrificados.

Era el doctor Medina.

\*

\* \*

Dos horas que el *Ciudad de Buenos Aires* dejara Montevideo. En la noche oscura, lúgubre de espesas nubes, temblaba una que otra estrellita. Había inquietud de tormenta. Largos relámpagos sableaban el cielo.

Federico, con las manos en los bolsillos del saco, en cabeza y un habano en la boca, miraba el río inmóvil y oscuro. Pasos suaves y un susurro le sacaron de su ensimismamiento.

—¿Tú? Es extraño...

—Necesito hablarte.

—En Montevideo me has negado el <sup>saludo</sup>saludo. Yo lo hice por pura cortesía hacia una mujer...

—No te saludé porque no lo merecías.

—Mira, Indiana. Tus recriminaciones son inoportunas e innecesarias. ¿Qué pretendes? Soy yo quien podría quejarse. No hay infamia que no me hayas hecho: me has querido quitar mi entrenador, has hecho una campaña contra el pobre muchacho...

—No he sido yo, sino los diarios...

—Pagados por tí. Le has arruinado su porvenir.

—Se lo arruinó él, gobernando mal a su caballo. En todo caso, no sé quién lo ha perjudicado más, si tú o yo...

—Me has incendiado el stud...

—¿Hay pruebas?

—Eres demasiado hábil para dejar rastros. En fin, por tus maniobras yo soy un sujeto antipático, que maltrata a sus empleados.

—¿Y estás seguro de que los tratas bien? ¿No les has hecho ningún mal?

No estaban solos. Otros pasajeros conversaban cerca. Conocidos de Federico y de Indiana pasaban al lado de ellos a cada instante. El diálogo ya se comentaba en algunos grupitos. Federico, nervioso, pensando en que alguien llevara el cuento a María de Jesús, miraba hacia todos lados.

—¿Vamos arriba? — dijo Indiana. — Allí estaremos solos.

Federico la siguió a la cubierta superior. Toda iluminada y llena de bancos, pero poca gente. Detuviéronse hacia el final de la gran cubierta al aire libre, en un pequeño espacio entre los botes. Algunos bancos eran ocupados por parejas. Federico e Indiana permanecieron en pie.

—A Fermín Contreras — continuó Indiana — le has hecho mucho mal...

—¿Por qué lo dices?

Indiana reclamó sinceridad. Nadie ignoraba en Buenos Aires que Federico Wilkinson le había quitado la mujer a su entrenador.

—Y eso me ha ofendido.

—¿Qué puede importarte?

—¿Cómo? Me reemplazas con una mujer de condición inferior. ¿No tenías otra a mano? Es una vergüenza. Me has ofendido porque eso prueba lo poco que me estimabas. Lo mismo era yo que una guaranga cualquiera...

En la noche sus ojos brillaban estridentemente. Su tono, por contraste, era acariciador y voluptuoso. Cubría sus brazos desnudos y su escote con un ligero chal. Su carne blanca, debajo del tul, despertaba en Federico fuertes recuerdos sensuales. Del río llegaba una extraña embriaguez, un ardiente deseo de amor.

Estaban en silencio. Los dos habían disminuído la distancia. Ahora un permanente contacto les unía. En un mismo instante los dos se miraron a los ojos. Federico extendió su mano hacia la de ella y la apretó. Sentía que el pecho de Indiana subía y bajaba.

—Federico... — susurró ella acercando los labios al oído de su ex-amante.

—¿Qué...? — preguntó él con una sombra de voz e inclinando su rostro al de ella hasta tocarse.

—¿No me odias?

Las dos bocas se unieron.

.....

Mientras tanto Almagro, compañero de camarote de Federico, había ido a acostarse. Le dolía la cabeza y estaba muy fatigado. Durmióse pronto. Pero a media noche se despertó. Encendió luz y no vió a su amigo.

—¿Qué es esto? — se preguntaba. — ¿Se habrá caído al río?

Recordó los comentarios de la entrevista en la cubierta, y, apagando la luz, se dijo:

—Es eso. Se ha caído al agua. ¡Hombre al agua!



## VIII

### EN EL HARAS «LAS LAGUNAS»

El tren iba tanteando el terreno que le separaba de la estación. Arbolitos a ambos lados de los rieles, muy tiesos como guardias de honor. Los silbatos de la locomotora evaporábanse en la infinitud pampeana. Por fin el tren se pegó a la estación y la máquina resolló indiscretamente.

—¡Ya estamos! — suspiró Almagro, harto de aquel viaje de catorce horas, del traqueteo del tren y del polvo que se le untaba incesantemente. — Han podido tener el haras más cerca, nuestros amigos...

Y asomándose al andén por la ventanilla, tremoló el chamberguito cantor. Pero el tren no demoraba allí sino un minuto, y así Federico, dentro del vagón, debió dedicarse a estimular al camarero para que alcanzara rápidamente las seis valijas, al través de la ventanilla, a un changador que las recibía en el andén. En tanto Almagro, ya en la estación, había ido al encuentro de un montón de saludos, sonrisas

y manos que se agitaban en lo alto. Todos fueron hacia Federico, que bajaba por fin, con un poco de la teatralidad de los buenos mozos. Un aro de afectuosidades lo rodeó. Los silbatos cortaron los saludos, la locomotora hizo un esfuerzo de mancarrón placero y arrancó. El tren, cansado de recorrer pampa y aburrirse, crujió su descontento. La estación se recogió en sí misma. Preparóse para quejarse de su implacable soledad, ante los impávidos arbolitos tiesos.

Dos automóviles esperaban a los viajeros. Uno, dirigido por un chofer, sufrió el peso de las valijas. En el otro, que guiaba Nicasio Ortiz, el único hermano de María de Jesús, subieron las dos hermanas y sus huéspedes. Alejandro Ortiz, el dueño del haras Las Lagunas, los escoltaba a caballo.

Los automóviles resbalaban sobre kilómetros de pampa. La arboleda de Las Lagunas, que en la lejanía era al principio un barco encallado, ahora se agrandaba y se abría. Luego los automóviles pasaron bajo la puerta en arco de una monumental entrada sobre la cual, en grandes letras negras, el nombre glorioso del establecimiento afirmaba su orgullo.

Ahora iban por una larga calle de casuarinas. A derecha e izquierda, blancas empalizadas separaban los potreros. A lo lejos, unos potrillitos parecían, por sus movimientos duros e inflexibles, grandes juguetes de madera. En un potrero próximo, algunas yeguas, pesadas y solemnes de maternidad, andaban lentamente o se echaban con displicencia,



mientras el sol matinal les lustraba el pelo hasta sacarles brillo. Un vasto edificio redondo con algo de plaza de toros, horadado por dos entradas monumentales, contenía los boxes. Más allá otro edificio encerraba la impaciencia briosa de los jóvenes potros. Construcciones aquí y allí limitaban la inmensa libertad pampeana: boxes, galpones, depósitos, casas para los peones y los empleados, oficinas, molinos. Federico, que no conocía el haras, comprobaba su magnificencia así como su fama de ser el mejor del país. Y un secreto placer le hacía sonreír los ojos y las mejillas, pensando en que aquello, o parte de aquello, podría pertenecerle alguna vez.

En el automóvil, los huéspedes y las dos muchachas, bajo la influencia de la velocidad y de la alegría mañanera, trituraban en risas y exclamaciones todos los temas de conversación que iban surgiendo. La hermanita de María de Jesús, Alejandrina, una riente criatura de diez y seis años, de grandes ojos alertas y el alma a flor de piel, festejaba cada palabra de Almagro. Bastábale mirar a su huésped para estallar en incontenible risa. Almagro hacía chistes, saboreando aquel éxito.

En la puerta de la casa, ya Alejandro les esperaba. A su lado estaba el abuelo, el general Ortiz, con sus ochenta años de hierro, su perita blanca y sus inquietos ojos escrutadores. Había peleado en el Paraguay y en Santa Rosa, y fué uno de los jefes de la conquista del desierto. El gobierno le retribuyó sus hazañas con leguas de pampa, tierras entonces inútiles y sin valor. Don Nicasio fundó una estancia y

mucho después el haras. Amaba al caballo como nadie, pero su culto era el caballo criollo. Uno de los pesares de su vejez magnífica era el no poder ya largarse en un buen pingo, como hasta hacía poco tiempo, por esos campos de Dios.

—Mi general — le dijo Almagro, que no lo conocía —, créame que me siento orgulloso y feliz de estrechar la mano a uno de los pocos grandes argentinos que nos van quedando, a uno de los pocos buenos criollos de este tiempo revuelto y agringado.

Y mientras Federico se adhería con un nuevo y fervoroso apretón de manos al viejo general, su nieta Alejandrina le tiraba de la perita y lo besaba.

\*

\* \*

Los dos huéspedes eran felices. Horacio Almagro decía que en ningún castillo de Francia o de Inglaterra podía vivirse mejor que en aquella estancia argentina. La casa, reconstruída hacía pocos años, era en el estilo colonial. Las grandes ventanas enrejadas, las tejas españolas, las líneas barrocas, las puertas anchas y macizas, todo parecía a propósito para aquellos lugares. Y todo estaba cuidado como por manos femeninas. Macetas de flores y ágiles enredaderas poetizaban las ventanas.

Varias fuentes de azulejos cantaban sin cesar su fina canción del agua clara.

—Nada falta — decía Almagro. — Esto es el paraíso terrenal. En el club no comemos mejor y no tenemos tan buenos vinos.

—Hombre, no hay para qué exagerar — protestaba Federico.

La casa, en cuyos cuartos alternaba el estilo colonial con diversos estilos ingleses, contenía todas las comodidades imaginables. Había hasta un formidable altoparlante. El viejo se pasaba las horas oyendo las sesiones del Congreso.

El campo ya se lo conocían de memoria. Federico, interesado por los productos del haras, y Almagro, por adular a los dueños de casa, lo preguntaron todo. No hubo detalle de organización o de procedimiento que ellos no averiguaran. Potrero por potrero y box por box desfilaron ante los ojos de los huéspedes. Las doscientas yeguas fueron visitadas una a una. Frente a los padrillos pasaron largas horas, que Almagro llamaba "de estudio". Federico miraba con emoción a esos caballos, triunfadores de las pistas porteñas. Allí estaba Saint-Maurice, el padre de Cóndor, arrogante y brioso. Federico no se cansaba de contemplar al magnífico semental.

—Fíjate qué ojos — le decía a Almagro. — No he visto en mi vida un animal más viril. Todo en él desborda salud, potencia sexual... Cuando corría era, naturalmente, más elegante, más delicado que ahora...]

—El conocimiento del amor lo ha engrandecido — contestó Almagro, mientras los dueños de casa reían. — Lo ha hecho orgulloso, seguro de sí mismo. Con tantas aventuras como tiene, es claro que sea así...

El general y las muchachas no los acompañaban en estas visitas a los caballos. Federico sólo veía a María de Jesús durante las comidas, a la noche y a la hora del té. Al atardecer hacían excursiones en automóvil o a caballo. De noche, mientras Almagro echaba alguno de sus inevitables espiches, Federico y María de Jesús conversaban, ya paseando por los jardines iluminados, o sentados en el vano de alguna ventana del vestíbulo.

Cuando Alejandro, Nicasio y sus huéspedes hablaban demasiado de pedigrees, el general protestaba, diciendo que aburrían a las chicas. En realidad él también se aburría, y una vez dijo:

—Aquí nadie sabe mi biografía, que es la del fundador y el dueño de la estancia. Pero pregúntenle a mi hijo, a mi nieto o al último de los peones la biografía de cualquier caballo y lo verán lucirse...

Almagro dijo:

—General: hemos endiosado tanto a los caballos de carrera que aun los más ilustres hombres nos parecen poca cosa. Es un signo de los tiempos.

\*

\* \*

El viejo tenía una inocente manía, la de coleccionar cuanto objeto se refiriese al caballo criollo. Varias piezas de la casa desbordaban de frenos de plata, de monturas, de látigos. Junto a los guardamontes que se usan en Salta y Tucumán, brillaban tenuemente viejas espuelas de la época de Rosas. Era un verdadero museo del caballo. Algunas piezas habían costado miles de pesos. Amigos y representantes del general las buscaban por todos los rincones del país. El general decía que a su muerte eso pasaría al Estado, para formar un museo.

Pero nada apasionaba tanto al general como su plantel de caballos criollos. Hacía diez años que lo venía formando. El general creía posible reconstituir el standard del caballito de nuestras pampas. Y buscaba desesperadamente tipos puros. Apenas los había. Y si los había, nadie era capaz de encontrarlos. El general se lamentaba de su vejez. Si él tuviese veinte años menos, se iba al Uruguay o a las sierras de Córdoba o a Salta. Pero en ninguna parte estaba más seguro de encontrar caballos criollos que en Montiel, aquel pedazo de tierra argentina que bien podía ser llamada la tierra del gaucho.

Alejandro solía burlarse cariñosamente de la manía del viejo. A su plantel de criollos llamábale "la colección de mancarrones". Almagro defendía al general y reeditaba su defensa del caballo criollo.

Un día, mientras almorzaban, Federico, que jamás se había interesado por el caballo criollo, preguntó al general, deseando halagarle, los motivos por los cuales desapareciera.

—Lo exterminamos, mi amigo, lo mismo que cometimos el crimen de exterminar al gaucho.

Y ante la atención de todos continuó:

—La imprevisión de los gobiernos ha tenido la principal culpa. Yo era un niño cuando se hablaba de la pérdida de caballos en las fronteras. Los robaban los indios. En solo un año desaparecieron cien mil caballos, y hasta creo que fué preciso mandarlos buscar a Santa Fe y a Entre Ríos para poder hacerle la guerra a Calfucurá. Pero, ya antes, Rosas casi nos deja sin caballos. Los indios se alimentaban de yeguas...

—¡Qué horror! — exclamaron las chicas.

—Se las comían crudas, los bárbaros. Y Rosas, para tener tranquilos a los indios, les regalaba cada año muchos millares de yeguas. Y no sólo Rosas, pues no hubo tratado con los salvajes en el que no se estipulara la entrega de yeguas.

—Pero también las largas marchas de los ejércitos... — interrumpió Almagro.

—También. Las monturas de los soldados maltrataban a los caballos.

—He leído en Sarmiento — dijo Almagro, que no renunciaba a lucir su erudición — que el Ejército Grande traía sesenta mil caballos de Santa Fe y Entre Ríos y que al llegar a Pergamino ya estaba a pie.

El general agregó otras razones conocidas. El caballo extranjero, más fuerte y mejor alimentado que el nuestro, debía triunfar a la larga. En la mezcla

predominó la sangre europea, y así el caballo de las pampas fué desapareciendo.

—¡Y pensar — exclamó desoladamente el general — que sólo en la provincia de Buenos Aires llegó a haber cerca de un millón de caballos! Y tal vez más, si se incluyesen los innumerables baguales...

—¡Qué lástima! — exclamó María de Jesús. — A mí los caballos de abuelito me son lo más simpáticos. Parecen tan buenos, tan dóciles, tan generosos... En cambio, los otros, los hijos o nietos de los ingleses, me parecen egoístas, malos... Sólo piensan en ellos. Los caballos criollos sólo piensan en hacer bien a los demás.

—Así es la verdad, mi hijita — dijo el general, encantado, mientras los demás reían.

\*

\*   \*

Cerca de Las Lagunas había un pequeño pueblo de mil o dos mil habitantes. Una casa aquí y otra allí, salvo en la calle principal, que tenía tres cuadras. Los propietarios del haras habían favorecido a la localidad con una escuela, una capilla, un buen edificio para la comisaría. El general y María de Jesús vivían pensando en mejorar la población. María de Jesús ayudaba a los pobres, organizaba pequeñas fiestas. Era la madrecita del pueblo. El



general se preocupaba de que se conservasen allí las tradiciones criollas. Fomentaba los guitarreos, las payadas, las corridas de sortijas, el palo jabonado y otras costumbres de nuestros campos. Hacía regalos a los paisanos que en la misa de los domingos o en las fiestas populares se presentasen con los mejores aperos y los fletes mejor cuidados.

Para agasajar a sus huéspedes, el general dispuso una fiesta criolla en las afueras del pueblito. Habría corrida de sortija, palo jabonado y carreras. La voz había volado por las estancias próximas, y en diez leguas a la redonda no hubo paisano que no se preparase para la fiesta. Aquella mañana, para mejor, se inauguraba el altar de la capilla, reemplazando a la humilde construcción provisoria que había durado dos años. María de Jesús iba a regalar juguetes a los chicos.

El domingo el pueblo amaneció embanderado. Cuando los dueños del haras y sus huéspedes llegaron, la paisanada llenaba el atrio de la iglesita. Los pingos, atados a los postes próximos, lucían aperos nuevos o bien cuidados. Cohetes y bombas saludaron la llegada de los señores. Los paisanos se les acercaban con el chambergo en la mano y les extendían la diestra. Federico, Almagro y las muchachas debieron dar la mano a Juan Leguía, el comisario, a Pedro Ruiz, el carnicero, y a veinte individuos más.

A Federico le interesaba poco todo aquello, pero le encantaba ver maniobrando a María de Jesús. Se aburrió en la misa, lo mismo que en el sermón. Además, aquel pueblerío no olía a agua de rosas.

Cuando salieron de la iglesita estalló una murga. Bombas y cohetes. Aplausos y saludos. Algunos caballos se espantaron. María de Jesús repartió juguetes a la chiquilina. Un automóvil había venido del haras, cargado de obsequios para la gente menuda. Federico y Almagro la ayudaron, pero los chicos preferían que María de Jesús se los entregase personalmente. Almagro, sin embargo, llegó a tener un gran éxito, por las bromas que les hacía a los chiquilines. Mientras tanto, la murga, rivalizando eficazmente con la infantil gritería, se encaprichaba en una marchita de circo pobre, repetida hasta el hartazgo.

Cuando la música resolvió callarse, una voz — la del general — pidió que hablara el doctor Almagro. Otras, como ecos, contestaron pidiendo lo mismo. Y Almagro, ante los aplausos de Alejandrina y de María de Jesús, cedió a la tentación. Desde el atrio de la capillita, que se alzaba medio metro sobre la calle, Almagro, rodeado de la paisanada y de sus amigos del haras, echó un lindo discursito. Habló del campo y del caballo, de la inevitable patria y del paisano, del general Ortiz, “que en sus gloriosos ochenta años era el gran criollo de siempre”; de Alejandro Ortiz y de su hijo, que daban toda su vida al culto del caballo, y terminó con un largo párrafo sobre sus hijas María de Jesús y Alejandrina, “arquetipos de aristocrática belleza”, llamando a María de Jesús “ángel de Dios”, y a Alejandrina, que reía y le tiraba con bolitas de papel, “ángel... de Satanás”. Fué un triunfo estrepitoso el discurso. Hubo que aceptar la mano que le tendían los paisa-

nos. Felizmente era la hora del almuerzo, y la bocina del automóvil concluyó con aquellas efusiones.

A la tarde, los dueños del haras y Federico llegaron a caballo a las carreras. El general, a quien sus nietas y su hijo no le dejaban montar, fué en automóvil. Almagro le acompañaba “por no dejarlo solo”, según dijo. En realidad era porque el cantor del amigo del gaucho y de los racers del turf no sabía andar a caballo.

El sol de Marzo, fatigado de su jornada en aquel día de calor, iba rumbo a su ancha cama dejando una luz cansada sobre la tierra. Junto al “almacén del gallego” — minúsculo Gath y Chaves rural, que lo mismo vendía alpargatas que papel de escribir, vino carlón que ponchos, — reuníase ya la paisanada. No eran todos criollos, por cierto. Entre aquellos hombres de bombacha, botas, pañuelo de seda — el lujo de las grandes ocasiones — y chambergo, había algún infaltable italiano acriollado, algún vasco de sintaxis arrevesada, y dos o tres “gallegos”, oriundos de Cataluña o de Castilla. Un inglés, administrador de una estancia próxima, estaba allí, repleto de billetes, dispuesto a perderlos sin miedo. Aquel hombre moreno, un perfecto criollo al parecer, dueño de una tiendita en el pueblo, era “turco”, es decir, sirio-libanés. Entre la concurrencia femenina, que en las charretes, carros y jardineras festoneaba al gran grupo masculino, había algunas italianas y españolas con sus brillantes crías argentinas. Percales y muselinas de colores vistosos exageraban la animación y el bullicio de la paisanada. Banderas y

gallardetes señalaban la calle donde iban a correrse "las cuadreras". Algunos hombres bebían en el almacén los vinos aguados del "gallego". En varias charretes se destapaban botellas de cerveza. Los caballos, atados a los postes del establecimiento, movíanse, inquietos por las moscas. En los grupitos se discutía sobre los pingos. Comenzaban a formalizarse apuestas entre los que conocían a los parejeros. Hablábase de la fama de cierto doradillo, que "hasta había corrido en San Martín".

Se esperaba al general, que era el juez de cancha. No tardó en llegar con Almagro, y casi en seguida aparecieron los de la cabalgata, que salieran media hora antes. La paisanada vivió al general, que tremolaba el sombrero en lo alto. Los que jugaban a las cartas las escondieron rápidamente, porque eso no le gustaba al general. La concurrencia formó calle a ambos lados del camino. Y empezaron los envites para correr.

No estaban fijadas de antemano las carreras. Un dueño de caballo le decía a otro: "Le corro". Y si el invitado aceptaba, se proponía la cantidad, que lo mismo eran cien que dos mil pesos, y se depositaba el dinero en poder del juez de cancha. Cuando el general llegó ya había cuatro carreras comprometidas. Las apuestas eran bajas. El general, además, daba un premio para el ganador de los cuatrocientos metros y para los caballos mejor puestos.

—¿Y qué es esto? — preguntaba el general. — Nada más que cuatro carreras...

—Es que falta la güena — dijo el comisario. —

El dueño de un doradillo muy mentao anda buscando un contrario.

—¿Y no lo encuentra en el pago? Sería una vergüenza para nosotros...

Un paisano grandote y bigotudo se acercó diciendo que él, con su malacara, no le tenía miedo a nadie. Pero él no podía apostar la cantidad que pretendía el dueño del doradillo.

—Pero aquí no faltará quien quiera completar la cantidad. ¿No tiene partidarios tu malacara?

Un vasco, de bombacha y botas, con la boina torcida en la cabeza, vino diciendo que él “completar cantidad, vasco queriendo ganar malacara”. Y sacó un rollo de billetes, mientras los paisanos lo palmeaban y felicitaban. ¡Eso era ser criollo, canejo!

Iban a empezar las carreras. Las apuestas, largadas a boca de jarro, como puñaladas traidoras, juntaban la gente en grupitos. Uno jugaba dinero, otro una vaca con su cría, éste un pingo, aquél el poncho que llevaba. El gallego servía caña y cerveza a los grupos que discutían bajo la enramada del boliche.

Las primeras carreras pasaron sin mayor interés. Nubes de polvo desdibujaban las figuras humanas y desteñían el oro del sol. Se esperaba con ansiedad la carrera grande, a cuatrocientos metros. Por fin llegó el momento. Apareció el doradillo célebre, “que había corrido en San Martín”. Era un caballo medio viejo, pero de buena sangre, al parecer. Lo traía llevándolo de la rienda, un muchacho a pie. El dueño, capataz de una estanzuela, era un sujeto desconocido en el pago, salvo por el comisario. Sacó la manta a

su caballo y lo hizo pasear. El paisano del malacara trajo a su flete, lo desbastó, dejándolo en pelo. Todos querían ver de cerca a los parejeros.

Por fin comenzaron las partidas. Primero al tranquilo, después al trote, al último una galopada. El general contaba las partidas, que no podían pasar de cinco, según el trato convenido. Las apuestas redoblaban. Federico apostó en favor del malacara contra Alejandro, que aseguraba el triunfo del tordillo. Los caballos corrían en pelo, montados por dos muchachos livianitos, semidesnudos.

Almagro, invitado por el general, haría de rayero. Ya esperaba allá al fin de los cuatrocientos metros. Paisanos a pie o a caballo se desparramaron, formando cancha a los parejeros, siguiendo la "calle" polvorienta, con alambrados a derecha e izquierda. El sol, que incendiara los campos del poniente, era ahora, bajo la tierra, un resplandor de oro muerto.

El general dejó caer bruscamente la mano derecha y los jinetes largaron. "¡Ahijuna con el mancarrón bichoco!", exclamaba un partidario del doradillo, al ver que el caballo iba atrás. "No se apure, compadre", le contestaba otro. "¡Voy al malacara!", — gritaba un entusiasta, que no había apostado. — "Y apuesto este poncho y este reló contra cincuenta del país!"

Entre la polvareda apenas se distinguían los parejeros. Pero ningún paisano los confundía. Se salían de sus bastos para alargar los pescuezos. Algunos que estaban a pie corrían en la dirección de los caballos. Se oía el chasquido de los látigos sobre las

ancas de los fletes. Taloneaban los jinetes, se agachaban, querían achicarse, soliviarse para pesar menos. Los gritos llenaban la campaña; los brazos, enarbolando los rebenques, se alzaban; las gringuitas de los carricoches reían con sus caras como manzanas. Los fletes corrían, se acercaban a la meta, ya llegaban...

—¡El doradillo, canejo!

—¡El malacara, cuñado! Hágase curar de la vista...

Habían llegado. Almagro indicó al malacara, que volvió por la cancha, al tranco, recibiendo aplausos. El general, como juez de cancha, intervenía en el pago de algunas apuestas. En estos casos no había discusiones. Pero en otros era preciso una labor hercúlea para deshacer el nudo de las embrollas. A las muchachas les apenaba ver a este paisano que se quedaba sin poncho o a aquel otro que debía volverse a pie. Pero los perdedores no parecían tristes. Y todos se metían en el boliche o bajo la ramada, a comentar las carreras y a beber caña o cerveza.

Los dueños del haras y sus visitantes preparáronse para volver. Las lindas Amazonas ya montaban sus caballos. A Federico le preocupaba el de María de Jesús, que parecía inquieto. Almagro, que había hecho innumerables amistades, daba la mano a los paisanos. El general terminaba de entregar los premios e invitaba a la gente para la próxima. El automóvil partió entre adioses y aplausos.

A Federico aquel atardecer en plena pampa le había puesto silencioso. Apenas si miraba a su compañera. Sus ojos se iban a lo lejos, por los campos



infinitos y solitarios. Pedacitos de luz parecían enredados entre los pastos. Y comenzaban a formarse lagunitas de sombras aquí y allí. El día se cansaba. Los jinetes iban al encuentro de la noche.

No faltaba media legua para llegar al haras cuando el caballo de María de Jesús, cada vez más inquieto, se desbocó. Ella luchaba por sujetarlo, pero su temor era visible. Varias cuadras adelante iban Alejandro y su hija menor. Federico, instantáneamente, aflojando toda la rienda, alcanzó a su amiga. Pero viendo que sería inútil hacerle indicaciones y difícil o peligroso sujetarle de las riendas el caballo, se resolvió a atajar al animal desbocado poniéndoselo delante. Y así lo hizo. Castigó, se solivió, recordó algunos recursos de los grandes jockeys porteños. Pronto pasó al caballo de María de Jesús, que iba lívida. Y se le interpuso. Oyó un ¡ay! que le llegó hasta el fondo del alma, al tiempo que le parecía haber caído en un abismo y sentir una montaña sobre su cuerpo.

\*

\* \*

Llevaba Federico cuatro días de cama y aun tenía para varios más. Al rodar los dos caballos y sus jinetes, él había salvado a su amiga. Y exponiendo

su propia vida, pues su caballo, que recibiría el choque, debía sufrir más que el otro. Así sucedió, Mientras el de María de Jesús cayó en su sitio, el de Federico fué a dar a algunos metros aplastando a su jinete.

Federico pasó muy mal los dos primeros días. Se quejaba de espantosos dolores al respirar, al hablar, al hacer el menor movimiento. El médico del pueblo próximo creyó que el caso era grave. Los Ortiz, muy afligidos, llamaron a un gran médico de Buenos Aires. María de Jesús se lo pasaba junto al herido, que estuvo largas horas sin conocimiento. El médico no le encontró nada que reclamase una operación. Se trataba de la fractura de una costilla, y recomendó quietud absoluta durante quince días. Los Ortiz habían traído una enfermera de Buenos Aires, pero tanto María de Jesús como Alejandrina acompañaban mucho al enfermo, principalmente a la tarde y después de comer.

A veces reuníanse todos en su dormitorio, incluso el general. Entonces hablábase de caballos y de carreras. María de Jesús, una noche, se arriesgó a decir:

—Pues a mí las carreras no me divierten. Me gusta ir a tomar sol, en invierno. O a conversar con algunas amigas. Pero el espectáculo de las carreras, no sé, no lo entiendo...

Todos se indignaron. Y el mejor defensor de las carreras fué Alejandrina. No la querían llevar nunca, porque era chica. A ella le entusiasmaba todo: el Hipódromo, el gentío, los jockeys vestidos con

trajes tan vistosos, los caballos, que eran “una pintura”.

—¡Yo adoro las carreras! Y este año pienso ir todos los domingos. Me gustaría jugar, jugar fuerte. Y ganar unas veces y perder otras.

—Cuando quieras perder — dijo su padre — no tienes sino que jugar a Centauro o a Rocinante...

—¿Son algunos matungos? No, yo perderé jugando a los grandes caballos. Quiero sentir la emoción...

Advirtió que todos reían. Y no tardó en comprender que Rocinante y Centauro eran los caballos de Almagro.

—Ahí tienes — dijo el general a Alejandro — las consecuencias de tu desmedida afición a las carreras. Tu hija va a ser una jugadora...

Y como nadie contestase, agregó:

—Yo estoy de parte de María de Jesús. Esas carreras inglesas no tienen interés. Las criollas sí. En ellas hay colorido, gracia, viveza. Hace treinta o veinte años, el espectáculo de Palermo era superior al actual, cuando los hombres, hasta los muchachos de diez y ocho años, íbamos de levita y sombrero de felpa.

—¡Qué espanto! — exclamó Alejandrina. — ¿Y las mujeres?

—Las mujeres iban con todo el lujo que podían, no democráticamente como van ahora. Además, no existía el vulgar automóvil. Las gentes de gran fortuna iban en sus landós o sus visavís, tirados por magníficos caballos, o en los mail-coachs.

Las chicas no sabían lo que esto fuese. El general les describió el espléndido carruaje de dos pisos, lleno el de arriba de lindas y elegantes muchachas. Cuatro briosos caballos tiraban el pesado carruaje. Detrás, dos lacayos pomposamente vestidos. Adelante, manejando, de galera de pelo y levita, el dueño del mail-coach. El carruaje corría y sin duda para anunciar su paso a los transeúntes, o tal vez como elemento decorativo, recuerdo de las cacerías, se hacía oír una trompeta que sonaba como el cuerno de caza.

—¡Pero eso sería espléndido! — exclamó María de Jesús. — ¿Por qué habrán desaparecido costumbres tan bonitas?

—La democracia, hijita, la democracia...

Almagro, que adivinaba las ideas del general, dijo que las carreras inglesas debieron ser más interesantes hacía treinta o cuarenta años. En aquellos tiempos podía lucirse la viveza criolla. Hoy todo estaba tan vigilado, tan organizado...

—¡Ya lo creo que en aquellos tiempos la viveza criolla se hacía ver! Me acuerdo de una carrera en que salieron tres caballos y llegaron cuatro. De otra en que un caballo, del mismo pelo de otro que corría, y del mismo dueño, como es de suponer, esperaba detrás de un árbol, y cuando los corredores se acercaron reemplazó al que venía corriendo y así ganó la carrera.

El general era inagotable contando estas historias. Cuando terminó, Almagro, que deseaba tirarle de la lengua, le dijo:

—De modo que el general es poco partidario de la democracia...

—¿Y cómo voy a ser, pues amigo? Antes, yo me creía demócrata. Pero ahora resulta que la democracia es el socialismo...

—¿Y usted no las va con el socialismo?

—¿Yo, con esos enemigos del país? Y si no, fíjese: están en contra de todo lo que es nuestro y criollo. Atacan a la patria, al ejército, a... ¡qué sé yo! Y es claro, como que todos son gringos, gallegos o judíos rusos.

—Atacan también a las carreras, conste — dijo Alejandro, contento de darle la noticia al viejo. — Han pedido su supresión varias veces.

—No me extraña. ¿Cuándo se ha visto un gringo, un gallego o un judío que sea amigo del caballo?

—Ya ves, viejo. No han de ser las carreras cosa tan mala cuando las combaten los socialistas.

—Tenés razón. Y ahora que lo sé... yo también me hago carrerista. ¡Qué caray!

\*

\* \*

La dulzura de las horas que Federico vivía en aquella casa, no bastaba para su felicidad. El asunto principal que allí le llevara continuaba sin resolverse.

María de Jesús era la más suave, la más deliciosa de las amigas, pero hasta entonces no le había dicho una palabra favorable.

Y eso que él le hablaba a menudo de su amor. Había llegado a vivir en un encantamiento continuo. Soñaba con ella y no pensaba sino en ella. Almagro, hartó de oírle el mismo tema, le huía. Hasta se había vuelto poeta. Leía versos y de cualquier momento o detalle de su vida sacaba tema para una idea bonita.

—Por lo menos, déjeme que la quiera... — le había rogado el primer día, después de una larga hora en que explicaba sus sentimientos.

—Eso sí, Federico, eso sí.

Desde entonces, él no había logrado una respuesta. Ella le escuchaba, seria y complacida. Pero cuando llegaban las preguntas, contestábale invariablemente:

—Nada puedo decirle.

Una mañana, al segundo día del accidente, llegó un telegrama de Fermín anunciando la gravedad de Cándor. Almagro, que creyó conveniente abrirlo, opinó que Federico no debía verlo hasta que no mejorase. Dos días después se lo entregaron. Federico quedó inquieto, preocupado.

Esa tarde estuvo a solas con María de Jesús. Era ya de noche. Como hacía calor, habían dejado la ventana abierta.

—Lo veo muy triste, muy triste... Ha bastado que el caballo estuviese enfermo para no pensar sino en él.

Federico no contestó.

—¿No cree que hay cosas más importantes que la enfermedad de un crack?

—Usted sabe, María de Jesús, que para mí hay cosas mucho más importantes — dijo Federico, mientras mostraba a los ojos de ella la ternura que acababa de azular un poco más los suyos.

Ya ni rastros quedaban del día. La ventana había ajustado un trozo de noche. Sombras y silencios entraban desde el jardín, arrastrándose cautelosamente. Federico renovó con entusiasmo el tema de su amor, sintiendo la complicidad del momento. En la ventana aparecieron dos puntos luminosos. Ella dijo, señalándolos.

—Sus palabras hacen salir las estrellas...

El monólogo siguió, ahora elocuente de sentimiento. Ella, sentada a su lado, pensativa, no le escuchaba. Su vida entera atendía temerosamente a la algarabía de las voces que hablaban en el fondo de su alma. Federico se sabía vencedor, y sólo buscaba la palabra o el hecho que certificase su triunfo. Ella parecía querer postergar su decisión. E ingenuamente, creyendo desviar el tema, dijo, con voz temblorosa y pálida, señalando a la ventana:

—Miremos aquella estrellita...

Federico vió la solución que perseguía. Acercó su rostro al de ella y le tomó una mano. Y repitió las palabras de María de Jesús, que, aunque ingenuas, cobraban en aquel momento un gran valor poético y sentimental.

—Miremos aquella estrellita...



Los dos rostros se acercaron tanto que Federico, sin esfuerzo, pudo besar a su amiga cerca de los labios. Ella permaneció inmóvil, con la cabeza inclinada. Federico no insistió, viéndola sufrir de emoción. Y como notase que grandes lágrimas lentas iban formando dos blancas columnitas sobre el rostro de María de Jesús, le preguntó:

—¿Por qué llora?

Y ella contestó con estas palabras, que revelaban toda la trascendencia enorme que atribuía a aquel instante de su vida:

—Me acuerdo de mamá... ¡Si ella viviera!

## IX

### LA ENFERMEDAD DEL CRACK

Para Fermín el verano iba pasando en medio de tristezas. Sentíase solo. Ya nadie le buscaba, como antes. La turba de amigos y admiradores, su “patota”, como decían los alacranes, no era sino un recuerdo. Ciertó que él mismo se creara aquella soledad, huyendo de los amigos y compañeros desde que supo la infidelidad de su mujer. La “barra” fiel, que durante tres años de triunfos le aplaudiera desde las tribunas, le llevara en andas y le alentara, estaría ahora disuelta o desanimada, o siguiendo a algún nuevo héroe de la fusta, probablemente a Bidelain. ¿Y por qué se aisló? Por temor a las sonrisitas disimuladas, a esa palabra “cornudo” que picardeaba en los ojos de todos en cuanto él aparecía. Algunos amigos de otro tiempo hasta se avergonzaban de andar con él. Su deshónra provenía de su bondad, porque no quiso matar.

Un mes después del viaje a Montevideo, en Fe-

brero, murió su madre. El dolor constante del hijo, la iniquidad de Albertina, la campaña de los diarios y la corrida por el público, enfermaron a la pobre vieja y la sacaron de este mundo. El entierro, que hubiera sido el año anterior un penoso acontecimiento para el mundo del turf, apenas llevó a la casa y al cementerio a una veintena de compañeros.

Los de La Gloria le habían dejado en paz. Solamente advertía que los caballos de ese stud ganaban siempre. Observó, preguntó, vigiló. Y a poco tuvo el convencimiento de la complicidad del herrero y del uso del doping.

Un domingo se propuso mirarle las herraduras a un caballo de La Gloria, que acababa de ganar. Había observado que las patas del caballo casi no resbalaban y quedó convencido de que ese animal había corrido con herraduras prohibidas, llamadas "orientales" porque fueron introducidas por los uruguayos. Tuvo un incidente con el peón del caballo, pero descubrió las agarraderas, que consisten en un doble borde mediante el cual el caballo, afirmando bien sus patas, no pierde tiempo ni fuerzas. Denunciado el caso, el Jockey prohibió terminantemente el uso de tales herraduras. No se limitó, como hasta entonces, a una multa; ordenó a los veterinarios el examen de las patas de los caballos antes y después de cada corrida, no pudiendo entrar en la pista el animal que llevase agarraderas.

Otro día, por medio de un peón, Fermín enteróse del uso de los alcaloides para excitar a los caballos. El peón había sorprendido un diálogo

entre Américo y el entrenador del stud. Les daban a los animales los alcaloides en dosis muy pequeñas y mezclados a los alimentos; y dos días antes de las corridas, en forma de enemas o inyecciones. Tanto habló Fermín en los círculos turfísticos que los diarios se ocuparon del tema. La comisión de carreras del Jockey dispuso el examen de la saliva de los ganadores. Pero, sin duda por haber cesado la maniobra, nada pudo probarse.

Federico le reprochó su actitud.

—No tenés que meterte en nada sin consultarme. No quiero cuestiones con La Gloria.

Fermín le habló a Redonnet con extrañeza de las palabras del patrón. Redonnet explicóle su conducta, contándole la reconciliación en el vapor.

—De todos modos, h'echo bien — dijo Fermín. — Aura habrá más moralidá.

Y su contento aumentó cuando vió que el Jockey construía salas especiales para que los veterinarios sacasen la saliva a los caballos. Imaginó que las autoridades del Jockey iban en camino de concluir con los tramposos de toda laya.

\*

\* \*

El Carnaval renovó sus penas. Compositores y jockeys iban casi todos al corso de Belgrano. El les

oía hablar y recordaba que otros años, repantigado en un auto junto a Albertina, recorrió triunfante el corso de la calle Cabildo. Todos le conocían y le saludaban. Llovían flores y serpentinas sobre el automóvil y algunos, medio en broma, medio en serio, vivaban al primer látigo de América. Ahora, él estaba en su casita, llorando a su pobre vieja, lamentando sus desgracias. Era injusto con él el Destino. ¿Qué mal había hecho para que le tratase con tan duro rigor?

A don Federico lo veía dos o tres veces por semana. El patrón se iba desinteresando del stud. Hasta oyó decir que pensaba venderlo e irse a Europa. Otros hablaban de un casamiento que le exigía huir toda relación, aun de enemistad, con La Gloria.

Hacia fines de marzo don Federico le anunció su viaje a Las Lagunas. Fermín pensó que iba a comprar caballos. ¿O quizá trataba de vender a Cóndor como reproductor? Esta idea le hizo sufrir. Quedarse sin Cóndor sería para él casi tan triste como la muerte de la pobre vieja. ¡Encariñarse con un caballo, prepararlo y correrlo durante un año, ser su amigo, triunfar los dos juntos, para que un buen día se lo quiten y no verlo más! ¡Era penosa la vida de un compositor!

La misma noche en que don Federico partiera, el indio vino a anunciar al entrenador que Cóndor estaba tristón. Esa tarde comió del maíz y la avena molidos, pero poca cantidad. Fermín, a la mañana siguiente, llamó al veterinario.

El veterinario era un hombre de una rara experiencia. Veinte años consagrado a los caballos de carrera. Erudito en la materia, había publicado trabajos interesantes. Fornido, reposado, de pocas palabras. No gustaba explicar a los entrenadores, que acababan por creerse entendidos y se metían a opinar. No necesitaba examinar mucho a sus enfermos para descubrirles el mal. Pero, eso sí, solía reservar sus diagnósticos. Los propietarios y los entrenadores se impacientaban y, a sus espaldas, le acusaban, en sus enojos, de no saber nada. Pero no dejaban de acudir a él.

Miró el ojo de Cóndor, para "verle" la fiebre. Su temperatura debía ser normal: treinta y ocho. Luego le puso sus dedos en el borde de la quijada derecha, para observarle las pulsaciones, que no eran del todo regulares. Advirtió en la cabeza una tendencia al caimiento.

—¿Qué le encuentra, don Miguel? ¿Será cosa de avisarle al patrón?

—Veremos mañana.

—Pero ¿tiene algo? — preguntó inquietamente el entrenador.

—No sé nada, amigo. No me pregunte.

Y se fué sin explicar palabra.

Fermín quedó muy preocupado. La expresión del veterinario denunciaba, en su creencia, la posibilidad de algo grave. ¡Y el patrón, en Las Lagunas! Su responsabilidad ante don Federico era enorme, y esto achicaba el ánimo del entrenador.

Para peor, a la mañana siguiente, Cóndor ama-

neció sin la “trompeta” con que lo abozalaban para que no comiese paja de la cama. Tenía tendencia a hacerlo así, y, para impedirselo, Fermín, además de la “trompeta”, echaba creolina en la cama. ¿Habría comido Cóndor la paja con creolina? ¿Y cómo pudo sacarse la trompeta, que él mismo le ajustó? El pelibro de una intoxicación era gravísimo. Fermín pasó un día atroz, temiendo que apareciese la fiebre.

Pero no ocurrió así. El crack seguía comiendo poco o rechazando el alimento. A veces arañaba la pared. Su tristeza aumentaba ligeramente. La temperatura, en cambio, era la misma, según dijo el veterinario. Al cuarto día Cóndor estuvo más animado. Comió bastante y hasta se echó, cosa que no hace un caballo enfermo. Fermín lo creyó salvado.

—¿Y?... le preguntó al veterinario.

—No sé nada, amigo. No me pregunte.

—Pero si ya está sano y güeno...

—Mañana veremos...

Fermín, ahora, no se preocupó. Los cinco días sin que el malestar se definiese en enfermedad, le tranquilizaron.

\*

\* \*



Fermín, pasados tres meses del abandono por Albertina, apenas pensaba en el probable amante de su mujer. La ida de ella a Montevideo, no obstante, había renovado sus inquietudes. Dijéronle que la ingrata estaba allí y que había viajado sola. No intentó buscarla, pero el hecho le llevó a suponer que el amante — alguien que no deseaba exhibirse con ella—estaba también en Montevideo.

Con motivo de la enfermedad de Cóndor, Fermín, irritable desde que comenzara su drama, tuvo un altercado con el capataz. Fermín no creía en una enfermedad natural. Veía la mano criminal de La Gloria y suponía que el capataz, si no cómplice, por lo menos no vigilaba bien el stud.

—Usted no es quién pa decirme que no vigilo. Lindo vigilaba usted su casa, ¿no?

Y como Fermín le mirara despreciativamente y se alejara, el hombre refunfuñó:

—¡Sotreta! Se traga todo... pa sacar ventaja...

El entrenador había oído. Una vergüenza enorme penetró en su ser como un vendaval, y le sacudió. Ansias de venganza le asaltaron. Y durante unos días no pensó sino en el nombre del culpable.

Recorrió todas las caras de compatriotas que viera en Montevideo. Ninguno le parecía posible. Pero una noche, mientras pensaba en eso, vió medio en sueños el rostro de Federico. El corazón le golpeó fuertemente y ya no pudo dormir. Cada vez que los ojos se le cerraban, los latidos volvían a ser violentos. Pero, ¿sería posible semejante infamia? No, no podía ser. Además, a don Federico,

suertudo con las mujeres, frecuentador de la aristocracia, a la que pertenecía, no le iba a interesar Albertina: una reina para un chino como él, Fermín Contreras, pero una rea para un millonario, un hombre de mundo como don Federico. Sin embargo, algunos detalles se entercaban en obsesionarle. Recordaba la frase de *El Sol*, según la cual le habían llevado a la catástrofe “quienes más interés tenían en sus triunfos”; las actitudes extrañas del patrón, que parecía esconderse de él; aquel “sacar ventaja” con que le ofendiera el capataz... ¿Quién sabría? Redonnet. Sus palabras del Tattersall aconsejándole aceptar la entrevista con la propietaria de La Gloria y su empeño en que pasara a esta caballeriza, se le vinieron encima. Decidió ver a su amigo.

Su imaginación de agraviado y de celoso corrió a la par con la noche. Levantóse antes de clarear. Las hermanas, madrugadoras como mujeres de campo, preparábanle los mates. Veneraban a Fermín, el héroe, el que hizo célebre al apellido. Sus desgracias eran incomprensibles para ellas. Creían que a su hermano le habían hecho el daño o el mal de ojo, y pretendían que consultase a cierta señora Juana, que acababa de llegar de la India y que, según un anuncio, curaba tremendos males con la piedra imán o con otros remedios igualmente infalibles.

Aquella mañana Redonnet no había ido al Hipódromo. Fermín, enfermo por saber, examinaba a sus compañeros, buscando al hombre capaz de

informarle. Llamó a Bidelain. No sabía cómo llegar al tema. Divagó sobre sus deseos de no ser sino un jockey.

—Yo se lo aconsejé siempre — interrumpió Bidelain, que ya no le llamaba “maestro”. — Jockey... o entrenador, más bien...

A Fermín le hirió este “más bien”, revelador de que su colega creíale muerto como jockey.

—Jockey — insistió Fermín, ante el asombro de Bidelain, que sin duda consideraba inoportuno aquel diálogo en momentos de trabajo. — A más, quiero dejar ese estú. Don Federico... no sé... No lo conozco bien... No cái en gracia a la gente... ¿Usté qué opina de él? ¿Será un hombre leal?...

—Usted sabrá — sonrió Bidelain maliciosamente, intentando evadirse.

—Aguarde, compadre. ¿Por qué dice eso?

Bidelain se miró las uñas, lustradas por una manicura. No sabía qué pensar de Fermín. Amigo de estar bien con todos, contestó:

—Lo dije porque usted está cerca de él, hace años. Nada más que por esto. Y es claro, me extraña su pregunta...

Tenía que montar y se alejó sonriente. Fermín miró con desprecio a aquel jockey que trabajaba con camisa y gorra de seda, que se hacía lustrar las uñas y que tenía automóvil “para darse corte de persona fina”.

Enderezó a Retamar, que bajara de un potrillo de La Gloria, y repitió su maniobra. Retamar se escabulló. No sabía nada. No se metía en nada.

Por tercera vez, Fermín reeditó sus preguntas al compositor Celestino Bustos, con quien trabajara como jockey, hacía cinco años. Bustos, cara de pocos amigos, hombre puntilloso, agriado por la escasez de sus éxitos en la actualidad, contestó con fastidio:

—Ese hombre es un canalla. Y vos hacés mal en preguntar esas cosas. Mejor sería que te callaras o te fueras del estú o...

Fermín le miraba con tan dolorosa expresión, que Bustos se detuvo. Comprendió que Fermín no sabía. Le había creído un cínico, un cabrón, un "cafísho". Ahora se apiadó de él y cambió de tono.

—Sí, es un canalla. Acordate cómo te trató cuando el Comparación...

Fermín vió alejarse a Bustos. No se atrevió a preguntarle más claramente. Era indudable que le ocultaban algo, que se asombraban de no sabía qué, que le tenían lástima. Notó, en un grupito distante que rodeaba a Retamar y a Bidelain, chispear de risitas, gestos de asombro y miradas que se detenían en él. Aquellos malos amigos habían ido a contar.

Salió del Hipódromo y fué a casa de Redonnet. El gordo vivía en una pensión y estaba en cama, con gripe. Fermín lo acometió de entrada.

—Dígame... ¿don Federico... es el... el que me la quitó?

—¿Te quitó qué? — fingió el interpelado.

—A Albertina...

—Este... Me hacés una pregunta que .. Mirá... no sé ni medio.

—Usté sabe. Sea mi amigo.

Le recordó sus palabras en el Tattersall; la frase de *El Sol*; cuánto hiciera Redonnet por que él ingresara en La Gloria; las vaguedades de los amigos a quienes interrogara esa mañana. Redonnet seguía negando.

—Entonces—exclamó Fermín con tristeza — ¡yo no tengo ni un amigo!

Redonnet se enterneció.

—Mirá, Fermín. Vos sabés que yo te estimo, que deseo tu bien. Pero decime: ¿qué sacarías con averiguar la verdad? ¿La vas a matar a ella o a su amante? Irías a la cárcel y te remordería la conciencia toda tu vida. Dejalos, hermano. Ella tendrá pronto su castigo. Ese hombre, sea quien sea, la largará hoy o mañana. Y él, si tiene un poco de corazón, verá el mal que te ha hecho y que le habrá hecho a ella.

—¿Pero es él, es don Federico? Le prometo que no haré ninguna barbaridad...

Redonnet meditó unos segundos. Y contestó:

—Yo no sé... ¡Es tan difícil probar esas cosas!

Fermín se despidió desalentado.

Pero se decidió a averiguar, fuese como fuese. Rondaría la casa de don Federico, preguntaría a los sirvientes. Volveríase un poste en la esquina. Si ella no entraba, le seguiría a él. Pensó en Rincón, en *El Sol*. Por unos pesos el repórter de

aquel diario le informaría. Y tal vez él mismo se animara a interrogar al propio don Federico.

La ausencia de su patrón, huésped en el haras Las Lagunas, corrigió sus ansiedades por saber. Y la enfermedad de Cóndor, que se complicara en aquellos días, desvió hacia el crack sus inquietudes. Albertina y su infidelidad, el nombre del cómplice y el deseo de vengarse, todo eso quedó olvidado en unas horas. Ya no existía para él en el mundo sino Cóndor y su enfermedad.

\*

\* \*

Caso muy grave. Fermín comprendía ahora las reservas del veterinario. Lo que para ojos profanos era un simple malestar, para el médico era o podía ser el período inicial de una fiebre de forma tifoidea. Ahora Cóndor pasaba las horas con la cabeza caída, como si se le hubiesen aflojado los músculos que la mantenían levantada. Rechazaba en absoluto el alimento. No se acostaba en todo el día y buscaba apoyo contra la pared. La fiebre había subido, casi de golpe, a cuarenta grados.

Fermín, cuando supo el diagnóstico, sufrió una vertiginosa aflicción. En sus entrañas repercutió la enfermedad del caballo. Sensaciones de frío y de vacío se alternaban en su vientre. No pudo co-

mer, y durante las noches que duró la enfermedad apenas pegó los ojos.

Al principio creyó que el veterinario, a quien juzgaba pesimista, se hubiese equivocado. Sabía que la tifoidea se denunciaba en puntos oscuros de la mucosa llamados petequias, y que en el color borra de vino de los ojos se conocía la fiebre; y pasábase las horas examinando los ojos apagados del crack.

Había teleografiado a Federico. Le extrañaba no recibir respuesta. Dos días después llegó un telegrama. Federico decía encontrarse en cama, herido a causa de un accidente. Pedía noticias detalladas. Reclamaba la opinión directa del veterinario.

—¿Y diga, don Miguel? ¿Ta tan grave? — le preguntaba al veterinario.

—Muy grave. Es una tifoidea cerebral.

—Y... — titubeaba pálido y tembloroso el entrenador.

—¿Qué?...

—Digo... si usted piensa... si le parece que...

—¿Que se morirá?

—Eso es... más o menos...

—Probablemente, sí.

Desde este momento, Fermín fué una sombra. Andaba por el stud como un sonámbulo, sin hablar con nadie, con los ojos llorosos, sucio, sin cambiarse de ropa, desgredado. Pasaba las noches metido en el box, temiendo que el animal se muriese sin su presencia. Sus hermanas iban a verlo al



stud. Sentadas en los escaños verdes que rodeaban la palmera del patio, servían mates a las visitas y las atendían.

La noticia era conocida por todo Buenos Aires. Los grandes diarios informaban sobre la fiebre del crack, su aspecto, las opiniones del veterinario. Los cronistas de carreras, las gentes del turf y numerosos admiradores del gran caballo, iban al stud por noticias. Fermín apenas contestaba a las visitas y curiosos. A veces alzaba los hombros y exclamaba con pena y rabia:

—¡Cómo ha'e estar, hombre!

La escasez de palabras del veterinario le exasperaba. Quería saber al detalle la marcha de la enfermedad.

Una noche el indio vino a llamarlo. El dormitaba en una silla. Cóndor, atacado de convulsiones, estiraba violentamente las manos y las patas en movimientos cortos y bruscos.

—Es la menengite — exclamó Fermín desesperado.

El veterinario le había anunciado el fenómeno, precursor de la muerte. No obstante haber esperado la meningitis con sus convulsiones tetánicas, el espectáculo enfermaba al cuidador. Se acercó al crack, lo acarició como si fuese a calmarlo. Y hasta le habló, sin importarle la presencia del capataz, del indio y de otros peones.

—Sosegate, viejito. No podemos verte así. Acordate de cuando ganaste la Triple Corona, de la performance en el Nacional...

El recuerdo de los triunfos del caballo enterne-  
ció a Fermín, que debió salir del box, lagrimeando.

El indio tenía un candelero en la mano. Era la única luz en la oscuridad de la noche entoldada, pues habían apagado la luz eléctrica para que no molestase al enfermo. En la puerta del box una decena de hombres entristecidos miraban silenciosos. Si hablaban, era en voz baja. El corro aumentaba, pues la noticia había ido rodando por el barrio. Muchos curiosos se aglomeraban en el portón, no animándose a entrar. Los que se decidían cruzaban el patio sigilosamente. Todo el mundo andaba por el stud en puntillas.

Así pasaron casi una hora. Los hombres seguían en pie. Llegó el veterinario. La noche empezó a ponerse fría. Cóndor tuvo convulsiones más violentas. Se golpeaba la cabeza contra el muro, desesperado. Por fin, estiró los miembros y se derrumbó.

El barrio se concentró en el stud. En la noche oscura, aquella aglomeración de rostros tristes, de cabezas agachadas, de ojos llorosos, de silencios dolorosos, tenía algo de solemne.

Fermín, junto al cadáver del crack, sollozaba.

\*

\* \*

Los diarios del día dedicaban páginas enteras a la muerte de Cóndor. Fotografías del crack en sus grandes triunfos ilustraban los acentos llorosos de las crónicas. Era un duelo nacional. El nombre del caballo maravilloso uníase al de Old Man y al de Botafogo. Un diario decía que si el país supiese que se había derrumbado el Louvre y perdido sus bellezas, se olvidaría de esta catástrofe para comentar y llorar la muerte de Cóndor. Otro diario llamábale grande entre los grandes, noble entre los nobles. Se recordaban sus veinte triunfos en un año, los trescientos cincuenta mil pesos que ganara. El nombre mismo del animal era tema de exaltaciones poéticas. Había volado por sobre las pistas como un cóndor, y esta palabra era barajada en imágenes barrocas con los Andes y con San Martín. La sensación era unánime: la Patria acababa de perder a una de sus grandes glorias, a uno de sus más ilustres hijos.

A la tarde llegaron telegramas de Federico y de Almagro. Federico decía a Fermín: "En este día de inmenso dolor, te abraza Federico Wilkinson". Almagro, más expresivo y lírico, necesitó cuarenta palabras. "Lloremos — decía — la muerte del héroe, del ser maravilloso que jamás conociera la derrota. Consolémonos pensando en que la gloria es suya y en que diez millones de hombres nos acompañan en la tristeza". Otros telegramas y cartas llegaron para Federico, y algunos para Fermín.

El stud, mientras tanto, era una romería de admiradores del crack. Numerosos automóviles lle-

vaban a la caballeriza a las grandes figuras del turf argentino. Todos querían ver a Cóndor: propietarios, entrenadores y jockeys. Los miembros de la Comisión de Carreras codeábanse con peones de studs, con gentes humildes. Algunos admiradores venían desde barrios lejanos, desde Barracas o la Boca, varias leguas de tranvía, sólo para dar su último adiós al gran caballo. Hasta mujeres había. Todas querían ver de cerca al muerto, y algunas pedían un recuerdo: un poco de crin, un trozo de la manta o de la cogotera.

En la ciudad, los innumerables comercios que llevaban el nombre del héroe estaban enlutados. La Peluquería Cóndor entornó su puerta, y en un negocio de lotería y lustrabotas leíase en un papel: "Cerrado por el duelo nacional". En las oficinas públicas nadie trabajó esa tarde. En los clubs muchas barajas estuvieron inactivas. Dos o tres diarios, habitualmente jocosos, resultaron de un aburrimiento fúnebre.

El cuerpo del invicto fué conducido la mañana siguiente al Instituto de Hipología. Federico lo había ofrecido telegráficamente, y el Jockey Club, aceptándolo, dispuso que se armase su esqueleto y que su cuero fuese embalsamado. Como de Old Man, tendríase una doble imagen del héroe, para ejemplo y admiración de las generaciones venideras.

Era una mañana gris. Una muchedumbre esperaba que sacasen al crack. Iban sus restos en un cajón de roble, cubierto de crisantemos. Fermín, los peones del stud y algunos comedidos lo su-

bieron a la ambulancia del Jockey. Mujeres y hombres arrojaron flores dentro de la ambulancia que lo llevaría al Hipódromo. Como era cerca, la concurrencia acompañó al cadáver a pie. Fermín iba adelante, como dirigiendo el duelo. En el Instituto de Hipología esperaban los veterinarios, miembros de la Comisión de Carreras, y otra multitud de adoradores del crack. Todos despedían para siempre al gran caballo. Cuando lo entraron, las puertas fueron cerradas. Fermín no quiso presenciar ninguna de las operaciones de disección que iban a realizarse inmediatamente.

Durante varios días los periódicos publicaron informaciones gráficas y homenajes diversos. No faltó la nota poética. En sonetos, décimas y acrósticos, fué exaltado el héroe. Pero nada como una *Ora-ción fúnebre a Cóndor*, escrita en verso por Almagro y publicada con un pseudónimo en un diario de la tarde. Comenzaba así:

*Entre todos los seres que de madre mortal  
nacieron, ni uno tuvo tu olímpica fortuna.*

El poeta aseguraba que sólo ahora, en la tristeza de la muerte, y no obstante las admiraciones de siempre, se apreciaba lo que había de eterno y de maravilloso en sus "cascos musicales y veloces".

*Poseíste el secreto del ritmo y la elegancia,  
anidóse en tu cuerpo la perfecta armonía.*

Comparaba a Cóndor con otros animales ado-

rados como dioses por civilizaciones antiguas. Y exclamaba:

*Ahora ya lo sabemos: ¡no eras dios, pues has muerto!*

Luego hablaba de otros caballos ilustres, de Rocinante y de Bucéfalo, de Incitatus y de Pegaso, de Babieca, y decía que si la gloria exaltó a estos caballos, que lo fueron sólo de un hombre, ¿qué no ocurriría con Cóndor, que fué el caballo oficial de un pueblo libre, verdadero dios de nuestra democracia? Luego recordaba que pobres y ricos, aristócratas y plebeyos, todos le encomendaron a él su suerte. Fué árbitro de esperanzas, ejecutor del Destino, dispensador de alegrías y de tristezas... Y concluía en la ilusión de que dentro de algunos siglos las gentes no sabrían si fué un dios, un hombre o un caballo. Tal vez muchas figuras de la historia que el mundo admira, no fueron sino caballos. Y concluía lamentando que Cóndor, tan bello, no hubiera terminado su vida en el haras — donde “inquietas potranquitas” lo “esperaban ansiosas” — después de saborear los goces del amor.

\*

\* \*

Una mañana de Abril, ocho días después de la desgracia, supo Fermín la llegada de su patrón.

Su primer intento fué ir a su casa. Adivinaba que su encuentro con el propietario de Cóndor le conmovría y deseaba evitar que el capataz y los peones presenciasen su solidaridad en el dolor con aquel hombre. Pero por fin se decidió a esperarlo en el stud, que era lo correcto.

Fermín, absorbido por su pena reciente, no pensaba ya en su drama familiar. Federico no era el probable cómplice de Albertina, sino el dueño de aquel caballo maravilloso al cual él quiso como a un hermano, al cual debía él su mayor celebridad. Si en algún instante el recuerdo de la sospecha volvía, lo alejaba con enojo de sí mismo. Parecíale una pequeñez preocuparse ahora de su mujer y su posible amante. ¿Qué eran esas cosas junto a la muerte del crack? ¿Iba a tener celos él, el entrenador, el jockey del gran caballo, en momentos en que, por aquella irremediable desgracia, su corazón echaba sangre?

Federico se apareció en el stud cerca de las diez de la mañana. Acababa de llegar. Apenas se bañó y cambió de ropa voló a su caballeriza, previo un aviso telefónico a Fermín, para que le esperara. El propietario de Cóndor bajó de un automóvil, dió la mano al capataz y se dirigió hacia el box vacío, frente al que paseábanse en silencio Fermín y Caupa.

Al encontrarse, los dos hombres se detuvieron conmovidos, sin saber cómo saludarse. Federico tendió su mano derecha al entrenador. Fermín le dió la suya, que temblaba. Federico tuvo entre su garra fuerte y huesosa la pequeña mano que lle-



vara tantas veces las riendas de Cóndor. Sacudiósele lentamente. Más de un minuto estuvieron de la mano, unidos en el mismo dolor, aquellos dos hombres de condición tan distinta. Federico movió la cabeza de arriba a abajo, y en los ojos del criollo dos lagrimones aparecieron. Luego, al soltarse, el patrón palmeó al entrenador, mientras decía:

—Hay que conformarse, Fermín. ¡Qué se va a hacer! Ha sido una catástrofe para el turf argentino.

—Sí, señor. Toda la ciudad lo ha comprendido así. Yo he visto llorar a mucha gente...

Después le tocó el turno al indio. Federico le dió la mano, por primera vez en su vida. Caupa se la tomó y la dejó al instante. Quedó cabizbajo un rato y luego, farfullando quién sabe qué, volvió las espaldas al patrón y se alejó.

—Lo he dejao vacío... hasta que usted viniera... — dijo Fermín, señalando el box.

Federico pensó en los cuartos de los seres humanos muy queridos y que al morir sus dueños quedan como estaban.

—Hiciste bien, Fermín. Ese box quedará siempre desocupado.

El patrón entró en el box, miró minuciosamente las paredes y se detuvo en los rincones, como si en ellos fuese a encontrar el alma de Cóndor.

Esta entrevista borró todo mal recuerdo de Fermín hacia su patrón. Ahora no aceptaba ni la más vaga sospecha de culpabilidad. Aquel hombre que

tan bien quería a los caballos, que sufría por la muerte de Cóndor, no podía ser sino un criollo de ley, incapaz de la bajeza que él supusiera.

Pero pocos días más tarde Fermín opinaría de otra suerte.

Federico, que había cometido la imprudencia de hacer el viaje de regreso antes de los quince días de quietud prescritos por el médico, debió meterse en cama, a causa de la reaparición de algunas de las molestias producidas por el accidente. Y así el domingo, apesar de que corrían tres caballos suyos, decidió a última hora no ir a las carreras. Fermín, como en otras enfermedades de su patrón, quiso telefonarle.

Faltaba una hora para la primera carrera que él debía correr, y era la cuarta de la reunión. Aunque como jockey no podía usar el teléfono del pesaje, pensó que tal vez en su carácter de entrenador se lo permitieran. Habló al comisario, invocando que don Federico estuviese en cama. El comisario lo autorizó a telefonarle. Pero Fermín no lograba comunicación. No contestaban, estaba ocupado... De rato en rato, cuando mantenía el tubo pegado al oído, percibía, bastante clara, una voz de mujer. Las líneas, evidentemente, estaban ligadas. Iba a retirarse, cuando el sonido de la voz le detuvo. Trató de entender sus palabras. La voz, atropellada, reprochaba a un hombre su conducta. Se quejaba de su abandono. No recibiera ninguna carta, y, desde que él llegara del campo, no lo había visto. Re-

criminábale por inventar pretextos para no darle cita.

—Estoy enfermo... en la cama...— contestaba, con fastidio, una confusa voz masculina.

Fermín, pegado al teléfono, escuchaba con todo su cuerpo. Indiferente a la gente que pasaba y le observaba, el entrenador abría los ojos en un asombro de pánico, y el aparato temblaba en su mano. La voz femenina chillaba, pero el runrún metálico del teléfono no impedía distinguirla. El hombre debió decir algo definitivo. Fermín oyó mejor. “Para eso me hubiera quedado con el chino”, vociferó la mujer. Y agregó: “No te vayás, cobarde!”

Fermín, reconociendo la voz de Albertina, dijo con claridad:

—Aquí estoy yo, el chino...

—¿Vos? ¿Mi marido?

—Yo, Fermín Contreras.

—¿Y has estado escuchando, chusma?

—Casualidad... Quise hablar con él, con ese hombre falso... Aura sé que es tu amante...

—¿Ahora lo sabés? ¡No me hagás reir! Callate, vividor, cornudo, cafisho...

Al sentarse en la balanza, con la montura en la mano y su vestimenta de carnaval, se sintió más grotesco y ridículo que nunca. Tenía ganas de echarse a llorar. Los miembros de la Comisión le miraban con asombro.

Cuando subió en el caballo no veía sino a su mujer y a Federico. La traición de ella la perdonaba. Él era feo, achinado y medio hombre. Se

explicaba que le gustase otro. Pero la traición de él, a su entrenador, al cuidador de Cóndor, al que le hizo ganar en varios años doscientas carreras, eso le parecía la mayor infamia del mundo. Se iría del stud, naturalmente. Pero aquel domingo tenía que cumplir. Correría la carrera, pero, eso sí... ¡se iba a vengar!

La resolución de perder le calmó un poco. Insensible, ni miró al público ni observó a sus rivales. Se puso en fila y, cuando fueron levantadas las cintas, largó con la habitual naturalidad. Pero perdería, sí, se vengaría del canalla, que había jugado mil y mil a su caballo.

Pero el movimiento de la carrera, el ardor de la lucha, su amor propio, el cariño al caballo, al que creía humillar o hacer un mal perdiendo voluntariamente, todo esto pudo más que su resolución de venganza. Se olvidó por completo de que Albertina le abandonara por ese hombre, de la deslealtad de quien tanto dinero y fama había ganado por su pericia, de los veinte mil pesos que iban a tocarle al miserable si él entraba primero... ¡Se olvidó de todo eso, el hijo de la Pampa, el buen criollo!

Y ganó.

## X

### DEL “MANICOMIO” A LA PELOUSE

La muerte de Cóndor significaba la catástrofe económica para Federico. En un segundo año de triunfos el “invicto” habríale producido fácilmente, entre premios y apuestas, doscientos mil pesos. Y luego lo hubiera vendido para padrillo. Quinientos mil pesos valía el caballo, la suma en que fué vendido Botafogo. En último caso, cualquiera de los grandes haras habría pagado cuatrocientos mil. Y mientras tanto, los vencimientos le apremiaban. En los demás caballos apenas podía esperar. Como todo jugador, creía fervientemente en la *jetta*, y así la muerte del crack era el comienzo de toda clase de calamidades para el stud.

No obstante este pesimismo, aquel domingo tenía motivos para estar contento. Recibiera telegrama de María de Jesús, anunciando el inminente regreso; había roto definitivamente — así lo creía él — con la insoportable Albertina, y acababa de ganarse

cerca de veinte mil pesos en una carrera. Pensaba en estas cosas, mientras tomaba el té, en la cama, esperando que alguno de sus amigos, Almagro por lo menos, viniera de las carreras a referirle el desarrollo de la prueba. Extrañaba que Fermín no le hubiese telefoneado ni antes ni después de la carrera. Pero como todo le predisponía al optimismo en aquel domingo feliz, supuso que el jockey no lograra comunicación.

Su contento llevóle a meditar en su situación frente a Indiana. Después de “la caída” en el vapor — su Waterloo, como decía Almagro, — sólo la vió media docena de veces. Resuelto a no crearse ningún lazo definitivo, no buscó esta vez departamento. Asegurábale a Indiana que no podía encontrarlo. Las entrevistas, en la casa de ella, debieron ser escasas forzosamente, por la murmuración de los vecinos. Hacía un mes que no la veía. Alguien le dijo en el club que su enemiga partía para Europa en Setiembre. ¡Qué gran puente de plata le tendería él sobre el océano!

El sirviente le entregó una carta. La había traído un muchacho. Federico reconoció, con extrañeza, la deplorable caligrafía de Fermín. Abrió la carta receloso. Eran cuatro líneas de su entrenador. Decíale que había sabido la verdad por ella misma, antes de la carrera. Jamás hubiera creído una cosa así. Se iba del stud. De ese modo pagaban su lealtad y todo cuanto había hecho por el stud y por el triunfo de sus colores.

No tenía la carta ni encabezamiento ni despedida.

Sus cuatro frases sangraban. Federico la rompió en pedacitos con una flema que hubieran envidiado sus antepasados británicos. Luego encendió un habano y se quedó, en posición horizontal, mirando al techo.

Cuando llegó Almagro, los dos amigos comentaron el suceso. No se imaginaban cómo habría sabido Fermín. Y lo estupendo era que, enterado antes de la carrera, la hubiese corrido.

—No tenía otro remedio — dijo Federico. — La Comisión le hubiera impuesto un serio castigo por abandonar la carrera no estando enfermo.

—Es cierto — agregó Almagro. — La certeza de ser cornudo no figura entre los motivos que eximen de correr una carrera...

Federico declaró que sentía náuseas pensando en el carácter de Fermín. Debió vengarse perdiendo la carrera y después meterle a él un tiro. No era un hombre, sino un medio hombre.

—No lo entiendes — objetó Almagro. — Fermín tiene un enorme corazón; solamente que ese corazón no vibra con fuerza sino cuando se trata del caballo. Es su pasión, como fué en otro tiempo la pasión del gaucho. Para haber triunfado, sabiendo que te ibas a ganar veinte mil pesos, se necesita tener una alma grande.

Federico levantaba los hombros. El cariño animal de Fermín a los caballos no le interesaba. Almagro lamentaba que Fermín se retirase del stud. Tenía un extraordinario instinto del entrenamiento. Y era decente, leal, trabajador.



—Pero en los últimos meses se había derrumbado — arguyó Federico. — El stud se desprestigiaba.

—No tuvo él la culpa.

Callaron. Almagro dijo:

—Yo creo que Fermín debe volver a Las Vizcachas. ¿No crees que volverá si lo llamamos?

—Probablemente. Me parece un predestinado...

—Yo lo voy a ver.

—No, te ruego. La presencia de ese hombre en el stud me recordaría la estupidez de mi aventurilla con su mujer. No quiero remordimientos. Ahora empiezo a vivir de nuevo. Y ese hombre forma parte de mi pasado. Lo detesto, junto con todo mi pasado.

\*

\* \*

El día siguiente Federico debió dejar la cama. El stud no podía quedar abandonado. Era urgente buscar un entrenador.

Desde temprano debió soportar la testaruda impertinencia de Albertina, que telefoneó varias veces. Ella, por lo visto, no consideraba concluidas sus relaciones, e insistía en hablar con él. Federico negóse a recibirla. Y a las diez, al salir para Las Vizcachas, la encontró en la puerta, esperándole.

Fué fatal dejarla entrar. Furiosa, lo acribilló a improperios. Con sus términos pudieran llenarse varias páginas de un diccionario lunfardo. Todo esto amenizado por la suave música del llanto. Pero Federico no se conmovía. Paseábase por el escritorio, donde la recibiera, con el sombrero puesto y el bastón y los guantes en la mano. Por fin, Albertina, segura del desaire, dijo, con aire de venganza:

—Fermín lo sabe todo... ¡todo!

—Ya lo sé — repuso Federico volviéndose hacia ella y levantando los hombros. — Ya ha dejado el stud. Si has venido a traerme esa noticia...

Ella interrumpió, triunfante:

—¡Yo se lo dije!

—¡Bah!

—Sí, yo. Fermín sólo había manyiao unas palabras por teléfono, cuando nosotros hablábamos.

Y en su fervor vengativo contra Federico, le refirió el hecho, pero abultando la importancia de su papel en la dramática y folletinesca revelación. Fermín — aseguraba Albertina — sin la franqueza de ella sólo habría tenido sospechas, fáciles de borrar.

—¿Y por qué hiciste eso? ¿Querías perjudicarme? Yo no tengo miedo de que me pegue un tiro, vos comprenderás. Pero un escándalo... no me gustaría que me lo hiciera...

—Yo hice eso—dijo ella con afectada humildad, —porque pensaba que nos convenía. Como vos tenías tantos temores de Fermín... que era un obstáculo para salir juntos... yo me dije que... ba-

tiéndole al chino toda la verdad, sería el modo de... sacarlo'e la luz... Él se iría del stud y así nosotros quedaríamos libres.

No obstante la hipocresía del tono, adoptado para hacer rabiar a Federico, Albertina había pensado realmente esas cosas, sobre todo después del viaje a Montevideo. Creía entonces convencidamente que la presencia de Fermín en el stud era el único obstáculo que existía entre ella y Federico.

Federico, al oirla, se alegró de ese pretexto que justificaba la ruptura definitiva y hasta actitudes violentas. Y exclamó, con firmeza que no excluía la irritación:

—Hemos concluído. Usted se va de aquí inmediatamente. Yo le mandaré mañana lo necesario para que pague tres meses de hotel. Ahí está la puerta...

—¿Me echás? ¡Ja, ja! ¿Te pensás que se me importa un pito de vos y de tu plata? Psh... Me fuí con vos como me hubiera ido con cualquier otro. Lo que yo quería era dejar esa vida. No sirvo para casada. Me gusta divertirme, gozar, farrrear... Cuando vi que te habías vuelto un hombre formal y que con vos no había programa, me desilusioné. ¿Crees que te he sido fiel? ¡Qué esperanza, m'hijo! Te he puesto cuernos una vez. Y, ahora, no me faltará dónde arrimarme.

Federico permanecía con los brazos cruzados, en pie, cerca de la puerta.

—No me voy enojada. Comprendo que los hom-

bres se cansen de las mujeres. Nos hemos divertido unos meses y no me arrepiento.

Iba a salir. Y tendiendo la mano a Federico, que al fin se la tomó, dijo, llena de coquetería:

—Despidámonos como amigos. Alguna vez nos hemos de encontrar. ¡Felicidades, jovie!

\*

\* \*

Durante dos días Federico no tuvo otra ocupación que la de buscar entrenador.

En la biblioteca de Carreras del Jockey, llamada comúnmente “el manicomio”, pasábase las horas estudiando los posibles candidatos y discutiendo como energúmeno. Aquel sitio era para él su verdadero hogar. Todas las tardes, al entrar en el Club, iba derecho al “manicomio”. En el “manicomio”, o en el trozo de galería que lo limita, tomaba el te, leía los diarios, hablaba de carreras y caballos, discutía, escribía sus cartas. No le interesaban los demás lugares del Club, salvo el comedor y las salas donde se jugaba fuerte. A la Biblioteca no se asomaba jamás, salvo cuando tenía que mostrar el Club a algún extranjero, o cuando había conferencias, para mirar a las lindas mujeres que asistían. Su círculo de amigos era restringidísimo. Protestaba contra la ince-

ante admisión de “gente rara”, como decía. Desdénaba a los tertulianos de la sala de lectura, a los jugadores de billar y a los que hacían gimnasia. Para él, el Club debía reducirse al círculo limitado de los treinta o cuarenta habituales del “manicomio”.

Este lugar del Jockey Club era célebre en el mundo del turf. Entrenadores, jockeys y periodistas vivían pensando en lo que se opinaría en el “manicomio” sobre tal o cual cuestión. Pero el “manicomio” como entidad, no tenía opinión ninguna sobre ninguna cuestión. Cada cual iba por su lado, y así la anarquía de pareceres era ilimitada. Como en toda reunión de argentinos, el término medio no existía allí. Un caballo debía ser un crack o un matungo; un jockey era un coloso o un inútil. Las opiniones intermedias y sensatas eran incomprensibles. Se habla mal de un caballo, por ejemplo; y si alguno intentaba defenderlo moderadamente, preguntábanle: “¿Usted, entonces, cree que es un crack?” Y al contrario, si se alababa demasiado a un animal simplemente estimable y alguien pretendía reducir los elogios a su justo límite, le preguntaban: “¿Usted entonces, cree que es un mancarrón?” El “manicomio” era, pues, un buen ejemplo del amor de nuestra raza a las exaltaciones verbales.

Nadie sabía en el Jockey los motivos verdaderos de la separación de Fermín. El runrún de la aventura con la mujer del entrenador había llegado al “manicomio” hacía meses, pero como Fermín continuaba en Las Vizcachas y Federico negaba enérgicamente los amoríos, sus amigos terminaron

por no creer en ellos. Todos le preguntaban, eso sí, por qué había despedido a Fermín.

—Se estaba gastando mucho — contestaba él, invariablemente.—Ya no era el del año pasado...

Fermín, lo mismo que cada entrenador y cada jockey, tenía sus partidarios y enemigos. Unos le enaltecían y otros poníanle por el suelo. Mientras esta persona elogiaba su profundo conocimiento del caballo, sus condiciones de jinete, su amor por el oficio, aquélla le consideraba un ignorante y un inservible. Había quienes le admitían como entrenador y le negaban como jockey, o al revés. Y abundaban los que, reconociéndole méritos en ambos oficios, afirmaban la imposibilidad de que un hombre pudiese desempeñarse bien en los dos.

—O jockey o compositor — decían éstos enérgicamente, con el tono de quien establece una disyuntiva trascendental. — Pero las dos cosas a la vez, es un absurdo. Fermín Contreras ha pretendido revolucionar el turf, y no tendrá más remedio que elegir.

Los partidarios de Fermín lamentaban el error de Federico despidiéndole.

—Es una eminencia, hombre. Lo mejor que hay. ¡Doscientas carreras ganadas en tres años!

—¡Qué gracia, con los mejores productos de nuestros haras! — contestaba alguno. — Hasta yo, si me dan a preparar o a montar a caballos como Cóndor, como Orleans, como Saturno, me comprometo a ganar cualquier carrera. —

Todos se reían y bromeaban. Uno le ofrecía

monta al botarate para el próximo domingo; otro le aconsejaba ingresar en "la gran familia", famoso núcleo de trabajadores del turf en que el padre, los hijos y los cuñados fueron los mejores entrenadores y jockeys de su tiempo. No faltaba quien afirmase que no sabía andar a caballo.

Y así se iban las horas, entre bromas y tremendas peloterías.

Mientras tanto, Federico no sabía por qué entrenador decidirse. Unos le aconsejaban a Rodolfo Andrade. Era "el más científico", según sus partidarios. Pero Andrade estaba en el stud de un primo hermano de Federico, y, si bien el cambio de un stud a otro era corriente, solía mirarse mal el quitarle a un amigo o allegado su entrenador o su jockey. Otros le indicaban a Petray. Gran ojo para conocer los caballos, mucho instinto, verdadero acierto para escoger las montas, habilidad para hacer a los jockeys indicaciones útiles, vivezas para ganar las carreras. Pero a Federico no le gustaba Petray, que no era honesto.

Los íntimos de Federico, los que deseaban lealmente su triunfo y no tenían caballos, no se cansaban de aconsejarle que entregase los suyos a Mariano Valero. Tanto hicieron que Federico decidióse a verle.

Mariano Valero era un entreerriano de Montiel, silencioso, tranquilo, de construcción sólida, de anchas espaldas, de manos grandes. Tenía un aire lento y pesado, que su mediana estatura evidenciaba aún. Su caminar era despacioso, e iba como des-



cansando el cuerpo, a cada paso, sobre la pierna que avanzaba. Muy moreno, la oscuridad de su piel hacía juego con sus gruesos y negros bigotes. Bajo el chambergo, también negro, de anchas alas, ligeramente caída la delantera sobre la frente, veíasele el pelo abundante y crespo. En medio de la sensación de calma que producía su persona, asombraba la viveza de sus grandes y negros ojos. Adivinábase en aquellos ojos un carácter enérgico y dominador, tal vez violento. Hacía pensar en aquellos gauchos entrerrianos que pintara Bernaldo de Quirós.

El prestigio de Mariano Valero no tenía precedentes. Jockeys famosos, adorados por las multitudes, casi tanto como lo son los toreros en España, los hubo siempre y aun los había entonces. Fermín Contreras llegó a conocer, aunque por poco tiempo, las dulzuras de la celebridad, el goce extraño de ser un ídolo de las multitudes. Pero parecía imposible que un entrenador, cuyo contacto con el público era casi nulo, alcanzase una notoriedad demasiado grande. Mariano Valero había sobrepasado en prestigio a todos los entrenadores desde que existía el Jockey Club. Ganaba tal cantidad de carreras con los caballos a su cuidado, que llamábasele "el Mago", y se le aplicaban en los diarios los más ditirámicos elogios. Un periódico, en su exaltación, llegó a decir que Valero, aconsejando a propietarios de caballos y a cabañeros y ejerciendo influencia enorme en la vida turfística, dirigía, desde su escritorio, el Jockey Club. Sus éxitos parecieron inex-

plicables. Le fueron atribuídas varias tretas y diabluras, y sus enemigos, pues los tenía, como todo hombre célebre, dijeron que les daba a los caballos cocaína y otros alcaloides. Pero a Mariano Valero no le alteraban estas calumnias. Y seguía trabajando, siempre con el mismo empeño y con el mismo excepcional acierto.

Federico debió ir al stud de Mariano Valero. El entrenador había revolucionado el turf instalando una gran caballeriza en la que cuidaba cerca de sesenta animales, de tres o cuatro propietarios. Federico, si Valero aceptaba cuidarle sus caballos, tendría que dejar el histórico edificio de Las Vizcachas y entregar al entrenador sus pupilos. El stud Mariano Valero, que abarcaba otras caballerizas con sus correspondientes nombres y colores, quedaba a varias cuadras del Hipódromo. Era un edificio de más de media hectárea, con ochenta boxes: el Vaticano del turf.

Cuando Federico bajó del automóvil, un peón le dijo que Valero había ido a la pista con los caballos, pero que podía hablar con uno de los dos secretarios del entrenador. Valero, asaltado por una abrumadora correspondencia y por infinidad de invitaciones, debió forzosamente tomar un secretario. Luego, con el crecer de la celebridad, un secretario no bastó y tomó un segundo. El peón condujo a Federico a una oficina, donde trabajaba el secretario: un mozo de anteojos, bien vestido y muy flaco. No quiso explicar al secretario el motivo de su visita, y prefirió esperar en el patio. A veces

salía a la puerta. Desde allí veíanse, en distintas direcciones, caballos que marchaban lentamente, llevados por sus peones, y tapados por las mantas y las cogoterías.

No tardó en ver llegar a Mariano Valero. El entrenador venía a caballo, en un alazán, encabezando lo que sus admiradores llamaban "el escuadrón formidable". Eran cerca de sesenta racers. Venían en tres hileras, veinte en cada una. Con el espacio ocupado por cada animal y el que le separaba del caballo siguiente, el escuadrón llenaba casi toda la cuadra, de largo a largo. Era un bello espectáculo el de esos sesenta animales de excepcional elegancia, relucientes, de miembros ágiles y finos, que iban con cierta indolencia, moviendo la cabeza rítmicamente. Y los colores de los caballos y los de las mantas acrecentaban el encanto del espectáculo. Aquí una manta azul marino; allí una amarilla; allí una rojiza. No menos de veinte matices diferentes coloreaban el escuadrón. Y todavía debía agregarse la policromía de las cogoterías. A Federico, el conjunto de tantos caballos con aquellas mantas que les cubrían el cuerpo, y las cogoterías que sólo dejaban libres los ojos y las orejas, le hacía pensar en los fantásticos desfiles del Ku-Kux-Klan, que viera muchas veces en las películas norteamericanas.

Mariano Valero bajó del caballo, dió la mano a Federico, franca y lealmente, sin decir palabra, y fué a dar algunas órdenes. Federico le veía observándolo todo. Era evidente que no perdía detalle.

Sus ojos, que pasaban con calma sobre las cosas, sin detenerse, parecían recoger, como una placa fotográfica, cuanto sucedía a su alrededor.

Valero invitó a Federico a visitar la casa y el stud. Habíalo inaugurado hacía dos semanas y era de su exclusiva propiedad. Federico recorría los boxes primero y la casa donde Valero vivía con su familia después, yendo de asombro en asombro, pues pensaba que los trescientos mil pesos que debía valer aquel edificio habían sido ganados por un hombre que comenzó su carrera como simple peón de stud.

Después de recorrer los tres pisos de la casa y una espléndida terraza arreglada con mesitas y bancos de madera pintados de verde, entraron en la sala-escritorio. Allí había muebles de marroquín y una larga mesa con revistas y diarios. En las paredes, empapeladas de oscuro, colgaban fotografías de célebres caballos, con dedicatorias de sus dueños a Valero. Un gran racer aparecía reproducido en bronce. Dos cuadros, con lindos marcos, representaban los colores del stud, los de sus propios caballos, pintados por un artista a la manera heráldica.

Apenas se sentaron, Federico explicó el motivo de su visita. Valero, aunque ya lo sabía, dejó hablar largamente a Federico. Por fin, después de un silencio expectante, el entrenador decidióse a hablar.

—Sus caballos son de lo mejor — dijo Valero — pero yo tengo ya muchos. Sin embargo, le tomaría a mi cuidado cinco o seis. Pero...

Federico, notando las reticencias del entrenador, le pidió que hablara con franqueza. Valero, entonces, aludió a las hostilidades de La Gloria. El no tenía miedo a nadie, pero no quería que a los caballos a su cuidado les ocurriese algún percance.

—Discúlpeme, don Federico. Pero yo no quiero compromisos.

Federico vió todo el mal que le había hecho Indiana. ¿Y quién no iba a temer a las campañas periodísticas que ella inspiraba, a los tongos que organizaba, a las mil iniquidades de que era capaz?

Ese mismo día, Federico entró en tratos con Barneche: un entrenador que había comenzado a destacarse lucidamente en el turf montevideano.

Por la tarde, en el club, los amigos de Federico advirtieron su preocupación, la que fué atribuída al rechazo de Mariano Valero. Pero él sólo a Almagro le declaró la verdad.

—Tengo miedo por María de Jesús... por nuestro noviazgo... Si no existiese Indiana, yo sería ahora un hombre feliz.

\*

\* \*

El Premio 25 de Mayo, no por su importancia sino por la época en que se realizaba, era uno de los que inauguraban la temporada social en el Hipódromo.

mo. La tribuna de los socios llenábase de mujeres elegantes. Las toalés invernales — notas de color — decoraban el paisaje geométrico del Hipódromo.

Federico no era muy sociable. Poco sutil y escasamente psicólogo, apenas le interesaba la conversación con mujeres. Prefería mil veces la rueda de amigos en el club. No era tampoco locuaz sino más bien callado. No sabía llevar un tema al punto que pudiera interesarle, cuando hablaba con mujeres. Si en la pelouse, a veces, se acercaba a algunas señoras, era por acompañar a Almagro, hombre sociable y flirteador profesional. En el fondo, y como casi todos los conquistadores, Federico despreciaba a las mujeres. Las creía hipócritas, interesadas, sin dignidad. Por otra parte, sus amores históricos con Indiana le habían alejado de la vida social. Se permitía que un hombre tuviese una amante, pero no que eso se supiera demasiado.

Además, Federico no hubiera podido ser sociable en las carreras porque jugaba fuertemente. Era uno de los records más conocidos. Compraba mil y mil a un candidato, sin pestañar. Una vez jugó quince mil boletos, es decir treinta mil pesos, a uno de sus racers. Y un hombre que expone así una pequeña fortuna, mal puede charlar de fruslerías con las damas. Federico, en tales trances, huía de la sociedad y se paseaba por las inmediaciones de los boxes, silencioso y huraño. A veces entraba en el restorán del paddock y bebía un cognac o un whisky. Sin embargo, agradábale que los catedráticos le augurasen el triunfo de su caballo. Aquellas felicitaciones an-

ticipadas, lo mismo que las otras, recibíalas como éxitos personales, como si él preparase o montase al caballo.

Aquella tarde Federico no jugaba. Quería dedicarla íntegramente a la que era ya su prometida.

La presencia de Federico, hecho un dandy, en aquel círculo de chicas, reunido en los asientos de madera verde, cerca de la gran escalera de la tribuna, llamó la atención de toda la concurrencia. Parecía extraño que el gran jugador no se apartara de las muchachas, que ni siquiera llamase a alguno de los brazales para encargarle boletos. Sentado en el banco de madera, con cierta elegante displicencia, las piernas una sobre otra dejando ver mejor las polainas blancas y las anchas rayas del pantalón de fantasía, cruzado el pecho por la correa del anteojó, con la galerita un tanto hacia atrás, resistía impasible las miradas curiosas. Pero el asombro estalló en todos los ojos cuando le vieron levantarse y pasear con María de Jesús, recorrer juntos, varias veces, el frente de la tribuna, con paso calmo y la sonrisa en los labios.

Ella caminaba radiante. La elegancia de Federico y su popularidad, así como su propio contento y el amor que se le salía por los ojos, habían aumentado su belleza. Su cierta arrogancia, su figura esbelta, su andar tranquilo y noble, sus oscuros ojos, la sobria toalé de media estación, atraían las miradas de hombres y mujeres.

Después del premio 25 de Mayo, la noticia se divulgó: María de Jesús y Federico se habían com-



prometido oficialmente. Los amigos más próximos acercábanse a felicitarles. Las chicas observaban con curiosidad a aquel famoso calavera arrepentido, al amante de la terrible Indiana. Las jóvenes damas compadecían a María de Jesús por el pésimo marido que la suerte le señalaba, si bien más de una, inquietada por impertinentes recuerdos, enrojeciera al dar la mano al conquistador.

Un grupo de "alacranes" comentaba el suceso.

—¿Se correrá esa carrera? — preguntó alguien, dudando de la realización del casamiento.

—Se correrá, y jamás Federico Wilkinson habrá ganado un sport más alto — contestó otro, aludiendo a la enorme fortuna del padre de la prometida.

—¡Claro, hombre! — agregó un tercero. — Es una fija en puerta.

## XI

### LA NOBLEZA DE UN HIJO DE LA PAMPA

En todos los círculos del turf, desde el aristocrático “manicomio” hasta los míseros cafetines del Bajo Belgrano, y desde la Asociación de Entrenadores y Jockeys hasta las agencias clandestinas de los redobloneros, se comentaba encarnizadamente la decadencia de Fermín Contreras.

—Su mujer lo ha arruinado — decían algunos colegas benévolos. — El hombre cayó broken down.

Pero casi nadie aceptaba esta explicación. No era creíble que los amores de su mujer con el patrón le afectaran tanto, porque, conocidos públicamente en Diciembre, Fermín todavía en Abril cuidaba los caballos de Las Vizcachas.

En el gremio turfístico, lo mismo que en los demás, los hombres interesan antes que nada. Así como los políticos no tratan de altas cuestiones de Estado por preferir juzgar a sus enemigos y a sus amigos, y los médicos no departen de medicina sino

que diseccionan a sus colegas, y los poetas olvidan la Belleza para cuerear a otros vates, así en los circulillos del turf preocupa, a veces más que las carreras y los caballos, la vida privada de los jockeys y entrenadores célebres. Fermín, por ser a la vez jockey y entrenador, fué uno de los más discutidos. Los entrenadores solían decir: "Cómo jockey es bueno, pero como cuidador no vale nada". Y los jockeys opinaban: "Como entrenador entiende, pero como jockey no pasa'e ser un gato". Atacado, envidiado y ensalzado hacía ocho meses, conoció, a raíz de sus fracasos, todos los sinsabores de la derrota. Fué despreciado, tuvo que aislarse. Pero ahora, cosa extraña para Fermín, que no entendía de hombres sino de caballos, tenía muchos defensores sinceros. El buen criollo ignoraba que el hombre no es criticado cuando ya no estorba. Las críticas iban lentamente apaciguándose, a medida que su decadencia se definía.

Porque realmente Fermín se iba abajo. Y no era sólo la infidelidad de Albertina lo que le arruinara moralmente, sino la deslealtad de Federico y su salida de aquel stud que era el hogar de su alma. Triste, dolorido, más silencioso que nunca, frecuentaba los bares y los cafetines de mala muerte del Bajo Belgrano y de Núñez. Como ya no era entrenador sino solamente jockey, andaba desocupado casi todo el día. Antes vivía en el stud. La hora del atardecer, en que el alma se le llenaba de melancolía, pasábala entonces, generalmente, en Las Vizcachas. La presencia de los caballos; la evocación

del campo, traída por el olor del pasto; los recuerdos de sus triunfos y sus derrotas 'endulzaban aquellas horas de tristeza inexplicable. Ahora, sin stud, vivía en los cafés. En otro tiempo no probaba el alcohol. Ahora bebía tres o cuatro sanmartines diarios.

La bebida le excitaba. A veces le entraba por quejarse, por criticar, cosas antes raras en él. Acabó por ponerse pesimista. Volvióse un amargado, un "alacrán".

Todo contribuía a la decadencia del antiguo ídolo de las multitudes. Tenía treinta y cinco años y comenzaba a aumentar de peso. Varios kilos de más para un jockey significan el fin de la carrera. Hacía un año, en sus días gloriosos, Fermín pesaba cuarenta y nueve kilos. Y fué precisamente a raíz del Carlos Pellegrini, coincidiendo con su desventura conyugal, cuando empezó el aumento. Hasta entonces había llevado, para conservarse, una vida de privaciones. Dormía seis horas, no comía pan ni carne ni manteca y se alimentaba insuficientemente. No probaba el alcohol ni el café. Y dos o tres veces por semana sometíase al suplicio del baño turco-romano. Aquel sudar interminable le agotaba, pero le era necesario para mantenerse en forma.

El verano, por la disminución de trabajo y el descanso de las siestas, era perjudicial a los jockeys. Fermín aumentó tres kilos, en lo que influyó sin duda aquella suspensión de un mes que le impuso el descanso obligatorio. Luchó por recuperar su peso, pero ya no era capaz de la energía de otro tiem-

po. El constante sufrir había viciado su voluntad. El pensamiento incesante de sus desgracias le impelía al abandono, a quedarse largo rato en la cama, a beber de cuando en cuando. La huida de su mujer, la muerte de su madre y la de Cóndor, la deslealtad de su patrón, las injusticias de los diarios y del público para con él, dejáronle sin ambiciones. ¿Para qué trabajar tanto? ¿Para qué ser decente y leal? Nada duraba en esta vida, y nada era estimado y comprendido por la injusticia de los hombres.

Un día de Junio, pesándose en la casa de baños, vió con terror que la balanza marcaba los cincuenta y cinco kilos. Era el desastre. Decidió salvarse. Multiplicó los baños turcos, los masajes, la gimnasia. Suprimió la comida a la noche, la que reemplazaba con copetines. Hizo ejercicio con pesas y hasta tomó tiroidina por consejo de Retamar. En veinte días bajó a cincuenta kilos.

Al mismo tiempo comenzó a sentir cansancio. "Son las treinta y cinco primaveras", decíale Redonnet. Salía de cada carrera agotado, con el cuerpo dolorido, las piernas flojas, sudando a mares. Desganado, no probaba la comida. Y dormía mal, con pesadillas y transpirando exageradamente. Sus hermanas, preocupadas, quisieron que lo examinasen los médicos del Jockey. Y tanto insistieron que Fernán, aun temiendo que se supiera y que eso le hiciera perder algunas montas, acabó por ir al consultorio gratuito del Hipódromo.

\*  
\*   \*

Le acompañó la mayor de sus hermanas, una chinita de veintiocho años, de color oscurísimo, pero bonita. Llamábase Cornelia. En sus modos recientes de pueblera advertíanse resabios de la campirriña. Cornelia y Eufrasia hubieran preferido que el "dotor" fuese a la casa, pero Fermín no comprendía que se llamase al médico no estando en la cama y más o menos grave. Ir al consultorio le parecía como ir a hacer una pregunta. Además, él le diría al médico que, pasando por allí, su hermana se empeñó en hacerle entrar.

En el consultorio, varios enfermos esperaban. Pero el médico, como al despedir a un enfermo viera al jockey, lo hizo pasar. El médico le conocía mucho, naturalmente. Carrerista, como todas las personas vinculadas al Jockey Club, había admirado a Fermín y era, aun ahora, uno de sus defensores.

—Aquí vengo, dotor, a ver si me encuentra el mal. Pasaba por aquí, con ésta, que se empeñó en que entráramos... Me creen enfermo, mis hermanas. Y no tengo nada, pues. ¡Qué voy a tener!

El médico, un muchacho muy feo, cara de sapo,

pero simpático, reía y palmeaba sin cesar a Fermín. Quiso auscultarle y le obligó a recostarse. Cornelia se apartó discretamente, para mirar los aparatos quirúrgicos.

—Bueno — dijo el médico, sin reír — por ahora no tiene nada. Pero necesito observarlo. Venga dentro de ocho días. Hay que vigilar esos pulmones.

Le ordenó alimentarse, dormir bien, supresión de ejercicios. Fermín, derrotado, exclamó:

—¿Y las carreras?

—Amigo, correrá lo menos posible.

—Pero con cincuenta y cinco no me darán montas...

—En cambio podrá ganar el clásico Buena Salud. Si sigue como hasta hoy, no entrará siquiera en el marcador.

Y reía el médico, con su boca de batracio, mostrándola hasta el estómago.

Cuando estuvo en la calle, Fermín estalló en maldiciones. El sabía lo que significaba aquello. En sus diez años de vida turfística había visto morir tuberculosos a varios jockeys. Flacos, de constitución pobrísima, eran candidatos probables a la tisis. Para peor, vivían mortificándose, comiendo poco, haciendo ejercicio a fin de mantenerse en forma. Algunos se iban a las sierras de Córdoba o al campo y se curaban. Otros se dedicaban a compositores. Pero todos debían abandonar el látigo, que era incompatible con una salud deficiente.

—Te hacés compositor, como endenantes — le consolaba Cornelia.



Pero Fermín lo veía todo negro. Suponía que nadie lo iba a querer como compositor. ¿ No decían sus enemigos que Cóndor se había enfermado porque él lo cuidaba mal? Era una infamia, pero la voz se había corrido y eso le perjudicaba. Y ya se imaginaba sin trabajo, teniendo que vender sus dos casitas para vivir y mantener a sus hermanas, o, como tantos, haciéndose “datero”, cobrándoles a algunos zonzos por asegurarles que ganaría tal caballo. O bien llegaba a la verdadera pobreza, tal vez con una pequeña subvención del Jockey.

—Callate, no digás esas cosas — le interrumpía Cornelia.

—Pero si es lo más común — insistía él.

Y citaba casos: el de Julián Puertas, jockey célebre, ahora peón de stud; el de Pedro Millanes, portero del consultorio médico; el del negro Argentino Frías, “una gloria”, padeciendo pobreza a la vejez, después de haber sido endiosado por las multitudes enloquecidas de entusiasmo ante sus triunfos admirables de gran látigo.

—Bueno, callate, no hablés así...

\*

\* \*

Todo contribuía a la desgracia de Fermín.

Nunca le preocuparon mucho las mujeres No ig-

noraba que los desórdenes en el amor perjudican a los jockeys. Dañan su salud y les restan fuerzas. Y a él le había sobrado con Albertina, a la que adoró y a la que nunca fuera infiel.

Pero la falta de su compañera había modificado su situación y sus resoluciones. En los primeros meses, sus hondas preocupaciones, sus tristezas, la muerte de su madre y la de Cóndor, tuviéronle alejado de toda tentativa de aventura. Y él, sentimental y querendón, no era hombre de contentarse con las mujeres ocasionales que buscaba en el centro, a la salida de los cines y los cabarets, o en Corrientes y Esmeralda, impelido por urgencias inevitables.

Los domingos no faltaba a la pelouse del paddock. Allí conversaba con algunos conocidos y tomaba café o bebía whisky en el restorán. Pero el objeto de andar vagando por entre los jardines era el de encontrar a una conocida en la que pensaba noche y día. Era una cocota de alto coturno, una linda muchacha conocida por Francesita. Mantenido por hombres de fortuna, Francesita, como casi todas las mujeres de su clase, tenía un amigo que la llevaba a los teatros, al cine, a las carreras — el *amant de luxe* — y un complementario amante, el verdadero, con el cual hacía un poco de sentimentalismo. Francesita era argentina e hija de argentinos. Vestía con rara elegancia. Tenía automóvil, y en ciertas épocas se la vió en los desfiles de Florida, llevando a su lado un magnífico perro. Había arruinado a varios sujetos, y como no era

derrochadora — nunca faltaba quien quisiese derrochar en lugar de ella — poseía doscientos mil pesos en dos casas y en cédulas. Llevábale a Fermín más de una cuarta de altura. Sabíale feo, enclenque, inculto. Pero la celebridad atrae a las mujeres, y la celebridad del jockey, aplaudido por las multitudes, llevado en andas, era una de las pocas formas de gloria que ellas podían palpar. Un año antes, cuando el Premio Jockey Club, ganado por Fermín, que montaba a Cóndor, Francesita tuvo un capricho por el jockey. Lo abordó en el paddock, sin conocerlo, para felicitarlo entusiastamente. Felicitaciones tanto más sinceras cuanto que Fermín, triunfando, le había hecho ganar cerca de quinientos pesos. Luego se lo hizo presentar y le invitó a visitarla.

Pero Fermín había rehusado la aventura. Por entonces Albertina no le demostraba desprecio, y él se conformaba con poco. Las simulaciones de su mujer parecíanle pruebas de cariño. Además, dijeronle que Francesita era una mujer terrible. Apasionada, dominadora, exigía el sometimiento a su voluntad. Y en caso de abandono, solía vengarse, mandando anónimos a la mujer o a la novia del amante. Fermín no ignoraba que él era un simple capricho de Francesita y que dejarlo pasar era perderlo. Pero temiendo que Albertina tarde o temprano se enterara, no se metió en la aventura. Fué a la casa, la conoció, bailó con ella al son de una espléndida vitrola. Pero no volvió más.

Ahora se ilusionaba en ella. Tal vez el capricho volviese. Un domingo la encontró en el paddock,

con una amiga. El la saludó tímidamente. Francesita apenas le contestó. Las invitó a tomar algo. Rehusaron. Fermín, frente a las dos muchachas, no sabía qué decir, cortado. Parecíale que todos lo miraban y se reían de él. La situación era violenta para el jockey, que no hallaba el modo de despedirse cuando la amiga de Francesita le pidió algún dato.

—Tengo uno, y muy bueno. Corsario, en la sexta.

Dió detalles. Francesita se entusiasmó. Quiso comprar cincuenta y cincuenta. Fermín se ofreció para ir a las ventanillas. Aceptaron.

Esto le acercó a Francesita, que empezó a mirarle con simpatía. Y al final, cuando el caballo ganó, dando veintidós pesos a ganador y doce a placé, Francesita, que había embuchado cerca de dos mil, hasta abrazó al jockey. El quiso visitarla. Ella le contestó que lo esperaría.

Pero la muchacha nunca estaba en su casa o no podía recibirlo. Por fin la encontró una tarde. Le dijo que le dolía la cabeza, y que estaba rabianando porque su amigo la había dejado. Tratábase del amante para lucir, de modo que Fermín, sin dinero y obligado a una vida relativamente metódica, no podía reemplazarlo. El jockey no se atrevió a insinuarse, y decidió esperar.

Todos los domingos la encontraba. Le pedía datos y le trataba con benevolencia. Pero jamás dejó que Fermín arremetiese. El jockey se iba enamorando, "se estaba metiendo", como se decía en lenguaje popular. Una tarde la abordó, resuelto a todo.

—Francesita — tartamudeó, desconcertado por la mirada de ella — usté no sabe cómo la quiero. Día y noche pienso en usté, y como usté una vez me demostró simpatía...

—¿Y qué? — exclamó ella riendo.

Fermín pareció achicarse más aún. Miró hacia todos lados y, viendo grupitos a su alrededor, enrojeció lamentablemente. La amiga, apartada, hablaba con uno que se le acercó. Fermín, con los ojos turbios, sólo veía montones de gentes que le miraban. Sensible a la multitud, quiso alejarse, huir de allí.

—Mire, Contreras — le dijo Francesita, apiadada del jockey. — Es inútil que me busque. Yo no me interesé nunca por usted. Y aunque así hubiera sido... Sería un capricho pasajero y nada más.

—¡Van a largar! — exclamó la otra.

Francesita tendió la mano a Fermín y se dirigió apresurada hacia la barrera.

\*

\* \*

Mientras tanto, había surgido claramente la lesión pulmonar que el médico temía. Era muy poca cosa, pero lo suficiente para que Fermín no pudiese montar por algún tiempo. El médico no juzgó in-

dispensable el viaje a Córdoba, y esperaba sanarlo con inyecciones y un severo régimen de alimentación y descanso.

Su vida, sin embargo, no había cambiado totalmente. Levantábase tempranito y se iba al Hipódromo. Allí miraba la preparación de los caballos, conversaba con Retamar, con Bidelain, con Redonnet y con otros compositores y jockeys. En el Hipódromo Fermín sufría, contemplando el trabajo de las pistas, el éxito de sus colegas, llenos de montas, hasta rehusando algunas, y pensando en el desastre que era para él su alejamiento del turf. Pero, no obstante, aquello le era indispensable. No hubiera podido vivir sin aquel contacto con los caballos y la vida activa del turf. Su alma de gaucho le exigía continuar, en la ciudad extranjerizada, la única forma de existencia que pudiera recordarle el campo.

Muchas veces se iba a alguna de las tribunas, la de los cuidadores o la del paddock, y allí se sentaba en un rincón, solo su alma, a recordar sus triunfos y sus tristezas. En más de una ocasión las lágrimas le impidieron ver algún lindo floreo o alguna buena tendida. En sus momentos de soledad trataba de explicarse el por qué sus amigos y compañeros le demostraban tan escaso interés. Hasta le huían, a veces. Y sin embargo, nadie fué más servicial que él. Como entrenador, ayudó, dando montas, a quienes las necesitaban. Aconsejó a muchos principiantes. El mismo Bidelain, que ahora parecía huirle, le debía muchos buenos consejos.

Para los aprendices él fué un amigo, hasta un padre. Nadie tuvo tanto espíritu de gremio como él, y sin ponerse nunca en contra de los propietarios. Y para que nada faltase, hasta dinero había dado o prestado a aquellos que recurrían a su generosidad.

Todo era cierto. Pero él no advertía que su carácter había cambiado. La tuberculosis se había agregado a las innumerables razones morales y materiales que le convirtieron en un hombre agriado. En las pistas, incomodaba con sus eternas quejas. En los studs, a los que solía visitar por las tardes, no era bien recibido. Desconfiaban de él, sospechaban que fuese a espiar, a enterarse. Además, hacía observaciones molestas, en tono agresivo. Discutía por cualquier cosa, se alababa, acusaba de negociantes y de malos criollos a todos los jockeys y entrenadores. Según él, las carreras habían degenerado. No había amor por los caballos. Todo era negocio, interés vil. Se hacían componendas, tongos. Se usaba el doping. Se hacían mil fraudes que todo el mundo toleraba.

Sólo en La Gloria era bien mirado. Antes del diagnóstico médico había montado, tres o cuatro veces, aunque no con buen éxito, caballos de este stud. Américo lo llamaba aparte, lo llevaba a las piezas del capataz. Generalmente salía con él y se iban a algún bar. Fermín, olvidándose de su régimen, bebía varios copetines, y Américo lo hacía hablar de Federico. El jockey casi nunca cuereaba a su antiguo patrón, parte por delicadeza, parte por evitar alusiones a Albertina. Pero con algunas copas



dentro del cuerpo, Federico era su tema preferido.

Una tarde, en Setiembre, cuando faltaba una semana para el premio Jockey Club, el primero de los grandes clásicos, Américo llevó a Fermín a un bar de Colegiales, cerca de la calle Cabildo. Era un sitio solitario. Dos sujetos jugaban al billar. Fermín quería sentarse en una mesita de la vereda, pero Américo se opuso, temeroso de que alguien le viese con el jockey.

Fermín, que apenas bebía una copa se ponía locuaz, no tardó en comenzar su rosario de lamentaciones.

—Han sido todos unos malos amigos. ¡Don Federico! Parecía un buen criollo, un hombre de ley... ¡Y jué el pior de todos! El me la quitó, a mi mujercita... Me engañó el muy sotreta. Y los demás, los jockeys, los compositores... No me hable, compañero... Son una punta'e ladiaos...

Américo, por toda respuesta, le hacía beber otros copetines.

—Y de ella, ¿qué me dice, don Américo? Es linda y fina, eso sí, como cualquier señora de la mejor aristocracia. Pero si no es por mí no se casa nunca. Porque la madre, sabe don Américo, era una arras-trada de lo último... Y ahora sospecho que la muchacha también lo habrá sido... Amigo: esto nos pasa a los del campo por meternos con los puebleros, una manga'e vividores.

Américo quiso apresurarse, antes de que Fermín se emborrachara del todo.

—Mirá... ¿querés vengarte?

—Acá tengo con qué vengarme — contestó el jockey, tocándose el bolsillo trasero del pantalón, donde se guarda el revólver. — Lo compré para ella, hace tiempo... Cuanto la encuentre... ¡ya verá, amigazo!

Américo quiso convencerle de que debía vengarse de Federico y no de Albertina. La muchacha no era sino una víctima, seducida por el canalla. Y además, tenía esa herencia de la madre. Tanto habló que Fermín acabó por convencerse. Sin embargo, ponía dificultades:

—Vengarse... eso se dice fácilmente. Si lo encuentro solo le meto una bala. ¿Pero dónde lo v'i a hallar solo?

—No seas bruto, Fermín. No se mata a nadie. Hay venganzas mucho mejores. Mirá... yo tengo este plan... Dentro de diez días se corre el Jockey Club. Federico, que anda mal de plata, se va a jugar entero en esa carrera. Su potrillo, Yaguareté, es un gran candidato...

—Lo conozco. Se lo compré yo, el año pasao, en treinta mil. Es hermano'e Cóndor, ¡el pobrecito!

Fermín se puso triste, acordándose del crack. Américo debió esperar que aquella nube pasara.

—Yaguareté, como te digo, es probable...

—¡Una fija!

Américo no quiso discutir. La Gloria presentaba a Malevo, el magnífico potrillo que Indiana le quitara a Federico en la venta del Tattersall. Prefirió explicarle a Fermín el plan, que consistía en saltar a media noche el paredón del stud, entrar en el

box de Yaguareté darle una abundante cantidad de maíz y, después, dejarlo hartarse de agua.

—¡Caray! — exclamó asombrado el jockey. — Pero eso es imposible. Hay sereno... y hay el capataz... y los peones que duermen en el estú...

—No te preocupés del capataz...

—¡Ah, ah!

Fermín quedó pensativo. Aquellas palabras sobre el oriental taimado le explicaban muchas cosas. ¡Tuvo razón él al sospechar, cuando el incendio!

—¿Y el sereno?

—No te preocupés, te digo. Eso es cosa mía. Con plata se arregla todo.

—¡Ah, ah! ¡Ta güeno!

Debieron interrumpirse, porque tres sujetos ocuparon la mesa vecina. Hablaban de carreras y no apartaban los ojos de Fermín.

En la calle hacía frío y soplaban el pampero. Por empeño de Fermín, caminaron hacia el sud, de cara al viento.

—Entonces, ¿te resolvés? — preguntó Américo.

—¿A qué?

—¿No te acabo de explicar? O te hacés el sonso...

Fermín quedó callado un rato. Sus ojos iban siguiendo la hilera de las baldosas. Pasaban tranvías atestados de gente. Oscurecía. A Fermín el viento y el frío habíanle clareado la inteligencia.

—Hablá, pues — le gritó Américo. — Te advierto que ganarás lo que quieras. Te hartaremos de plata.

—Mire, don Américo... Este... Yo... usté

comprende... ¿Cómo le v'i a hacer mal a un caballo?

—Y se lo pensabas hacer a un cristiano...

—El caballo no mi ha hecho nada. Y a más, yo soy un criollo'e ley.

Américo explicó que al animal nada le pasaría. ¿No tomaban todos los racers, diariamente, varios litros de agua?

—Lo único — agregó Américo — es que el caballo perderá la carrera...

—¿Y le parece poco?

Américo se detuvo. Miró a Fermín y levantó los hombros. No sabía si reír o enojarse. Optó por mirarlo con desprecio y alejarse en dirección contraria.



## XII

### LAS MAQUINACIONES DE «LA GLORIA»

La vida había cambiado para Federico. Ya no jugaba en el Club ni tenía aventuras. Casi diariamente veía a María de Jesús: comidas en familia, partidos de golf.

La influencia de María de Jesús sobre Federico asombraba a sus amigos, especialmente a Almagro. Para ellos Federico era ahora un cenobita. Hasta había rehusado, por razones de conveniencia y moralidad, asistir a comidas con muchachas alegres. Era un caso inaudito. Aun en las carreras no jugaba como antes. Ya no era el record, que asustaba a los tímidos y lograba la admiración de los "patos". Y si acaso alguna vez compraba gran número de boletos, lo hacía con permiso de María de Jesús.

Era feliz, según la creencia amistosa. Una linda muchacha, virtuosa y culta, de familia tradicional y llena de millones, le amaba. Y él, que había

logrado conquistarla, no con su sabia técnica de conquistador, como lo hiciera en tantas aventuras, sino por medio de su sincero afecto y de su hondo anhelo de vida hogareña, aceptaba con encanto el poder femenino. Hasta había resuelto vender el stud y no jugar más desde que terminase la temporada.

Pocas noticias le llegaban de Indiana. La veía alguna vez, en la calle. Ella pasaba a su lado, sin mirarle, con un gesto desdeñoso entre los labios. Sabía que postergó su viaje a Europa, y esto alarmaba a Federico, que vivía con el temor de aquella mujer. Ahora, sin embargo, no le perseguía. Los caballos de Las Vizcachas corrían y algunas veces ganaban.

En cuanto a Albertina, no sabía nada de ella. La suponía en relaciones con algún otro, en su aprendizaje de cocota. Más de una vez, oyendo sus desvergüenzas, él le había dicho: "Estás en primer año de cocotería". Por otra parte, no le interesaba en absoluto. Ni por curiosidad habría preguntado por ella.

La única inquietud de Federico era su situación económica. Cuando Cóndor surgió como un crack formidable, él tenía hipotecadas, hasta con segunda hipoteca, todas sus propiedades. A diversos Bancos debía, en total, cerca de quinientos mil pesos. La temporada de Cóndor le salvó. En premios y boletos el caballo le produjera trescientos cincuenta mil. Fué el gran año del stud. La fama de Fermín llegó a la cumbre. En su doble faz de en-



trenador y jockey, alentado por la confianza que da el éxito, ganó en ese año ciento catorce carreras. Federico pudo pagar a los Bancos parte de su deuda y recobrar el crédito en peligro. Pero la muerte del crack y la salida de Fermín fueron fatales para el stud. Ahora tenía esperanzas en Yaguareté, que debutara bien y que debió interrumpir su campaña a causa de una manquera. Anotado para el Gran Premio Jockey Club, sus últimas performances habían sido cada vez mejores. Y no habiendo surgido en las pistas ningún sucesor de Cóndor, ningún crack, Yaguareté podía producir mucho dinero, salvando a su dueño del semestral enloquecimiento de los servicios hipotecarios.

Pero nada le inquietaba tanto como su deuda con Indiana. Antes de que Cóndor comenzara su carrera de triunfos, Federico, abrumado de hipotecas, había aceptado varias veces el dinero de Indiana. Jamás se habló de préstamo, y esto era lo que preocupaba a Federico. No podía explicarse ahora cómo él, tan caballero siempre, llegó a aceptar dinero de su amante. Era preciso que su situación hubiese sido sin salida. Sus amigos ignoraban aquella debilidad suya, pero por desgracia constaba en varias cartas que le escribiera a Indiana. Para mayor desesperación, no lograba concretar la suma exacta. En una ocasión ella le pagó un vencimiento de doce mil pesos; en otra, uno de siete mil. Había varios vencimientos de cuya cantidad Federico no recordaba. En conjunto lo

que Indiana le diera, podía ser lo mismo cuarenta que ochenta mil pesos. Todo su deseo era devolvérselos. Pero el stud no le había producido en lo que iba del año ni lo suficiente para pagar intereses y servicios hipotecarios. Vendió dos de las cuatro casas que poseía, pero entre las hipotecas, los semestres atrasados, y los impuestos con multas no le quedaron ni siquiera treinta mil pesos. ¿Cómo mandarle a Indiana sólo una parte de lo que él llamaba ahora “sus préstamos” ¿Y no sería recordarle esas cosas que tal vez ella había olvidado?

Un día decidió contarle todo a Almagro. El amigo le aconsejó devolver el dinero a Indiana. Federico, entre dos o tres íntimos y un préstamo bancario, reunió sesenta mil pesos y le envió a ella un cheque y unas líneas. El mismo día el cheque estuvo de regreso. Indiana le contestó que ese dinero ella se lo había dado. Y terminaba: “Es tarde para que se arrepienta de sus actividades de *maquereau*”.

\*

\* \*

El alma de la Primavera hacía también florecer el turf. Los caballos poníanse más brillantes y más briosos; comenzaban los grandes remates; las

mujeres llenaban de color y de gracia la tribuna y la pelouse, y el sol de fines de Setiembre pulverizaba de oro el inmenso escenario del Hipódromo. En los haras el campo reverdecía exaltadamente. En los padrillos el ojo se hacía más inquieto y la cabeza más alerta. Y era la época del nacimiento de los productos, epifanía de esperanzas y de fortuna.

En el Hipódromo, el esplendor de los grandes premios se iniciaba. Primero el Gran Premio Jockey Club, que precedía al primaveral advenimiento. Fiesta social y deportiva, era para todos. Buenos Aires entero esperaba los grandes premios.

Para las gentes del turf no eran los únicos acontecimientos. Si bien aquellas luchas por buenas cantidades de dinero, en las que competían los mejores caballos, apasionaban a los carreristas, ellos no se interesaban menos por las grandes ventas de los nuevos productos. No había aficionado que al mediar Agosto no tuviera su pensamiento en las cabañas. ¿Qué descendientes darían este año Craganour y Saint Wolf, The Panther, Larrea y Gaulois? ¿Fracasaría como semental Botafogo, el fenómeno de las pistas? ¿Aparecería algún nuevo crack? La impaciencia de los turfmen era enorme. Claro es que nada podía saberse de absolutamente cierto hasta que el caballo corriese, lo que ocurriría al siguiente año; pero el equilibrio de las formas, la agilidad de los remos, la nerviosidad, la viveza del ojo, admitían probabilidades de acierto.

Por satisfacer la impaciencia y hacer propa-

ganda a sus productos, los propietarios de los haras próximos a la capital organizaban excursiones. Federico era invitado a todas, como presunto comprador, ya que poseía uno de los mejores studs.

La primera de estas excursiones fué unos días antes del Gran Premio Jockey Club. El haras Los Eucaliptus había invitado a más de cien personas. Media hora en tren desde Buenos Aires. Políticos eminentes codeábanse allí con entrenadores y jockeys. Amigos personales del propietario, un turfman de gran prestigio y competencia, debían oír hablar de caballos y de carreras, de padrillos y de ventas. Pero para nadie era ello una molestia. Estancieros casi todos, habíanse interesado alguna vez por los caballos. Entre argentinos el hablar de caballos es un tema tan natural como entre los españoles hablar de toros o entre los franceses de literatura. Algunos de los invitados, hombres de ciudad y espíritus muy cultos, iban al haras como a ver cuadros. Aquellos animales perfectos eran obras maestras de la naturaleza, ayudada por la inteligencia y el esfuerzo del hombre.

Eucaliptus de veinticinco a treinta metros de altura formaban una maravillosa calle de varias cuadras. Una veintena de automóviles trasportaba a los invitados desde la estación hasta el haras. Campo verde claro, empalizadas blancas, construcciones de tonos diferentes. Rápida exhibición de los productos, "para ir haciendo el ojo", junto a uno de los galpones de boxes. Los invitados, formando calle, presenciaban y comentaban el desfile.

Mientras Federico contemplaba una potranca tordilla, que apareció saltante como si bailara, un hombre gordo, de anchísimos pantalones, papada abundante y grandes bigotes, se le acercó. Era Resoagli, un viejo entrenador, que ahora tenía un studcito de dos caballos.

—Don Federico — le dijo el entrenador misteriosamente, — tengo que hablar con usted.

El propietario de Las Vizcachas escuchó.

—El peoncito de uno de mis caballos es hermano de un muchacho de La Gloria. Y él ha sabido, no sé cómo, que esa gente de La Gloria... me refiero a don Américo...

—Hable sin miedo. El sujeto ése está en el otro lado. No le puede oír.

—Pero puede haber moros en la costa...

Se apartaron a algunos metros. La exhibición de los productos continuaba. Se había nublado el cielo, y un alazán perdió brillantez y colorido. Pero en seguida salió de nuevo el sol. El animal quedó como recién pintado. Lustroso el pelo, vivo el ojo, ágil el andar. Los remos finísimos denunciaban la aristocracia de la raza. Federico y el entrenador, sensibles a aquella belleza, se aproximaron.

Luego, al volver al apartamento, el entrenador continuó:

—Y bueno... El caso es que esa gente prepara un golpe maestro contra su stud. No sé qué trama. — Pero he querido ponerlo en guardia.

Como a cada instante alguien se aproximaba,

Federico dijo al entrenador y propietario que iría a visitarle en su stud.

Era el momento de almorzar. Una larga mesa de veinte metros, en un corredor. Una cortina defendía a los invitados contra el sol. Flores en la mesa. La común afición por el caballo acortaba las distancias sociales y suprimía la tiesura habitual en los comienzos de banquetes.

Federico y Almagro ocupaban lugares cerca de la cabecera. Un periodista, ajeno al turf, observó el contacto entre entrenadores y jockeys, por una parte, y los dueños de caballos, casi todos pertenecientes a la más encumbrada sociedad. Hablóse de la importancia que adquiriría un entrenador famoso o un látigo invencible. Eran personajes. Tenían popularidad y consideración.

—El culto del caballo — dijo Almagro al periodista—nos hermana a todos. Las gentes de las altas clases no son democráticas en nuestro país. Tal vez lo sean en sus opiniones republicanas, pero no admiten la igualdad social. Tienden a crear una aristocracia. Se enloquecen por vincularse con extranjeros de la nobleza. En todo sitio donde se reúne mucha gente se establecen separaciones.

—Todo esto ¿a qué viene? Nos estás dando una lata... — dijo un íntimo de Almagro.

—Viene a demostrar que en este país de tendencias aristocráticas sólo el caballo nos une a todos. La mejor prueba es esta mesa. El culto al caballo es una fuente de democracia. Y si obser-

vamos nuestra historia, veremos que la democracia tuvo su origen en el caballo.

Un político protestó. Los caudillos, que eran los hombres más de a caballo de su tiempo, hicieron peligrar la democracia, pues atrajeron la tiranía.

—No señor—exclamó Almagro.— Los caudillos salvaron dos veces nuestra democracia. No olvide usted que nuestros hombres cultos, nuestros próceres, civiles o militares, eran en su mayoría monárquicos. Los caudillos, como el uruguayo Artigas, eran republicanos por instinto. Más tarde, los caudillos incultos, los López, los Ramírez, los Quiroga, salvaron a la democracia oponiéndose al unitarismo. La centralización unitaria es antidemocrática. El federalismo, el gobierno de cada provincia por sí misma, es una forma avanzada de democracia. Y todo esto sin contar con que el gaucho, el hermano del caballo, era fundamentalmente democrático, como que amaba la libertad por sobre todas las cosas y tenía un profundo sentido de la igualdad social.

El político era también orador y hombre de ideas. La discusión se instaló allí. Fué un pequeño debate parlamentario. Almagro concluyó:

—Esta discusión es una prueba del influjo de la pampa sobre el espíritu de la ciudad. El gaucho y los caudillos han desaparecido, y sin embargo viven entre nosotros. La pampa, es decir, la llanura del litoral, penetra de mil modos en Buenos Aires. Ella argentiniza la poesía y la pintura, la novela y el teatro. Por medio del caballo y del culto del



caballo, se infiltra sin cesar en todas las capas sociales y colora el alma, un poco ayanquizada, de la gran ciudad.

Luego, la exhibición de los productos. Sobre un redondel de césped el peón conducía a su caballo. Destacado sobre la extensión verdeclara, con un fondo de gigantescos árboles, los caballos, brillantes de sol, inquietos, de líneas perfectas, eran contemplados. Federico miraba con tristeza aquellos animales, recordando su promesa a María de Jesús de vender el stud. Ella era enemiga del juego en todas sus formas. Federico se arrepentía momentáneamente de haber consentido. Pero después conformábase. Su amor era más fuerte que su interés por el juego. Quedaba su gusto por los caballos... Ya trataría de encontrar una transacción. Le propondría a su novia conservar la caballeriza pero no jugar. Irían juntos a las carreras y apenas se apartaría de ella. Federico era sincero al pensar así, pero allá en el fondo de su alma algo le decía que esto pudiera ser un subterfugio.

Mientras los productos eran exhibidos, Federico iba de un grupo a otro de los concurrentes, comentando la belleza o los defectos de los animales. Aquello le excitaba los deseos de ser dueño de algún caballo de los que había contemplado. Y esta disposición llegó al colmo cuando vió a Iguazú, un potrillo zaino de maravillosa perfección. Se resolvió a adquirirlo. Entróle una fiebre por ser dueño de ese animal. Presentía en él un crack, un nuevo Cóndor. ¡Y era hermano de él! Lo com-

praría a escondidas si era necesario. El la adoraba a su novia, pero también adoraba la belleza de los caballos.

\*

\* \*

Aquella noche Federico estaba comiendo en la casa de su novia.

El abuelo, el padre y el hermano de María de Jesús no hablaron sino de caballos. Las grandes ventas habían comenzado. Se discutía el valor de los sementales, las posibilidades de nuevos cracks. Había otro invitado, un muchacho de veinticinco años, Bernardino Durán, amigo de Nicasio y al parecer festejante de Alejandrina. Parecía haberse propuesto atizar la conversación turfística. Apenas decaía el tema, él lo animaba. Era amigo de los jockeys y compositores; comía a veces con ellos, y se envanecía de estas amistades ilustres.

A María de Jesús le disgustaba esta conversación. Cierto que Federico hablaba en voz baja con ella, pero a cada instante, oyendo los temas de la charla, se distraía. A veces, costábale un esfuerzo atraerlo.

Después de comer quedaron solos en una salita.

El amor de Federico no era una pasión extra-

ordinaria. Tampoco consistía en una fuerte atracción sexual. Era un encantamiento en María de Jesús. Parecía que no existiese en el mundo una mujer más linda, más buena. Todas las virtudes morales él las veía encarnadas en su novia. Iba hacia María de Jesús verdaderamente atraído por ella. No había egoísmo en su amor, salvo el que provenía de una necesidad de aquietamiento, de paz. Pero todo esto no lo sentía Federico en un grado excesivamente alto. Sería erróneo atribuirle un gran amor. Federico amaba como puede amar un hombre de mundo, en una ciudad como Buenos Aires, tan poco propicia a toda especie de exaltaciones. Su amor se asemejaba a la religión de ciertos hombres, que creen en todo, pero no con fuerza, pues les falta la fe para exaltar su creencia.

Hablaron un rato de su mutuo cariño. Reeditaron las viejas y adorables tonterías que dicta el amor. Tal cual beso, un tanto contenido por parte de la novia, puso su música deliciosa en el diálogo trivial.

Luego trataron de la fecha del casamiento. Federico lo deseaba en Noviembre, para ir a Europa. Pero ella argüía el escaso tiempo que faltaba. Federico temía a aquellas prolongaciones. No sabía por qué, pero, diariamente, vagos presentimientos le atemorizaban.

—El año que viene... en Abril — rogó ella.

Federico pensó: "Quiere conocerme mejor. No

tiene plena confianza en mí". Pero, sabiendo que habría de hacerse lo que ella quisiera, dijo:

—Consiento, con una condición... Que me permitas conservar el stud. Te prometo no jugar. Sabes que soy un caballero.

María de Jesús no contestaba.

—Tienes que comprenderme. Mi padre, uno de los fundadores del Jockey, fundó también Las Vizcachas. Mi abuelo, un inglés muy serio, se arruinó a causa de sus dos amores: el caballo y el whisky. En la familia de mi madre, todos han sido estancieros y dueños de caballos, aunque no de carrera. Tengo en la sangre el amor al caballo...

Acordóse de algunas frases que le oyera a Almagro y las repitió. Estuvo elocuente, con asombro de María de Jesús, que jamás le oyera hablar con tanta fuerza de persuasión.

—Si yo estuviera segura de que no vas a comprar boletos... — condescendió ella.

Federico arguyó que lo mismo podía jugar sin tener caballos. María de Jesús habló de su horror al juego. Citó a varios parientes cercanos y a amigos íntimos que lo perdieron todo en el juego: fortuna, posición social, consideración.

—En fin, ¿consiente?... — dijo Federico, tratándola cariñosamente de usted.

Ella le miró a los ojos, y un beso certificó el convenio.

—El domingo puede jugar a su caballo, por ser un gran premio. Pero será la última vez, ¿eh?

\*

\* \*

Al día siguiente, después que terminó el trabajo en las pistas, Federico fué al stud de Resoagli. Era en Belgrano, en las proximidades del viejo Hipódromo.

El edificio de La Pampa, que así se llamaba la caballeriza de Resoagli, era una vieja y miserable construcción. Resoagli tomaba mate detrás del portón, en compañía de tres o cuatro hombres, jockeys o compositores. Se levantó para saludar a Federico con toda cortesía.

—Vamos a casa — dijo. — Yo vivo atrás del stud.

Atravesaron todo el stud. Era un largo edificio. Una callejuela en el centro y a ambos lados diez boxes. El stud de Resoagli tuvo hacía quince años un gran caballo. Ahora sólo contaba dos animales. Cada cuerpo de edificio tenía un gran alero, y los dos aleros, casi tocándose, techaban la calle aunque imperfectamente. A la entrada, una jardinera con las varas en lo alto obstaculizaba el paso. Junto a ella, un caballo dentro de un box sacaba la cabeza y la aproximaba tristemente a la pared. Era un matungo de ojos llorosos. En las paredes había

## LA PAMPA Y SU PASIÓN

viejos cromos amarillentos que representaban caballos ingleses. Dentro de los boxes, en lugar de pasto, se veían frenos viejos, mandiles, algún mueble roto. Los dos caballos daban lástima de puro flacos.

En la casa del cuidador — pobreza y desnudez — sentáronse a conversar. Resoagli, primeramente, enseñó las fotografías de su gran crack, la única gloria de aquella caballeriza.

A una pregunta de Federico, Resoagli comenzó a quejarse. Ahora no existían jockeys ni cuidadores como los de otros tiempos. Antes, había más pobreza, pero más amor por el caballo y por el oficio. Ahora, muchachitos sin experiencia, ignorantes, corrían a los grandes caballos. Todo era bombo de los diarios. Hacían célebre a cualquiera, llamándolo fenómeno, mago, héroe y otras pamplinas. Aquí nadie sabía más que otro. No había nada de científico. Todo era pura experiencia.

—Aura todo es interés. El turf está lleno de capitalistas, de redobloneros. Y a más, que antes no había rivalidades. Usté y yo teníamos caballos y éramos amigos. ¡Y hoy!... Hoy naidés tiene confianza en naidés...

Federico no ignoraba todo eso. Era el eterno conflicto entre lo viejo y lo nuevo, que lo mismo se presenta en la literatura, en la música o en el turf. No había un compositor o un jockey de más de cincuenta años, que no hablara de la decadencia del turf. Puso fin a la retahíla de Resoagli recordándole el tema de que conversaron en el baras Los Eucaliptus.

—Ah, bueno. Va a ver. Pero es mejor que hable usted con el peoncito, pues. ¡Domingo!

Pegó un grito que debió oírse en la otra cuadra. En seguida apareció un muchachón en mangas de camisa, desenvuelto y movedizo. Resoagli los dejó.

—Contame lo que sepás — le dijo Federico al muchacho, poniéndole en la mano un billete de diez pesos.

El muchacho, en términos lunfardos y turfísticos, explicó. En La Gloria trabajaba un hermano suyo. Era peón. Hacía pocos días, oyó una conversación entre don Américo, el capataz y un muchacho que “sabía” ir por el stud. Él comprendió poco, pero parecía que se preparaba un asalto contra Las Vizcachas.

—Pero un asalto — dijo Federico — no es cosa fácil. Allí tenemos capataz, sereno y algunos peones que duermen en el stud.

—No son los tiempos de antes — dijo Resoagli, que entraba con un mate para Federico, que rehusó, — en que no había capataces ni serenos, y más de una vez sucedió que los dueños de un caballo entraron de noche en el stud enemigo y le pegaron una variada al caballo que iba a correr al día siguiente. Así lo cansaron y el caballo perdió.

—No comprendo en qué forma pueden asaltar el stud. Ni qué pueden hacerme.

Resoagli movía la papada y sonreía para sus adentros.

—Usted cree, Resoagli, que...



—Si cuenta con el capataz y el sereno, no hay peligro. Pero si no...

En fin, Federico no pudo saber más que lo que el muchacho le dijera. Solamente insistió en preguntarle si en esa conversación no oyó nombrar a nadie.

—Sí, señor.

—¿A quién?

—A Fermín Contreras.

Resoagli ordenó al peón que se alejara. A su juicio Fermín era incapaz de una maldad. Si lo nombraron sería por otra cosa.

—Pero el Fermín que usted y yo conocimos, no es el de ahora —arguyó Federico.—Ahora se emborracha, alacranea, no trabaja, anda con malos elementos...

—Eso es verdá.

\*

\* \*

El sábado, víspera del gran premio, Federico esperaba a Almagro en la puerta del club. Le había encargado de una misión ante Indiana. Ella le fijó las once de la mañana. Y como era ya mediodía, no tardaría Almagro en aparecer.

La mañana de oro había llevado a Florida las

más bellas mujeres de Buenos Aires. Desfilaban a pie, ante una espesa fila de sujetos, instalados allí para verlas. Algunos les dirigían vulgares piropos, que ellas parecían no oír. Los automóviles se atrabancaban en la angosta calzada. Dos metros de avance y diez minutos de detención.

Federico y otros amigos justipreciaban los méritos de cada mujercita que pasaba. Poco espiritualistas, como son los hombres cuando hablan de mujeres, atendían casi exclusivamente a las partes más tentadoras del cuerpo femenino. Todos adoptaban el tono afirmativo de los buenos conocedores.

—¡Qué piernas! — exclamaba alguno frunciendo los labios y cabeceando.

Los demás miraban, tratando de seguir imaginativamente las direcciones invisibles de las líneas admiradas.

Entre el gran número de mujeres pasaban algunas cocotas. Eran lindas muchachas de ojos agrandados por el Rymmel, y de labios mordoré. Iban de a una generalmente. Federico las conocía a todas. Eran las queridas de sus amigos del club. Carreristas, no faltaban al paddock los domingos. Y cuando el caballo de su amigo triunfaba, ellas recibían las congratulaciones en la pelouse del paddock, mientras a las mujeres legítimas las felicitaban sus amistades en la tribuna.

Dos de estas muchachas pasaron juntas. Las dos saludaron a toda la fila de hombres que se amontonaban en la vereda del club. Federico creyó que

una de ellas, a la que no recordaba conocer, le saludara.

—¿Quién es?

—Es Albertina, la querida de...

—¿Albertina? — preguntó azorado Federico.

—Dicen que es la mujer de un jockey — informó otro. — Es raro que usted no la conozca.

Federico iba a seguirla, para apartarla en alguna calle transversal. Mas apareció Almagro, primaveral y sonriente. Los dos amigos entraron en el club. En un rincón del vestíbulo Federico preguntó con inquietud:

—¿Y?...

—M'hijo, el asunto va mal. La diosa está enfurecida, y como no te proteja Zeus o Dionysos...

—¿Las cartas?

—Alega que le pertenecen. Y en cuanto a los sesenta mil del país, dice que te los regaló, que quiso mantenerte...

Federico quedó abrumado.

—¿Y qué puedo hacer?

—Nada, pues nada puede hacerse contra las fuerzas naturales.



## XIII

### TRAGICAS VISPERAS DE UN GRAN CLASICO

Aquella tarde era la víspera del Gran Premio Jockey Club, el primero de los grandes clásicos. Fermín, deseoso de noticias, recorrió varios studs. El no ignoraba que en las pequeñas caballerizas la tarde era la hora de las jugarretas. Allí, en algún cuartucho, generalmente a la luz de una lámpara a kerosén, se prendían al monte o a la escoba cuidadores, jockeys y los eternos parásitos de los studs. Pero también sabía Fermín que aquella tarde, víspera trascendental, apenas se jugaría. Los ánimos, apasionados, no estaban para distraerse en barajas. La “gloriosa incertidumbre” de que hablaban los pequeños diarios y aun los grandes, inquietaba a todos los espíritus y los exaltaba.

Eran seis los caballos que correrían. Malevo, el defensor de los colores de La Gloria, era el candidato de las simpatías generales. Mariano Valero cuidaba a Tucumán, cuyas performances preocupa-

ban a las caballerizas rivales. Las Vizcachas confiaba en Yaguareté, y el stud República Argentina afirmaba el triunfo de Tongorí. Dos buenos potrillos, ambos con algunas esperanzas, completaban el lote.

Fermín no trabajaba desde hacía tres meses. Vivía de las pequeñas rentas que le producían dos casitas, una de ellas aquella en que viviera en el Bajo Belgrano y que acababa de alquilar, trasladándose con sus hermanas a dos piezas, en un inquilinato de Núñez, cerca del stud de Resoagli. El médico lo encontraba mejor, pero le imponía cuidados de toda laya. Pronto podría trabajar como entrenador. En cuanto a correr, imposible pensar en eso. Había llegado a los sesenta kilos, es decir, a la gordura, teniendo en cuenta "su poca alzada", como el médico le decía.

A Redonnet lo veía poco. Su amigo le reprochaba que bebiere, y a causa de sus sermones él se le enojó varias veces. Además, Redonnet, por más que hubiese caído, no podía aceptar las nuevas amistades de Fermín. Las gentes más desacreditadas en el mundo del turf eran sus compañeros de "beberaje" y de "farra". Entre ellos hasta había sujetos expulsados de los studs por díscolos o por rateros. Redonnet le había visto una tarde, en un boliche del Bajo, bebiendo caña en compañía de dos individuos mal entrados, con aspecto de malevos.

En el stud La Esperanza lo recibieron con los brazos abiertos. La Esperanza — cinco caballos, dos

de ellos bastante buenos — pertenecía a un entrenador, un tal Mabragaña, que tuvo en otro tiempo bastante fama. Apercebido por el Jockey Club en varias ocasiones, descalificado y suspendido por diferentes pillerías, había ido cayendo cada vez más abajo. Nadie se hubiera atrevido a defenderle. Considerábasele unánimemente como el más perfecto de los sinvergüenzas. Hasta tenía entradas policiales. Decíase que una vez en Temperley hizo correr a un caballo con el nombre de otro de ocho años, y que, denunciado el fraude, pues el caballo había ganado, Mabragaña lo mató y lo enterró. Encontrado el cadáver, se descubrió, por los dientes, que era un cuatro años. Los caballos que preparaba Mabragaña pertenecían a dos castens judíos y a una dueña de prostíbulo.

Fermín, por andar entre mala gente, no había dejado de ser un hombre honesto. Los pillos le buscaban, sabiéndolo en desgracia, porque la desgracia es mala consejera. Proponíanle combinaciones y trampas, generalmente para realizarlas en San Martín o en Temperley, y que él nunca aceptó. Con Mabragaña no era precisamente amigo. Iba a su stud como iba a otros muchos: por tener con quien hablar de caballos, por enterarse de la chismografía del turf. Como él, en frío, no pensaba mal de nadie, no veía en ello maldad ninguna. Además, Mabragaña era también un ídolo caído. La común desgracia les acercaba.

—Salute, amigo Contreras — le dijo Mabragaña al verlo entrar, levantándose de una mesa, en un



cuartucho oscuro y maloliente, en que jugaba al truco con dos sujetos. — Le tengo una noticia de órdago. Va a tener que convidar con algo...

Fermín se dispuso a escuchar.

—Fijese, compadre, que don Américo ha estado anoche en el clandestino de doña Petrona, la dueña de uno de mis burros. ¿Usted sabía, no? Bueno. Pues el hombre estaba mamao y chamuyaba que era un gusto. A la muchacha que fué con él le contó que esta noche iba a ser asaltado el stud Las Vizcachas. No dijo a qué hora ni en qué consistía el asalto. Parecía descontento de esa barbaridad que podía perjudicarlo.

—¡Ah, ah! — exclamaba Fermín, pensativo.

—¿No le dije que era una gran noticia? ¿A ver che, Basilio?

Se presentó un muchacho roto.

—El señor te va a dar cinco mangos. Te vas al almacén y te traes tres litros de barbera y un poco de queso, salchichón y pan. Y no te demorés porque voy a proceder de contundencia.

El muchachito estaba cuadrado frente a Fermín, que no tuvo más remedio que sacar cinco pesos y entregárselos. Luego le tendió la mano a Mabragaña.

—¿Qué? ¿Se piensa ir, compadre? ¿No quiere acompañarnos a festejar la buena noticia? Yo creí que para usted sería un alegrón. Como siempre habla mal de don Federico, que tanto daño le ha hecho...

Fermín alegó una cita urgente. Y salió de aquel sitio, asqueado y triste.

\*

\* \*

Eran las siete pasadas. Dirigióse hacia la Avenida Vértiz, evitando todo encuentro con gentes del turf, y tomó el primer tranvía que pasaba, de los que iban al centro.

Se quedó en la plataforma del coche. No sabía adónde pudiera ir. Aquella resolución de subir había sido un impulso instintivo, inexplicable. Trató de reflexionar. "Voy a buscarlo a don Federico, se dijo, a hacerle saber la canallada que le preparan los de La Gloria". Pero, al concretar este pensamiento, sintió un desagrado mezclado a una especie de temor. Sentóse dentro del tranvía para pensar con calma.

No; él no podía hacerle la denuncia a don Federico, un hombre desleal para con él, un desagradecido. No se había contentado con quitarle a su mujercita, sino que después anduvo desacreditándolo, estorbando que le diesen montas. Además, que don Federico pensaría mal de él si ahora le hacía el favor de denunciarle el asalto. Lo creería un cornudo, un "cafisho". Se imaginaría que le llevaba algún interés, fuese el de volver al stud

como cuidador, fuese el de esperar una recompensa en dinero. No, no iría.

Pensó entonces en dar parte a la policía, pero esta idea le repugnó. El no era un alcahuete para andar con esas cosas. Como a los gauchos de otro tiempo, a Fermín la policía, la justicia, como decía él a veces, representaba toda clase de iniquidades. El tranvía entraba en la Plaza Italia, cuando ocurriósele ver a don Almagro. Pero ya eran las ocho y decidió comer antes en cualquier fondín del barrio.

Cuando llegó a la casa de Almagro eran más de las nueve. El sirviente le dijo que el doctor Almagro no había comido allí esa noche. El sirviente, un gallego aficionado a las carreras y que, por consiguiente, conocía a Fermín por las fotografías, le preguntó si no deseaba dejarle algo escrito. Sospechaba que se tratase de "algún dato", y no era cosa que su patrón lo perdiese. Fermín entró en el escritorio y, con su mala letra y su peor ortografía, borroneó unas palabras. Sólo advertía que esa noche, ignoraba él a qué hora, sería asaltado el stud. El gallego pretendió conocer el dato, él también, y Fermín tuvo que recomendarle un caballo cualquiera, para poder salir de allí.

Vagabundeó por las calles. El apenas conocía el centro de la ciudad. De noche salió siempre muy raras veces. Aunque ahora no trabajaba, no había perdido su costumbre de levantarse a las cuatro y media o cinco de la madrugada y de acostarse a las nueve de la noche. Las aglomeraciones noctur-

## LA PAMPA Y SU PASION

nas de Corrientes, de Esmeralda, de otras calles centrales, las luces, los teatros y cines, eran cosa nueva para él. Distraído, aunque medio mareado por aquel gentío, anduvo una hora.

Pero sentía un indefinible descontento interior. Deseaba algo, y no sabía lo que fuese. Le parecía que su carta a don Almagro no era bastante, que bien podía el "dotor" llegar a su casa demasiado tarde. Se reprochaba su falta de inteligencia, de resolución. Cansado, entró en un bar para tomar un café y leer la crónica de carreras de un diario que acababa de comprar.

El tango que sollozaba en la orquesta de señoritas no lo dejaba leer. Las letras se le huían, y aquel descontento seguía escarbándole. Por fin, cesó la música en un desmayo, y Fermín pudo devorar la crónica. Dos páginas sobre la carrera del día siguiente. Suelos, noticias, reportajes a los jockeys y entrenadores, fotografías, alternaban con chistes turfísticos, caricaturas, bromas a los héroes de la próxima gran carrera. En las mesas vecinas hablábase también del sensacional clásico. Todo el mundo parecía creer en el triunfo de Yaguareté, el pupilo de Las Vizcachas, el hermano de Cóndor. El recuerdo de Cóndor, de su crack, le humedeció los ojos, y le resolvió. Salió del bar y se trepó a un tranvía que le llevaba a Palermo. Pero la lentitud del tranvía le impacientaba y se bajó para tomar un automóvil.

En pocos minutos, pues en la soledad nocturna el asfalto desaparecía bajo las ruedas del automó-

vil, Fermín estuvo en Palermo. Bajó frente al Instituto de Hipología y se perdió por entre el barrio de studs y de casitas. Iba pensando que era una infamia impedirle a Yaguareté que corriese. El no permitiría que ningún desalmado le hiciera mal al hermanito de Cóndor. Para no ser reconocido, agachaba el ala del chambergo sobre la frente y caminaba casi pegado a las paredes, pisando con suavidad.

El barrio dormía. Por más que la gran carrera impacientaba los ánimos en la clásica "gloriosa incertidumbre", nadie se acostaba demasiado tarde, vale decir, después de las once. Y eran ya las once y media, hora de silencio y soledad. Sólo un perro ladraba. Una patrulla policial, a caballo, pasó y le observó. Fermín prefirió renunciar a la calle adoquinada, y cortó por un extenso terreno baldío, muy próximo a Las Vizcachas. Las luces llegaban sin fuerza hasta allí. Fermín tropezaba a cada instante, o hundía el pie en alguna zanja.

Por fin llegó frente a Las Vizcachas. Todo a oscuras. El paredón de la caballeriza se levantaba sombrío y solemne. Contemplando la fachada, tuvo ganas de llorar pensando en su desgracia y en la injusticia de los hombres, que le habían separado de aquella casa donde él tenía tantos recuerdos. Frente mismo había un pequeño baldío, entre dos paredes de casitas. Fermín saltó un cerco medio roto y se guareció junto a una de las paredes para esperar los acontecimientos. "No debe haber pasado nada todavía," pensaba Fermín.

Tanteó su revólver, lo examinó y lo puso a su lado, en el suelo, donde acababa de sentarse. Desde allí, a pocos pasos de la calle, veía el portón del stud. Su pensar estaba en aquel lindo Yaguareté, que a esas horas dormía, ignorante de la maldad que preparaban contra él. Esto le llevó a acordarse de Cóndor, que también dormía, pero “su sueño eterno”, allá en el Instituto de Hipología, junto a Old Man y a Botafogo. A veces, la tentación le hablaba de Albertina, pero apartaba la vista y miraba el portón de Las Vizcachas.

\*

\* \*

Almagro, aquella noche, llegó a su casa un poco más temprano que de costumbre. Terminado el remate de los caballos en el club, se encontró “sin programa”. Todos sus amigos jugaban, y él, que “andaba pato”, no podía agregarse a ninguna mesa de pocker o de bridge. Federico estaba en casa de su novia. Justificó su ausencia del juego con un dolor de cabeza. Y aburrido se fué a su casa.

En su mesa de noche encontró la carta de Fermín. Leerla, correr al teléfono y avisar a la policía fué cosa de medio minuto. ¿Para qué perder tiempo telefoneando a Federico? Tal vez no pudiera co-

municarse con él, mientras los pedidos a la policía tenían la rapidez de lo instantáneo.

En seguida llamó a la casa de Ortiz, donde seguramente estaría su amigo.

—¡Bah! ¿Asaltar el stud? — preguntó Federico, incrédulo. — ¿Y cómo diablos has sabido?

—Ha estado aquí Fermín Contreras. Me ha dejado una carta...

—Alguna pillería del tipo... Seguro que intenta sacarte plata...

Almagro protestó con indignación. Fermín era incapaz de una acción vil.

—Tal vez antes, pero ahora... anda con malevos, con sujetos que han tenido entradas policiales. El capataz me contó que hasta lo han visto en un cafetín con Mabragaña...

Almagro insistió en defender a Contreras. Y sobre todo en la necesidad de adoptar providencias urgentes. Le avisó haber advertido a la policía. Y lo invitaba a ir juntos, en seguida, al stud. Almagro se interesaba también por sus dos caballos, que aunque sotretas, eran suyos y ¡qué diablos! les tenía cariño. Federico, refunfuñando, aceptó. Almagro fué a buscarle a la casa de los Ortiz, que quedaba en la Avenida Alvear, en camino a Palermo.

\*

\* \*



Fermín, mientras tanto, seguía frente al stud. A veces, aburrido, decidíase a observar los alrededores y avanzaba cautelosamente hasta la esquina. Ni un alma. Las casas, cerradas y a oscuras. A lo lejos, en la Avenida Vértiz, los tranvías cruzaban como relampagueando. Oíanse silbatos de trenes. La noche estaba negra, cargada de nubes lentas y enormes.

Aquel silencio, aquella soledad circundante le recordaban a Fermín la pampa donde pasara sus años infantiles. ¡Aquellas noches sentado en las raíces del ombú que estaba junto a su casa, contando las estrellas y soñando! Era lindo el campo, con su vida lenta, lenta y sin complicaciones, con su vida libre, lejos de las miserias de los hombres. Fermín se acordaba del primer caballo que montó: un petizo cojudo, de color overo a grandes manchas, y que tenía un vaso medio torcido. Se acordaba del "gatião" que lo tiró una vez de un corcovo; del primer potro que domó; de aquel tordillo que él amaestrara y al que había enseñado a hacer pruebas. Y junto con los animales, se acordaba de su pobre Tata, tan bueno y tan gaucho.

Y ahora, allí estaba él, con un arma a su lado, dispuesto a impedir que asaltasen la caballeriza de donde lo habían obligado a salir. ¡Sería zonzo! Pero no. Una voz le decía que no renunciase. No sabía si era el ánima de su padre o los recuerdos de su vida, o simplemente su conciencia, pero él oía allá dentro de su alma aquella voz exigente.

Su oído, de una fineza extraordinaria, como el

de los hombres de nuestros campos, le indicó un ruido de pasos apagados. Vió dos individuos que a pocos metros del portón hablaban. Fermín se adhirió para no ser visto, buscó el revólver y lo tomó. Ya el dedo estaba en el gatillo y el corazón marcaba un tiempo como él no le conociera.

Miró el reloj. Era la una en punto. ¿Quiénes serían los sujetos? Le pareció distinguir a un peón de La Gloria. Luego se separaron, y uno de ellos, el más bajo, se acercó al portón. El tipo iba pegado a la pared, y miraba hacia el fondo de la calle. Fermín se decidió. Desde su escondrijo quedaba a seis o siete metros del portón del stud. Pensó que si la puerta del stud llegara a abrirse, él podría ver al cómplice. Todo le hacía creer que alguien, adentro, estaba de acuerdo con los asaltantes. Si no, ¿por qué el sujeto no intentaba trepar por la pared? ¿Qué esperaba allí, frente al portón? El individuo debía estar impaciente, porque golpeó con los nudillos.

Fermín apuntó. Seguramente iban a abrir. La mano le temblaba. Tuvo la tentación de dejarlo todo. Que se embromara don Federico, que perdiera veinte mil pesos, ya que había sido tan desleal para con él. Sí, pero ¿qué culpa tenía Yaguareté? ¿Por qué dejarle perder una carrera, que seguramente el potrillo desearía ganar, puesto que era un gran clásico? ¿Y no era el lindo Yaguareté el hermano de Cóndor, de su viejito, de su crack?

Fué obra de un instante. Fermín no se dió cuenta de nada. Habían entreabierto el portón suave-

mente y él había apretado el gatillo. Un hombre corría, y un ¡ay! había herido la soledad nocturna. La puerta seguía entreabierta. Varios vecinos, vestidos a medias, habían salido a la calle. Dos vigilantes a caballo estaban frente al stud y uno acababa de verle. El estaba allí, inmóvil, en el baldío, con el revólver en la mano, estupefacto.

—¡Dése preso!

Fermín salió a la vereda, y se entregó.

Toda la emoción y la nerviosidad habían desaparecido. Ya no le temblaba ni un dedo. Estaba tranquilo. En cambio, sentía un gran cansancio, como el de quien ha trepado una montaña. Parecíale que todo su cuerpo se caía, se derrumbaba. Un aplastamiento enorme, más espiritual que físico, le tironeaba hacia el suelo.

Los vecinos, al verlo pasar, silencioso, abatido y llevado por el vigilante, le tenían lástima. Le habían reconocido al instante. Fermín oía los comentarios, y, aunque eran injustos, no sentía fuerzas para volverse y afirmar que estaban equivocados.

—¡Quién diría — exclamaba uno — que el propio Fermín Contreras iba a asaltar Las Vizcachas!

—¡Qué quiere, amigo, el hombre se ha desgraciado!

—¡Mire que ir a herirlo al mismo capataz!

—Cuando el hombre caí se vuelve sinvergüenza fácilmente. ¡Vea el ídolo adónde ha ido a parar!

Un sujeto protestó. Era uno de esos que hablan en una mezcla de español degenerado e italiano de conventillo, con algunas palabras francesas, absurda

jerga a la que llaman lunfardo. Para ellos las carreras, son las curses; la comida, el bullón; el domingo, la doménica, y así por el estilo. Y se imaginan — ellos, los autores de sainetes, y ciertos periodistas — que todo eso es muy criollo y que semejante mezcolanza es el futuro idioma nacional.

—¿Qué están batiendo, qué están? Si Fermín Contreras se la dió de contundencia al capataz, hizo bien. Es un reo senza escrúpulo el bacán ese d'enfrente. ¡San dié!

En la oscuridad de la media noche, los pequeños grupitos, entre los tres o cuatro vigilantes, dos de ellos a caballo, tenían un aire misterioso.

\*

\* \*

Almagro y Federico llegaron pocos minutos después. El automóvil renovó la expectativa del barrio. Nuevas caras asomaron a las puertas. Los grupitos se agrandaron.

Fermín ya había sido llevado. Dentro del stud, herido en su cama, estaba el capataz. El indio Cau-pa y otro peón que dormía allí, miraban, en pie. Un vigilante permanecía junto al herido. Esperaban a la Asistencia Pública para llevar al uruguayo, que parecía grave. No reconocía a nadie.

—¿Qué ha pasado? — inquiría Federico a todo el mundo.

—Fermín Contreras, señor, — repuso el vigilante, — que ha asaltado el estú.

—¡Canalla! — exclamó Federico.

Y dirigiéndose a Almagro, agregó, con enojo:

—¿Has visto lo que es ese hombre a quien defiendes?

Almagro lo llamó a la calle. Allí los dos se acercaron a un grupo de vecinos. Uno, que se ofreciera como testigo a la policía, vió correr a un sujeto apenas sonó el tiro.

—Alguno que lo campaniaba a Fermín... — dijo un vecino.

La ambulancia de la Asistencia Pública concentró todas las miradas. Mientras el practicante entraba en busca del herido, llegó el aprendiz Aguilar, que vivía a dos cuadras. Traía una noticia. Dos vigilantes llevaban a la comisaría a un peón de La Gloria, herido en una mano.

Almagro y Federico supieron la novedad al subir al automóvil. Ya la ambulancia estaba lejos. Los grupitos se desflecaban.

—¿Has visto? — exclamó Almagro, triunfante.

Federico no contestó. Pero unos segundos después, dijo:

—Fermín corrió hace meses varios caballos de La Gloria. Es amigo de Américo. ¿Quién nos asegura que no ha sido pagado por Indiana?

Ahora era Almagro quien callaba. Federico, hecho inusitado en él, aun para Almagro que le ha-

bía acompañado en todos sus desastres económicos y en todas las complicaciones de su vida, se llevó las dos manos a la cabeza y exclamó desesperadamente:

—¡Esa mujer!

## XIV

### LA PASIÓN DE BUENOS AIRES

Aquel domingo las rutas del Hipódromo deliraban. Automóviles enloquecidos, pasándose unos a otros en velocidades de pesadilla, conducían su carga de hombres y de ilusiones. Trenes que venían del sud, del norte y del oeste, de todos los pueblos que rodean a Buenos Aires, soltaban en los andenes multitudes que iban a las carreras. Desde todos los barrios de la ciudad, hasta desde la Boca y desde Flores, partían los automóviles impacientes. El pueblo asaltaba los tranvías especiales, que llevaban el gran letrero: Carreras. En la Plaza de Mayo, en el Paseo Alem, los ómnibus cargaban grandes grupos trepidantes y ruidosos. A veces, desconocidos se invitaban mutuamente para llenar un auto y cotizarse al pagar. Y todas estas multitudes devoraban diarios y revistas, discutían las probabilidades de los caballos, apostaban, gritaban. Como hileras de hormigas, así iba el gentío hacia el Hipódromo,



arando la ciudad en innumerables caminos que convergían en aquel gigantesco templo de la suerte.

Y eso representaba para varios millares de hombres el Hipódromo: un templo. El culto del caballo, la religión del juego, tenían allí su lugar sagrado. Religión cruel, como la de Baal, exigía víctimas; pero éstas no morían: se arruinaban. Los millones de pesos en entradas y en boletos que al cabo del año ingresaban en el Hipódromo eran las ofrendas al dios de cuatro patas. Nadie veía a esta deidad misteriosa, aunque tenía sus sacerdotes: los entrenadores, los jockeys, los miembros de la comisión de carreras, los empleados del Hipódromo. Nadie la veía, pero ella se encarnaba incesantemente en un Favorito, en un ídolo de las multitudes.

Las carreras eran la única pasión de Buenos Aires. Esta ciudad indiferente, fría, aburrida, sólo se exaltaba para aplaudir a los grandes triunfadores de las pistas, ya fuese un caballo, como Botafogo, ya un hombre, como Fermín Contreras. Esta ciudad que ignoraba a los poetas que la cantaban, a los novelistas que reflejaban su vida, a los artistas que la reproducían en sus telas, sabía los nombres de cuatro mil caballos, y los nombres de sus ascendientes, y los nombres de todos los entrenadores y de todos los jockeys y hasta los de aprendices adolescentes. Mientras los diarios dedicaban un cuarto de columna para comentar un bello libro, empleaban hasta dos páginas para referir los más mínimos incidentes de una gran carrera. Sería absurdo quejarse. Buenos Aires no se interesa por sus poetas y sus

artistas y adora con locura a sus caballos. Buenos Aires se siente criolla una vez por semana, aunque se trate de carreras a la inglesa.

Pero, sobre todo, Buenos Aires ama el juego y cree en el destino. ¿Cómo no ha de creer en el juego si toda nuestra prosperidad proviene de la suerte? Las fortunas que proceden del aumento de valor de los campos y los terrenos, ¿tienen acaso un origen distinto del juego? Y el inmigrante que llegó al país hace pocos años, casi desnudo, ¿no debe en parte principal a la suerte el andar en su automóvil en lugar de mendigar por las calles? Buenos Aires es la tierra del juego y del acaso. Por esto los argentinos amamos todas las formas de la suerte.

Aquella mañana cincuenta mil personas se precipitaban ansiosas al Hipódromo. Y quinientas mil quedábanse en sus casas, con el pensamiento puesto en aquel lugar sagrado, lamentando no haber podido ir por falta de dinero o de salud o de libertad. Y a la tarde, estos desdichados se aglomerarían frente a las pizarras de los grandes periódicos o arrancarían al vendedor de diarios la edición que detallase las emociones de la tarde.

Veinte mil automóviles corrían frenéticamente hacia Palermo. En la ciudad no había vehículos sino para ir a las carreras. Los chófers inventaban tretas para negar el viaje a los que iban a otras partes. Y no lo hacían sólo por interés: ¡ellos también eran carreristas! Y en los vehículos, todas las clases sociales. Obreros pobremente vestidos, algunos de pa-

ñuelo en el pescuezo en lugar de cuello y corbata, se amontonaban en los Fords abiertos y sonreían pensando en aquella "farra" que los igualaba a los ricos. Todas las clases sociales. Para el dios monstruoso, todos eran iguales. Ricos y pobres, todos dejaban su dinero en el gran templo. Y todos corrían alegres y estrepitosos a perderlo, en aquel domingo de Agosto, en que las rutas del Hipódromo deliraban.

\*  
\* \*

Cuando Federico llegó, se habían corrido las dos primeras carreras. Debió levantarse muy tarde. A causa de haber pasado largas horas pensando en el asalto al stud y en sus autores y cómplices probables, apenas pudo pegar los ojos ya muy entrada la mañana. Además, su inquietud le precipitó sobre los diarios, aunque éstos apenas hablaban del incidente. Y mientras se vestía le fué inevitable atender a los insistentes llamados telefónicos. Cronistas de todos los diarios pedían detalles del atentado. Sus cuatro sobrinos, uno después de otro, quisieron saber si le había sucedido algo a Pampa. El almacenero preguntó por Inglés, y la cordobesita, la dueña de

Smart, le llevó un cuarto de hora con sus preguntas impertinentes y su pegajosa charla.

Felizmente pudo hablar por teléfono muy temprano con María de Jesús. Habían convenido en encontrarse antes de la tercera carrera. No irían a almorzar, porque su padre había amanecido algo enfermo, y no podría tampoco acompañarlos Nicasio, que tenía un compromiso con amigos. Federico debió renovar su promesa de no jugar un solo boleto. María de Jesús había querido saber las causas del asalto, y esto había dejado perplejo a Federico. Ya fuese una venganza de Fermín o de Indiana, en ningún caso podía él decirle la verdad a su novia. Atribuyó el atentado a venganza de algún stud rival, pero María de Jesús, que vivía en un ambiente turfístico, sabía que por simples rivalidades esa clase de venganzas no se hacían entre nosotros. Federico quedó muy preocupado después de esta conversación con su novia.

Aunque el propietario de Las Vizcachas no era muy observador y aquel domingo tenía motivos para no serlo, le fué imposible dejar de advertir el gentío que hormigueaba en el Hipódromo. Como no encontrara a su novia en la pelouse subió a la tribuna. Innumerables conocidos le atajaban el paso. Unos le felicitaban por el fracaso del asalto; otros le pedían detalles, y adoptaban la postura de quien va a tener una larga conversación; los más, protestaban indignadamente. Todo el mundo creía en una venganza de Indiana, por el noviazgo de Federico.

Nadie aceptaba que Fermín Contreras fuese el asaltante. Por todo el Hipódromo se había divulgado la noticia de la prisión del peón de La Gloria. Federico tardó, pues, demasiado tiempo en llegar a lo alto de la tribuna, donde solían reunirse muchas familias. Aquel sitio estaba lleno de lindas mujeres, de personajes políticos, de viejos carreristas que ocupaban los mismos lugares desde hacía veinte años. María de Jesús no estaba.

Iba a bajar la escalera cuando el movimiento del ambiente le advirtió que la tercera comenzaba. A pesar de sus preocupaciones tomó su antejo y miró. Iban a largar. El viaducto del Ferrocarril del Pacífico negreaba de cabezas humanas. Al fondo, en las inmediaciones del Hipódromo, sobre los árboles, en todo sitio desde donde se pudiese ver el espectáculo sin pagar la entrada, veíanse aglomeraciones de cabezas. Federico sonrió al ver los caballos, pues uno de ellos era Centauro, el famoso "crack al revés" de Almagro.

No le interesaba la carrera, que era una fija para un caballo de Mariano Valero. Y acosado por sus inquietudes pensó en las consecuencias que el asalto pudiera tener para él. Porque una cosa semejante sólo podía explicarse por una venganza, y María de Jesús tenía motivos para sospechar de una venganza de origen pasional o sentimental. Fuese Indiana que vengaba su abandono, o Fermín que vengaba su traición, cualquiera de los dos casos sería funesto para su noviazgo. No se trataba solamente de la pureza de alma de María de Jesús, incapaz de com-

prender la existencia de semejantes amores ilegales y de perdonarlos, sino también de la posible continuación de las venganzas. ¿Podría casarse María de Jesús con un hombre a quien alguien, fuese quien fuese, odiaba hasta el punto de conducirlo a un acto delictuoso?

Un rumor próximo, seguido de asombros y de risas, le sacó de su ensimismamiento. A su alrededor un gran grupo gritaba el nombre del ganador: ¡Centauro! ¡Centauro! Los amigos de Almagro lo abrazaban y vivaban, mientras él se dirigía hacia el pesaje, a recibir al héroe de aquel triunfo insospechado. Las amigas le aplaudían al pasar y le saludaban risueñamente. Almagro, apretado por el numeroso grupo, rogaba por favor que no le pusieran k. o. a su galera de pelo. Federico se agregó a los manifestantes. Al llegar al pesaje y aparecer el vencedor, que daba un dividendo de ciento treinta y dos pesos, estallaron gritos entusiastas: “¡Viva el gran Centauro!”, “Hip, hip, hip, hurra”, “¡Viva el nuevo Botafogo!” La concurrencia del paddock y buen número de socios del Jockey Club, miraban con asombro aquel incomprensible entusiasmo hacia un caballo que ganara por casualidad.

Federico volvió a la pelouse para buscar a su novia. Inquieto por no encontrarla fué al comedor del paddock, donde seguramente estaría su hermano Nicasio, como de costumbre, sentado a una mesa con amigos y cocotas. Al cruzar la pelouse del paddock debió soportar otra serie de felicitaciones, protestas y pedidos de detalles. Pero aquí, al con-

trario de sus conocidos de la tribuna de socios, muchos creían en la culpabilidad de Fermín. Eran en su mayoría entrenadores y dueños de studs de menor cuantía. Federico veía la obra de la envidia y de las rivalidades, y apresuró el paso, asqueado de la humanidad.

En el comedor vió en seguida a Nicasio, que bebía un whisky junto al mostrador. Federico pidió otro para él.

—¿Y María de Jesús? ¿No ha venido?

—Este... no... no va a venir...

Instado por Federico, refirió lo ocurrido. A eso de las doce, cuando iban todos a almorzar para venir temprano al Hipódromo, llegó un mensajero trayendo un paquete para María de Jesús. El, sospechando alguna canallada de Indiana, se había precipitado a tomarlo y abrirlo. Eran cartas de Federico a Indiana.

—Yo alcancé a leer una en que usted le pedía plata, y otra demasiado cariñosa en que hablaba de ciertas caricias estupendas...

—¿Y por qué se las entregó a ella?

—Mi intención era esconderlas y dárselas a usted. Pero en ese instante llegó mi hermana y vió la dirección del envoltorio. Reclamó las cartas que yo tenía en la mano y se encerró en su dormitorio. Alejandrina dice que allí se ha quedado llorando.

Federico pidió otro whisky y lo bebió en dos tragos. Al cabo de un largo silencio, dijo:

—Y usted ¿qué cree que debo hacer?



—Mire, Federico... Yo la conozco bastante a mi hermana, y estoy seguro de que este asunto está liquidado. Y lo dejo porque va a empezar la cuarta.

Federico entornó los ojos y apoyó un codo en el mostrador. Así permaneció un largo rato. Luego, pidió el tercer whisky. La gente pasaba a su lado apresurada. Una muchacha le tocó en el hombro.

—Pero, Inglés... ¿qué te pasa?

Federico hizo el gesto de espantar una mosca.

—Yo no te dejo así. A vos te pasa algo... ¿O es que te preocupa la canallada de mi marido? ¿Has visto qué chusma? Vengarse en esa forma...

Y tomándolo de un brazo lo llevó hasta una mesa desde la que podían ver la carrera. Federico volvió a pedir otro whisky.

Todo estaba en silencio en aquel lugar. No quedaban más clientes del restorán que dos o tres individuos que conversaban con lindas cocotas. Los mozos habían corrido hasta el extremo norte del salón, para ver la carrera. Las moscas se asentaban pesadamente sobre las tazas vacías y aun no retiradas por los sirvientes. Se oía un rumor apagado—los caballos salían lejos de allí— que fué creciendo cada vez más, hasta convertirse en un largo, interminable trueno. A Federico se le cerraban los ojos de sueño. Albertina parloteaba sin cesar, insultando a su marido y encantada de su nueva vida de cocota. Por fin el trueno estuvo allí, detrás de las ventanas abiertas. Vieron brazos en alto, sombreros que saludaban al aire entusiastamente. Montones de

gente, como si se hubiesen puesto de acuerdo, entraron repentinamente en el restorán y, sitiando las mesas, se sentaron. Luego, de uno a uno, y con cierto disimulo, fueron llegando algunos amigos de Federico, que iban a aquel sitio democrático para pasar un rato con sus queridas.

Almagro apareció con otros. Al ver a Federico lo obligó a pagar el gasto con Albertina y se lo llevó. El paso ligeramente indeciso de Federico y su gallerita bastante torcida, denunciaban los whiskys. Almagro sabía lo ocurrido. Nicasio se lo contara. Y también ella, Indiana, que había tenido la osadía de ir a la pelouse. Allí estaba con una divorciada, cerca del Comisariato.

—Pero yo quería hablarte de otra cosa. Te he buscado por todo el Hipódromo. Después esperé que vinieras a felicitarme...

Federico, ahí no más, le dió un abrazo.

—Ahora me darán la razón... Ya decía yo que el pobre Centauro, del que tanto se reían, era un gran caballo...

Pon fin contó lo que interesaba a Federico. Había estado toda la mañana en la policía, donde se tomaban declaraciones a Fermín, al peón de La Gloria y a los testigos. El fué como abogado, llamado por Fermín. Había ido, seguro de no ser desleal a Federico, pues estaba cierto de la inocencia de Fermín. Y así había resultado. El peón declaró que Américo le había pagado para que entrara en el stud y le diese alimento y agua al caballo. El capataz, que

era cómplice, abriría la puerta. Y Fermín se había explicado con tanta sinceridad que no podía quedar duda de su inocencia.

—¿Y por qué no me avisó? ¿Y por qué no avisó a la policía?

—Me avisó a mí, como bien sabes... Y en cuanto a la policía ¿dónde has visto que un criollo recurra para algo a la autoridad?

Iban silenciosos, atravesando la pelouse del paddock. Federico tenía el ceño contraído y no saludaba a nadie.

—¿Y qué vas a hacer ahora? — preguntó Almagro pensando en María de Jesús.

Y Federico, que interpretara mal la pregunta, contestó:

—Voy a jugar quince mil boletos a mi caballo. Quiero batir todos los records. Quiero ganar plata.

—Ah, ¿sabes lo que me dijo Indiana? Cuando yo le aseguré que le ganarías con Yaguareté, me contestó: "Bueno; ganará los cuarenta mil del premio Jockey Club, pero ha perdido los cinco millones de otro gran clásico que no se vuelve a correr y que le interesaba mucho más".

\*

\* \*

Federico y Almagro se acercaron a las ventanillas de los socios. La cifra de catorce mil boletos, que valían veintiocho mil pesos, fué oída por alguien y corrió en seguida por todo el Hipódromo. Federico superaba su propio record.

La opinión general era que Federico perdería aquella cantidad de dinero. Yaguareté había tenido magníficas performances, pero sus antecedentes no igualaban a los de Malevo y a los de Tucumán. Mariano Valero, como acostumbraba, no había querido opinar, ni para los diarios ni para sus conocidos. Nadie le sacaba una palabra al formidable Mago de Palermo. Por otra parte, Tucumán había ganado la Polla de Potrillos y este detalle pesaba fuertemente a su favor.

Las pizarras, diseminadas en toda la extensión del Hipódromo, bajaban y subían cargadas de números. Las que estaban sobre las ventanillas eran adoradas como dioses por grandes grupos. Con el pescuezo doblado, la cabeza para atrás y una expresión beatífica, permanecía la gente largos minutos, extática, Federico miró las primeras cotizaciones, Tucumán ocupaba el primer sitio y Malevo el segundo. Yaguareté era el último. A Federico le alarmó que el público abandonara así a su caballo. Almagro tampoco comprendía. Preguntaron a varios sujetos que pasaban. Todos les dieron la misma explicación: se creía que en la noche anterior le hubiesen hecho algo a Yaguareté. Esto decidió a Almagro, que confiaba en Yaguareté y que sabía la verdad de lo

ocurrido. Y pretextando ir a hablar con unas señoras se alejó de Federico.

El dueño de Las Vizcachas fué a ver al caballo. Su entrenador, Barneche, esperaba acreditarse en esa carrera y había preparado bien al animal. Los tiempos que marcara eran espléndidos, mejores aun que lo que el público sabía por los diarios. Federico quiso saber cómo había engañado a los periodistas.

—Muy fácil, señor. Yaguareté ha andado siempre con una manta de rayas horizontales. Pues qué hice: lo preparaba lejos de los periodistas y le cambiaba la manta, para que lo confundiesen con otro caballo.

—¡Estos orientales son tremendos!

Mientras tanto, frente a los boxes se estacionaba una multitud de gente que quería ver los caballos, cerciorarse de su buen estado, hablar, si era posible, con el entrenador que vigilaba o con el peón que no se apartaba del animal. Mariano Valero se acercó, rodeado de algunas figuras importantes del turf.

Federico, que no deseaba conversar con nadie, se apartó de aquel lugar y se dirigió al comedor del paddock. En distintas mesas, turfistas amigos suyos, socios del Jockey, llevaban boletos para la carrera a sus queridas. Ya habían hecho lo mismo, cinco minutos antes, llevándoselos a sus mujeres legítimas. Como viera a Albertina de gran charla con Nicasio, se alejó de allí. Por los jardines del paddock transitaba un verdadero gentío. Unos iban apresurados, a ver a los caballos o a comprar boletos. Otros caminaban despaciosamente y miraban a las mujeres o

se les acercaban. Una vieja acompañaba a dos muchachas muy bonitas; era una especie de intermedia, para servir a aquellos que necesitaban ocultarse. Como pequeños islotes, algún gran árbol rodeado de un banco surgía aquí y allí. Cocotas elegantes y bonitas, que un extranjero no las distinguiría de las señoras, conversaban con algún amigo.

Las pizarras marcaban la segunda cotización. Yaguareté ocupaba ahora el tercer lugar, después de Tucumán y de Malevo. Federico miraba la pizarra cuando vió a Almagro en un misterioso aparte con cierto sujeto que él conocía. Era un "capitalista", lo que llaman los ingleses un bookmaker, y cuyo oficio consiste en encargarse de la compra de boletos por cuenta de otras personas y generalmente a crédito. Entre nosotros está prohibido ese oficio, pues para ello existen las ventanillas. Los capitalistas suelen ser explotadores. Federico los odiaba. Sospechaba que muchas veces, teniendo que comprar miles de boletos a un caballo, preferían no hacerlo, dándole cinco o diez mil pesos al jockey que lo montaba, para que perdiese la carrera. De este modo realizaban negocios enormes, estafando al público. Federico llamó a su amigo.

—¿Por qué te metes con ese sujeto? Hasta nos exponemos a perder...

Almagro intentó negar. Charlaba simplemente, le pedía datos. Pero acabó confesando que quería jugar a Yaguareté mil y mil. Tenía que aprovechar el éxito de Centauro, traducible en crédito para él.

## LA PAMPA Y SU PASION

—¿Y te arreglaste con ese estafador? Has hecho una macana.

—¡Qué quieres, m'hijo! Estaba harto de jugar de a dos o cinco boletos a los caballos. He querido darme el lujo de jugar dos mil. Durante un momento sublime, dejaré de ser un pato crónico.

\*  
\* \*

Pero ya los caballos desfilaban por el paddock e iban entrando en la pista. Una calle de admiradores los veía pasar y los examinaba. Los jockeys, bien afeitados, negruchos algunos y de aspecto canijo, iban muy serios, sin mirar a nadie. Federico y Almagro los vieron desde lejos y se encaminaron a la tribuna de los socios. Ya todo el mundo había elegido su sitio para presenciar el gran premio. Los gemelos estaban listos en las manos nerviosas. Los brazales, o empleados del Jockey encargados de ir a las ventanillas a comprar boletos, recibían dinero de las señoras y de las muchachas o volvían con los boletos ya comprados.

Era una tarde fría y dorada. Enormes braseros entibiaban el aire circundante. Desde la puerta baja de la tribuna, Federico veía los caballos pasar por la pista. Yaguareté cruzó en un elegante canter o



galope suave. Malevo se floreaba como un conquistador. Tucumán pasó en una tendida magnífica, exhibiendo una sorprendente elasticidad. Federico se puso pálido. Almagro creyó perdidos sus cuatro mil pesos, tan arduamente logrados del capitalista. El público miró boquiabierto al gran caballo. Algunos de sus partidarios aplaudieron.

Pero en este momento se oyeron silbidos. La concurrencia de la tribuna oficial no se dió cuenta en un principio. Eran las populares que silbaban a Malevo al acercarse a ellas el caballo.

—No me explico estos silbidos — dijo Federico.

—Silban al stud La Gloria — contestó alguien — por el asalto a Las Vizcachas.

—No — dijo otro. — Son un desagravio a Fermín Contreras.

Pero un nuevo incidente les distrajo. Delante del viaducto del Ferrocarril, junto a las pistas, aparecía el bulto negro de un automóvil cerrado. La explicación no tardó en circular. Era el dueño de Tucumán, enfermo con treinta y nueve grados de fiebre, que se hacía traer hasta allí para presenciar el triunfo de su potrillo. Ante esta fe, nuevamente Federico empalideció. El público aplaudió aquel acto de amor al caballo y de pasión turfística.

La campana sonó. Todos los corazones se estremecieron. Cincuenta mil personas se pusieron en pie. Los ojos eran más grandes, las cabezas se movían inquietas, nadie encontraba un lugar cómodo. Junto a las rejas que separan la pelouse de la pista, centenares de señoras y muchachas esperaban ansio-

sas el espectáculo. En la explanada del paddock, la enorme masa humana aparecía agujereada aquí y allí. Pero las populares negreaban compactamente, como algo sólido e impenetrable. Sentíase que la multitud contenía el aliento.

Cien mil ojos convergían en aquel lejano lugar de la pista — el palo de los dos mil metros — donde apenas se veían seis inquietas figurillas coloreadas. Cerca de ellas, unas manchitas negras parecían inmóviles. Todo el mundo miraba el programa para aprender de memoria los colores de su caballo y distinguirlos. Había que fijarse en el color de la chaqueta, en el de las mangas, en el de la gorra. Otros buscaban el número, colocado en un ángulo del mandil y que ahora era imposible ver. Un ¡ah! corrió por las tribunas al advertir la largada. Pero a los treinta metros, el ayudante no había bajado la bandera y hubo que empezar de nuevo. El público adivinaba a Tucumán, por su fogosidad admirable. Pero ya habían caído de nuevo las cintas. Volvieron a ponerse en fila aquellas figurillas que parecían mariposas. El trapo rojo marcó hacia abajo un signo de admiración. Y una nube de polvo encerró a los caballos y los arrastró.

En las tribunas todo era discutir y mirar. Los gemelos apuntaban al lote, que iba compacto.

—¡Tucumán, toda la vida! ¡Y preparado por Mariano!

—¡Jamás, hombre! ¡Qué puede hacerle a Malevo, un hijo de Venecia por Zorzal, y nieto de Old Man? No hay potrillo de mejor clase...

—¡Bah, Malevo! Un mancarrón. Le digo que es un mancarrón.

—Yo creo en Yaguareté como en Dios. Gran caballo, con performances estupendas, hermano de Cóndor... Y lo monta Retamar, de yapa...

El pelotón se desflecaba en la recta que da sobre el río. Voces unánimes nombraban a Malevo, que marchaba adelante. Seguía Tucumán y luego Yaguareté. ¡Malevo, Malevo! gritaban en las populares y en el paddock. Federico, en medio de la escalera de la tribuna, rodeado de entusiastas, sentía brazos nerviosos que chocaban contra su cuerpo. Algunos proferían en voz baja, sordamente, palabras feas, protestando contra la mala suerte. Otros levantaban los brazos, como alentando a su caballo o insultando al rival. Malevo seguía adelante, pero por poca distancia. Hasta Federico llegaban, desde la concurrencia de la explanada del paddock, insultos que no se sabía si eran dirigidos a Malevo, o a su jockey, o al stud La Gloria.

Pero ya el lote, más abierto, doblaba el suave recodo y entraba en la curva. Tucumán había arremetido con un empuje estupendo, y casi a su lado, asombrando al Hipódromo entero, surgían los colores históricos de Las Vizcachas: chaqueta negra y mangas y gorra escosés colorado, los colores que llevara el pobre Fermín Contreras en los grandes triunfos de su vida. Almagro, que pasara un mal rato, resplandeció de alegría y buscó el rostro de Federico, que permanecía impassible. Malevo habíase rezagado. Sus partidarios sacaban el cuerpo hacia

## L A P A M P A Y S U P A S I O N

adelante, le gritaban para estimularlo. Era inútil. La lucha estaba entre Tucumán y Yaguareté.

Una espantosa gritería señaló la entrada en la recta. Y como si surgiese detrás de estos gritos próximos, un vasto y confuso rumor llenó el aire. Hasta el cielo debía subir aquel gigantesco y desordenado coro, compacto, bárbaro, sin ritmo, hecho de cincuenta mil voces humanas que proferían los más diferentes gritos. ¡Tucumán, Tucumán! rugía frenéticamente, junto a Federico, un exaltado que sudaba a mares, con el sombrero en la mano, los brazos agitándose en el aire. Y otros bramaban: ¡Yaguareté, Yaguareté! moviendo el cuerpo, los brazos, como para tironear al caballo, como para empujarlo.

Una nube de polvo venía rodando por la pista hacia la tribuna de socios. ¡Ahí están, ya vienen! exclamaban las voces próximas, mientras el trueno de las populares era un engendro apocalíptico. Pero nadie escuchaba esa bárbara orquesta. Cada uno pensaba en su caballo, en los boletos que jugara, en el dinero que perdía. Las caras parecían de locos. Ojos desorbitados, bocas que muequeaban grotescamente, sombreros en la nuca, cabellos revueltos, mejillas relucientes de sudor. “¡Yaguareté! ¡Yaguareté en punta! ¡Metete, Retamar, metete!”. Y otros rugían al pelotón que ya empezaba a cruzar las tribunas: “¡A ver, Tucumán! ¡Castigá, Bidelain! ¡Canalla! ¡Ladrones! ¡La pu..!”. Y el denuesto se perdía entre los dientes. El aire se llenaba de sombreros temblantes. Puños cerrados amenazaban no

se sabía a quién. Muchos apretaban en sus manos los boletos. Bastones en lo alto golpeaban a enemigos invisibles. Las señoras alzaban sus brazos enguantados, paradas sobre los bancos y las sillas.

Al pasar frente a la tribuna, ya a pocos metros del disco que señalaba la raya, algunos desesperados corrían a la verja para alentar a Tucumán. Le gritaban al jockey, lo insultaban, gesticulaban como energúmenos, sin importárseles nada de sus vecinos. Almagro, seguro del triunfo, había recuperado su actitud elegante, que peligrara durante la carrera. ¡Yaguareté! ¡Yaguareté! Todo el Hipódromo aclamaba al triunfador, vibraba en esa sola palabra. Federico, ansioso, miraba el marcador. Y cuando el número 2, el de su caballo, apareció en lo alto, corrió con sus amigos, abrazado por una multitud, hacia el pesaje.

Detrás de Federico corrían centenares de personas. Se había formado en la multitud un silencio extraño, hecho de cansancio, un silencio que palpita en el aire. Al aparecer Retamar montando a Yaguareté todo sudoroso y llena la boca de espuma, estallaron vivas y aplausos. Federico tomó de la rienda a su caballo, mientras Retamar, ya descendido, iba al pesaje con la montura.

Mientras tanto, una multitud extraordinaria se aglomeraba frente al pesaje, contenida a duras penas por la policía y los empleados del Jockey. Eran concurrentes del paddock y aun de las populares que habían invadido el paddock. Proferían gritos confusos, que se definieron al ver salir a

Malevo llevado por las riendas de su entrenador y acompañado por Américo. Los alborotadores gritaron ¡muera! al stud La Gloria y vivaron a Fermín Contreras. Un sujeto, subido a la baranda de la galería del pesaje, echó un discurso, condenando los procedimientos desleales en el turf y elogiando al gran criollo Fermín Contreras que se había jugado por evitar que se perjudicase a un caballo que ni era suyo ni lo había él preparado.

—Así es la multitud, — comentó Federico. — Ayer, cuando el Clausura, Fermín era un ladrón y un canalla, y hoy lo declaran un santo.

—Multitud: tienes nombre de mujer, pudo haber dicho Shakespeare — agregó Almagro, apartando a Federico de la vista de aquel gentío peligroso.

En la puerta, mientras esperaban los automóviles, Federico se encontró casi junto a Indiana. Ella intentó un saludo. Pero él recordó la frase que le transmitiera Almagro y, por no abofetear a aquella mujer, alejóse de allí súbitamente.

—Aunque a las mujeres lindas no hay que aconsejarlas — dijo Almagro a Indiana, — creo que le convendría tener un poco de prudencia.

—Está loco por mí — contestó ella. — Me adora más que nunca. Si yo quisiera, se casaría conmigo.

—Tratándose de usted, todo es posible — sonrió Almagro, despidiéndose.

\*

\* \*

Aquella noche, Federico, sólo por seguir la costumbre, pues su espíritu se iba hundiendo vertiginosamente hacia un abismo de desesperación, obsequió a sus amigos con un banquete en el Jockey para festejar el triunfo de Yaguareté. Todo "el manicomio" estaba allí. Y junto a los fieles de todos los días, a los compañeros de discusiones, sentábanse algunos propietarios de caballos o amigos personales del obsequiante.

La emoción de la carrera y diversos cocktails y whiskys que prologaron la comida, habían creado una precoz animación. El triunfo de Centauro, que, después de dos años fatales, comenzaba su carrera "gloriosa", era el tema de la jarana entre los grupos turfísticos de la mesa.

Federico, en la hondura de su preocupación, no entraba en el ambiente alegre. A su alrededor nada existía. Estaba él como en la soledad de un páramo. Aislóse de la conversación, para contemplar con morosa ternura la imagen de María de Jesús. La veía a lo lejos, entre los árboles del Hipódromo, o allá al fondo de las pistas o adentro del vaso en que bebía. Para olvidarla por un instante necesitaba adormecer sus sentidos con alguna copa más, pero en el momento de beber el último trago allí surgía ella, llorosa y linda y buena y santa como ninguna. ¿Qué haría él ahora? Estúpida ironía, la vida. En una tarde juntaba el mayor de sus triunfos y el dolor más grande que pudiera ocurrirle. Pensó en el suicidio. No le asustó la idea. El no tenía cre-



encias religiosas y el más allá parecía un cuento de viejas. Carecía de hondos afectos. Ni padres, ni hermanos. La existencia no le atraía sino mediocremente. ¿Pero eso de morir, el minuto del último instante? Recordó un drama de Berstein en que un jugador, con absoluta frialdad, sin emoción ninguna, cargaba su revólver delante del público y se suicidaba. Ese sería su caso. Resolvió meditarlo a la noche con más calma, en la soledad de su dormitorio.

Habían concluído y comenzaban los discursos.

Era la sempiterna oratoria de nuestros banquetes. La verbosidad de la raza no suele expresarse con elocuencia. "Señores: yo soy de los que piensan..." Balbuceos de audacias inexpertas. Tartamudeos de jóvenes ambiciones que inician en banquetes amistosos la insoportable charla que quizá será alguna vez oratoria parlamentaria. Lugares comunes amenizados con gesticulaciones iracundas o con sonrisas que el charlatán imagina irónicas. Y el "¡que hable Fulano!", coreado en alegre bullanga, con más de burla que de sincera solicitud. Y los aplausos, que el malévoló espíritu porteño prolonga y multiplica y que el parlachín recibe con una sonrisa de estudiada modestia.

Un orador, con cierta gracia, fingió exaltarse evocando el triunfo del "alado Centauro". Mientras los comensales reían y aplaudían a Almagro, él aparentaba tomar en serio aquel elogio a su caballo. Un insistente, estrepitoso y múltiple "que hable Alma-

gro" llameó en la mesa. Almagro exigió que Federico le precediese. Federico, distraído, movía la cabeza y sonreía. Por fin un vecino de mesa le hizo ponerse en pie. Federico, que siempre se había negado a hablar en público, dijo unas palabras breves y sencillas. Fué una sorpresa para todos aquel lenguaje cordial y humano, ligeramente melancólico. Y es que la idea del suicidio le preocupaba todavía. Sus palabras eran como una despedida. "Voy a dejar el stud — dijo —, para hacer un largo viaje. No sé cuando me iré, pero será pronto. Espero que ustedes me extrañarán. Si mi vida ha sido egoísta, no he dejado nunca de dar el primer lugar a mis amigos. He tenido el culto de la amistad, de la amistad leal y fuerte. Me siento feliz de tener aquí a tantos compañeros, de ver que mi buena suerte también a ellos les alegra. Y un abrazo a todos, sincero de emoción".

Los aplausos no arrancaron de sus ojos la obsesión adorada. Sentía como si algo le atrajese hacia el suelo. Parecíale que su vida le pesaba enormemente. Pero ahora, en un esfuerzo imaginativo, raro en él, había visto la desolación de María de Jesús al saberle muerto; y más que la desolación, la desilusión al ver cómo había sido capaz de un acto para ella tan condenable. Esta idea le sacudió como un latigazo y hasta se levantó un poco de su asiento e erguió su cuerpo que se había ido aplastando. La idea de la muerte ya estaba lejos. Habíala reemplazado el propósito, todavía no muy claro, de una

vida distinta a la que llevara hasta ese día. La imagen de María Jesús parecía decirle que abandonase el juego y las aventuras y que tratara de ser un hombre útil y honesto.

Pero ya Almagro se había levantado y hablaba mitad en serio, mitad en broma. Declaró que tuvo siempre una fe ciega en Centauro y que aun esperaba días de gloria para su caballo. Luego dijo palabras de amistad y de elogio para Federico. Y por fin entró en lo que parecía el tema esencial de su discurso: las carreras y el culto del caballo. Ahora no era el conversador que, olvidándose de que estaba entre un grupito de amigos, levantaba el vuelo. Ahora era el verdadero orador, uno de los ases de la oratoria argentina. Almagro comentaba la presencia allí de propietarios de otras caballerizas, rivales de Federico en mil ocasiones, aun en el mismo gran premio en que acababa de triunfar Yaguareté. Y de este hecho deducía que lo importante para todos esos amigos no era el éxito de tal o cual caballo, sino el turf por sí mismo, las carreras. "Y es que todos nosotros somos hombres de sport, y más que hombres de sport somos argentinos. Todos los hombres de nuestra generación, unos más que otros naturalmente, hemos visto de cerca el viejo campo argentino en donde era rey el caballo. En aquellos años, señores, en que comenzaba a surgir el esplendor de Mar del Plata, en aquellos años en que aun se conservaban las viejas estancias criollas con su colorido admirable,

todos, quien más quien menos, pasábamos las vacaciones en las estancias familiares. Bellos tiempos que se fueron, llevándose para siempre, para siempre, ¡oh tristeza! el mejor pedazo del alma argentina. En esos años, cuando no había en las estancias ni automóviles, ni tenedores de libros, ni las modernas máquinas que han industrializado los campos, en esos años nuestros ojos de niño aprendieron de cerca todo lo que había sido el caballo en nuestra patria, todo lo que era todavía. En esos años, en que aun era posible escuchar de noche bajo el ombú a algún paisano que cantaba un triste en la guitarra, en esos años ¡cómo corríamos por la pampa sin límites, con nuestros pechos abiertos al aire de libertad y de grandeza que entraba en nuestras almas!" Luego, un acento de melancolía envolvió las palabras del orador. Era que evocaba la patria de mañana, extrangerizada, industrializada, sin caballos y sin guitarras, y sin los tristes bajo el ombú. "Va a llegar el día en que desaparezca el caballo. No quedarán sino los racers de Palermo, para entretener a los desocupados. Y entonces, nosotros, que ya seremos muy viejos, concentraremos en ellos nuestro amor a una de nuestras más bellas tradiciones, mientras los eternos moralistas pretenderán suprimirnos hasta ese último refugio de nuestro corazón argentino. Pero el espíritu de la Pampa, que está latente en el alma cosmopolita de Buenos Aires, como en el cerebro más escéptico a fuerza de comprender todas las filosofías, está

## L A P A M P A Y S U P A S I O N

latente la idea del Bien, vigilará siempre para que no desaparezca el culto del caballo, para que no desaparezcan las carreras, que son hoy su única pasión”.

El rumoreo de los aplausos fué como si las palabras de Almagro se hubiesen echado a volar.

FIN

Enero de 1925, Junio de 1926.



## I N D I C E

	Pág.
Dedicatoria . . . . .	5
Capítulo I—La vida de un entrenador . . . . .	7
„ II—El propietario del stud Las Vizcachas . . . . .	33
„ III—Las pasiones de Indiana Reyes . . . . .	55
„ IV—El drama de un célebre “látigo” . . . . .	75
„ V—El culto del caballo . . . . .	99
„ VI—La “fija” del Clausura . . . . .	129
„ VII—Al regreso de Maroñas . . . . .	149
„ VIII—En el Haras Las Lagunas . . . . .	175
„ IX—La enfermedad del crack . . . . .	199
„ X—Del “manicomio” a la pelouse . . . . .	223
„ XI—La nobleza de un hijo de la Pampa . . . . .	241
„ XII—Las maquinaciones de La Gloria . . . . .	259
„ XIII—Trágicas vísperas de un gran clásico . . . . .	279
„ XIV—La pasión de Buenos Aires . . . . .	295





# LA MAESTRA NORMAL

NOVELA — 10.<sup>o</sup> MILLAR

UN VOLÚMEN DE 345 PÁGS.

*Vida de provincia—Mas de 100 personajes, cada uno con su modo de hablar y de ser—Escenas en la escuela normal—La política de pueblo, la chismografía, la lentitud del vivir, la poesía de las noches de luna, el encanto de las serenatas y las vidalitas.*

MIGUEL DE UNAMUNO,

HA ESCRITO DE ESTE LIBRO EN "LA NACIÓN":

*«He leído sus 400 págs. con creciente interés, y eso que desde hace algunos años difícilmente resisto la lectura completa de una novela.—...es la novela de Gálvez un documento muy doloroso».*

PRECIO \$ 2.50

---

# NACHA REGULES

PRIMER PREMIO DE \$ 5.000 EN EL CONCURSO MUNICIPAL DE 1920

NOVELA — 20.<sup>o</sup> MILLAR

UN VOLÚMEN DE 224 PÁGS.

TRADUCIDA AL INGLÉS, AL ALEMÁN, AL  
PORTUGUÉS Y AL YIDDISH

*Historia de una mujer caída, que se regenera por el amor.—La mala vida en Buenos Aires. Cabarets y lugares de perdición.*

JORGE BRANDES,

*la más alta autoridad crítica en todo el mundo,  
ha calificado a esta novela de OBRA SINCERA  
Y PROFUNDA.*

PRECIO \$ 1,50

# HISTORIA DE ARRABAL

NOVELA — 5.<sup>o</sup> MILLAR  
UN VOLUMEN DE 168 PÁGS.

BELLAMENTE ILUSTRADO POR ADOLFO BELLOCQ  
CON 70 GRABADOS

*Impresionante y trágico relato, entre gentes del bajo fondo.—Cuadros de la Boca y de la Isla Maciel.—Colorido, vigor, extraordinario interés.*

FRANCIS DE MIOMANDRE

EL GRAN ESCRITOR FRANCÉS, PREMIO GONCOURT,  
HA DICHO EN "LA NACIÓN":

"No conozco, en literatura alguna, novela que sea más vigorosa, más neta, más profunda que HISTORIA DE ARRABAL, comparable a lo más patético que en el género hayan escrito Gorki y J. H. Rosny".

PRECIO \$ 2.50

---

# EL MAL METAFISICO

NOVELA — 9.<sup>o</sup> MILLAR  
UN VOLUMEN DE 347 PÁGS.

TRADUCIDA AL PORTUGUÉS

*El libro de los soñadores y de los tristes, sentimental, palpitante de vida y sufrimiento.—Escenas de la bohemia literaria y de la vida estudiantil. Retratos de muchos escritores célebres: Almafuerte, Ingenieros, etc.—Verdadera novela de clave.—Es como la primera parte de NACHA REGULES y la más interesante obra del autor.*

RONALD DE CARVALHO

EL GRAN CRÍTICO BRASILEÑO, HA DICHO EN SU LIBRO  
O ESPELHO DE ARIEL:

"...fino, delicado y sutil artista, que ama la realidad dolorosa de la vida y la traduce sin artificio, con la espontaneidad vigorosa de un impresionista.—Sus tipos, como aquel misterioso e impulsivo Carlos Riga, de EL MAL METAFISICO, se hermanan todos por un común idealismo, impenetrable, profundo y tenaz".

PRECIO \$ 2.50

# LA SOMBRA DEL CONVENTO

NOVELA — 6.º MILLAR

UN VOLÚMEN DE 218 PÁGS.

TRADUCIDA AL FRANCÉS, EDITADA EN LA "COLLECTION DES  
MAÎTRES DE LA LITTÉRATURE ÉTRANGÈRE"

*La novela de Córdoba, verdadera guía, descriptiva y espiritual, de aquella ciudad.—Apasionante conflicto fundado en disidencias religiosas.—La Semana Santa, las iglesias, los arrabales, etc.*

EDMOND PILON,

ILUSTRE CRÍTICO FRANCÉS, HA ESCRITO EN "LA VIE":

*"Hay un doble interés en este libro. Desde luego la acción, que es muy ceñida, dramática, nerviosa..., y después, muy bellas descripciones de una rica y clara naturaleza, y, en fin, delicados cuadros intimistas".*

PRECIO \$ 2.50

---

# EL SOLAR DE LA RAZA

(SENSACIONES DE ESPAÑA)

UN VOLÚMEN DE 270 PÁGS.

PREMIADO CON 10.000 PESOS POR EL GOBIERNO NACIONAL  
5.º EDICIÓN EN LA "EDITORIAL SATURNINO CALLEJA"

*El más artístico de los libros del autor.—Sensaciones de Segovia, de Avila, de Toledo, de Santillana, de Salamanca, de Roncesvalles, de Granada, de Ronda, etc., etc.*

RICARDO LEON

EL GRAN ESCRITOR, MIEMBRO DE LA ACADEMIA ESPAÑOLA, HA  
DICHLO EN SU LIBRO LOS CABALLEROS DE LA CRUZ:

*"....obra de pensamiento y de corazón, es una de las más ardientes y conmovedoras apologías que han podido hacerse del alma nacional.—Un libro así es como un Kempis de doctrina patriótica y es menester divulgarlo en todo país de lengua castellana" ...*

PRECIO \$ 2.75

# LA TRAGEDIA DE UN HOMBRE FUERTE

NOVELA — 5.<sup>o</sup> MILLAR  
UN VOLUMEN DE 448 PÁGS.

*El amor moderno en B. Aires.—Cómo son las mujeres y los hombres actuales.—Síntesis de la Argentina contemporánea.—Profundo análisis de sentimientos y de caracteres, especialmente femeninos.*

EDVARDO BARRIOS

EL EMINENTE NOVELISTA CHILEÑO, HA ESCRITO :

“Manuel Gálvez, el novelista argentino de la sólida composición y la prosa clara, llana y sustantiva, nos envía hoy un libro formidable: LA TRAGEDIA DE UN HOMBRE FUERTE.—... será ante todo, por abordar con preferencia los problemas del amor, un evangelio para las mujeres”.

PRECIO \$ 3.—

---

## EL CANTICO ESPIRITUAL

NOVELA — 4.<sup>o</sup> MILLAR  
UN VOLUMEN DE 296 PÁGS.

*Es el libro del amor idealista.—El más elegante, fino y noble del autor.—En la portada se lee este epígrafe, que es la mejor síntesis de su espíritu, sacado de EL BANQUETE de Platon: “... comenzar por amar las bellezas inferiores, hasta elevarse al amor de la Belleza Suprema.....”*

PRECIO \$ 2.50

---

## LUNA DE MIEL

NOVELA CORTAS Y CUENTOS  
UN VOLUMEN DE 283 PÁGS.

*CONTIENE: Luna de Miel.—Historia de un momento espiritual.—La casa colonial.—La dicha.—Una santa criatura.—etc.*

PRECIO \$ 2.50









863.61 G18 C2



a39001



008179890b

82639

